



HOMENAJE A ROBERT CASTEL

**PENSAR LA
INTEGRACIÓN
MIRADAS AL
DESARROLLO Y
LA DEMOCRACIA**

Reflexiones del
Coloquio Internacional
INTEGRACIÓN SOCIAL Y
DESARROLLO EN DEMOCRACIA

**PENSAR LA
INTEGRACIÓN
MIRADAS AL
DESARROLLO Y
LA DEMOCRACIA**

Miguel Ángel Contreras Natera
DIRECTOR EJECUTIVO DEL INSTITUTO SOCIAL DEL MERCOSUR

COORDINACIÓN Y GESTIÓN DEL COLOQUIO

Mariela Cuevas, Asistencia Técnica
Corina Leguizamón, Comunicación

EQUIPO DE APOYO Y DIFUSIÓN

Nadia Ruiz
Pablo Orué

GESTIONES ADMINISTRATIVAS

Guillermo Rojas
Perla Vallejos

CUIDADO Y EDICIÓN DE LA PUBLICACIÓN

Julien Demellenne
Noelia Ferreira

PROYECTO GRÁFICO

Tercermundo

Instituto Social del MERCOSUR (ISM)

Rafael Franco N° 507
Asunción, Paraguay
comunicacion@ismercosur.org
(59521) 207 858
www.ismercosur.org
 Instituto Social del Mercosur
 @ismercosur

ISBN 978-99967-784-0-7

HOMENAJE A ROBERT CASTEL

PENSAR LA INTEGRACIÓN MIRADAS AL DESARROLLO Y LA DEMOCRACIA

Reflexiones del
Coloquio Internacional
INTEGRACIÓN SOCIAL Y
DESARROLLO EN DEMOCRACIA

17 y 18 de setiembre 2014
Asunción - Paraguay

Índice

11	PRESENTACIÓN
19	INTRODUCCIÓN
EJE 1	
21	PRECARIZACIÓN, VULNERABILIDAD Y DESAFILIACIÓN SOCIAL
23	<i>Robert Castel y sus reflexiones entre Europa y América Latina.</i> Héctor Palomino
35	<i>Pobreza fiscal, atraso y desigualdad. Ecuación de infortunio paraguayo.</i> José Carlos Rodríguez
47	<i>Cuestión social, vulnerabilidad y exclusión: una mirada desde la colonialidad.</i> Silvana Caula
89	<i>Revisión de Indicadores Básicos de Desarrollo Social 2006-2013 de Uruguay.</i> Mariana Drago
97	<i>Comentarios.</i> Verónica Serafini

101	EJE 2
	POPULISMOS, MOVIMIENTOS SOCIALES Y NUEVOS ARREGLOS INSTITUCIONALES
103	<i>Populismo: entre la representación política y la metamorfosis de la cuestión social.</i> Javier Biardeau R.
155	<i>Lo hegemónico, lo populista, lo popular y lo heterogéneo. Lecturas Laclauneanas.</i> Gonzalo Barciela
171	<i>Desarrollo, Integración y Políticas Públicas de la Economía Solidaria: Avances y límites para la construcción de nuevas realidades.</i> Leandro Morais
181	<i>Comentarios.</i> Diana García

185	EJE 3
	DESARROLLO, INTEGRACIÓN Y CONSTRUCCIÓN DE NUEVAS SUBJETIVIDADES
187	<i>La integración como fortalecimiento del proceso de desarrollo en América del Sur.</i> Samuel Pinheiro Guimarães
199	<i>Los espacios subjetivos de la política y la contingencia social.</i> Marcos Roitman Rosenmann
219	<i>La integración fortalece el éxito de nuestros proyectos nacionales.</i> Aldo Ferrer
231	<i>La meta: construir una comunidad de iguales.</i> Miguel Ángel Contreras Natera
259	<i>Comentarios.</i> Fernando Masi

Presentación

El ISM continua con su labor de contribuir al debate sobre la **cuestión social**, tema que ha tomado especial protagonismo y ha permitido avanzar hacia la reconfiguración del MERCOSUR, el cual debe inevitablemente fortalecer una visión integral del desarrollo. El objetivo del coloquio fue explorar las respuestas político-institucionales y los giros paradigmáticos que enfrenta en la actualidad América Latina para producir nuevos abordajes teóricos y contribuir al diseño de políticas públicas.

El Coloquio Internacional sobre Desarrollo, Democracia e Integración se realizó en homenaje a Robert Castel, uno de los investigadores más prominentes sobre el abordaje de la **cuestión social** en el mundo contemporáneo y tuvo como propósito central generar un espacio de intercambios académicos, institucionales y reflexivos acerca de los fenómenos sociales, económicos, políticos y culturales que tienen gravitación universal a partir de la enciclopédica obra de Robert Castel (1933-2013) y realizó como un merecido tributo a su trayectoria intelectual.

El coloquio puso en perspectiva algunos temas que convergen en la región desde el ámbito de las políticas públicas, los derechos humanos y el desarrollo social.

En la última década, la región se ha convertido en un pivote fundamental en el debate sobre el cambio político, la integración económica-cultural y la **cuestión social**. Esto acontece en momentos de profundas dislocaciones y mutaciones en el sistema histórico capitalista.

En este contexto, el Instituto Social de MERCOSUR, que tiene entre sus líneas de acción la investigación en el campo de las políticas sociales y la consolidación de la dimensión social del MERCOSUR, se propone construir un espacio en nuestra sede en Asunción que contribuya a producir un debate global y constructivo sobre los acuciantes desafíos que tenemos las sociedades del continente.

En términos globales, el sistema histórico capitalista se encuentra en una profunda mutación histórica, transformaciones con un carácter profundamente estocásticas que tensan y desplazan conflictivamente la hegemonía del Atlántico Norte. Los nuevos espacios de acumulación en el sudeste asiático construyen nuevos arreglos político-institucionales y simultáneamente producen cambios geopolíticos y geoestratégicos. La crisis global (financiera y comercial) del capitalismo histórico desencadenada en el 2008 –que tuvo entre sus consecuencias la transferencia de recursos públicos a la banca internacional (Estados Unidos, Inglaterra y Alemania)– ha tenido impactos negativos al interno de las sociedades nacionales. En tanto, los procesos político-institucionales que se han librado apuntan en la dirección de eliminar las conquistas históricas del Estado social y de derecho.

El retorno de medidas económicas de corte monetarista desmantelan los derechos sociales y, por consiguiente, los logros obtenidos en materia de ciudadanía social. En palabras de Robert Castel, las políticas monetaristas aumentan progresivamente la vulnerabilidad, la precarización y la desafiliación social como síntomas del resquebrajamiento de los tejidos sociales.

El derecho a tener derechos y el derecho al desarrollo se encuentran en el centro del debate en los países industrializados. Las experiencias griegas, italianas y españolas se han tornado dramáticas por sus visibles consecuencias negativas. Simultáneamente, las medidas económicas instrumentadas en los países del Atlántico Norte han producido la emergencia de nuevos movimientos sociales. Los ocupa, los indignados, los movimientos contra las políticas de inmigración son manifestaciones tangibles contra las políticas monetaristas que tienen y han tenido un carácter regresivo en las últimas décadas. El derecho a democracias plenas y dignas se ha convertido en un tema de debate público desde la perspectiva de los movimientos sociales.

En la última década, la región ha mostrado un crecimiento económico sostenido y ha disminuido los índices de desigualdad social,

cuestión que ha implicado un revisitado debate sobre el desarrollo. Inclusive, se han realizado Asambleas Nacionales Constituyentes que generan profundas discusiones públicas en toda la región. Y suponen, una disputa plural y global sobre la democracia y el desarrollo en América Latina.

La agenda de la **cuestión social** se ha convertido en uno de los temas centrales de la cosa pública. La cobertura, el impacto y la trascendencia de las políticas sociales han logrado consolidar tendencias de alcance universal en varios países del continente. Pero, también, se han logrado avances fundamentales en las instancias de integración regional. Sobre todo, con la aprobación del *Plan Estratégico de Acción Social (PEAS)* y la publicación del libro *La Dimensión Social del MERCOSUR; Marco Conceptual del Instituto Social del MERCOSUR*.

La región, sin embargo, no está exenta de la crisis global del capitalismo. Por el contrario, a pesar del vigor del debate democrático, no se han logrado superar los desequilibrios estructurales persistiendo una especialización en la exportación de materias primas. El fortalecimiento de la re-primarización de la economía en la región ocurre en el momento del conflictivo desplazamiento de los procesos de acumulación del Atlántico Norte hacia el Sudeste Asiático. Este desplazamiento, sus consecuencias y tensiones, marcarán con su impronta el debate central de la economía, la política y la sociedad del siglo XXI. Por un lado, la tensión entre neoliberalismo y pos-neoliberalismo tiene una actualidad acuciante, principalmente, por la persistencia del monetarismo como programa anti-inflacionario. Sobre todo, para atender el célebre apotegma de reducción de las expectativas crecientes y proliferación de demandas. Por el otro, las metas del milenio en materia de pobreza siguen siendo un pendiente en la región; a pesar de los grandes esfuerzos en la instrumentación de novedosas políticas sociales, los indicadores y mediciones sobre la misma nos indican el carácter estructural de su permanencia.

En esta dirección, el Coloquio Internacional en homenaje a Robert Castel se propuso generar un espacio de debate intelectual desde perspectivas comparadas y plurales, que vienen elaborando un conjunto de científicos sociales y políticos en el mundo contemporáneo, con la finalidad de colaborar en la construcción de un mundo deseable y posible.

Los tres ejes reflexivos estuvieron interrelacionados entre sí: precarización, vulnerabilidad y desafliliación social; populismos, movimientos sociales y nuevos arreglos institucionales; y desarrollo, integración y la construcción de nuevas subjetividades. El primer eje se sitúa en las preocupaciones centrales de la producción intelectual de Robert Castel con una mirada rigurosa y aguda desde la región. El segundo organiza el debate en la relación entre populismo y movimientos sociales con el propósito de visualizar los arreglos político-institucionales emergentes en la región en la última década. El tercero se ubica en las subjetividades emergentes y sus respuestas particulares a la crisis global del capitalismo, añadiendo una mirada comprehensiva sobre el debate central de las ciencias sociales en la región en el eje desarrollo e integración.

Del evento participaron más de 300 personas. Destacándose la presencia del Alto Representante General del MERCOSUR, Ivan Ramalho y su gabinete; el Viceministro de Relaciones Exteriores e Integración Económica, Rigoberto Gauto; el Ministro de la Secretaría de Emergencia Nacional, Joaquín Roa; además, varios parlamentarios del MERCOSUR; los embajadores de Brasil, Argentina, Venezuela, Francia y México entre otros; representantes de la Cancillería uruguaya, directivos de ministerios y secretarías de Estado. Así también, participaron técnicos y funcionarios de diversas instituciones; representantes de organizaciones civiles y académicas.

Miguel Ángel Contreras Natera

PANELISTAS DEL COLOQUIO INTEGRACIÓN SOCIAL Y DESARROLLO EN DEMOCRACIA

El Coloquio Integración Social y Desarrollo en Democracia contó con la presencia de catorce expertos regionales sobre la *cuestión social*.

Aldo Ferrer es argentino, economista, fue Ministro de Economía y Hacienda de la Provincia de Buenos Aires en varias ocasiones. Entre 1967 y 1970 se desempeñó como el primer Secretario Ejecutivo del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). Es ex embajador de Argentina ante Francia, ha presidido el Banco de la Provincia de Buenos Aires y la Comisión Nacional de Energía Atómica. Publicó varios libros, entre ellos: *Hechos y Ficciones de la Globalización: Argentina y el MERCOSUR en el sistema internacional*; *Vivir con lo Nuestro. Nosotros y la globalización*; *La Economía Argentina, entre otros*.

Samuel Pinheiro Guimarães es brasileño, abogado, fue Ministro de Estado de la Secretaría de Asuntos Estratégicos del Brasil; Alto Representante General del MERCOSUR. Es Doctor Honoris Causa por la Facultad Integrada de Brasil, UniBrasil; por la Universidad Cándido Mendes y la Universidad Nacional de Rosario, Argentina.

Marcos Roitman es chileno - español, Doctor en Ciencias Políticas y Sociología. Profesor titular de Sociología en la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Complutense de Madrid. Autor de numerosas obras, entre ellas: *Tiempos de Oscuridad. Historias de los Golpes de Estado en América Latina*; *Las razones de la democracia en América Latina*; *Democracia y Política en América Latina*. Es colaborador actual del periódico La Jornada de México y Clarín de Chile.

Miguel Ángel Contreras Natera es especialista y magíster en Planificación del Desarrollo y Doctor en Estudios del Desarrollo en el Centro de Estudios del Desarrollo, CENDES – Universidad Central

de Venezuela. Profesor de Teoría Social de la Escuela de Sociología de la ucv e Investigador del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (CELARG). Miembro del Consejo Editorial de la Revista de Economía y Ciencias Sociales de la ucv y colaborador de la Revista Cuaderno del CENDES. Ha sido Coordinador Académico y Director encargado de la Escuela de Sociología de la ucv. Fue Presidente de la Fundación Instituto de Estudios Avanzados IDEA (2012-2013). Actualmente es Director Ejecutivo del ISM.

Gonzalo Barciela es argentino, abogado, fue presidente del Instituto de Investigación Social, Económica, Política y Ciudadana. Máster en Ciencias Políticas por la Universidad de San Martín. Tiene escritas varias publicaciones sobre movimientos sociales y populismos. Participó del programa de Alfabetización Yo sí Puedo en Argentina y fue docente en varios cursos de postgrado en universidades e institutos de la Argentina.

Javier Biarreau es venezolano, sociólogo y magíster en desarrollo, investigador del proyecto Análisis Comparativo de las Reformas Económicas en Argentina y Venezuela por la Universidad de Harvard y la Escuela de Gerencia IESA de Venezuela. Investigador del CENDES-CONICIT. Es docente de la Universidad Central de Venezuela. Asesor y consultor para el Estado Venezolano: FIDES, Asamblea Nacional, CNE, MINCI y la Vice-Presidencia de la República Bolivariana de Venezuela.

Leandro Morais es brasileño, economista, con especialización en Economía del Trabajo por la OIT y Universidade Estadual de Campinas (Unicamp). Cuenta con una Maestría y Doctorado en Desarrollo Económico por la Unicamp y una Maestría en Economía Social y Emprendedurismo Social por la Universidad de Sevilla. Actualmente se encuentra cursando el Post Doctorando en Economía Social y Políticas Públicas en la Unicamp. Profesor de la PUCC y FACAMP y consultor de la OIT e Instituto Polis.

Silvana Caula es venezolana, antropóloga, Doctora en Ciencias Sociales. Docente de la Universidad Central de Venezuela en las Escuelas de Antropología y Economía. Realizó varias investigaciones y publicaciones sobre educación técnica, lenguas indígenas y el saber antropológico. Integrante del Consejo Editorial de la Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la Universidad Central de Venezuela.

Héctor Palomino es argentino, sociólogo de la Universidad de Buenos Aires. Director de Estudios de Relaciones del Trabajo de la Subsecretaría de Programación Técnica y Estudios Laborales del Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social de Argentina, desde el año 2006. Evaluador externo del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Autor de libros y artículos sobre temas laborales y sociales.

José Carlos Rodríguez es paraguayo, psicólogo clínico y sociólogo, realizó sus estudios en Asunción, en la Universidad Católica de Asunción; en FLACSO, Buenos Aires y en la Escuela Superior de Altos Estudios de París, donde obtuvo su DEA (masterado) y su doctorado. Publicó sobre temas de sociología, historia, política y psicología. Fue coordinador de la investigación de la Comisión de Verdad y Justicia (*Anivé Haguã Oiko*, informe final), sobre la violación de Derechos Humanos en tiempos del autoritarismo (1954-1989) y el periodo ulterior.

Mariana Drago es uruguaya, psicóloga, especializada en abordaje de configuraciones vinculares en familia y de pareja (AUPCV). Especializada en Políticas Públicas para Consumo Problemático de la Junta Nacional de Drogas. Diplomado en Políticas Sociales con enfoque de Derechos Económicos, Sociales y Culturales. Fundación H. Dunant, Chile. Diplomado en Protección Social para las Américas. OEA – Universidad Católica de Chile.

Introducción

Miguel Ángel Contreras Natera, Director Ejecutivo del ISM, manifestó que uno de los objetivos del encuentro es atraer, cada vez más, la reflexión social y política, convertir a Asunción en el centro de la reflexión académica. «Queremos contribuir a fortalecer el espacio institucional de Asunción y enriquecer el debate en el campo de trabajo sobre las políticas sociales, sobre la investigación social y política».

Desde el Instituto Social del MERCOSUR apostamos a una comunidad de iguales, donde se pueda construir desde el diálogo, un nuevo horizonte, un nuevo consenso social y político sobre el MERCOSUR. En ese sentido, estos espacios de análisis y debate científico, académico y social desde Asunción tienen por objetivo interactuar de manera dinámica con todo lo que está ocurriendo a nivel regional y a nivel global. Por ello, en esta ocasión, hemos convocado a importantes intelectuales para reflexionar durante estos dos días, pues es necesario despertar todas nuestras capacidades para enfrentar los nuevos desafíos que se están dando a nivel mundial a través de grandes transformaciones».

Por su parte, Luis Pablo Niscóvolos, dio inicio al Coloquio Internacional Integración Social y Desarrollo en Democracia: «No sé si vamos a encontrar las soluciones aquí pero será un campo propicio para la reflexión. No venimos aquí a enseñar sino a tratar de aprender. En los debates sobre el MERCOSUR de los últimos años se enfatiza la naturaleza comercial intrínseca de la integración y a veces ese análisis hay que ir acomodándolo a la evolución del tiempo, si no corremos el riesgo de quedarnos con esa interpretación y ese es un análisis desfasado de la realidad actual. La dimensión social del MERCOSUR, la dimensión jurídica, la dimensión humana del MERCOSUR no son títulos, no son frases hechas, no son caracterizaciones, son procesos fundamentales que tiene el proceso de integración».

PRECARIZACIÓN,
VULNERABILIDAD Y
DESAFILIACIÓN SOCIAL

Robert Castel y sus reflexiones entre Europa y América Latina

Las reflexiones actuales sobre los problemas de empleo, trabajo y protección social en esta región de América del Sur no pueden estar dissociadas de las transformaciones registradas en la última década. Para esta reflexión, la obra de Robert Castel tiene elementos sustanciales para aportar y quisiera destacar al respecto dos contribuciones que pueden considerarse estratégicas. La primera se relaciona con el monumental estudio que trata de la metamorfosis del trabajo asalariado en Francia y en Europa, que fue publicado a mediados de la década de los '90 –es decir, 20 años atrás. La segunda contribución es la que rescatamos de su intervención en una sesión de discusión de trabajos sobre América Latina por parte de estudiantes de doctorado en Francia, unos dos años atrás. Aunque tal vez no logre brindar una idea cabal del aporte de Castel a la comprensión de las principales transformaciones del mundo del trabajo, espero al menos realizar un aporte sobre cómo podemos utilizar las herramientas de reflexión que él nos legara para hacer más comprensibles nuestra propia realidad, aquí en el Cono Sur.

Antes de continuar, quisiera brindar rápidamente una semblanza del sociólogo francés que falleció el 12 de marzo de 2013, a los 79 años en París. Algunos de sus biógrafos presentan una emotiva semblanza de su vida y trayectoria intelectual que nos gustaría resumir aquí:

Procedente de una familia obrera de Brest, en Bretaña, Robert Castel estaba destinado a ser un obrero especializado y, de

hecho, realizó estudios de formación profesional para convertirse en tornero ajustador. Tanto entonces, como hoy, los destinos sociales estaban muy vinculados a los orígenes sociales. El apoyo decidido de un maestro republicano (español) que sobrevivió al campo de Buchenwald y su familia le permitieron torcer su destino.

Robert Castel fue profesor agregado de filosofía en Lille, en donde estableció una estrecha amistad con Pierre Bourdieu. Fruto de esta amistad fue su entrada en el Centro de Sociología Europea y la edición y presentación, en la colección dirigida por Pierre Bourdieu en las Ediciones de Minuit, de *Razón y revolución* de Herbert Marcuse, y de *Internados* de Erving Goffman. Tras mayo del 68 fue, junto con Jean-Claude Passeron, fundador y director del Departamento de Sociología en la recién creada Universidad de París VIII en Vincennes. Allí, junto a Nicos Poulantzas, Michel Löwy, Jacques Donzelot, Daniel Defert, Bernard Conein, María Antonietta Macciocchi, Françoise Durox, Michel Meyer, y otros, ejerció durante años la docencia y la investigación (...) sobre la *sociología de las enfermedades mentales*, un campo hasta entonces muy poco explorado por los sociólogos, y en esos cursos participaron profesores invitados como David Cooper, Michel Foucault, Ramón García y Franco Basaglia.

En ese marco promovió (...) una alianza entre los sociólogos y los profesionales prácticos para (...) la creación de la *Red europea de alternativa a la psiquiatría* que (...) se movilizó por la aprobación en Italia de la Ley 180 que abolió los manicomios (...) Castel publicó en esta perspectiva libros importantes que desencadenaron vivos debates como *El psicoanálismo*, (subtitulado *El orden psicoanalítico y el poder*), así como *El orden psiquiátrico* y *La sociedad psiquiátrica avanzada: el modelo americano*. Tras la muerte de su compañera Françoise, psi-

quiatra comprometida en apoyo de los enfermos mentales, la obra sociológica de Robert Castel dio un giro para plantearse el retorno de *la cuestión social*, coincidiendo con los años de plomo de la ofensiva neoliberal.

Su obra más difundida *Las metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado* fue publicada en 1997 en Argentina; en ese libro realizó un análisis histórico del desarrollo del trabajo asalariado y de las protecciones sociales erigidas en torno al trabajo, de las cuales el Estado había devenido en garante de las mismas, a lo largo del siglo xx. En el Prólogo de ese libro Castel señalaba:

En estos tiempos de incertidumbre, en los que el pasado se oculta, y el futuro es indeterminado, teníamos que movilizar nuestra memoria para tratar de comprender el presente. (...) La situación actual está marcada por una conmoción que recientemente ha afectado a la condición salarial: el desempleo masivo y la precarización de las situaciones de trabajo, la inadecuación de los sistemas clásicos de protección para cubrir estos estados, la multiplicación de los individuos que ocupan en la sociedad una posición de supernumerarios (Castel, 1997).

El impacto de este libro fue enorme: colocaba las palabras que mejor describían los aspectos centrales de la experiencia que atravesábamos los argentinos en esa época. Era una de esas obras que trascendían el círculo estrecho de los especialistas y nos guiaba para entender un mundo que difería del que habíamos conocido hasta entonces. Sin embargo había una diferencia. El declive del trabajo asalariado que exponía el libro se refería a una persistente pero lenta evolución iniciada en Francia y otros países europeos en la segunda mitad de los '70, con la reestructuración económica aplicada en esos países como respuesta a la crisis originada en el incremento de los precios del petróleo dispuesta por la OPEP. Ese lento declive continuó en las décadas posteriores y perdura hasta hoy. El declive

del trabajo asalariado en Argentina fue, en cambio, abrupto. Si bien ese declive se había iniciado en una época similar, mediados de los '70 –aunque por razones diferentes a las europeas–, en el momento de la publicación del libro se había acelerado a causa de la multiplicación geométrica del desempleo en el contexto de la aplicación de la convertibilidad¹. Esto hacía que habláramos por entonces no de un *lento declive* sino de un verdadero colapso del mercado de trabajo, tanto más agudo porque su magnitud era inédita en nuestro país, y lo experimentábamos como un verdadero salto al abismo. Pero al final de cuentas experimentábamos efectivamente una *metamorfosis* de la *cuestión social* que se resumía en un profundo desempleo estructural y, más allá, en procesos de *desafiliación*, término que aludía muy certeramente a la desarticulación institucional de protecciones y garantías anteriormente asociadas con el trabajo asalariado.

A partir de entonces los cientistas sociales que nos dedicábamos a los estudios del trabajo en Argentina adoptamos ese libro como una referencia ineludible, al tiempo que los impulsores de políticas laborales extraían de sus conceptos el fundamento que las justificaba. Progresivamente hicimos nuestras las palabras de Castel y en cada una de sus cada vez más frecuentes visitas a Buenos Aires, fuimos conociendo sus estudios más recientes.

Como podrá apreciarse en estas reflexiones, resulta para mí difícil desvincular el análisis del estudio sobre la metamorfosis del asalariado, del impacto que produjo en Buenos Aires su traducción en 1995/1996 entre los investigadores del mercado de trabajo. Esto no siempre pasa: leer a Castel sin aplicar al mundo real las claves de comprensión que propone es difícil. En la Argentina de dos décadas atrás resultaba imposible leerlo sin referir la lectura a lo que estaba pasando en nuestra propia sociedad por entonces: la tasa de desocupación abierta había «saltado» de 6% a 18% en un año y medio –del 2do semestre de 1993 al 1er semestre de 1995–. En ese contexto Castel venía a decirnos que desde mediados de los '70 aproxima-

mente el status de protección social y garantías individuales y sociales alcanzado por la figura del asalariado en las sociedades industrializadas de occidente habían comenzado a debilitarse, y describía magistralmente tanto la constitución del status de asalariado a lo largo del siglo xx, como su lento declive y erosión hacia fines del siglo. En su análisis, algunos conceptos nos atraían fuertemente.

En primer lugar, situados en la fase del declive del status de asalariado, la noción de *desafiliación* reflejaba muy bien el proceso de desarticulación de la pertenencia a los diversos sistemas a los cuales se vinculaba la condición salarial: la protección de la salud, el sistema jubilatorio, las garantías específicamente laborales tales como la indemnización por despido, las jornadas de trabajo circunscriptas al límite de las 8 hs, las condiciones dignas de trabajo, etc. Esta era la gran novedad de la época, ya que a lo largo del siglo pasado y en particular luego de la segunda guerra mundial, se había registrado el fenómeno inverso, el de *afiliación*. Con posterioridad este proceso fue descrito con la noción de *precarización* laboral que aludía a fenómenos similares, aunque es tal vez una noción menos precisa que la propuesta por Castel. En verdad, en aquella época surgieron conceptos de este tipo en diversos países. Tal vez pueda incluirse aquí el surgimiento de la noción de *capital social*, tal como la formulaba Putnam en EEUU –aún cuando sus investigaciones de referencia incluían algunos países europeos, como Italia–. La noción de *capital social* para Putnam no debe entenderse con referencia a atributos individuales, como en la sociología de Pierre Bourdieu por ejemplo, que la utiliza para indicar justamente características diferenciadoras de individuos, como una propiedad o atributo del sujeto. En Putnam la noción de capital social designa un fenómeno estructural o de sistema: en su ejemplo original –estar o no federado en la liga de juego de *bowling*, en su artículo clásico *Bowling Alone*– es una propiedad de colectivo o de grupo. Y precisamente la idea de *desafiliación* en Castel tiene este sentido, el de indicar una propiedad, tendencia o proceso de orden social.

1 En mayo de 1995 la tasa de desocupación abierta del área metropolitana de Buenos Aires alcanzó 18,5% de la población económicamente activa, la más elevada que se hubiera registrado hasta entonces, y tres veces más elevada que la que se había registrado apenas un año y medio antes.

Tal vez convenga señalar otros rasgos de época, que aún perduran por cierto. La erosión de las garantías asociadas al status de asalariado a través de la *desafiliación*, reflejaba un fenómeno claramente perceptible en aquel entonces en Argentina. A diferencia de algunos otros países, el nuestro había alcanzado un desarrollo importante de las instituciones laborales y de los derechos asociados al status de trabajador asalariado, una condición que seguramente podía equipararse con la que alcanzaba en Uruguay, Brasil y Chile a comienzos de los '70. A través de una crisis económica signada por la hiperinflación, entre 1989 y 1991, y luego por la aplicación del Plan de Convertibilidad –basado en la equiparación 1 a 1 de la moneda local con el dólar–, la situación del mercado de trabajo se tornó catastrófica. Tal vez la diferencia central con la experiencia francesa era precisamente esa: mientras que Castel se autopercibía como un sociólogo limitado a *dar testimonio* –como le gustaba definir su rol intelectual– del *lento declive* del trabajo asalariado, en Argentina éramos testigos de un fuerte «derrumbe». Téngase en cuenta al respecto que durante 2001/2002, la caída fue brutal y arrastró el colapso institucional, financiero, político y socioeconómico.

Otro de los atractivos de la reflexión de Castel era la aplicación de la noción de *libertad negativa*: es un apunte teórico central para comprender desde la noción de *trabajo libre* de Marx hasta la precarización laboral contemporánea. Si efectivamente el *trabajo libre* supone la superación de los lazos de dependencia personal, y en este sentido un avance social por la vía contractual –en tanto supone sujetos sociales autónomos–, en condiciones de desafiliación la idea de *trabajo libre* se asocia con la pérdida de protecciones. Es importante este análisis porque previene de los enfoques que, basados en la noción de *capital humano*, postulan la figura de un trabajador que ofrece en el mercado un portafolio de habilidades, como si efectivamente en el mercado de trabajo se confrontaran «libremente» oferta y demanda de trabajo. Esta concepción viene a desconocer todo el edificio jurídico del derecho al trabajo en el siglo xx, un tipo de derecho que parte del reconocimiento de la asimetría

en el mercado de trabajo, de la ausencia de la igualdad y al mismo tiempo la función del derecho como compensador de esa desigualdad, sea tutelando al «débil» de la relación, el trabajador individual frente al capital, sea otorgando la posibilidad vía el derecho colectivo del trabajo a equiparar la potencia del capital a través de la contratación colectiva. La idea de un trabajador «libre» que contrata «libremente» condena al trabajador a una experiencia negativa de la libertad: es libre de aceptar salarios de hambre, jornadas prolongadas de trabajo, malas condiciones de trabajo, etc. Precisamente Castel venía a clarificar este punto articulando la tutela del trabajador y el reconocimiento como actor colectivo, en términos de la posibilidad de experimentar la dimensión positiva de la libertad, una idea de realización personal en el trabajo, diferente a la condición de explotación, sometimiento o subordinación.

En una de las últimas ocasiones en las que nos visitó² nos habló sobre «Las transformaciones del trabajo, de la producción social y de los riesgos en un período de incertidumbre». Indudablemente la profundización del declive del trabajo asalariado y su desarticulación de garantías y protecciones previsionales y sociales, está en la base de la erosión del Estado de Bienestar y la profundización de la crisis contemporánea en Francia y en varios países europeos, una crisis que ya no es sólo económica y política sino también social. Al punto que, en sus palabras, presenciamos actualmente el advenimiento de un *estado de inseguridad social* generalizado.

Conocemos el legado conceptual de Castel y su importancia para analizar la realidad de nuestra sociedad. No conocíamos, sin embargo, la incidencia que podría haber tenido su experiencia latinoamericana y, más directamente, argentina, en sus reflexiones. Por eso fue una verdadera sorpresa encontrar testimonios de esa presencia local en el texto de la conferencia que aquí tradujimos, sobre todo al comprobar que, lejos de autoafirmarse en una obra ya consagrada y definitiva, Robert Castel volvía a repensar su experiencia y a contrastarla con otras para comprender el rumbo del

2 Robert Castel disertó el 25 de agosto de 2010 en el Salón Islas Malvinas del MTEYSS, acompañado por el colega Guillermo Pérez Sosto que lo integrara en la cátedra Unesco de la Universidad Torcuato Di Tella y en las actividades de la Universidad Nacional de San Martín.

presente y del futuro. Y al mismo tiempo reclamaba de sus contemporáneos que observaran sin prejuicios la experiencia latinoamericana reciente ya no sólo para constatar, como en el pasado, en qué medida Europa podía verse reflejada en el espejo de nuestra experiencia sino, por el contrario, para atisbar rumbos nuevos de salida para la propia crisis francesa y europea. Vaya dicho esto no como un argumento auto celebratorio por un elogio que podríamos percibir en sus palabras hacia nuestra presente condición latinoamericana, sino como expresión admirativa frente a un hombre que hacia el final de su vida –su texto antecede apenas en un año y medio su fallecimiento– siguió interrogándose sobre el porvenir y buscando salidas progresistas para superar la dura crisis en la que está sumida buena parte de Europa.

Este núcleo de ideas era importante para abordar lo que considerábamos era la *cuestión social* central de la Argentina. Castel nos proporcionaba un diagnóstico preciso. Claro que en los últimos diez años emerge una clara diferencia de trayectoria entre Argentina y varios países de América del Sur, con el sendero seguido por Francia y varios países europeos como Italia, España, Portugal, Grecia. Llegamos aquí al punto donde encontramos esas reflexiones últimas de Castel que nos gustaría compartir con ustedes, en esta conferencia, y debe tenerse en cuenta que no se trata de un estudio específico sino de observaciones directas sobre la realidad europea y latinoamericana. Castel nos proporciona argumentos notables para situar y describir las asimetrías contemporáneas.

En primer lugar Castel nos señala que no basta establecer comparaciones referidas a cierta meta o ideal de desarrollo económico o institucional. Es indudable que si quisiéramos comparar por ejemplo nuestro nivel de vida, o de desarrollo científico, o de inversiones, con los europeos, seguramente los latinoamericanos saldríamos bastante mal parados. Pienso por ejemplo en la noción de *precariedad laboral*: es posible que dado el nivel de las protecciones frente al desempleo, lo que un francés definiría como *precariedad* sería para los argentinos una pretensión legítima de protección. Pero este

tipo de comparaciones estaría a fin de cuentas limitado a constatar lo que sabíamos de entrada: que el nivel alcanzado por Francia en materia de desarrollo económico, social, científico es muy superior a cualquiera de los países latinoamericanos. La observación de Castel es más profunda: nos dice que esta era una manera de reflexión tradicional de los europeos sobre América Latina, un grupo de países cuya meta deseable de desarrollo debería ser parecerse cada vez más a Francia, que les presentaba en espejo un futuro deseable. Esta comparación supone la de un país «avanzado» versus un país «atrasado». Bien, lo que señala precisamente Castel es que actualmente Francia en particular y Europa en general no están en condiciones de sostener este tipo de comparaciones porque lo que allá está en cuestión es, precisamente, el futuro. Precisamente en 2012 Castel presentó en Buenos Aires un libro sobre *El ascenso de las incertidumbres*: la lenta erosión del trabajo asalariado siguió en obra y sus efectos sociales y culturales negativos se reflejaron en la clausura de las certidumbres sobre el futuro.

En segundo lugar, lo que viene a señalarnos Castel es que deberíamos establecer las comparaciones en términos de trayectorias, de procesos y, en este sentido, sus viajes recientes a Argentina y Brasil le permitieron observar que, en este sentido dinámico, de comparación de dinámicas de movimientos, los países americanos ofrecían senderos que los europeos debían atender. Que era necesario para los europeos dejar de lado su previo enfoque *paternalista* y observar en cambio qué tipo de enseñanzas cabría extraer de nuestras experiencias recientes.

Al respecto, la experiencia reciente de Argentina difiere sustancialmente de aquella que había encontrado Castel a mediados de los '90. Y precisamente la expansión del trabajo asalariado, de las garantías asociadas al status de trabajador asalariado, podríamos decir de la creciente *reafluencia*, constituyen las tres dimensiones destacadas del desarrollo político y social de la Argentina de los últimos diez años. En primer lugar, en relación con el trabajo asalariado, luego de un extenso período de erosión de su presencia, ac-

tualmente constituye 76% de la Población Económicamente Activa (PEA) ocupada, una proporción más amplia aún que la que había alcanzado a mediados de los '70 y, por supuesto mucha más elevada que el 66% de la PEA que constituía en 2003. En segundo lugar, el grueso de este crecimiento del empleo asalariado corresponde a los registrados en el sistema de seguridad social, es decir que cuentan con aportes y contribuciones para su jubilación futura: dos tercios del total de asalariados actuales tienen cobertura previsional. En tercer lugar, esta masa de trabajadores con protección social constituye la base social sobre las cuales los sindicatos establecen su representación y negocian colectivamente sus ingresos: la *reafiliación* significa en este plano el incremento de la afiliación sindical y la expansión de la cobertura de la negociación colectiva. La diferencia con la Argentina de los '90 es enorme: aquella padecía el declive de los asalariados, el aumento del desempleo y de la protección social, el declive de la afiliación sindical y de la negociación colectiva.

En síntesis, siguiendo a Castel, lo que sería para nosotros esencial es asumir este reto de reflexionar sobre nuestras necesidades y, al mismo tiempo, proyectarnos de otra manera sobre el mundo. Para Argentina esto implica afirmar el sendero de desarrollo emprendido ya hace más de 10 años, asumiendo una serie de rupturas con los paradigmas previos que nos habían conducido a la crisis. En el plano macroeconómico esto implica asumir la necesidad de expandir el mercado interno y atender los requerimientos de una demanda creciente, al mismo tiempo que redistribuir ingresos de modo de garantizar el funcionamiento de este motor de la economía. Asimismo de encontrar la manera de expandir la industria. En el plano de la protección social el nuevo desarrollo implicó retornar al sistema de solidario de reparto y abandonar el esquema de la administración privada de los fondos de jubilación, que había mostrado claramente su fracaso en alcanzar la cobertura del universo de población, así como expandir la protección social a los diversos grupos étnicos. En el plano laboral, la expansión de los derechos de los trabajadores y sobre todo de sostener la negociación colectiva

como condición para elevar el salario real y la mejora progresiva de la distribución del ingreso. En el plano de la autonomía nacional fortalecer la propiedad estatal de los recursos naturales e incentivar la inversión pública. En el plano regional, promover la integración en el MERCOSUR y la UNASUR, y fortalecer la búsqueda de posiciones comunes para sostener en los diversos foros internacionales.

Bien, finalmente me gustaría señalar, retomando el reto sobre el futuro y las incertidumbres que hoy, la sociedad argentina, y posiblemente también la uruguaya, la brasileña y posiblemente también la paraguaya, presenta una densidad social e institucional muy diferente que la que ofrecía a mediados de los '90. Esta es una diferencia sustancial. Fortalecidos los sectores del trabajo, sindicatos y empresarios, y fundamentalmente fortalecido el Estado nacional y las instituciones regionales o, al menos, las aspiraciones a una mayor integración regional, posiblemente podamos mirar al futuro con menos incertidumbre que en el pasado, digamos, con una esperanza renovada.

BIBLIOGRAFÍA

- CASTEL, Robert (1992) *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*. Editorial Paidós. Buenos Aires.
- VARELA, J Y ÁLVAREZ (2013) «Robert Castel el sociólogo que diagnosticó el presente». Revista Teknokultura. Vol. 10 No 1, Madrid.

Pobreza fiscal, atraso y desigualdad. Ecuación de infortunio paraguayo

La situación de la fiscalidad en Paraguay y su vínculo con la desigualdad no constituye una excepción sino el extremo de una situación generalizada en el sub-continente. Los países de América Latina y El Caribe son los más desiguales del planeta y quienes tienen también la menor presión tributaria. Podríamos agregar otros males asociados a estos dos, mayor delincuencia, baja productividad y educación de mala calidad, que no serán el tema de esta exposición. Acá se busca presentar hechos resaltantes sobre esta situación fiscal del Paraguay, decirlo en cifras y, por otro lado conjeturar sobre su entorno institucional. Eso incluye conjeturar sobre posibles correlaciones de fuerza dentro del espacio público entre el ciudadano común y los más poderosos, que, según puede inferirse, mantienen un pacto de impunidad fiscal.

Una fórmula podría aventurarse, suerte de contrato de adscripción, ejercido, no pronunciado: la política tradicional está autorizada a fomentar una relación clientelista con la ciudadanía y a beneficiarse con la prebenda, mientras establezca y sostenga un paraíso fiscal. Este pacto tiene sus víctimas personales e impersonales. Personales, porque se perjudica en forma severa a la población más vulnerable. Impersonales, porque hay un inmenso lucro cesante que daña a todos y todas. La ciudadanía mayoritaria del Paraguay accede poco a los bienes públicos, al desarrollo jurídico, político, económico, social y cultural.

Sin la fiscalidad necesaria hay un déficit en inversión genuina y sostenible en infraestructuras; lo que genera un enorme déficit en

vías de transporte, provisión de energía; y, por otro lado, hay otro enorme déficit la inversión en la gente: educación, salud; urbanización, vivienda, seguros sociales. Resultado más negativo: el PIB del Paraguay es la mitad que el de América Latina. Su presión tributaria es la mitad que la del MERCOSUR ocho puntos menos que el promedio de América Latina, que es baja. A diferencia del subcontinente, que viene enfrentando con éxito temas de la desigualdad, el crecimiento económico, la disminución de la pobreza y la estabilidad democrática, el Paraguay presenta modestos avances.

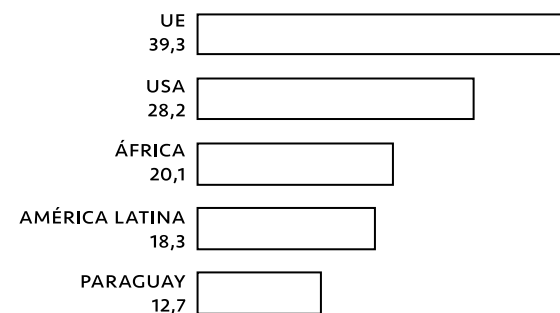
POCO ESPACIO FISCAL, INJUSTA DISTRIBUCIÓN DE LA CARGA

Entender el significado de la fiscalidad comienza con evaluar el monto de presión tributaria. En el año de derrocamiento de Fernando Lugo (2012), la presión tributaria estaba en 12,7% del Producto Interno Bruto. En esta fecha América Latina ya tenía un 18,3%; MERCOSUR 23,6%; África un 20,1 %; Estados Unidos un 28,2% y la Unión Europea un 39.3% (Tabla 1). La presión tributaria paraguaya era comparativamente muy pequeña.

Un trabajo realizado por un experto del Fondo Monetario Internacional, para en el año 2010, estimaba que la presión tributaria puede incrementarse hasta un 24%, esto es, alcanzar el nivel del MERCOSUR. Ese era su espacio, sin sacrificar el dinamismo económico (Varsano y otros, 2009).

TABLA 1

PRESIÓN TRIBUTARIA DEL PARAGUAY Y OTROS PAÍSES



Fuente: Gonzales & Martner (2012).

El monto relativo que deja esta contribución dice mucho. El monto absoluto también es significativo. Si Paraguay podía alcanzar un gasto social de 200 dólares por año por persona, Argentina tenía un gasto social de 2.000 dólares y Europa de 7.000 dólares. Es muy poco en términos absolutos lo que dispone el Estado para gastar en salud, educación, vivienda y seguridad social.

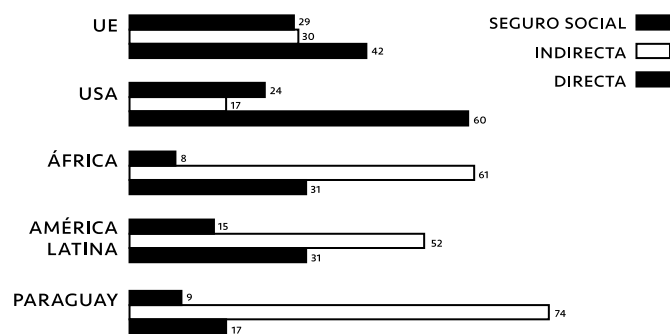
En tiempos de la dictadura, la presión tributaria era aún menor, cercana al 8%. Este micro ingreso tributario constituye un anacronismo irresuelto. Es el coeficiente fiscal que tenían los países capitalistas en la *belle époque*, entre fines del siglo XIX e inicios del XX, antes de la Primera Guerra Mundial (Piketty, T., 2013). Comparados con los países desarrollados, el Paraguay en el siglo XXI tiene un ingreso tributario propio del siglo XIX. Los países en desarrollo con el ingreso medio, como América Latina, le sobrepasan su fiscalidad.

FISCALIDAD Y DEFENSA DE LOS BIENES PÚBLICOS

El estudio del poco monto relativo y absoluto de la tributación debe ser complementado con otros puntos de vista. Ya que la fiscalidad es un termómetro de la justicia social vigente y una palanca de la voluntad de acción colectiva destinada al desarrollo. Acá los conceptos claves son *progresividad* y *regresividad*. Una tributación no solo recauda y genera recursos, también iguala los ingresos, compensa las desigualdades generadas en el mercado. Caso contrario, la carga fiscal resulta inequitativa. Un imperativo categórico es que el que más tenga contribuya más, y no sólo en monto sino en proporción a su ingreso y a sus gastos. Eso se logra con impuestos directos, aquellos que no pueden ser trasladados a terceros, como el impuesto al ingreso personal –y en parte a la ganancia empresarial– que lo paga el contribuyente sin poder hacer pagar la cuenta a terceros. En cambio, los impuestos indirectos pueden ser trasladados. Un ejemplo: el comerciante traslada el IVA –Impuesto al Valor Agregado– al precio del producto que vende, hace pagar esta cuenta a su clientela, el consumidor final.

TABLA 2

TRIBUTACIÓN DIRECTA, INDIRECTA Y SEGURO SOCIAL



Fuente: Gonzales & Martner (2012)

En Paraguay, el predominio del impuesto indirecto es desproporcionadamente alto. Estos impuestos regresivos, conforman en Paraguay el 74% de las contribuciones. En América Latina se elevan a un 52%; en África, a un 61%; en Europa son un 30% y en USA solo un 17% (Tabla 2). Basar la fiscalidad sobre estas contribuciones indirectas genera una regresividad lamentable. La ciudadanía paraguaya del decil más rico paga el 4% de su ingreso en impuestos. La del decil más pobre, paga un 18% de sus ingresos en estos impuestos (Rodríguez, 2011). No resulta sorprendente, por ello, que la imposición no tenga en Paraguay un efecto de redistribución del ingreso. Que no corrija la desigualdad, sino al contrario. Después de impuestos en Paraguay, aumenta la desigualdad de la distribución de los ingresos.

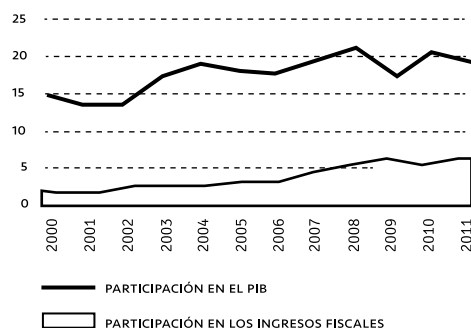
En las condiciones actuales, mientras los impuestos a las empresas y a las personas sean tan pequeños, el aumento del IVA y los impuestos a la importación no debería tener prioridad, sí el aumento de los impuestos directos. En particular el impuesto directo al sector agrícola. El sector agro exportador, el más dinámico, genera hoy cerca del 20% del PIB. Paga un 0,5% del PIB en impuestos, eso es cercano a un 5% de los tributos; cuando, en promedio, el contribuyente paga el 12% del PIB per cápita en impuestos (Tabla 3).

Para hacer comparaciones sobre la igualdad entre América Latina y otras regiones, resulta una buena medida el coeficiente de Gini, una medida que varía entre la máxima igualdad (cero) y la máxima desigualdad (uno). El Gini de Latino América está cercano al 0,50; mientras que, el europeo cercano al 0,30. Esto es después de cobrar los impuestos y efectuar las transferencias. Pero esta diferencia no es muy grande antes de impuestos y transferencias. Tanto Europa como América Latina se encuentran entre 0,50 y 0,40 de Gini. La diferencia se da no a nivel de mercado, sino después de la intervención del Estado (Tablas 4 y 5). Por ejemplo, Reino Unido tiene un Gini mayor que 0,50 antes de impuestos y transferencias, parecido a América Latina; es después de impuestos y transferencias que se acerca a ese 0,30, como la E.U. (Tabla IV). La desigualdad despro-

porcionada entonces es simplemente, y nada menos que una omisión del Estado. Aunque esa omisión del Estado no es un destino, es un proyecto montado sobre sólidos intereses de aquellos a quienes les hace bien no pagar impuestos, y que se creen que la avaricia y la codicia es rentable en el largo plazo y en forma generalizada. Aunque ganarían mucho más dinero y mucha más humanidad emulando a los empresarios de los países desarrollados.

TABLA 3

PARTICIPACIÓN DE LOS INGRESOS FISCALES AGRÍCOLAS VERSOS PARTICIPACIÓN EN EL PIB



Fuentes: Banco Mundial, 2014.

Los esfuerzos de América Latina en los últimos años son dignos de ser considerados. Por ejemplo, Argentina y Uruguay han reducido drásticamente el Gini final, desde niveles superiores al 0,50 a niveles inferiores al 0,40. El Paraguay no baja del 0,47.

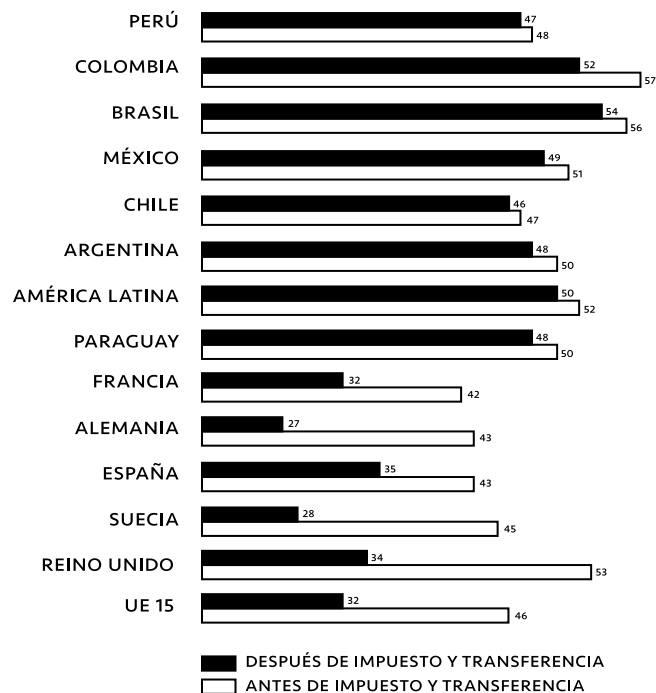
EL COMBATE POR LA FISCALIDAD JUSTA

Algunas anécdotas pueden darnos pistas de la lucha contra la fiscalidad en general y contra la fiscalidad justa que libran los empresarios a través de sus buffet de abogados y políticos amigos. El Paraguay tiene una concentración de la tierra que es la peor del mundo. A inicios del siglo su Gini 0,86 con tendencia a aumentar. Unos 20 mil propietarios poseen casi toda la tierra. Los pagos de impuestos inmobiliarios son insignificantes. En muchos casos de 0.25 centavos de dólares por hectárea y por año (Atlas estadístico, 2003). Como exportan, no pagan IVA, y tenían exoneración de impuestos para todo producto vegetal o animal vivo que vendieran localmente. El impuesto a la renta de la empresa no recauda casi nada (antes IMAGRO, hoy IRAGRO). Ese es sin duda el sector empresarial más poderoso. La feria anual de la Asociación Rural del Paraguay, la «EXPO» es la más concurrida fiesta nacional. Convoca a millares de personas. Cuando en el 2004 hubo una grave crisis fiscal, el gobierno y en particular el Ministerio de Hacienda llamó a los empresarios. Le propusieron un trato. El impuesto a la renta de la empresa era de 30%, pero casi todos lo evadían. Se les propuso reducirlo a 10% con tal que paguen un inocuo impuesto a la renta, 10% sobre el excedente no gastado. Ellos aceptaron el trato. Pero el parlamento entre el 2004 y el 2011, postergó la aplicación del tributo al impuesto a la renta, aunque después de beneficiarse con la disminución del impuesto a la ganancia de las empresas. Cuando los colorados (Partido Asociación Nacional Republicana) propusieron el impuesto, los liberales (Partido Liberal Radical Auténtico) se oponían. Cuando los liberales fueron los proponentes, se opuso la oposición colorada. Antes de serlo, el actual presidente Horacio Cartes desbloqueó la oposición parlamentaria. Siete años después de aprobarse, pudo implementarse la ley. Se supone que casi no recaudará. Buscaba sobre todo establecer el concepto de impuesto directo sobre las personas y blanquear la economía. Pero el mismo Cartes, después de ser electo vetó leyes que habrían gravado las exportaciones de

grano y carnes. En su lugar emite bonos con el objeto de disponer recursos monetarios para el Estado.

TABLA 4

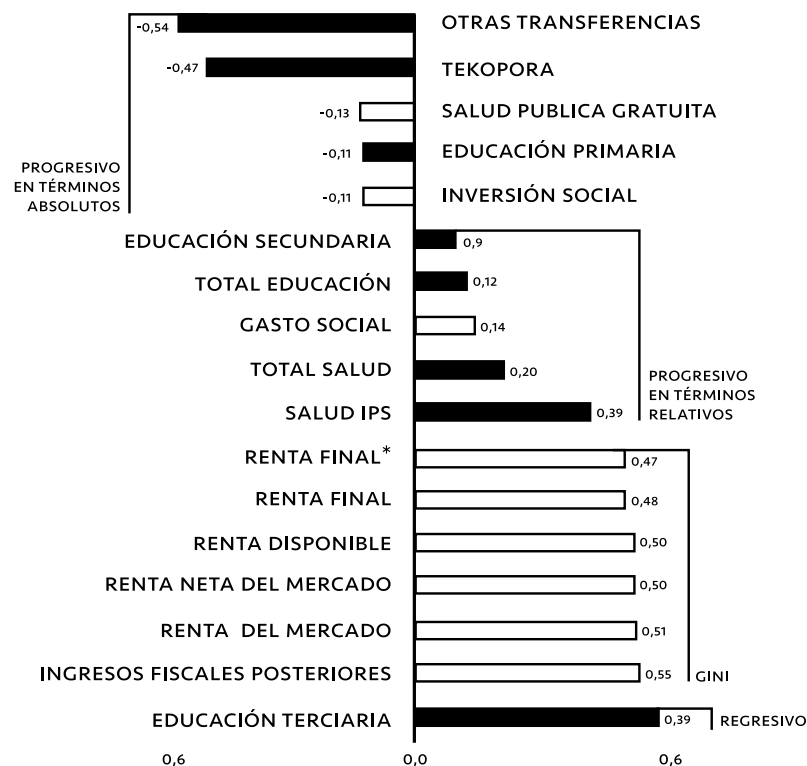
DISTRIBUCIÓN DEL INGRESO (GINI) ANTES Y DESPUÉS DE IMPUESTOS Y TRANSFERENCIAS



La prensa está llena de una propaganda que dice que, en realidad, el impuesto en Paraguay es muy alto, el Estado es enorme y que hay que achicarlo. Que toda política social es innecesaria e inconducente. La función del Estado es apoyar a la «gente que trabaja», o sea, a los propietarios. El Paraguay quiere atraer inversiones como país «barato», esto es como paraíso fiscal. Naturalmente que ese paraíso no lo es para la inmensa mayoría, para ella no llega el paraíso, sino sus costos.

TABLA 5

COEFICIENTES DE CONCENTRACIÓN DE CATEGORÍAS DEL GASTO PÚBLICO EN PARAGUAY (2010)



No hay que pensar que esa lucha contra la tributación sea un litigio exclusivamente paraguay, latinoamericano o tercer mundista. La lucha por o contra la tributación es mundial. Desde la derrota del mundo socialista, que había decidido expropiar a los empresarios, la izquierda se reconcilió con la empresa y el mercado, pero, bajo ciertas condiciones de justicia mínima necesaria, posible y compatible con el desarrollo sostenido y la sostenibilidad ecológica. La

derecha puja por el Estado mínimo, o sea por la acumulación privada sin límites de los empresarios. Es el neoliberalismo. El *Tea Party* en Estados Unidos no defiende en las ideas nada muy distinto a lo que defiende la derecha paraguaya (y latinoamericana). Aunque dismantelar un Estado desarrollado, como el de USA, con 30% de presión tributaria; o, abortar el Estado menesteroso como el del Paraguay, con un PIB sur sahariano, con 12% de presión tributaria, cumple funciones diferentes. Y, en Paraguay fueron más las derrotas que las victorias, mientras que en los países industriales, ocurrió lo contrario (Acemoglu, Johnson & Robinson, 2000; Stiglitz, 2012).

BIBLIOGRAFÍA

- ACEMOGLU, D., JOHNSON, S., & ROBINSON, J. A. (2000). *The colonial origins of comparative development: an empirical investigation* (No. w7771). National bureau of economic research.
- ATLAS ESTADÍSTICO INDH (2003), no publicado.
- BANCO MUNDIAL (2014) *Revisión del Gasto público en el Paraguay*.
- CENTRÁNGOLO, O. (2011) «La reforma tributaria en los estados modernos», Ponencia presentada en Seminario, Unión Europea, Ministerio de Hacienda. <http://bit.ly/ly81z8>.
- GIUGALE, H. (2011) «La nueva Agenda de Oportunidad Humana». En Paraguay Ministerio de Hacienda, *Construyendo la agenda de mediano y largo plazo del Paraguay en su Bicentenario*. Asunción.
- GONZÁLEZ, I., & MARTNER, R. (2012). *Superando el «síndrome del casillero vacío»*. *Determinantes de la distribución del ingreso en América Latina*. Revista CEPAL, (108).
- LUSTIG, N., HIGGINS, RAMIREZ J., & SWANSON, B. (2012). *Social Spending, Taxes and Income Redistribution in Paraguay*. Background paper prepared for the Paraguay PER.
- PIKETTY, T. (2013). *Le capital au xxie siècle*. Seuil.
- RODRÍGUEZ, J-C, (2011) *Análisis de Sistema Tributario en el Paraguay y Potencial de Recaudación*, Asunción, Oxfam, Decidamos, CDE, UE.
- STIGLITZ, E. (2012) *El Precio de la Desigualdad*, Buenos Aires, Taurus.
- VARSANO, R., FERNOCHIETTO R., & AGOSTINI, C. (2009) «Diagnóstico del Sistema Impositivo Vigente en 2008» FMI. Mimeo.

Cuestión social, vulnerabilidad y exclusión: una mirada desde la colonialidad

En correspondencia con el propósito de este encuentro homenaje a Robert Castel, cual es reflexionar sobre los retos y desafíos que nos imponen las transformaciones en el orden global imperante para nuestra región, este texto tiene como objetivo dar una mirada desde la dimensión colonial a conceptos tales como cuestión social, vulnerabilidad, precariedad, desafiliación y exclusión elaborados por este autor. La finalidad es hacer visible no solo cuáles pueden ser las potencialidades y limitaciones de la aplicación de estos conceptos en los lugares periféricos del orden mundial, sino, sobre todo, cómo pueden pensarse desde estos lugares, específicamente el nuestro, América Latina.

Sin lugar a dudas, Robert Castel se encuentra entre los pensadores más importantes de nuestra época. Uno de los aportes fundamentales de su amplia obra es haber hecho visible las diversas formas cómo las transformaciones del capitalismo, hoy en curso, están incidiendo en la vida cotidiana de los individuos. Su construcción teórica, acompañada de una rica elaboración de herramientas conceptuales –tales como, *cuestión social, propiedad social, vulnerabilidad, desafiliación*, por mencionar sólo algunos– son herramientas con una gran potencialidad para analizar y reflexionar sobre la compleja, estrecha e indisoluble articulación existente entre la arremetida de la lógica mercantil, que caracteriza nuestro tiempo, y la disminución de los espacios de derechos que los individuos han alcanzado históricamente. Tal como el autor nos deja ver, la dirección que ha tomado el modelo capitalista a partir de la década de los setenta

del siglo xx, más que propiciar y solidificar espacio de seguridad para las personas, parece caracterizarse por un período histórico en el cual las zonas de vulnerabilidad están en plena expansión. Así, nos encontramos frente a un futuro incierto marcado por el *ascenso de las incertidumbres*.

Dado que uno de los propósitos de este encuentro es reflexionar sobre los retos y desafíos que nos impone las transformaciones en el orden global imperante para nuestra región, es de suma utilidad darle una mirada desde la *dimensión colonial* a conceptos tales como *cuestión social*, *vulnerabilidad*, *precariedad*, *desafiliación*, *exclusión*. La finalidad es hacer visible no sólo cuáles pueden ser las potencialidades y limitaciones de la aplicación de estos conceptos en los lugares periféricos del orden mundial, sino sobre todo cómo pueden pensarse desde estos lugares, específicamente el nuestro, América Latina.

Siendo un elemento central del enfoque de Castel la estrecha relación que se entreteje entre la *cuestión social* y las diversas situaciones en las que puede encontrarse un individuo, a saber, *vulnerabilidad*, *precariedad*, *desafiliación*, etc., será necesario realizar dos movimientos: uno, hacer visible cuál es el contexto geopolítico sobre el cual se define la *cuestión social*, así como, cuál es el sujeto que se desprende de dicha definición. En segundo lugar, es importante preguntarse sobre las consecuencias analíticas que se desprende de dicha contextualización para entender lo que ocurre en lugares diferentes a los de su producción. En este sentido, la genealogía del individuo que presenta Castel, en su texto: *Conclusión. El desafío de convertirse en un individuo: bosquejo de una genealogía del individuo hipermoderno* (2010), será de gran utilidad.

LA CUESTIÓN SOCIAL: TRABAJO Y VULNERABILIDAD

La noción de trabajo es uno de los núcleos a través de los cuales se va entretejiendo la perspectiva de este autor. El trabajo es asumido como el epicentro de la *cuestión social*, puesto que una relación estable o no con el trabajo supone o bien la posibilidad de integración social de los individuos o, por el contrario, impiden su acceso a lo social, produciéndose entonces zonas de vulnerabilidad –que el autor define de manera diferente, tales como, *precariedad*, *desafiliación*, *marginalidad*, *exclusión*, por mencionar sólo algunas–, dependiendo de los diversos grados de dificultad que el individuo pueda establecer con el empleo y por tanto con su participación en lo social. Señala al respecto:

(...) el trabajo constituye el epicentro de la cuestión social. Para decirlo de una manera extremadamente simplificada, una relación estable con el trabajo bajo la forma del estatuto del empleo ofrece el basamento para una integración a la sociedad, mientras que relaciones desdichadas con el trabajo como la desocupación y la instalación en la precariedad vuelven a poner en entre dicho o impiden el acceso a las condiciones requeridas para tener un lugar en la sociedad y ser reconocido como un individuo con todas sus ventajas y derechos (Castel, 2010:41).

Este es un punto fundamental de su propuesta, ya que, si bien no niega que las transformaciones en otros ámbitos incidan en la vida social, considera que las relaciones con el trabajo repercuten de forma especial en otras esferas de lo social. Desde su perspectiva, el trabajo es lo que posibilita la integración del individuo a la sociedad y el reconocimiento de sus derechos¹. De este modo, las transformaciones históricas que se producen en las formas de rela-

¹ En sus palabras: «Esta posición no apunta a subestimar la importancia ni la especificidad de las transformaciones que se produjeron simultáneamente en otros sectores de la vida social, y a decir verdad en casi todos, desde la familia hasta las principales instituciones sociales [...] Pero mi hipótesis es que la onda de choque que nace del epicentro del trabajo repercute en las diferentes esferas de la existencia social, donde produce efectos diferenciales multiplicados en una formación social que se vuelve cada vez más una *sociedad de individuos* (Castel, 2010: 41).

cionarse con el trabajo, o en el ámbito del trabajo, tal como las que se están produciendo actualmente, tienen una incidencia directa en la vida de las personas.

A partir de esta relación entre trabajo y, por ende, el acceso a lo social –en otras palabras, la *cuestión social*–, Castel diferencia diversas zonas de organización o de cohesión social². Así, el concepto de *precariedad* se refiere a relaciones no estables con el trabajo, sería la contraparte del pleno empleo y, por tanto, generadoras de fragilidad social, es el tipo de *vulnerabilidad* que se encuentra en la zona intermedia de tal *continuum* (Castel, 2010). Mientras que la *desafiliación* y la *marginalidad* forman parte del extremo opuesto de la integración, en tanto parte de la exclusión, son situaciones más graves y delicadas. La primera, *desafiliación*, abarca aquellas situaciones de ruptura con el compromiso social, una desconexión respecto a las regulaciones a través de las cuales se produce y reproduce la vida social (Castel, 2010). La *marginalidad* serían aquellas formas de existencia que se alejan de los valores dominantes. Asimismo, aunque considera que la exclusión es un término que debe ser usado con cuidado, diferencia a su vez diversos tipos de exclusión, como la supresión completa, los guetos y la coexistencia restringida (Castel, 2010).

Hay dos elementos que hacen de esta conceptualización una herramienta sumamente útil para dar cuenta de las diversas situaciones sociales a las que están expuestas o se encuentran los individuos. En primer lugar, permite ver que el espacio de no integración no es un campo homogéneo compuesto por todos aquellos que quedan al margen de lo social, sino que, por el contrario, se trata de un *continuum* sobre el cual es posible localizar situaciones heterogéneas.

2 Al respecto señala: «Esquemmatizando mucho se podrían distinguir tres zonas de organización o cohesión social: una zona de integración, una zona de vulnerabilidad (que es una zona de turbulencias caracterizada por la precariedad en relación al trabajo y por una fragilidad de soportes relacionales) y una zona de exclusión (de gran marginalidad, de desafiliación en la que se mueven los más desfavorecidos). Pues, si bien, una característica de la coyuntura actual estriba en lo que yo denominaría la ascensión de la vulnerabilidad» (Castel, 1995). En textos posteriores considera que los cambios que se están produciendo no son sólo coyunturales, por ejemplo, (Castel, 2010).

En segundo término, el carácter dinámico que el autor imprime entre estas tres zonas. Esto significa que los individuos, dependiendo de diversos factores, pueden movilizarse de un extremo a otro. Esta noción de la vulnerabilidad como proceso es fundamental, puesto que permite ver la forma cómo los cambios que se están produciendo en el ámbito del trabajo, a partir de las transformaciones actuales del capitalismo, incide en la vida de la gente. Cada vez más personas se encuentran en situación de *vulnerabilidad*, *precariedad* o *desafiliación*. Ahora bien, en términos geopolíticos, vale preguntarse ¿Cuál es el sujeto, el individuo que está expuesto a estas situaciones?

HACIA UNA GENEALOGÍA DEL INDIVIDUO: MODERNIDAD Y TRABAJO

En su genealogía del individuo³, Castel presenta un recorrido sobre la emergencia de esta figura y sus transformaciones por medio de los diversos soportes que históricamente han posibilitado su condición de existencia. Para hacerlo establece una interesante articulación entre la figura del individuo y nociones como: *trabajo*, *modernidad*, *ciudadano* y *Estado-nación*. Esto le permite mostrar cómo las diversas configuraciones que se han producido entre estos factores a través del tiempo han aumentado o reducido los espacios de *vulnerabilidad* a los que han estado o están expuestas las personas⁴.

Tal perspectiva le permite establecer cuatro momentos diferentes en ese recorrido: lo que denomina, la *Prehistoria del individuo*

3 En relación con la noción de individuo, señala el autor: «El individuo no es una sustancia caída del cielo equipada con todas las capacidades necesarias para realizarse» (Castel, 2010: 304), por lo tanto, agrega que es necesario realizar una «(...) historia, o genealogía de sus soportes» (Castel, 2010: 305), podríamos decir, de sus condiciones de existencia. Para esto, se plantea tres preguntas: ¿Cuándo comienza la historia del individuo?, ¿cuáles son sus transformaciones? y, por último, ¿cuáles son las figuras actuales del individuo moderno, o que le denomina hipermoderno? (Castel, 2010: 305-306).

4 Metodológicamente se acerca a esta problemática a través de lo que denomina «historia del presente», se pregunta «(...) ¿qué significa hacer la historia del presente, hacer genealogía del presente?» (Castel, 2007a:1). Al respecto señala: «(...) El presente no es únicamente lo contemporáneo, el presente es un efecto heredado, es el resultado de toda una serie de transformaciones que es preciso reconstruir para poder captar lo que hay de inédito en la actualidad. Es ésta una postura que comparto totalmente y no me plantea ningún problema aceptarla como algo que forma parte de la ortodoxia foucaultiana (Castel, 2007a:1).

– periodo que transcurre hasta la ruptura que se produce en la episteme occidental entre los siglos XVIII y XIX⁵, la *Primera Modernidad o modernidad liberal* restringida –que abarca hasta la segunda posguerra–, la *Segunda Modernidad o modernidad organizada* –que termina con las transformaciones del capitalismo que han tenido lugar a partir de la década los setenta del siglo XX– y, por último, se refiere a las dos figuras del individuo que se están generando a partir de dichas transformaciones: lo que denomina *el individuo por exceso* y *el individuo por defecto*.

Dicha periodización se sustenta, *grosso modo*, en las siguientes transformaciones. Durante lo que denomina el primer momento, *la prehistoria*, el soporte del individuo fue religioso, es decir, se sustentó en su relación con Dios (Castel, 2010: 307), pero dado que el Reino de Dios no es de este mundo, se trata de un «individuo fuera del mundo» (Castel, 2010: 305). Quizás por eso se trata de una prehistoria y no de una historia, propiamente dicha, del individuo. En cuanto a las relaciones entre los diversos actores que forman parte la estructura de control y explotación del trabajo, éstas son inconmensurables entre sí: amo/ esclavo, siervo/señor (Castel, 2010: 18-19)⁶.

Robert Castel considera que el valor fundamental de la modernidad se sustenta en «(...) la figura del individuo libre y responsable» (Castel, 2010: 303), figura que marca lo que denomina *Primera Modernidad o modernidad liberal* restringida. Esta noción de individuo se constituye sobre la propiedad y la ciudadanía (Castel, 2010: 310-311) y, al constituirse configura su contraparte, su alteridad: los no

5 Siguiendo a Michel Foucault, entre los siglos XVIII al XIX se produce una ruptura en la episteme occidental, y con ella el advenimiento de la modernidad. En sus palabras: «(...) esta investigación arqueológica muestra dos grandes discontinuidades en la episteme de la cultura occidental: aquella con la que se inaugura la época clásica (hacia mediados del XVIII) y aquella que, a principios del XIX, señala el umbral de nuestra modernidad. El orden, a partir del cual pensamos, no tiene el mismo modo de ser que el de los clásicos. (...) al nivel de la arqueología se ve que el sistema de positividades ha cambiado de manera total al pasar del siglo XVIII al XIX. No se trata de que la razón haya hecho progresos, sino de que el modo de ser de las cosas y el orden que, al repartirlas, las ofrece al saber se ha alterado profundamente» (Foucault, 2005: 7-8). «En este umbral apareció por primera vez esa extraña figura del saber que llamamos el hombre y que ha abierto un espacio propio a las ciencias humanas» (Foucault, 2005: 9-10).

6 Agrega: «(...) el reconocimiento del individuo pasó por su participación en un orden trascendente. Fue la religión, y para la tradición occidental el monoteísmo judeocristiano, la primera en conceptualizar esta concepción del individuo dotado de valor esencial» (Castel, 2010: 307).

propietarios, los no ciudadanos, por tanto, los no individuos, destinados por su condición a estar al margen de la *cuestión social*. Ellos son: «(...) los jornaleros, los peones, la *gente de trabajo de brazos*, la muchedumbre de los miserables que sobreviven *a salto de mata* [...] los mendigos y los vagabundos» (Castel, 2010: 311), quienes, precisamente, por su condición de no individuos –no ciudadanos–, no requieren protección alguna.

Con la *Segunda Modernidad o modernidad organizada* se generan varias transformaciones importantes en el ámbito del trabajo, las que –siguiendo el argumento del autor– inciden en los otros ámbitos de la vida social. Una de las transformaciones fundamentales de este momento es que se produce un desplazamiento de la propiedad privada hacia la ciudadanía social. Surge así, la *sociedad salarial*⁷ y, junto a ella, la *propiedad social*⁸ la cual posibilitó la adquisición de ciudadanía política y social a los individuos que no estaban protegidos por la propiedad privada.

A su vez, tal sistema de protecciones genera dos aspectos más, importantes de resaltar. Por un lado, se deshace la relación contractual entre amo/siervo, patrón/empleo y se sustituye por un continuo de posiciones salariales diferentes pero estructuralmente relacionadas entre sí (Castel, 2010: 19). Por otro lado, se produce una desindividualización del individuo, pues, tales protecciones se sustentan en lo colectivo.⁹ Por último, el Estado aparece como me-

7 Señala el autor: «Se pudo hablar de *sociedad salarial* a partir del momento en que las prerrogativas relacionadas en principio con el trabajo asalariado habían llegado a cubrir contra los principales riesgos sociales, más allá de los trabajadores y sus familias, a los no asalariados y hasta casi la totalidad de los pasivos. Este es el núcleo del *compromiso social* que culmina a comienzos de los años setenta: cierto equilibrio, indiscutiblemente conflictivo y frágil, entre lo económico y lo social, vale decir, entre el respeto de las condiciones necesarias para producir las riquezas y la exigencia de proteger a aquellos que las producen» (Castel, 2010: 77).

8 En sus palabras: «(...) vincular protecciones al trabajo mismo. Se puede llamar propiedad social a esas nuevas garantías asociadas con la condición salarial. A falta de ser un propietario de bienes, el trabajador se vuelve un propietario de derechos [...] Se trata precisamente de una forma inédita de propiedad que se inscribe en el espacio de una falta, la falta de la propiedad privada. Consiste en un basamento de derechos y acceso a servicios no mercantiles que van a funcionar como un equivalente de la propiedad privada para garantizar a esos trabajadores un mínimo de seguridad y de protecciones «esencial para todo ciudadano» (Castel, 2010: 313-314).

9 Señala al respecto: «(...) si existen convenciones colectivas, el empleado ya no está solo frente al patrón. Puede apoyarse en reglas previas que fueron colectivamente negociadas y tienen fuerza de ley. Es el colectivo el que protege al individuo que no está protegido por la propiedad» (Castel, 2010: 314).

diador entre derechos de trabajadores y el capital. Le corresponde al Estado garantizar las protecciones de los individuos.

En la última etapa de este recorrido, Castel trata de dar cuenta de las transformaciones que se vienen produciendo desde la década de los setenta del siglo xx, lo que en algunos contextos se ha denominado *capitalismo post-industrial*. En relación con este periodo, en el cual nos encontramos, señala que no se trata de la desaparición del trabajo, sino que debido a la expansión de la lógica mercantil –la cual va acompañada de una reducción de la participación del Estado en el ámbito financiero– genera una disminución de las protecciones y un concomitantemente aumento de los riesgos y la vulnerabilidad de los individuos.

De este modo se produce un retroceso de la propiedad social y una tendencia hacia lo que denomina *sociedad de individuos*, caracterizada por la reindividualización y la descolectivación. Para el autor, en este contexto emerge una nueva figura del individuo, lo que denomina, el *individuo hipermoderno*, el cual se despliega en dos perfiles diferentes: *individuos por exceso* e *individuos por defecto*. En sus palabras:

Debido a estas transformaciones, la exhortación a ser un individuo se generaliza. Pero puede asumir significaciones diferentes y, en última instancia, opuestas. Algunos individuos salen a flote muy bien frente a estas nuevas exigencias, maximizan sus posibilidades y se vuelven hipercompetitivos. Son los ganadores de estas transformaciones. Precisamente en su éxito descansa el discurso gerencial, o más ampliamente neoliberal dominante, que celebra el espíritu de empresa y los desempeños del individuo *liberado* de la pesadez de los reglamentos y los frenos que imponen los controles burocráticos, jurídicos y estatales (Castel, 2010: 25).

Estos son los *individuos por exceso*. Sin embargo, muestra la otra cara, el lado oscuro de esta construcción, los *individuos por defecto*. Afirma al respecto:

Estos discursos celebratorios implican un no dicho. Dejan de lado la suerte reservada a otras categorías de individuos igualmente comprometidos con el remolino del cambio, pero que son impotentes para dominarlo. No porque se trate de una incapacidad congénita. Por lo general no fueron formados para hacerlo, ni acompañados para llevarlo a buen puerto. Carecen de los «capitales», en el sentido de Bourdieu, o de los soportes o los recursos de base, como se quiera llamar a esas condiciones requeridas para hacer frente positivamente a la novedad. Son así amenazados de invalidación social, ya sea porque se desconectan de los soportes colectivos que les procuraban las condiciones de base de su independencia social (por ejemplo, el desocupado de larga duración), o porque no logran inscribirse (por ejemplo, el joven en busca de empleo que «suda la gota gorda» asociando de manera más o menos acrobática un poco de ayuda social, un poco de ayuda familiar, algunos trabajitos, e incluso los recursos de la economía paralela) (Castel, 2010: 25-26).

Si articulamos este bosquejo de una genealogía del individuo con el *continuum* de la *vulnerabilidad*, podemos ver claramente, que se trata de un recorrido histórico en el que desde la Primera de la Modernidad hasta la década de los setenta del Siglo xx se produce un aumento de la *integración* y una reducción de la *vulnerabilidad*. Esto es el resultado de la adquisición de derechos del individuo asociados a la construcción de diversos tipos de protecciones en torno al trabajo. Por lo tanto, se trata de las transformaciones que se han producido en la *cuestión social*.

De este modo, lo característico de los cambios actuales es precisamente que pareciera que nos encontramos ante un «retroceso» de estos derechos que los individuos han conseguido, no fácilmente, a través de largos años. Sin lugar a dudas, el embate de la lógica mercantil está produciendo cambios en la vida cotidiana de la gente afectando de manera profunda e irreversible las posibilidades de la vida de las personas.

En este sentido, la genealogía que nos propone es una clara invitación para pensar en los posibles futuros del mundo global, ¿qué podemos o debemos construir?, a partir de las enseñanzas que podemos extraer del pasado que aún se despliegan sobre nuestro presente. Pero también –tal como parte su título lo indica, *el desafío de convertirse en individuo*–, nos obliga a pensar cómo tales transformaciones impactan en esta parte del mundo, es decir, en estas regiones periféricas del orden mundial imperante en las que nos ha tocado vivir.

Si nos detenemos en este último punto, hay un elemento que inmediatamente se hace visible: el contexto geopolítico sobre el cual se construye este recorrido histórico se da por descontado. Si éste se hace visible, puede decirse que tal historia está concebida en Europa y desde Europa. De este modo, pareciera que las diversas figuras del individuo que emergen así como sus relaciones con el trabajo se encuentran espacial y temporalmente localizadas, por lo tanto, se trata de la forma cómo se ha constituido y transformado la *cuestión social* en lugar geopolítico específico.

Quizás, las siguientes afirmaciones de Robert Castel en una conferencia¹⁰ sean ilustradoras. Ahí señaló lo siguiente:

Agrego una cosa antes de comenzar, para apoyar mi razonamiento estaré obligado a referirme a datos tomados de la situación francesa o europea. Simplemente porque –por desgracia– yo no conozco de cerca la situación argentina para poder partir de ella. No olvido de todos modos que estoy en la Argentina y que, en relación con la situación que voy a describir, somos en Europa todavía muy privilegiados, sin dudas la situación es mucho más grave aquí.

Pero no presento la situación francesa como modelo, sino más bien como un caso específico en una configuración más general en la cual la Argentina podría tener su lugar. Porque

si, en efecto, existe la mundialización eso significa que tanto en Francia como en la Argentina estamos atravesados por las mismas tensiones y contradicciones, aunque en ciertos países esas contradicciones estén mejor controladas como es sin duda el caso Europeo, en tanto que en otro como la Argentina han tenido efectos gravísimos. Lo que propongo también, entonces, es una comparación entre Francia y Argentina. Aunque es muy ambicioso, la mirada que estoy obligado a dar, a partir de la situación europea, podría ayudar, y así lo espero, a comprender por diferencia lo que ocurre aquí en Argentina y espero también que podamos discutir sobre eso (Castel, 2007b).

Siguiendo sus palabras, este texto es un esfuerzo por aportar en la dirección propuesta por el autor, tratar de comprender de qué modo tales transformaciones, producto de la *mundialización*, han impactado de forma diferente a diversos lugares del mundo. Vale preguntarse entonces: ¿Cuál puede ser la contribución de una reflexión construida desde América Latina para los complejos retos y desafíos tanto globales, regionales y locales que nos impone el presente?, ¿cuál podría ser su aporte en la construcción de los futuros posibles?

10 Esta conferencia se dictó el 19 de septiembre de 2006, en el salón de Actos de la Facultad de Ciencias Exactas, Ingeniería y Agrimensura de U.N.R y fue organizada por la Sede Rosario de la Universidad del Salvador y la Escuela de Ciencia Política de la Facultad de Ciencia Política y RR.II. de la U.N.R.

HACIA UNA MIRADA GLOBAL DE LO GLOBAL

Antes de introducir los aspectos relativos a la *dimensión colonial*, es importante detenerse en varios puntos. Como ya se mencionó, sin lugar a dudas, los aportes de Robert Castel son un marco riguroso, complejo y sólido a través del cual analizar las diversas problemáticas que están suscitando las transformaciones del capitalismo y la forma cómo ellas afectan o inciden directamente en la vida de las personas, en su quehacer cotidiano. De especial importancia es la forma en la que deja ver cómo tales transformaciones, impulsadas desde una lógica de mercantilización de todos los ámbitos de la existencia, hoy hegemónica, está produciendo un quiebre decisivo en la construcción de los futuros posibles. El provenir está abierto, pero tal apertura apunta hacia una dirección que no resulta muy alentadora para la mayoría de los habitantes del planeta.

Sin embargo, dado que su análisis se centra, en gran medida, en las diversas situaciones de la realidad social de los países de Europa occidental, con especial énfasis en Francia ¿es éste un factor limitante para aplicarla en contextos geopolíticos diferentes?, ¿está sucediendo lo mismo en los lugares periféricos del orden mundial? Si aplicamos su enfoque ¿qué representación produciría de nuestra vida social?, ¿qué aspectos podrían explicarse?, ¿cuáles quedarían fuera y requerirían, por tanto, otro marco interpretativo? Son estas interrogantes las que nos animan.

Para abordar estas cuestiones intentaremos analizar, aunque sea sucintamente, cómo tales transformaciones han acontecido en América Latina, cómo podemos pensarlas desde América Latina y, de esta forma, hacer visible cuáles son las potenciales y también las limitaciones que tal perspectiva nos ofrece para dar cuenta de las realidades de nuestras regiones.

Quiero aclarar que estas preguntas no apuntan hacia un discurso que supone diferencias esencialistas entre las diversas partes del mundo. Por el contrario, a través de ellas queremos hacer visible algunos aspectos fundamentales acerca de la forma de producción y reproducción de conocimiento en el orden mundial imperante.

Hacia donde queremos apuntar es hacia las complejas relaciones que históricamente se articularon entre el saber y poder en la estructura colonial/imperial del mundo, que posibilitan, lo diremos en palabras de Roland Barthes, estas *ausencias sensibles*¹¹ de lo que ocurre en la periferia. En otras palabras, ¿cuáles son los dispositivos que permiten pensar en una historia de los centros del poder mundial –que no azarosamente coinciden con los centros de producción de conocimiento– como un recorrido independiente de lo ocurrido en las periferias, como si se tratara de historias desligadas entre sí?

Quizás el concepto de occidentalismo de Fernando Coronil nos permita profundizar en este aspecto. Señala Coronil:

(...) cuando hablo de occidentalismo me refiero al conjunto de prácticas representacionales que participan en la producción de concepciones del mundo que 1) dividen los componentes del mundo en unidades aisladas; 2) desagregan sus historias en relaciones; 3) convierten la diferencia en jerarquía; 4) naturalizan esas representaciones; y, por tanto, 5) intervienen, aunque sea de forma inconsciente, en la reproducción de las actuales relaciones asimétricas de poder (Coronil, 1999: 27).

¿Cómo romper, entonces, con formas de representación del mundo que posibilitan desagregar historias que están estrechamente articuladas?, ¿a través de qué marcos interpretativos podemos acceder a una historia de –en palabras de Castel– la *mundialización* que sea realmente *mundial*?

De este modo, se hace necesaria una perspectiva de análisis que permita ver los fenómenos globales a los que nos enfrentamos des-

11 La idea de *ausencia sensible* la desarrolla Roland Barthes a propósito de su noción del mito como una forma de habla. Al respecto, afirma que el mito: «(...) tiene a su cargo fundamental como naturaleza, lo que es intención histórica, como eternidad lo que es contingente. (...) El mundo provee al mito de un real histórico, definido –aunque haya que remontarse muy lejos– por la manera en que los hombres lo han producido o utilizado; el mito restituye una imagen natural de ese real (...) el mito está constituido por la pérdida de la cualidad histórica de las cosas: las cosas pierden en él el recuerdo de su construcción. El mundo entra al lenguaje como una relación dialéctica de actividades, de actos humanos; sale del mito como un cuadro armonioso de esencias. Se ha operado una prestidigitación que trastoca lo real, lo vacía de historia y lo llena de naturaleza, despoja de su sentido humano a las cosas de modo tal, que las hace significar que no tiene ningún sentido humano. La función del mito es eliminar lo real; es, estrictamente, un derrame incandescente, una hemorragia o, si se prefiere, una evaporación, en síntesis, una ausencia sensible» (Barthes, 1997:237-238).

de una matriz histórica que incorpore de manera relacional y constitutiva tanto al *centro* como a la *periferia*. Para esto es fundamental hacer visible el papel, tantas veces ignorados, que jugó la constitución de América en la estructura mundial hoy imperante.

Tal enfoque nos permitiría ampliar la genealogía del individuo que nos presenta Robert Castel. Sin embargo, no se trata de presentar una historia paralela correspondiente al correlato periférico de lo que sucede en el centro. Por el contrario, se trata de mostrar, aunque sea de forma ilustrativa, cómo ambas historias se encuentran estructural e históricamente constituidas.

Así, para incluir cómo ha sido tal recorrido en contextos *otros*, será necesario no sólo ampliar la noción de trabajo, así como la de individuo, sino también, las posibles configuraciones que se han establecido entre ambas figuras alrededor de la *cuestión social*. Quizás esto nos permitirá ver cómo se ha estructurado este fenómeno en lugares como el nuestro, es decir, periféricos al orden mundial.

COLONIALIDAD DEL PODER: CAPITALISMO GLOBAL, TRABAJO Y LA NOCIÓN DE RAZA

En su artículo *El trabajo al final del siglo xx*, Aníbal Quijano coincide con Robert Castel en afirmar que la actual situación de desempleo en el mundo no parece ser una coyuntura o sólo una crisis, sino una «(...) nueva tendencia de la estructura mundial de las relaciones capital-trabajo» (Quijano, 2008: 191), agrega, «(...) un rasgo inherente a las condiciones del sistema capitalista de este momento y del futuro» (Quijano, 2008: 191). Asimismo, está de acuerdo con Castel, al afirmar que en la actualidad el trabajo asalariado –fuerza de trabajo individual convertida en mercancía– está en franco declive, mientras que, simultáneamente, la esclavitud, la servidumbre personal, la pequeña producción mercantil y la reciprocidad están en curso de re expansión. Sin embargo, a pesar estas coincidencias, su forma de enfocar esta problemática difiere de la de Castel. Veamos.

Quijano sugiere que es necesario romper con la equivalencia

que, generalmente, se establece entre trabajo asalariado y la idea general de trabajo (2008: 191). En cuanto al piso que posibilita el establecimiento de tal simetría, señala:

¿Por qué ocurre así? En verdad, esta es una indicación de la presencia de la lógica del capitalismo en nuestro modo de pensar y específicamente de una de sus particulares formas, lo que llamamos la *perspectiva eurocéntrica de conocimiento y de producción del conocimiento*. Una de las características de esa perspectiva de conocimiento es la tendencia a homogenizar fenómenos que son por su carácter heterogéneos, como el trabajo. Decir que todo trabajo es equivalente a empleo asalariado, obviamente hace percibir como homogéneo algo que por su naturaleza es heterogéneo y esto es exactamente el punto a partir del cual tenemos que comenzar a reabrir las puertas (Quijano, 2008: 191-192).

Así, para argumentar acerca de la relación entre *capitalismo* y *eurocentrismo*, considera imprescindible dar cuenta del papel fundamental que ha jugado América Latina en la historia mundial de los últimos 500 años. Afirma:

América Latina, permítanme recordarnos a todos nosotros, latinoamericanos y latinoamericanistas, es un sujeto fundamental de la historia de los últimos 500 años. Con la constitución histórica de lo que hoy llamamos América, se constituye también el capitalismo mundial y comienza el período de la modernidad. Para hacer visibles estos hechos, quisiera proponer lo siguiente: supongamos que estamos a comienzos del siglo xvi en América, para entonces exclusivamente lo que hoy es América Latina. ¿Qué cosas encontraríamos en términos de las formas de control y de explotación del trabajo? Probablemente las siguientes cosas y probablemente en el siguiente orden: esclavitud, servidumbre personal, reciprocidad, pequeña producción mercantil y salario. [...] Cinco siglos

después, ¿Qué encontraríamos en América Latina y ahora en el mundo entero? De nuevo, probablemente las siguientes cosas, pero probablemente ya en el siguiente orden: salariado, pequeña producción mercantil, servidumbre personal, esclavitud y reciprocidad. [...] Quiere decir que en estos quinientos años en que el capitalismo y el mercado mundial se constituyen como dominantes, en realidad no ha habido sino una forma cambiante de articulación de elementos que siempre estuvieron allí (Quijano, 2008: 193-194).

De este modo, invita a ampliar la noción de *capitalismo*, no sólo incluyendo otras geografías, sino también diversas formas de trabajo. En sus palabras:

Capitalismo, en consecuencia, es una categoría que históricamente no se refiere solamente a la relación capital-salario, sino al conjunto de la nueva estructura de control global del trabajo articulada bajo el dominio del capital. Y, notablemente, lo que comenzó en América es lo que existe hoy en todo el mundo, esto es globalmente: el capitalismo mundial (Quijano, 2008: 195).

Advierte que esta situación nos obliga a repensar dos aspectos fundamentales en la perspectiva histórica, hoy hegemónica. Uno, la construcción de un relato histórico del mundo sustentado en dos etapas sucesivas *pre-capitalismo* y *capitalismo*. Dos, la idea de que el *capitalismo* es un fenómeno estrictamente referido a la relación capital-salario (Quijano, 2008: 194)¹². Frente a esto presenta entonces una perspectiva global del *capitalismo*:

12 En relación con esta idea de etapas sucesivas pre-capitalismo/capitalismo afirma: «Hasta la crisis de los 70s del siglo XIX, el trabajo asalariado estaba, principalmente, en lo que llamamos el «Centro». Y el trabajo no asalariado, la esclavitud, la servidumbre personal, la reciprocidad, estaban sobre todo en la «Periferia». Pero, aunque todo eso constituía y constituye hoy un único sistema, fuimos acostumbrados a pensar que eran dos mundos separados, no sólo como geografía del capitalismo, sino en el tiempo, entre capitalismo y pre-capitalismo. La visión del tránsito entre ambos consistía, por lo tanto, en un proceso de llegar a ser como Europa o como Estados Unidos. Es decir, todos los países del mundo tendrían alguna vez una economía homogéneamente capitalista, las poblaciones de todos los países serían ubicadas en las diversas clases sociales según los roles y los rangos del capitalismo (Quijano, 2008: 197-198).

Desde una perspectiva global, la relación capital-salario no ha existido, en su posición dominante, separada, mucho menos aislada, de las demás, en momento alguno de la historia de los últimos 500 años. Desde entonces, se ha desarrollado solamente como el eje central de articulación de todas las demás formas de control y de explotación del trabajo. Y con toda probabilidad no habría podido desarrollarse de otro modo. Por consecuencia, el concepto de capitalismo mundial no se refiere solamente a la presencia de la relación capital-salario en todo el mundo, sino al conjunto de la estructura capitalista global de control del trabajo, de sus recursos y de sus productos, dominante sobre todo el mundo (Quijano, 2008: 144).

En cambio, por supuesto, si se pierde la perspectiva del capitalismo mundial y se la reemplaza por una exclusivamente local, sería posible encontrar la presencia virtualmente exclusiva de la relación capital-salario. Eso ha llevado a los economistas liberales, sobre todo desde la Primera Guerra Mundial, a postular, primero, la idea del capitalismo nacional y de la homogeneidad de las economías capitalistas de los países que ahora llamamos *centrales*. Segundo, a colocar según ese criterio como capitalistas a los países *centrales* y a los demás como pre-capitalistas o en curso de camino hacia el *capitalismo*. A esa visión fueron también arrastrados también los economistas del llamado *Materialismo Histórico*. Esto es, se impuso sobre casi todos esa curiosa amalgama eurocéntrica entre el evolucionismo unilineal y unidireccional y el dualismo estructural (Quijano, 2008: 195).

De este modo, la perspectiva global del capitalismo de este autor, nos permite resaltar lo siguiente. Fuera de una perspectiva eurocéntrica y del occidentalismo como forma de representación, el capitalismo –en tanto fenómeno mundial–, se despliega en toda su magnitud, esto es, como una forma de control y explotación del trabajo (capital-trabajo) que subsumió a las formas «otras» de

control y explotación del trabajo (esclavitud, servidumbre, pequeña producción mercantil y reciprocidad) a la lógica requerida por el mercado mundial. Para esto, las subalternizó presentándolas como pruebas de formas anteriores de subsistencia que debían ser superadas. Sin embargo, hay un aspecto más que agrega este autor, veamos:

Pero hay algo que todos podemos observar. Y es en verdad algo muy notable: no puede ser una coincidencia o simplemente un accidente histórico que la inmensa mayoría de los trabajadores asalariados de más bajos salarios, así como la inmensa mayoría de los trabajadores no-asalariados, esto es, la inmensa mayoría de los trabajadores que son los más explotados, dominados y discriminados, en todo el mundo, donde quiera que estén, son las gentes llamadas de razas inferiores o de color. Y de otro lado, la inmensa mayoría de ellos habita, precisamente, los países que llamamos periferia, subdesarrollados, etc., y todos los cuales fueron, curiosamente, colonias europeas (Quijano, 2008: 197).

Esta observación nos permite introducir su concepto de *colonialidad del poder*. A través de esta noción Quijano se refiere al nuevo patrón de poder mundial que se constituyó a partir de América. Dicho patrón, de vocación mundial aún hoy imperante, se estructuró en función de la articulación de dos ejes fundamentales que no necesariamente eran dependientes entre sí antes de este acontecimiento. Por un lado, la codificación de las diferencias entre conquistadores y conquistados a través de la idea de raza. Este concepto posibilitó la construcción de nuevas identidades sociales tales como: negros, indios, blancos dispuestos en una estructura jerárquica debido a supuestas diferencias biológicas entre ellas.

Por otro, la articulación de todas las formas históricas de control y explotación del trabajo, de sus recursos y de sus productos en torno del capital y del mercado mundial. Así, por medio de la arti-

culación estructural entre raza/trabajo, constitutivo de este nuevo patrón de poder, se impone una nueva *división racial del trabajo*. Argumenta el autor:

Las nuevas identidades históricas producidas sobre la base de la idea de raza, fueron asociadas a la naturaleza de los roles y lugares en la nueva estructura global del trabajo. Así, ambos elementos, raza y división del trabajo, quedaron estructuralmente asociados y reforzándose mutuamente, a pesar de que ninguno de los dos era necesariamente dependiente uno del otro para existir o cambiar. [...] De este modo se impuso una sistemática división racial del trabajo (Quijano, 2000: 286).

Así, durante la colonización de América, los indios fueron confinados a la servidumbre, y los que vivían en sus comunidades se les permitió su tradicional reciprocidad, los negros a la esclavitud, los españoles y portugueses, en tanto *raza* dominante, podían recibir salario o ser productores independientes de mercancía, mientras que los nobles ocupaban los cargos altos y medios de la administración colonial. Fue esta misma articulación raza/trabajo la que se aplicó al resto del mundo durante la expansión mundial europea a partir del siglo XVIII (Quijano, 2000: 286-287). En sus palabras:

Así, cada forma de control del trabajo estuvo articulada con una raza particular. Consecuentemente, el control de una forma específica de trabajo podía ser al mismo tiempo el control de un grupo específico de gente dominada. Una nueva tecnología de dominación explotación, en este caso raza/trabajo, se articuló de manera que apareciera como naturalmente asociada. Lo cual, hasta ahora, ha sido excepcionalmente exitoso (Quijano, 2000: 287).

A partir de este enfoque nos encontramos entonces con un problema. Si el *trabajo* constituye el epicentro de la *cuestión social*, y

la base para la integración social del individuo se sustenta en «(...) una relación estable con el trabajo bajo la forma del empleo» (Castel, 2010: 41), ¿cómo podemos pensar desde este concepto las otras formas de trabajo a las que están expuestos gran parte de los individuos?

Podríamos decir, que precisamente se trata de una gran masa de individuos que desprovistos de esta relación se encuentran engrosando las zonas de vulnerabilidad de los tiempos actuales. Esto supondría afirmar que la única forma de integración social es aquella en la cual los individuos logran establecer una relación estable trabajo/salario. No obstante, si bien es innegable el impacto del *capitalismo* en las diversas formas de organización social y las formas de control y explotación del trabajo, si nos contextualizamos en América Latina, debemos aceptar que una buena parte de la población ha podido resistir a los embates del *capitalismo*, precisamente por mantener sus formas tradicionales de vida, de organización, integración, vínculos sociales y de trabajo diferentes a las impuestas por el capitalismo, aun cuando, como hemos visto, todas ellas se encuentren insertas, de forma subalterna, en el *capitalismo global*. Tal afirmación supondría dos cosas, que toman direcciones diferentes. O bien, se asume que la *cuestión social* sólo es aplicable a contextos sociales específicos en los cuales la mayoría de la población se articula al trabajo a través de la relación trabajo/salario. O, por el contrario, se produce una ampliación de este concepto, de forma tal que pueda ser útil también para dar cuenta de formas de integración y cohesión o, su opuesto, rupturas sociales que se constituyen de manera subalterna a través de formas de control y explotación diferentes a la relación social trabajo/salario.

Más que presentar una problemática cuya resolución sea únicamente dicotómica, este señalamiento apunta a que no se puede dejar de abordar, sobre todo en nuestros contextos, las formas de trabajo «otras» y los individuos «otros» que los han realizado. Es decir, la realidad de aquellos que están ausentes en la genealogía de Robert Castel.

«EL DESAFÍO DE CONVERTIRSE EN UN INDIVIDUO»:

LA AUSENCIA DEL INDIVIDUO OTRO

Si, siguiendo a Aníbal Quijano, es a partir de la constitución de América el momento en que empieza a configurarse el patrón del orden mundial, dentro del cual aún habitamos, sería un interesante ejercicio de reflexión intentar –aunque sea de forma muy esquemática– incluir el otro lado en la genealogía del individuo de Robert Castel. En otras palabras, preguntarse cuáles fueron las figuras de los individuos *otros* y las relaciones de trabajo *otro* que fueron surgiendo durante dicho recorrido y de qué forma ambas historias se constituyeron y complementaron entre sí. Para esto, nos centraremos en algunos momentos que consideramos hitos históricos en nuestro continente por las transformaciones que produjeron.

Si nos centramos en lo que acontece en América durante el periodo que Castel denomina *la prehistoria del individuo*, deberíamos separar dos momentos diferentes: antes y después de la conquista. Si nos detenemos en el periodo anterior a la conquista, podríamos suponer dos cosas. Uno, que es posible, que dentro de las múltiples concepciones religiosas –precisamente no monoteístas– pertenecientes a la amplia diversidad cultural de lo que hoy es América Latina, haya surgido una noción de individuo, de persona. En segundo término, además de la esclavitud y la servidumbre, existieron diversas formas de control y explotación del trabajo, principalmente la reciprocidad, estrategia de intercambio fundamental para la mayoría de los pueblos indígenas de América. Por lo tanto, en torno a este ámbito, las relaciones entre los individuos no estuvieron necesariamente constreñidas a la inconmensurabilidad de sus distintos roles, tales como, las que se estructuraron entre amo/esclavo, señor/siervo, sino que hubo y aún existen una gama de posibilidades mucho más amplia.

Ahora bien, si nos centramos en la conquista de América, es importante resaltar que se trata de un momento fundante en la constitución de la estructura moderna/colonial del mundo. Esta

dicotomía permite poner de relieve las complejas e intrincadas relaciones que se establecieron entre saber y poder en la constitución del *sistema-mundo moderno/colonial* (Mignolo, 2000: 81-82; 2001: 24-25, 101). Por un lado, Occidente pudo construir la epistemología de la modernidad, al empezar a constituirse, simultáneamente, como centro de la estructura mundial emergente y, por tanto, como punto privilegiado de enunciación. Por otro, el lugar en los que esa epistemología ejerció su poder¹³. De este modo, no puede existir modernidad sin colonialidad, «(...) la colonialidad es constitutiva de la modernidad, y no derivativa» (Mignolo, 2000: 87). Podría decirse también, «(...) modernidad y colonialidad no son dos fenómenos sucesivos en el tiempo, sino simultáneos en el espacio» (Castro- Gómez, 2005: 18).

Lo que queremos resaltar es que la constitución histórica de América fue el momento originario de la construcción monotópica de la historia europea. Esto es, la elaboración de una narrativa histórica lineal en cual Occidente ocupa el puesto más elevado de esa construcción, lo que implica, no sólo que los espacios *otros* se encuentran en un tiempo *otro*, siempre inferior, siempre anterior, sino también, que su único futuro puede conseguirse siguiendo el camino ya recorrido por Occidente. Señala Edgardo Lander en relación con el papel de América en la configuración de la organización colonial del mundo:

Con el inicio del colonialismo en América comienza no sólo la organización colonial del mundo sino –simultáneamente– la constitución colonial de los saberes, de los lenguajes, de la memoria y del imaginario. Se da inicio al largo proceso que culmina en los siglos XVIII y XIX en el cual, por primera vez, se organiza la totalidad del espacio y del tiempo –todas las culturas, pueblos y territorios del planeta, presentes y pasados–

13 Según Walter Mignolo, la representación del mundo que se configuró a través del sistema mundo moderno/colonial: «(...) no fue por cierto una *representación natural* del mundo sino una operación clasificatoria que impuso una epistemología de doble cara, una visible la otra invisible. Una, la visible, la cara de la modernidad desde donde se comenzó a clasificar, describir y conocer el mundo. La otra, invisible, la colonialidad en donde se ejerció el poder de la epistemología moderna» (Mignolo, 2001: 24).

en una gran narrativa universal. En esta narrativa va, Europa es –o ha sido siempre– simultáneamente el centro geográfico y la culminación del movimiento temporal (Lander, 2000: 19).

Siguiendo a Enrique Dussel, la ruptura que advierte Michel Foucault como el umbral de la modernidad, fue indudablemente una ruptura epistémica, pero no fue una ruptura geopolítica (Dussel en Mignolo, 2001: 27)¹⁴. Aunque el orden de las palabras y las cosas cambiara radicalmente en la episteme occidental al pasar del siglo XVIII al XIX, su nueva lógica siguió funcionando dentro de lo que Johannes Fabian (1983) ha denominado la negación de simultaneidad entre las diversas regiones del planeta. Se trata de una lógica que se configuró a partir de América y que se fundamenta en la idea de un tiempo universal sobre el cual los diversos territorios, pueblos, países del planeta se encuentran en distintos momentos temporales. Tal es el imaginario que permite la construcción de dicotomías del tipo: civilización/barbarie, modernos/premodernos, capitalismo/precapitalismo, desarrollo/subdesarrollo.

Así, la doble dimensión *moderna/colonial* permitirá ver las dos caras de este proceso. La identidad moderna europea se constituyó así misma, a través de la construcción de su alteridad: las poblaciones indígenas de este territorio. Podría decirse, siguiendo las denominaciones propuestas por Castel, que por medio de este discurso, estas poblaciones pasaron de forma violenta y directa de zonas de integración –correspondiente a sus diversos universos culturales de pertenencia–, a la exclusión, dentro de la lógica dominante, que después se constituyó como discurso hegemónico de alcance global. En este sentido, la noción de *raza* fue medular, ya que, fue el dispositivo por medio del cual pudo producirse *naturalmente* la exclusión.

Aun cuando, Castel advierte sobre la precaución que debe tenerse en el uso de este término, es interesante que utilice la situación

14 Afirma Walter Mignolo: «Mientras que, por ejemplo, para el filósofo Michel Foucault la «ruptura epistémica» estaba localizada cronológicamente, se presupone una geografía en la que aparentemente el tiempo epistémico transcurría. Esa geografía tenía y tiene su límite occidental en Grecia, su límite sur en las costas norte del Mediterráneo y su lugar de llegada el corazón de Europa (particularmente Francia a partir del siglo XVIII). Para Dussel, en cambio la «ruptura epistémica» es geopolítica y no cronológica» (Mignolo, 2001: 26-27).

de las poblaciones indígenas durante la colonización, como ejemplo de su tercera modalidad esencial de exclusión, que define de la siguiente manera: «(...) a algunas categorías de la población se les impone un estatuto especial que les permite coexistir en la comunidad, pero que los priva de ciertos derechos y de la participación en ciertas actividades sociales» (Castel, 2010: 267)¹⁵. Sin embargo, la exclusión que se produjo con los indígenas de América fue más allá de esto, se los excluyó de la posibilidad de ser individuos.

Ahora bien, desde el lado de las poblaciones indígenas es indudable que tal acontecimiento implicó cambios profundos en sus formas tradicionales de vida, los que incidieron en mayor o menor grado dentro de sus realidades, dependiendo del alcance de la expansión territorial que tuvo dicho proceso. Es un hecho, que tales sociedades sufrieron procesos de fragilidad social y desafiación profundos, sin embargo dichos cambios no fueron resultado de una transformación interna a sus sociedades, se trató de una ruptura impuesta desde *afuera*, por otra cultura, la conquistadora.

Sin embargo, dicha fragilidad, si bien en algunos casos culminó con la desaparición completa de culturas y sociedades, en otros casos, la fragilidad social posibilitó la supervivencia de dichos pueblos a través de la invención de estrategias de resistencia que no necesariamente fueron violentas. Asimismo, sería interesante ver si fue precisamente una relación precaria con el empleo, es decir, con la relación capital/salario, una de sus estrategias para poder seguir haciendo uso de sus formas tradicionales de intercambio y reciprocidad. Con esto no queremos decir que fue beneficioso para los individuos de estas culturas carecer de trabajo asalariado, sino que, habría que ver hasta qué punto entrar en dicha lógica no hubiese provocado rupturas mucho más profundas con sus formas de vida y sus visiones de mundo.

Ahora bien, entre los factores que pudieron incidir en su fragilidad social, es importante referirse al menos a dos. Por un lado, la pérdida o transformación de sus territorios, es decir, la dimensión

espacial. El territorio fue y ha sido fundamental para los pueblos indígenas, es allí el piso en el que se despliega su vida social, desde lo más concreto como lo son formas de subsistencia hasta lo más abstracto como sus concepciones sagradas.

De este modo, la pérdida de territorialidad es un elemento fundamental que propicia la fragilidad social, la *precariedad* (en función de sus formas tradicionales de asegurarse el sustento) y la *desafiliación*. Dado que, para las sociedades indígenas no se produce una separación naturaleza/cultura de la misma forma como lo hace Occidente, el territorio es medular para su existencia, para la reproducción de su horizonte cultural. Lejos se encuentran del individuo des-territorializado, des-localizado, que paradójicamente propugna el discurso hegemónico de la globalización.

En este punto se hace claramente visible el problema del poder y, junto a él, la diferencia colonial (Mignolo, 2000: 91; 2001: 103). Por medio de este concepto, Walter Mignolo trata de dejar al descubierto las vivencias de aquellos que tienen que vivir el mundo desde la diferencia colonial, es decir, desde los márgenes o periferia que la modernidad configuró al configurarse a sí misma. Por lo tanto, siguiendo a Mignolo, la diferencia colonial está siempre expuesta a una doble realidad, ya que, es una vivencia que permanentemente se despliega entre *el propio mundo* y *el mundo impuesto*. Es esto lo que denomina conciencia diatópica. Afirmo el autor:

El imaginario del mundo *moderno/colonial* surgió de la compleja articulación de fuerzas, de voces oídas o apagadas, de memorias compactas o fracturadas, de historias contadas desde un solo lado que suprimieron otras memorias y de historias que se contaron y se cuentan desde la doble conciencia que genera la diferencia colonial (...). Extraña sensación (...) para quien no tiene una verdadera auto-conciencia sino que esa conciencia tiene que formarse y definirse con relación al *otro mundo*. Esto es, la conciencia vivida desde la diferencia colonial es doble porque es subalterna (Mignolo, 2000: 90).

¹⁵ Sin embargo, es importante resaltar que el autor no especifica a cuál proceso de colonización de indígenas se refiere (Asia, África o América), ni tampoco el momento.

En el caso de los pueblos indígenas, indudablemente se trata de su exclusión de la cultura dominante, es decir, del Occidente en plena expansión. Por lo tanto, es una exclusión producida desde un lugar hegemónico en el orden mundial, desde el cual es posible definir cuáles son los requerimientos que posibilitan o impiden el acceso a los individuos a la zona de integración, del vínculo social. Sin embargo, esto no significa que los *excluidos* no produzcan formas de resistencia que les permitan, aún con mucha dificultad, seguir reproduciendo sus formas tradicionales de vínculos y cohesión social.

Vale resaltar, en este sentido, la siguiente observación de Castel en la que hace referencia a la racialización de la *cuestión social* a propósito de las *minorías étnicas* en Francia:

(...) hay que animarse a decirlo: se produce una racialización de la cuestión social que dramatiza las situaciones más favorecidas. Por ejemplo, a la desgracia de ser desocupado se añade a menudo la sensación profunda de injusticia de haber sido rechazado en un empleo en función del color de la piel o la consonancia del nombre (Castel, 2010: 290).

Realmente se trata de una exclusión del interior y por el interior. Son rechazados a una posición de exterioridad en una sociedad que resulta incapaz de hacerse cargo realmente de la presencia en su seno de *minorías visibles*. Siguen estando marcados por un origen extranjero, el de sus padres o de sus abuelos, aunque su descendencia actual es de nacionalidad francesa. De ahí la temática de los *indígenas de la República* que recientemente se impuso en el debate público. En una República que supuestamente se preocupa por la igualdad de tratamiento de todos sus ciudadanos, algunos de ellos son discriminados sobre la base de un origen étnico que remite a la herencia colonial (Castel, 2010: 291).

Si no se incluye el problema de la *colonialidad del poder* y su perdurabilidad será difícil abordar gran parte de estos problemas.

De este modo, siguiendo a Enrique Dussel (1994), podríamos decir que la exclusión de los indígenas de América fue no sólo la primera exclusión que se produjo en la configuración del *sistema mundo moderno/colonial*, sino la que posibilitó sus condiciones de existencia. Éstos fueron considerados los primeros no-individuos, y dicha exclusión se produjo por su color de piel, sus creencias, sus lenguas, en fin, por todo aquello que requirió Europa para construirse a sí misma, su identidad, a través de la construcción de su *alteridad*, el *otro*. Fue éste el momento en que se originó la noción de individuo moderno, es decir, la noción hegemónica de individuo dejando fuera de sus márgenes a los individuos *otros*, las formas de control y explotación del trabajo *otras*.

Pasemos ahora a la *Primera modernidad, la modernidad liberal restringida*. Si pensamos en América Latina es imprescindible mencionar los procesos de independencia que se dieron en gran parte de América Latina durante el siglo XIX y, como consecuencia, los primeros intentos de configuración de los Estados-nación modernos en buena parte de la región. Ambos aspectos nos permiten abordar la forma cómo pudo operar la diferencia *colonial* y la *colonialidad del poder* tanto en la configuración del individuo como en los nacientes Estados nacionales latinoamericanos durante este periodo.

En relación con el individuo, puede decirse que se configura a imagen y semejanza del individuo europeo¹⁶. De este modo, el in-

16 Beatriz González-Stephan argumenta lo siguiente: «La consigna era domesticar lo que se consideraba *barbarie*; tanto campos como ciudades, hombres, hábitos, ideas y sensibilidades, debían ajustarse a los moldes de una modernidad europea, abandonar viejas tradiciones, o mejor aún, sobreponer a un cuerpo social ahora tenido por *bárbaro* –según los nuevos aires del liberalismo– modos y maneras que remedaran tanto a las ciudades y naciones, hombres y costumbres europeos. No sólo quizás, sino seguramente, la modernización fue el más vertiginoso y complejo baile de máscaras de la historia cultural del continente. La persistencia de estructuras y mentalidades fuertemente ligadas a un complejo de tradiciones sedimentadas a través del largo periodo colonial, aunque entraron en una fase de importante crisis, sufrieron no sólo un reacomodo ante el embate de las nuevas tendencias, sino se hibridizaron aún más al incorporar a título de máscaras o parapeto elementos de la modernidad. Ya en las últimas décadas del siglo, al menos en las grandes y medianas ciudades del continente, ser moderno o estar a la moda, es decir, parecer europeo o haber asimilado el estilo de vida de las metrópolis francesa o anglosajona era casi un imperativo; lo que demuestra, por otro lado, el apremio de encubrir compulsivamente un sustrato de vieja data hispánica y católica que permanecía profundamente arraigado en las sensibilidades sociales» (González-Stephan, 1994: 109).

dividuo ciudadano latinoamericano se constituye en función de los parámetros de la civilización europea, aunque para esto tuviese que desprenderse –podríamos decir desafiliarse– de parte de su propia historia, su propia tradición, es decir, de todo aquello que desde los discursos hegemónicos pudiese considerarse como parte de la *barbarie* que había que superar. Tal como afirma Fernando Coronil: «En sociedades formadas mediante la violencia de una cultura de la conquista, la aparición del Estado como agente de la civilización a duras penas logra ocultar la violencia sobre la que sostiene su poder» (Coronil, 2002: 85).

La constitución venezolana de 1839 declara, por ejemplo, que sólo pueden ser ciudadanos los varones casados, mayores de 25 años, que sepan leer y escribir, que sean dueños de propiedad raíz y que practiquen una profesión que genere rentas anuales no inferiores a 400 pesos. La adquisición de la ciudadanía es, entonces, un tamiz por el que sólo pasarán aquellas personas cuyo perfil se ajuste al tipo de sujeto requerido por el proyecto de la modernidad: varón, blanco, padre de familia, católico, propietario, letrado y heterosexual. Los individuos que no cumplen estos requisitos (mujeres, sirvientes, locos, analfabetos, negros, herejes, esclavos, indios, homosexuales, disidentes) quedarán por fuera de la *ciudad letrada*, reclusos en el ámbito de la ilegalidad, sometidos al castigo y la terapia por parte de la misma ley que los excluye (Castro-Gómez: 2000: 207-208).

Así, este individuo propietario y ciudadano debe cumplir con los siguientes requisitos:

Si bien hay una similitud en la configuración tanto del individuo –en tanto propietario-ciudadano– como de los Estados-nación modernos –como forma de organización política-territorial– entre Europa y América Latina, es importante ver que ambos se despliegan

en una doble dimensión que produce diferencias importantes entre ellos, lo cual produce interesantes reflexiones sobre la vulnerabilidad. Nos explicamos.

Si pensamos en el individuo propietario-ciudadano europeo, tal como se mencionó, éste produce su contraparte: los no individuos también europeos, que al estar sin protección forman parte de los excluidos. Sin embargo, su constitución como individuo, no sólo se sustentan en la propiedad y la ciudadanía, sino también en la modernidad: él es un individuo moderno, y esta construcción no se realiza en función de sus connacionales, sino sobre la que produce la *colonialidad*. Su modernidad se configura sobre la no-modernidad de los *otros*, es decir, los pertenecientes a la periferia.

Podríamos decir así, que se producen dos tipos de exclusión, una interna, los no-individuos de sus territorios, y a la vez, una externa, que es geopolítica, los excluidos por su procedencia geográfica y racial. Por más que lo intente, un individuo latinoamericano propietario y ciudadano no podrá formar parte de la zona de integración europea, la *colonialidad del poder*, le impedirá establecer los vínculos sociales requeridos para tal fin, no es azaroso, el término que se usaba en España para referirse a los criollos americanos fuese los *indianos*. Asimismo, aunque el desarrollo de este punto implicaría una elaboración más amplia, no podemos dejar de mencionar la exclusión que se produjo tanto dentro como fuera del mismo territorio europeo durante esta época hacia las mujeres.

Si pensamos en las zonas de vulnerabilidad desde América Latina, la situación es diferente. En un extremo, el individuo propietario-ciudadano estará plenamente integrado en función de su contexto local periférico. En el otro extremo, el de la exclusión, aún tras los procesos de independencia seguirá siendo el espacio de los indígenas y afrodescendientes. Mientras que, formarán parte de la zona de vulnerabilidad, aquellos que, aun cuando no sean propietarios su color de piel los protege de la exclusión, o lo contrario, aquellos cuyo origen étnico pueda ser dudoso –los mestizos sin apellidos–

que tras el proceso de independencia han conseguido nuevos espacios sociales donde desenvolverse.¹⁷

De este modo, el concepto de *colonialidad del poder* constituye un plataforma sólida para entender las diferencias histórico estructurales entre la conformación de los Estados-nación modernos en territorios periféricos y hegemónicos del orden mundial. Mientras que, en estos últimos los procesos de democratización de la sociedad pudieron darse con mayor o menor éxito, la constitución de los Estados-nación modernos en América Latina, ideados a imagen y semejanza de aquellos, con una población conformada mayoritariamente por afrodescendiente, indígena y mestiza, implicó que la mayoría de los individuos quedaran al margen de la organización política y social del Estado (Quijano, 2000). En este sentido, podríamos decir que la *colonialidad del poder* fue impuesta hacia adentro de esas mismas sociedades, lo que se conoce como *colonialismo interno*.¹⁸

De esta forma, la dimensión geopolítica deja ver que conceptos tales como, la *cohesión social*, la *vulnerabilidad* y la *exclusión* no sólo se definen en función del trabajo sino también a través de otras coordenadas como: color de piel, procedencia geográfica, género, entre otras. Asimismo, es importante ver que aun cuando, la configuración de estos espacios pueda ser diferente dependiendo de las especificidades históricas espaciales, cada una de ellas no puede

17 En el caso de Venezuela, puede servir de ejemplo la novela de Teresa de la Parra *Ifigenia, diario de una señorita que escribió porque se fastidiaba* (1982), relato que transcurre en la segunda década del siglo xx. En ella, María Eugenia Alonso, la protagonista, muchacha perteneciente a una familia aristócrata de Caracas, que ha quedado en la bancarrota, debe casarse con un hombre sin «apellido», pero que forma parte la nueva burguesía nacional que está emergiendo a través de las explotaciones del petróleo que se inician en ese periodo.

18 Siguiendo a Castro-Gómez, esta doble dimensión, permite analizar la noción de *poder disciplinario* de Foucault como parte de una estructura de poder planetaria más amplia como lo es la *colonialidad del poder*. En sus palabras: «El concepto de *colonialidad del poder* amplía y corrige el concepto foucaultiano de *poder disciplinario*, al mostrar que los dispositivos panópticos erigidos por el Estado moderno se inscriben en una estructura más amplia, de carácter mundial, configurada por la relación colonial entre centros y periferias a raíz de la expansión europea. Desde este punto de vista podemos decir lo siguiente: la modernidad es un proyecto en la medida en que sus dispositivos disciplinarios quedan anclados en una doble gobernabilidad jurídica. De un lado, la ejercida hacia adentro por los estados nacionales, en su intento de crear identidades homogéneas mediante políticas de subjetivación; por otro lado, la gobernabilidad ejercida hacia fuera por las potencias hegemónicas del sistema- mundo moderno/colonial, en su intento de asegurar el flujo de materias primas desde la periferia hacia el centro. Ambos procesos forman parte de una sola dinámica estructural» (Castro-Gómez, 2000:214).

dejar de formar parte de la estructura mundial *moderna/colonial* y eurocentrada.

Durante el período que Castel denomina *Segunda modernidad o modernidad organizada* se dan algunos cambios en el orden mundial que afectan de manera profunda a las periferias. Si bien, tal como señala este autor, la emergencia de la propiedad social implicó un cambio sustancial para la mayoría de los individuos pertenecientes a los centros del orden mundial, disminuyendo la vulnerabilidad a través de la adquisición de derechos políticos y sociales asociados a protecciones hacia el trabajo, en los contextos periféricos –sin negar que también pudieron emerger espacios de protección para los individuos– la situación fue en cierta medida diferente.

Tal como señala Arturo Escobar, durante esta época la realidad fue colonizada por el discurso del desarrollo. De este modo, la dicotomía *desarrollo/subdesarrollo* dio lugar a una nueva clasificación geopolítica del mundo. Los centros del orden mundial fueron concebidos como el *Primer Mundo*, los países *desarrollados*, mientras que la categoría de *Tercer Mundo* sirvió para hacer referencia a las zonas *subdesarrolladas*, a los territorios tradicionales del *Otro*.

Este nuevo discurso permitió, en palabras de Escobar, la construcción de una *verdadera subjetividad subdesarrollada* (1996: 28), caracterizada por:

(...) rasgos como la impotencia, la pasividad, la pobreza y la ignorancia, por lo común de gente oscura y carente de protagonismo como si estuviera a la espera de una mano occidental (blanca), y no pocas veces hambrienta, analfabeta, necesitada, oprimida por su propia obstinación, carente de iniciativa y de tradiciones. Esta imagen también universaliza y homogeneiza las culturas del Tercer Mundo en una forma ahistórica. Sólo desde una cierta perspectiva occidental tal descripción tiene sentido; su existencia constituye más un signo de dominio sobre el Tercer Mundo que una verdad acerca de él. Lo importante de resaltar por ahora es que el despliegue de este discurso en un sistema mundial donde Occidente tiene cier-

to dominio sobre el Tercer Mundo tiene profundos efectos de tipo político, económico y cultural que deben ser explorados (Escobar, 1996: 28-29).

Siendo así, estas poblaciones quedaron constreñidas a la necesidad urgente de *desarrollarse*, proceso que debía llevarse a través del uso de la ciencia y la tecnología.

De este modo, mientras que en los centros del orden mundial, la modernidad organizada implicó la ampliación de los espacios de democratización de la sociedad y el aumento de la seguridad de los individuos, en el *Tercer Mundo*, la situación fue diferente. El término *subdesarrollo* aplicado a países enteros, supone en sí mismo la definición de territorios nacionales en las que sus individuos se encuentran en estado de *vulnerabilidad*, puesto que, no han alcanzado los parámetros de vida del *Primer Mundo*. Sus poblaciones, según los criterios establecidos ahora *científicamente*, están caracterizadas por la *precariedad* y la fragilidad social, por lo tanto, la única forma de salir de esa situación logrando la promesa del *desarrollo*. Arturo Escobar afirma:

(...) el desarrollo implica simultáneamente el reconocimiento y la negación de la diferencia; mientras que a los habitantes del Tercer Mundo se les considera diferentes, el desarrollo es precisamente el mecanismo a través del cual esa diferencia será eliminada (1999: 100).

Por lo tanto, para el *Tercer Mundo* alcanzar el *desarrollo* es entrar en la lógica del orden mundial imperante a expensas de abandonar sus historias, tradiciones y características particulares. Se presenta entonces una paradoja, puesto que, pareciera que la posibilidad de salir de la *vulnerabilidad* es, precisamente, a través de los elementos que la producen, es decir, la *desafiliación* y la ruptura con los vínculos sociales tradicionalmente constituidos. De este modo, la *colonialidad del poder* y la *diferencia colonial* vuelve a imponerse sobre los territorios periféricos.

CONCLUSIONES: EL DESAFÍO DE SER UN INDIVIDUO HIPERMODERNO/COLONIAL

Sin lugar a dudas, el embate de la lógica mercantil que se ha producido en las últimas décadas ha traído consecuencias nefastas para la población del mundo entero. La descripción que realiza Castel sobre los ganadores y perdedores de estas transformaciones, en términos de: *individuos por exceso* e *individuos por defecto*, parecen figuras bastantes ilustrativas en cuanto a las nuevas condiciones de existencia del individuo. Sin embargo, si nos detenemos en las periferias del orden mundial, podríamos pensar que, históricamente, estos territorios han estado constituidos –desde la lógica sobre la que se sustenta el orden *moderno/colonial* del mundo– por *individuos por defecto*. Es decir, individuos que, debido a la relaciones asimétricas de poder entre las diversas regiones del planeta, no podrán cumplir nunca con los parámetros del *ser*, impuesto por los discursos hegemónicos. Tal perspectiva deja por fuera la posibilidad de ver otras formas del *ser* que necesariamente no se corresponden con ninguna de estas dos figuras, se trataría, en palabras de Enrique Dussel, «(...) otras manera de *Ser* que la del *Ser*» (en Mignolo, 2001: 30), que no es una sino múltiple.

Su vivencia, la nuestra, ha estado atravesada permanentemente por la *colonialidad del poder* y la *diferencia colonial*. Éste ha sido el suelo sobre el cual se ha construido nuestra geografía, nuestra historia, nuestros cuerpos, lo que denomina Walter Mignolo la herida colonial:

La colonialidad designa las experiencias y visiones del mundo y de la historia de aquellos quienes Fanon denominó les damnés de la terre (*los condenados de la tierra*, aquellos quienes han estado, y continúan estando, sometidos a los estándares de la modernidad). Los condenados son definidos por la herida colonial, y la herida colonial, física y/o psicológica, es una

consecuencia del racismo, el discurso hegemónico que cuestiona la humanidad de todos aquellos que no pertenecen al locus de enunciación (y a las geopolíticas del conocimiento) de quienes asignan los criterios de clasificación y se asignan a sí mismo el derecho de clasificar (2005: 8).

De este modo, pareciera imprescindible incorporar la *dimensión colonial* a los conceptos de *cuestión social*, *vulnerabilidad*, *desafiliación*, *precariedad* en nuestros territorios, y también en la de los centros del orden mundial. Por ejemplo, el *continuum* de *vulnerabilidad*, con todas sus formas heterogéneas internas, podría analizarse como parte de la *diferencia colonial*, ya que, se trata de formas de existencias atrapadas en dos mundos, el deber *ser* y la imposibilidad estructural de lograr serlo. Esto permitiría expandir el ámbito de su aplicación con la inclusión de coordenadas de subalternización que van más allá de las que atañen a la relación con el trabajo y la cohesión social, incluyendo todas aquellas que la modernidad generó al configurarse a sí misma.

Es necesario también ver las dos caras de la vulnerabilidad, de la exclusión, o las diversas dimensiones en las que puede desplegarse. Si bien desde los discursos hegemónicos pueden considerarse poblaciones vulnerables, excluidas, y de hecho padecen esa condición, dentro de su propio universo cultural necesariamente no operan dichas categorías. De este modo, puede ser que la vulnerabilidad o la exclusión producidas desde lo externo generen en tales poblaciones un fortalecimiento de su identidad y, por tanto, de su cohesión e integración internas. Un ejemplo de esto lo constituye, la fuerza que han tomado las luchas de los pueblos indígenas de América Latina por sus derechos, sobre todo en los últimos años.

De igual modo, es imprescindible incorporar una dimensión realmente global del *capitalismo* y la forma cómo sigue operando sobre la *colonialidad del poder*, es decir, sobre la articulación raza/trabajo, si no la noción de la *cuestión social* dejará por fuera una amplia gama de realidad que acontece ante nuestros ojos. Esto impli-

caría, también, ampliar los aspectos que definen la *cuestión social*, de forma tal que, por un lado, sirva para dar cuenta de su generalidad como aspecto fundamental que opera dentro de la sociedad y asegura su cohesión, pero, a la vez, permita ver la especificidad sobre la cual se construye en sociedades diferentes y dentro de la estructura de poder mundial en la cual habitamos.

En este sentido, es necesario resaltar que las zonas de vulnerabilidad y de exclusión no están dadas de antemano, son construcciones históricas que varían a través del tiempo y del espacio. Pero sobre todo, se definen desde lo que los discursos hegemónicos consideran vulnerable. Definirlas exclusivamente desde las relaciones más o menos afortunadas con el trabajo asalariado es también una construcción histórica que se sustenta en la idea del capitalismo como un fenómeno estrictamente restringido a la relación trabajo/salario y *excluye*, por tanto, otras formas de control y explotación del trabajo. Siendo así, sería importante ver, y el caso de los indígenas de América puede ser muy enriquecedor, cómo puede mantenerse la integración social, el vínculo social, sin que necesariamente las relaciones de trabajo pasen por el trabajo asalariado, es decir, tal como señala Aníbal Quijano, romper la sinonimia entre trabajo y trabajo asalariado.

Podría decirse, y no es una afirmación para celebrar, que el aumento de los riesgos, de la *vulnerabilidad*, la *desafiliación*, la *precariedad* y la *exclusión* que sufre en estos momentos Europa, no es una situación nueva para los lugares periféricos del orden mundial. Esa ha sido la historia estructural y no coyuntural de nuestros territorios. Siendo así, el papel que éstos pueden jugar ante la situación actual es medular, debido al conocimiento que históricamente han adquirido a través de su larga vivencia desde la subalternidad. Pensemos solamente en los problemas que plantea ahora lo que se denomina el *Cuarto Mundo* en contraposición con los derechos adquiridos por los pueblos indígenas en Venezuela, Ecuador y Bolivia.

En relación con lo anterior, vale destacar unas palabras de Castel, a propósito de una pregunta que le hiciera un participante, en

una de sus conferencias, si le parecía que la respuesta al capitalismo mundial no debería ser también mundializada. Su opinión fue la siguiente:

Es cierto lo que usted dijo pero no es para nada una polémica. ¿Cómo sería esa forma de mundialización? Yo sé que hay grupos antiglobalización y hacen cosas muy interesantes pero eso no tiene peso. ¿Qué fuerzas internacionales tienen efectivamente peso en la actualidad? Usted tiene el Banco Mundial, el FMI, sistemas financieros y cosas así. Quizás esté la Organización Internacional del Trabajo que intenta hacer algo pero es menos liberal. Creo que no habría que tomar ese tipo de sueños como realidad. De hablar de fuerzas alternativas a nivel mundial, en relación con eso tenemos la unanimidad del mercado. Sin duda habría que intentar construir estas fuerzas pero justamente eso no consiste en soñar con su atrevimiento sino en actuar a través de referentes concretos de lucha, para emplear un viejo lenguaje, sobre objetivos precisos que se propongan limitar esa hegemonía del mercado.

El caso de la lucha contra el contrato de primer empleo en Francia es un buen ejemplo de eso. No nos haremos ilusiones sobre eso tampoco pero es a través de estas construcciones y de nuevas regulaciones que quizás podremos llegar a domesticar el mercado.

Me parece que podría ser políticamente peligroso ponernos a trabajar en la mundialización de fuerzas progresistas que en realidad no existen salvo durante el tiempo que duran, por ejemplo, algunos foros como Porto Alegre. No es para nada un comentario peyorativo o de desprecio, pero hoy en día no son realmente alternativas, no sé qué puede pasar en 20 años. Y, sin duda, lo que yo estoy diciendo es discutible. Pero

el comienzo de una reflexión política hoy debería tomar conciencia, tomar seriamente al mercado aún cuando no coincidamos con su funcionamiento e incluso pensemos que hay que luchar contra él. No se va a lograr dominarlo por ensordecidas revoluciones sino creando regulaciones sociales (Castel, 2007).

Sobre este particular, es importante resaltar que la *dimensión colonial*, al mostrar el lado oscuro de la modernidad, también se ofrece como una dimensión sumamente útil para dar cuenta de las potencialidades políticas y epistémicas que se producen desde la subalternidad. La experiencia de vivir entre dos mundos –la conciencia diatópica– constituye un lugar privilegiado desde el cual ver críticamente los discursos hegemónicos. Walter Dignolo (2001: 25) denomina esta potencialidad pensamiento epistémico de frontera. Quizás desde este lugar América Latina tenga mucho que decir.

Para finalizar quisiera hacer referencia al texto de Boaventura Sousa Santos (2006) en el que presenta: *La sociología de las ausencias* y la *sociología de las emergencias*. Allí Sousa Santos hace referencia a un tipo de razón que denomina *indolente*. La llama de este modo, puesto que se trata de un tipo de razón perezosa, que al considerarse única y exclusiva, no tiene necesidad de ejercitarse para poder ver la diversidad epistemológica existente en el mundo. Según su argumento, la razón indolente produce dos movimientos simultáneos: contrae, disminuye el presente, invisibilizando una buena parte de la realidad, aquella que no corresponde con su visión del mundo, y expande el futuro: haciéndolo infinito.

Subraya así la necesidad de crear subjetividades rebeldes, aquellas capaces de hacer frente a la razón indolente. Este autor sugiere, que para combatir la *razón indolente* es necesario utilizar la estrategia contraria. Es decir, expandir el presente incluyendo las experiencias que se invisibilizan y contraer el futuro, limitándolo para cuidarlo. Surgen, aquí, entonces la *sociología de las ausencias* y la

sociología de las emergencias. Es decir, se trata de rescatar y hacer visible lo que es invisible para la realidad hegemónica del mundo y por tanto desechable.

Creo que gran parte del esfuerzo de los y las que producimos conocimiento desde estas partes del mundo debe enfocarse hacia la construcción de subjetividades rebeldes. Esto significa, elaborar formas de reflexión que permitan pensarnos fuera de los discursos hegemónicos, que permitan poner al descubierto lo que ocurre en nuestras latitudes. No otorgarle su justo labor sería, en palabras de Sousa Santos (2006), un *epistemicidio*, un *desperdicio de realidad*.

BIBLIOGRAFÍA

- BARTHES, Roland (1997) *Mitologías*. Madrid. Siglo XXI.
- CASTEL, Robert (1995) «De la exclusión como estado a la vulnerabilidad como proceso». Archipiélago, N° 21. Barcelona.
- CASTEL, Robert (2007a) «Presente y genealogía del presente. Una aproximación no evolucionista al cambio social».
- CASTEL, Robert (2007b) «Los desafíos de las mutaciones sociales, políticas y económicas del siglo XXI». Temas y debates. N° 13.
- CASTEL, Robert (2010) *El ascenso de las incertidumbres. Trabajo, protecciones, estatuto del individuo*. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.
- CASTRO-GÓMEZ, Santiago (2000) «Ciencias sociales, violencia epistémica y el problema de la «invención del otro»». En: Edgardo LANDER (ed.): *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Caracas. UNESCO- FACES/UCV. [201-225].
- CASTRO-GÓMEZ, Santiago (2005) *La hybris del punto cero. Ciencia, raza e Ilustración en la Nueva Granada (1750-1816)*. Bogotá. Editorial Pontificia de la Universidad Javeriana.
- CORONIL, Fernando (1999) «Más allá del occidentalismo: hacia categorías geohistóricas no imperiales». La Habana. Casa de las Américas. No 214. [21-49].
- CORONIL, Fernando (2002) *El estado mágico. Naturaleza, dinero y modernidad en Venezuela*. Caracas. Nueva Sociedad. Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico. Universidad Central de Venezuela.
- DUSSEL, Enrique (1994) 1492. *El encubrimiento del Otro. Hacia el origen del «mito de la Modernidad»*. La Paz. Plural editores- Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.
- DUSSEL, Enrique (2004) «Sistema-mundo y «transmodernidad»». En: Saurahh DUBE, Ishita BENERJEE DUBE y Walter MIGNOLO (comps): *Modernidades coloniales*. México. El Colegio de México-Centro de Estudios de Asia y África. [201-228].

- ESCOBAR, Arturo (1996) *La invención del Tercer Mundo. Construcción y reconstrucción del desarrollo*. Bogotá. Editorial Norma.
- ESCOBAR, Arturo (1999) *El final del salvaje. Naturaleza, cultura y política en la antropología contemporánea*. Bogotá. Instituto Colombiano de Antropología.
- FABIAN, Johannes (1983) *Time and the Other. How anthropology makes its object*. Nueva York. Columbia University Press.
- FOUCAULT, Michel (2005): *Las palabras y las cosas*. México. Siglo XXI.
- GONZÁLEZ STEPHAN, Beatriz (1994) «Escritura y modernización: la domesticación de la barbarie». Revista iberoamericana. No 166-167. Pittsburgh. University of Pittsburgh. [109-124].
- LANDER, Edgardo (2000): «Ciencias sociales, saberes coloniales y eurocéntricos». En: Edgardo LANDER (edt.): *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Caracas. UNESCO-FACES/UCV. [11-58].
- MIGNOLO, Walter (2000) «La colonialidad a lo largo y ancho: el hemisferio occidental en el horizonte de la modernidad». En: Edgardo LANDER (edt.): *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Caracas. UNESCO- FACES/UCV. [79-117].
- MIGNOLO, Walter (comp.) (2001) *Capitalismo y geopolítica del conocimiento. El eurocentrismo y la filosofía de la liberación en el debate intelectual contemporáneo*. Buenos Aires. Ediciones del signo.
- MIGNOLO, Walter (2005) *The idea of Latin America*. Malden. Blackwell publishing.
- PARRA, Teresa de la (1982) «Ifigenia, diario de una señorita que escribió porque se fastidiaba». En: Teresa de la PARRA (1982) *Obra* (Narrativa, ensayos, cartas). Caracas. Biblioteca Ayacucho.
- QUIJANO, Aníbal (2000): «Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina». En: Edgardo LANDER (edt.): *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Caracas. UNESCO-FACES/UCV. [pp. 281-345].

- QUIJANO, Aníbal (2008) «El trabajo al final del siglo xx». Ecuador Debate. N° 74. Quito. [187-204].
- SOSA SANTOS, Boaventura (2006) *Renovar la teoría crítica y reinventar la emancipación social* (encuentros en Buenos Aires). <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/coediciones/20100825032342/.pdf>

Revisión de indicadores básicos de desarrollo social 2006-2013 de Uruguay

Esta presentación se refiere al documento Revisión de Indicadores Básicos de Desarrollo Social 2006 – 2013. El mismo tiene una estructura que presenta indicadores demográficos, de ingreso, pobreza y desigualdad, mercados laborales, de educación, TICS, viviendas. Se presenta un resumen de algunos de los principales resultados, las cuatro transformaciones políticas e institucionales que considero relevantes para explicar este cambio y el sustento de la mejora del gasto social, su asignación y la calidad del gasto.

Recientemente el Ministerio de Desarrollo Social del Uruguay (MIDES)¹ a través de su Dirección de evaluación y monitoreo, en el marco del trabajo sobre los derechos humanos con perspectivas de derechos sociales y económicos, elaboró y presentó un libro que compara la situación del 2006 con la situación del 2013 (Revisión de Indicadores Básicos de Desarrollo Social 2006 – 2013)². Voy a hacer un resumen de algunos de los principales resultados, las cuatro transformaciones políticas e institucionales que considero relevantes para explicar este cambio y el sustento de la mejora del gasto social, su asignación y la calidad del gasto.

El documento tiene una estructura que presenta indicadores demográficos, de ingreso, pobreza y desigualdad, mercados laborales, de educación, TICS, viviendas y reflexiones finales. Haré un recorrido breve sobre esas y focalizamos en las reflexiones finales.

¹ Ver <http://www.mides.gub.uy/>

² Ver publicación http://www.mides.gub.uy/innovaportal/file/29845/1/revision_de_indicadores_basicos_de_desarrollo_social_2006__2013_version_web_1.pdf

Para contextualizar es importante puntualizar sobre los indicadores demográficos. Uruguay presenta desde hace varias décadas una estructura poblacional que se mantiene relativamente incambiada en cuanto a sus características generales. Desde el 2006 cuenta con una población de 3.200.000 habitantes, de los cuales el 95% se asienta en el medio urbano y cuatro de cada diez personas reside en la capital, Montevideo. Por tanto, también se trata de una población envejecida y aún en proceso de envejecimiento con una composición pareja en cuanto a varones y mujeres. El país ha demostrado en el último censo unos cambios en lo que es la composición de los hogares y la conformación de los distintos arreglos familiares, también la hegemonía, el matrimonio y los hogares nucleares y parentales ante otros tipos de vínculos y arreglos familiares.

Algunos resultados, empezando por pobreza. Primero es notoria la reducción de la pobreza, 696 mil personas salieron de la situación de pobreza, al mismo tiempo la reducción fue en todos los departamentos, Artigas que es un departamento que se encuentra más al norte del país tenía 50% de pobreza en el 2006 y hoy está en el 18%. Esto reafirma lo que se muestra en el documento, que el departamento de mayor pobreza en el 2006 tenía 30% más que el que tenía menor pobreza y hoy esa diferencia, es decir, esa brecha se acortó a tan sólo el 17%. También bajó todas las edades, si tomamos niños, niñas y adolescentes, la pobreza era de una persona cada dos y hoy es de una de cada cinco personas en este grupo poblacional.

Otro de los indicadores que les planteaba eran los ingresos. Esto obviamente vinculado al aumento de los ingresos por cápita que en 2013 son el 47% mayor en valores reales encima de la inflación en lo que era en el 2006. Otra vez, esto se complementa con la mejora en la igualdad. En Artigas aumentó un 68% reduciendo la pobreza entre los departamentos, mientras que el de mayores ingresos es Montevideo superaba el 131% al de menores ingresos, esa diferencia en el 2007 bajó sustantivamente al 90%. Si lo miramos por persona el aumento de ingreso, el 20% más pobre fue 86%, mientras que el 20% más rico fue de 36% e incluso el 5% más rico

fue el 20%. Es decir, hubo aumentos muchos mayores en los sectores de menores ingresos contribuyendo a lo que es la reducción de la desigualdad.

Respecto a la desigualdad, hay una reducción de los indicadores de desigualdad entre los que se destacan el 30% de mayores ingresos bajó al 50, y del 54 al 46% del total de los ingresos, dentro del periodo del 2006, 2009 y 2013 se han ido reduciendo las brechas.

En cuanto a trabajo, lo que muestra los indicadores es que mucha gente más está trabajando. Hablamos que hay unos 221 mil puestos más de trabajo de lo que había en el 2006 y si vamos a 2004, con algunos registros de la seguridad social, hay 300 personas más trabajando. Hemos llegado a la tasa de desempleo más baja de la historia del país y la hemos mantenido a lo largo de los años. A la vez, la cantidad de cotizantes a la seguridad social se incrementó en más de 450 mil, lo que significa que no sólo aumentó el empleo sino también la formalización. Muchos empleos que estaban en condiciones de precariedad antes del 2005 se formalizaron con todos los derechos que ello implica: aguinaldo, salario vacacional, seguro de enfermedad, derecho a la jubilación y seguro de salud a partir de la reforma de salud en el 2008.

Entrando a lo que es la inclusión educativa, la evolución del nivel educativo en personas mayores de 22 años. Nosotros definimos el nivel educativo alto a quien tiene más de 12 años de educación, medio a quien tiene entre 9 y 11, y bajo a quien no ha completado el ciclo básico, es decir menos de 9. La asistencia a centros educativos de menores de 19 años por tramos de edad. En el 2006 el 52% tenía nivel bajo y el 25% nivel alto. En 2013 el nivel bajo se redujo 7 puntos es ahora 45% y el nivel alto aumentó 7 puntos, es ahora 32%. Por tanto, más personas que cumplieron 22 años desde el 2006 pudieron continuar sus estudios culminando la educación media. Podemos decir que los hogares excluidos en la década del 90 pudieron reincorporar a sus hijas e hijos al sistema educativo. Valoramos que en estos 7 años este porcentaje, si bien deseamos que siga en aumento, es muy buen porcentaje de aumento que representa un

cambio estructural en la tendencia a favor de la inclusión educativa. La asistencia educativa por tramo de edad, en todos los tramos de edad ha aumentado y destacamos dos evoluciones significativas. En el tramo de 0 a 3 años que se pasó del 21,7% al 35,1%, es decir uno de cada tres asiste hoy, esto está vinculado a la mayor presencia del K-I y la mayor absorción del tramo de 3 años por la educación primaria inicial. La otra evolución que se destaca es la de los adolescentes de 13 a 15 años que se pasó del 89% al 92% de asistencia. Lo importante es que en ambos tramos de edad, los aumentos fueron en todos los departamentos del país, destacándose que en Artigas y Paysandú que tenían un nivel bajo de asistencia, uno de cada dos niños de 0 a 3 asisten al sistema educativo. Nuevamente se potencian los resultados, si incorporamos la dimensión de la igualdad, ya que en el caso de niños de 0 a 3, las familias del 15% más pobre de la población duplicaron su asistencia en la educación. Esas mismas familias aumentaron 8% la asistencia de hijos en edad del ciclo básico y 20% en edad del bachillerato de 15 a 19 años. Lo que muestra parte de la re-vinculación y la permanencia educativa de adolescentes en hogares más pobres. Es decir, han tenido una gran importancia para este rol activo el re-pensar de instituciones y la presencia de programas implementados por el MIDES a jóvenes como compromiso educativo, formación profesional básica en conjunto con Ubut, Jóvenes en Red, etc.

La tecnología de la información, como sabemos hoy en día es una herramienta muy importante en la vida moderna y hay dos indicadores a destacar. Mientras que en el 2006 uno de cada cuatro hogares uruguayos contaba con una computadora, al menos en el 2013, dos de cada tres ya la tenían. En el 2006, 13% de los hogares tenían acceso a Internet, más o menos uno de cada ocho hogares. En el 2013, la mitad de los hogares ya lo tenían. Esto está vinculado a lo que se ha implementado a partir del 2005-2006 que es el plan así como la accesibilidad tecnológica y los costos que han facilitado la inversión que ha hecho la empresa pública de telecomunicaciones en estos últimos años.

Sobre el tema salud, la cobertura es importante en cuanto que las personas no deben pagar por su acceso a la salud sino que a partir de un aporte en función de sus ingresos tienen acceso. Es la premisa de cada quien según sus ingresos a cada quien según sus necesidades. Si comparamos la seguridad social anterior, sólo se aseguraba a los asalariados del sector privado, con el Fondo Nacional de Salud (FONASA) se asegura a todas las personas asalariadas, tanto del sector público como del privado y a sus familias completas, a las unipersonales, a los profesionales y a la mitad de las personas jubiladas. La inclusión de este último grupo de jubilados viene siendo progresiva y va a terminar en el 2016 con la inclusión de todos los jubilados.

Antes de la reforma de salud, la Dirección de Seguros Sociales por Enfermedad DISSE cubría 586 mil personas de las cuales había 50 mil jubilados y ningún menor de 18 años. A partir del Fonasa, hoy se cubren 2.200.000 personas entre los que se incluye 350 mil jubilados y más de 500 mil menores de 18 años. Algunos resultados en salud. Más allá de todo lo que se pueda detallar en documentos, hay una tendencia a la baja de la mortalidad infantil en los últimos años. En el trienio 2005-2007 la mortalidad infantil fue del 11,8 por mil y en el trienio 2011-2013 ese valor bajó a 9 por mil. Lo relevante junto con esto es que bajó significativamente en todos los departamentos, en especial se destacan algunos cuyas tasas eran relevantemente altas como Artigas y Cerro Largo. Hoy es de 8,8 por mil en Artigas y 10,2 por mil en Cerro Largo. Valores similares a la media nacional. Pero es de destacar que antes del 2004 en Artigas se superaba el 20 por mil y en Villa Unión, otra localidad del mismo departamento, había barrios en que era más de 50 por mil. Es evidente que la mayor accesibilidad generó mejores resultados y ello estuvo vinculado a la reforma estructural social en estos últimos años, la reforma de la salud, y en particular la creación del seguro nacional de salud, el acceso masivo, el pago por edad y sexo, el pago por metas prestacionales y la priorización del embarazo y la primera infancia.

Sobre el tema vivienda, el documento presenta varios indicadores pero voy a plantear solamente dos. Las viviendas con algunas necesidades básicas insatisfechas bajaron del 19,7% al 14,5%, es decir más de 5 puntos porcentuales. Por otro lado, el hacinamiento bajó del 13 al 10% en los hogares. Nuevamente el tema de igualdad está presente en viviendas, en caso del indicador del NBI y tomando el 20% más bajo, más pobre, bajó no solo 5 puntos sino que bajó el 10%. Bajó del 61,8 al 51,4%. Si lo miramos por departamentos, los que más bajaron el porcentaje son los que tenían mayores carencias. Nuevamente Artigas bajó 13 puntos porcentuales. En el caso de hacinamiento, el 20% más pobre bajó más del 3% siendo su caída al 8%.

Es claro que en estos resultados incidió la inversión que se ha dado, una inversión que no había existido antes, y medidas de impacto distributivo tomando un poco lo que es la ley nacional de viviendas que a partir de esos estudios se diseñan algunos instrumentos básicos entre los cuales destaco: el *subsidio* como un elemento redistributivo de la riqueza, los *préstamos* para democratizar el acceso a la vivienda, y los *aportes* de las personas destinatarios, ya sea en forma de trabajo, gestión y/o capital.

A lo largo del libro se mencionan muchas oportunidades, políticas públicas concretas, como el plan K-1, subsidio de cotas de viviendas, metas prestacionales que tiene que ver con salud, ajustes del salario mínimo, programas focalizados de empleo, compromisos educativos, jóvenes en red, etc. y eso es lo que quiero destacar ahora. Parte de esto tiene que ver, no es una cuestión mágica, con la elección de implementar nuevas políticas. Cuatro ejes que explican gran parte de estos resultados. Claro que no son ejes de políticas que explican los resultados por sí mismo sino que hay una cantidad de políticas que se han combinado para lograrlo de los cuales quiero resaltar lo siguiente.

Uno de los conceptos de salarios y todo el andamiaje de la reforma laboral que posibilitaron la mejora del ingreso, la formalización del trabajo y la mejora especial de los salarios más bajos contribuyendo no solo a bajar la pobreza sino a reducir la desigualdad.

Otro punto importante a destacar es la reforma de salud con la concreción del sistema nacional integrado de salud y el seguro nacional de salud, el FONASA, que permitieron más accesibilidad, mejora de los indicadores sociales y sanitarios, y redistribución de los ingresos contribuyendo sustantivamente a la caída de la desigualdad. La accesibilidad en vivienda y en particular es muy importante el tema del subsidio, de la cota porque no restringe la capacidad de compra de los hogares a sus posibilidades económicas. La creación del Ministerio de Desarrollo Social que antes del 2005 no existía, que posibilitó a quienes estaban en situación de exclusión a obtener un ingreso y acceder a las líneas de alimentación y de higiene, a obtener un ingreso por hijos independientemente de su formalidad, a acceder a programas laborales, acceder a empleos, a acceder a programas de apoyo educativo, acceder a ayudas técnicas para la discapacidad.

El sustento, como lo planteaba al inicio, el gasto público social, y acá algunas menciones. Entre el 2005 y el 2012 el gasto público social creció 87%, lo que significa un crecimiento promedio anual del 8,4%. Creció 41 puntos por encima del PBI que creció 46,6% en ese mismo periodo, y 35 puntos por encima del gasto público total que creció 52,2%. El gasto público social creció no solo en términos absolutos sino también relativos. Pasó como porcentaje del PBI del 19,5 en 2005 al 25,2 en 2002. Mientras que el promedio en la década de los 90 era del orden del 18% aproximadamente. Si lo comparamos con el total del gasto público pasó de representar en el 2004 el 60,9% de gasto público total al 2012 al 65,4%. El gasto público social, si sacamos las jubilaciones y las pensiones, aumentó entre el 2004 y el 2012 un 142%, a una tasa promedio anual del 11,5%. En particular salud y educación pasaron a representar del 5,2% al 10,7% del PBI, mayor valor en la historia del país. Otro punto importante que se refiere al eje del gasto social es el de los servicios universales, el rol del apoyo a las políticas focalizadas. Los gastos focalizados son del orden del 2% del gasto público total.

Comentario

En una frase, Robert Castel señala: «la cuestión social debe ser vista como la capacidad de una sociedad o de una nación para existir como un conjunto vinculado con relaciones de interdependencia».

En las presentaciones, sobre todo de Argentina, Uruguay y Paraguay, se vio cómo los avances o las lentitudes tienen que ver con esa incapacidad de generar relaciones de interdependencia. Básicamente se plantearon tres tipos de relaciones que vinculadas a algún concepto de *reciprocidad*, de *solidaridad*, de *responsabilidad* entre diferentes partes. Por un lado, Argentina y Uruguay hicieron referencia a que una parte importante de sus avances se debió a mejores ingresos. La reducción de la pobreza y la reducción de las desigualdades tuvieron que ver con una mejoría en los ingresos. Esto representa un compromiso mayor del trabajo con respecto al capital que en muchos otros países, si uno ve las estadísticas, ha ido reduciéndose la relación entre capital y trabajo, las remuneraciones al trabajo han ido disminuyéndose frente a una fuerte presión del capital.

La mayoría de nuestros países han pasado por una reforma tributaria, más fuerte o menos fuerte, que también en el fondo representa un mecanismo de solidaridad o de relaciones de interdependencia. Cuanto más progresivo es el sistema tributario, más solidaridad se puede notar en una sociedad en el sentido en que los estratos más altos aportan más para quienes tienen menos.

Y finalmente otra de las variables que trabajaron los países fue la de seguridad social que nos muestra en parte una solidaridad intergeneracional: quienes aportan hoy son los que financian una vida de calidad para otros y los que aportaron en el pasado, sostienen

en parte el sistema. El caso paraguayo queda un poco por fuera de estas características, estamos con problemas en todos esos sentidos y me da la impresión de que también la mayoría de América Latina está con los mismos problemas. En el último mes Clarisa Hardy publicó un estudio en Chile donde encuentra que todavía, a pesar de las mejoras, el 70% de las poblaciones de América Latina es pobre o vulnerable. Por lo tanto tenemos que seguir haciendo un esfuerzo importante para cambiar esta situación en función a estas categorías que plantea Castel. Sólo Argentina, Chile y Uruguay tienen estratos medios, superiores al 40% y niveles menores al 10%. Y colectivos como los que ya señaló Silvana, que siguen en peores condiciones: jóvenes, el tema de género, las poblaciones indígenas, si bien están haciendo un esfuerzo por imponer sus agendas, los datos de América Latina todavía los muestran como los más desafiados, los más vulnerables, los más pobres.

Quería rescatar uno de los primeros documentos de Robert Castel. Él es tan vigente hoy, no sólo por sus últimos aportes, sino también por sus primeros aportes, cuando inició sus trabajos estudiando en el ámbito de la salud mental, el encierro como un mecanismo de normalización de las conductas. Y hoy América Latina está viendo un fenómeno del encierro, que es un aumento cada vez mayor de la prisonización que tiene que ver justamente con estos grandes volúmenes de poblaciones vulnerables a las que no se les ofrece respuestas protectoras o desde la protección social, sino respuestas punitivas.

En toda América Latina estamos viendo una discusión de la disminución de la edad de penalización de los adolescentes, por ejemplo. Esto obedece en parte a la otra doble cara de la vulnerabilidad, de la inexistencia de políticas de protección en la que la criminalización de estos fenómenos y que desde el Estado no se está dando una respuesta adecuada para incluirlos sino para encerrarlos. Me parece que Castel en esos primeros trabajos nos continúa dando señales de la relevancia de su obra para explicar los fenómenos sociales latinoamericanos hoy.

POPULISMOS,
MOVIMIENTOS SOCIALES
Y NUEVOS ARREGLOS
INSTITUCIONALES

El Debate sobre el Populismo: entre la representación política y la metamorfosis de la Cuestión Social

«Los intelectuales de Europa o de los Estados Unidos no tenían naciones más adelantadas a las cuales imitar en los siglos XVIII o XIX, (mientras que los intelectuales latinoamericanos) están tan acostumbrados a encontrar su alimento espiritual en el extranjero, que el método persiste aun cuando haya reacciones antiimperialistas». Gino Germani

«Si hay un peligro para la democracia latinoamericana, viene del neoliberalismo y no del populismo». Ernesto Laclau

El presente trabajo pretende ser una contribución a la comprensión de algunas de las condiciones explicativas de la emergencia de los sistemas de movilización «nacional-popular» en América Latina. Se explora la hipótesis del entrecruzamiento de vectores que inciden en su emergencia como la doble metamorfosis de la *cuestión social* (Castel, 1997, 2010) y «crisis de la representación política» (Dos Santos, 1992; Przeworski, 199; Manin, 1992).

En este contexto cabe explorar cuáles han sido y serán las respuestas político-institucionales (y el diseño de arreglos institucionales) a las exigentes *Dimensiones Sociales del Desarrollo y de la Integración regional en el MERCOSUR*, región cuya historia es paradigmática en reflexiones y experiencias sobre el *Populismo Latinoamericano*.

El debate clásico sobre el *populismo* (Germani, Di Tella, Ianni, Weffort) y la más reciente literatura polémica sobre *populismo* y *neopopulismo* (Burbano, Weyland, De la Torre, Panizza, Laclau, Ar-

diti, Bartra, Borón, Vilas, Dussel, Werz, Hermet, Savarino, Aboy Carles, Retamozo, Magrini, Quiroga), se reactivan en América Latina a partir de la legitimidad que viene adquiriendo el modo de intervención sobre la dimensión social del desarrollo, dada la prioridad y urgencia de abordar los problemas de desigualdad, pobreza, vulnerabilidad y exclusión (CEPAL, 2007, 2014). Así mismo, el debate tiene vinculaciones directas con los cambios del panorama político-institucional en la región, marcados por el llamado *Giro a la izquierda*, con sus posicionamientos favorables y sus detractores (Paramio, 2006; Touraine, 2006; Laclau, 2006).

Por otra parte, en el texto exploramos la reactivación de viejos temores y retóricas frente al cambio social y político (Hirschman ante las *retóricas reaccionarias*), basadas en una aproximación sesgadamente peyorativa¹ de las experiencias históricas *populistas*², sin dar cuenta de los estrechos vínculos de estas experiencias históricas con los avances en materia de *ciudadanía* y en materia de *cuestión social* (Quijano, 1998; Vilas, 1988).

La encrucijada sobre la superación definitiva o no del cuadro de políticas orientadas por el *Consenso de Washington* sigue estando presente en la región. Allí cabe abordar el importante texto de la CEPAL: *Pactos por la igualdad* (2014) para abordar con rigor el debate sobre las políticas para promover en América Latina y desde América Latina *regímenes político-sociales* de Bienestar (Pérez Balatodano, 1997; Esping-Anderson, 2000; Martínez del Pisón, 1998); bajo la premisa de apalancar la ampliación y profundización de la ciudadanía política y social, reconociendo los derechos y garantías institucionales expresamente establecidas en arreglos político-institucionales que permitan reinventar el *Proyecto del Estado Democrático y Social de Derecho* (García-Pelayo; 1977; Combellas, 1990).

1 Argumenta Alain Rouquié: «(...) cuando alguien dice de un partido o una personalidad política que es populista es porque no le gusta. Es un término casi insultante y por eso no puede ser un concepto analítico. (...) Sirve para cubrir nuestra ignorancia (...) cuando los regímenes parecen complejos (...) y no corresponden a los esquemas tradicionales, entonces son populistas» (Rouquié, 2007).

2 Entre los ejes de exploración teórica e histórica más importantes sobre las experiencias «populistas» latinoamericanas, nos encontramos con el logro de importantes conquistas en materia de derechos sociales y de incorporación política de sectores populares anteriormente excluidos.

Sin embargo es un déficit institucional recurrente, además de un elemento de denuncia presente en las *movilizaciones nacional-populares*; que una cosa dice lo que está establecido en los textos legales que enmarcarían las políticas públicas, como las Constituciones y leyes (reconociendo la más avanzada legislación social); pero otra es la aplicación, la vigencia efectiva de las prácticas y la cultura política e institucional que aseguran el ejercicio de derechos para la ciudadanía política y social.

De modo, que proponemos mantener abierta una mirada doble sobre las llamadas experiencias clásicas o históricas del *Populismo*: reconociendo tanto sus conquistas sociales, para analizar sus problemas, debilidades y falencias; sobremanera para la consolidación de *regímenes democráticos* (O'Donnell, 1996, 1998; Dahl, 1988; Held, 1992; Lander, 1996), sin que esto signifique renunciar a una idea de democratización del poder que postule entre sus dimensiones, la de luchar por una *democracia participativa y socialmente incluyente*³.

Revisitar el debate sobre las *experiencias nacional-populares* en América Latina conduce a plantear la necesidad no sólo de fortalecer y consolidar la democracia política, en sus aspectos de *reglas de juego* y de *ampliación de la participación política*, sino además, de la necesidad urgente de construir enfoques, perspectivas y paradigmas de *democracia socialmente incluyente* para la región; en especial, para el grupo de países que impulsan esquemas o bloques de integración, como lo son los países del MERCOSUR.

A contracorriente de las políticas neoliberales (Bustelo, 1998; Lander, 1996; Dávalos, 2011), las experiencias nacional-populares muestran que las vías de movilización del *pueblo* como sujeto político avanzaron más en materia de derechos sociales y de democratización del poder, que el recetario modernizador del *Consenso de Washington*. Dicho en palabras de la corta pero significativa frase

3 La convergencia y coordinación de políticas públicas en materia de *democracia socialmente incluyente* pueden ofrecer medidas de protección para impulsar el avance necesario en materia de ejercicio de la ciudadanía en todas las generaciones de derechos y garantías. El efecto negativo de las políticas neoliberales sobre estos derechos y garantías, exponen a las sociedades a procesos de vulnerabilidad, precarización laboral y exclusión social.

de Ernesto Laclau: «Si hay un peligro para la democracia latinoamericana, viene del neoliberalismo y no del *populismo*»⁴ (Laclau, 2006).

El *populismo histórico* que avanzó en materia social, debe ser deslastrado de una visión marcadamente peyorativa⁵. Es preciso estudiarlo a fondo, mirarlo cara a cara, contextualizarlo, cuestionar sus falencias, encontrar sus dificultades a la hora de abordar el difícil camino de construcción de democracias políticas con mayores espacios de justicia social (Mate, 2011), de re-distribución material y re-conocimiento político y cultural hacia los sectores populares, y en especial, hacia las poblaciones sometidas a procesos de negación cultural, como los pueblos indígenas y afro-mestizos en nuestra región (Fraser, 2006; Calderon, Hopenhayn y Ottone, 1987).

Por tanto, hay que partir de la premisa que señala que las interpretaciones del *populismo* lo hacen como un *objeto socialmente construido* desde conceptos controversiales⁶, cargados con fuertes acentos y posicionamientos, pasionales e ideológicos. Además, las operaciones teóricas no están completamente desembarazadas de vastas operaciones hegemónicas en el campo social y político; y esto da cuenta de sus tensiones y ambigüedades, que hace que sus *referentes* y *atributos* se relacionen simultáneamente con:

4 Esta afirmación abre las puertas a una inevitable y fecunda controversia, pues el sentido común que se intenta sedimentar es el inverso: si hay un peligro para la democracia no es el neoliberalismo (ahora bajo el eufemismo de una macro-economía responsable), sino el *populismo*.

5 La noción de *populismo* sigue siendo utilizada como un estereotipo marcado por acentos descalificadores: «Se trata de caracterizar a políticos que buscan congraciarse con su «público», lo cual hace difícil distinguirlo de los demagogos que hacen todo tipo de promesas, no importa cuán factibles sean de cumplir, con tal de avanzar en sus carreras e impulsar sus proyectos, y que manipulan descaradamente los procedimientos legales y los arreglos institucionales para adaptarlos a sus necesidades.» (Arditi, 2011).

6 Reconocemos que la literatura sobre el *populismo* latinoamericano es vasta, laberíntica y compleja (Germani, Di Tella, Ianni, Laclau, De la Torre, Burbano, Novaro) pero esto no impide otorgarle cierta coherencia a la historicidad de sus tradiciones teóricas (sociología de la modernización, materialismo histórico, teoría de la dependencia, teoría del sistema mundo, institucionalismo, teoría de los movimientos sociales, economía del desarrollo). También cabe analizar las contribuciones para el debate sobre el *populismo* elaboradas desde las disciplinas pertenecientes a la rejilla clasificatoria de las Ciencias Sociales e Históricas Modernas Europeas tal como se han institucionalizado en el siglo xx (Wallerstein). Este último aspecto cobra relevancia en la medida en que las representaciones autorizadas y legítimas sobre el *populismo* ponen en disputa a comunidades académicas e intelectuales que intentan trazar fronteras con implicaciones político-normativas tanto en las regiones centrales, semi-periféricas o periféricas del sistema histórico mundial.

movimientos políticos, dispositivos ideológico-discursivos, estilos de liderazgo, estructuras organizativas, cultura política, modalidades de régimen o visiones de la macroeconomía que condiciona una particular política pública (Roberts, 2004).

La polémica se apunala si constatamos la divergencia entre aquellos enfoques que enfatizan la autonomía de lo político frente a la esfera económica (Weyland, 2004; De la Torre, 2004); es decir, de los enfoques que enfatizan el análisis de estructura social o los patrones de acumulación, crecimiento y distribución (Ianni, Vilas, 2005).

También es posible identificar enfoques con preeminencia de las interpelaciones e identificaciones discursivas (Panizza, 2009; Laclau, 2005) o aquellos que se centran en aspectos organizativos o de liderazgo (Roberts, 2006), en prácticas políticas y arreglos institucionales del Estado (Weyland en Mackinnon, 1998; Portantiero, 1981).

Finalmente encontramos aquellos enfoques que cuestionan que se soslaye el encuadramiento histórico-estructural; es decir, que se desdibujen el fenómeno populista de su relación con niveles y modalidades de desarrollo histórico de la economía en su modo de articulación a la división internacional del trabajo y el sistema histórico capitalista (Vilas, 2005; Quijano, 1998, 2000).

Por otra parte, para dar cuenta de las representaciones en conflicto sobre el *populismo*, es necesario reconocer de entrada los *lugares de enunciación* de las elaboraciones conceptuales propias del campo intelectual; comprender cómo se entrecruzan descripciones, explicaciones, estereotipos y juicios político-normativos, si queremos comprender las relaciones del campo intelectual con el campo político y con el terreno de actuación de los movimientos sociales, con la forma como se disponen arreglos político-institucionales predominantes y con las políticas públicas directamente implicadas en la tarea de afrontar los problemas asociados a la *Cuestión Social*.

Los *lugares de enunciación* que aquí planteamos solo son instancias de referencia⁷ partiendo de una distribución tentativa de actores que vehiculizan *discursos autorizados* sobre la *cuestión social* en el campo de:

- Las instituciones supranacionales, agencias multilaterales y de promoción de *Políticas de Desarrollo*;
- Los órganos de la administración de políticas públicas, hacedores de política;
- Las organizaciones político-partidista;
- Los *grupos de presión*, especialmente los actores económicos y los dispositivos mediáticos;
- Las organizaciones el campo académico-universitario,
- Los movimientos sociales, populares y asociaciones civiles.

Tampoco conviene soslayar que los *lugares de enunciación* se relacionan, directa o indirectamente, con el espacio de disputa entre proyectos políticos hegemónicos. Allí podemos abordar las principales objeciones al llamado *populismo*, no sin antes dar un rodeo sobre el lugar del *pueblo* en lo que denomina Hirschmann (1991) el despliegue de la *retórica reaccionaria*.

PUEBLO Y CIUDADANÍA:

EL DESPLIEGUE DE UNA RETÓRICA REACCIONARIA

Plantea Margaret Canovan: «La democracia populista es hostil a la democracia representativa y busca retener la mayor cantidad de poder posible en las manos del pueblo». (Margaret Canovan, 1996)

Conviene retener esta idea para comprender la función que ocupa aquí el análisis de Albert Hirschman, quién elaboró un texto que con-

7 Los agentes estatales y político-partidistas no son los únicos actores existentes en los circuitos y niveles de la política, lo cual genera mayor complejidad en los procesos de decisión, representación, mediación, agregación, articulación e interlocución social, económica, política y cultural. Todo esto lleva a identificar con precisión la malla de actores sociales y políticos involucrados en la construcción de discursos y representaciones sociales con influencia determinante sobre las *políticas públicas*.

sidero paradigmático en el ambiente triunfalista del proyecto neoliberal/ neoconservador de los años ochenta del siglo xx (Lander, 1996c). El contacto intelectual de Hirschman con el ensayo de T. H. Marshall sobre la ciudadanía moderna constituye el punto de arranque de sus argumentos, redescubriendo así una retórica reaccionaria que giraría desde hace doscientos años (1789-1989, para el momento en que escribió su artículo), alrededor de tres motivos:

A) la perversidad de toda revolución o cambio radical; B) la futilidad de todo cambio, sea reformas o revoluciones; y C) el peligro o riesgo inaceptable que las transformaciones sociales involucran.

Estas tres tesis (*perversidad, futilidad y peligro*) vendrían a justificar la desconfianza y el temor de los actores, movimientos o sectores conservadores, cuando un movimiento social y político pretende transformar el ritmo y la dirección histórica de los acontecimientos, introduciendo la posibilidad misma de virajes, rupturas o bifurcaciones sociales, políticas o económicas.

En el presente trabajo, considero que esta retórica reaccionaria opera igualmente cuando se enarbola el término *populismo* como adjetivación peyorativa para descalificar la posibilidad del cambio con connotaciones *nacional-populares*; es decir, no una *época de cambios*, sino un *cambio de época*, en la expresión del Presidente de Ecuador Rafael Correa.

Veamos en síntesis algunas de las tesis. La tesis del peligro señala que cualquier *revolución* o incluso una *nueva reforma* pueden poner en peligro algún logro previo considerado valioso. La tesis de la futilidad, afirma que los intentos que hacen los seres humanos para cambiar un orden de cosas vigentes, están condenados al fracaso, no se adecuan a las *leyes de hierro* de la vida social. La tesis del efecto perverso⁸, señala que las consecuencias no intencionales de la acción colectiva son más probables que ocurran que las *buenas intenciones* de los agentes de cambio. El resultado de asumir la

8 Tomando como arquetipo de la activación paradigmática de la retórica reaccionaria hacia la Revolución Francesa, Hirschman puso el acento en los llamados efectos *perversos* de cualquier «mutación precipitada». A cierto plazo la Revolución habría traído consigo nefastas consecuencias: guerras, tiranía personal, colonialismo, etc., temas que incluso abominaron los actores revolucionarios en su estado naciente.

validez de estas tesis es simplemente llamar a conformarse con lo existente.

Es obvio el efecto paralizante de la asunción de tal retórica con su *ethos* consecuente. Lo sintomático de la misma es que reaparece en algunos motivos de la crítica institucional y neomodernizadora al *populismo latinoamericano*, ya sea como evocación del *populismo histórico* (Cárdenas, Vargas, Perón, Velasco Ibarra, etc.) o como reacción a procesos de movilización y puesta en discurso de planteamientos con alguna resonancia con aquel *populismo de otrora* (la experiencia de Chávez y Morales pasaron a ser los ejemplos más citados).

Desde el punto de vista de los sectores conservadores, la movilización nacional, popular y democrática sería la puerta de entrada de una *fantasía ideológico-política* que lesionaría finalmente los atributos naturales de la *condición humana*, del *progreso* y de la *libertad*. También el *riesgo* que evoca esta retórica alude al *anacronismo* de reinventar o renovar el Proyecto del Estado democrático y social, así como la expansión de la ciudadanía civil, política, económica, social, cultural y ambiental que, más allá de su benévola intención para combatir la miseria y las pobreza, más bien multiplicarían las miserias y coacciones, ahogando a la *sociedad civil* en el *camino de servidumbre* (Hayek, 1944).

De modo que la tentativa de empujar a la sociedad en determinada dirección del cambio favorable a las demandas populares resultará, en efecto, un movimiento pero en la dirección opuesta. Las ideas de Burke, Joseph de Maistre o Gustave le Bon se reactivan para contener cualquier desbordamiento que intente ir más allá de la *democracia gobernable*⁹.

De manera que la conclusión de la retórica reaccionaria es bloquear frontalmente la posibilidad de construir *políticas públicas* que favorezcan democracias sociales incluyentes, igualitarias y jus-

9 Si existió un tiempo en donde se luchó a favor del sufragio universal, la retórica reaccionaria plantea que es hora ya de reconocer que la democracia de masas demuestra que éstas carecen de sabiduría, de ajustada medida, y poseen una mentalidad de niños dependientes o de mujeres histéricas (como Le Bon dirá más tarde). Peor aún, es insensato y contra-productivo hacer participar a todas las clases sociales en la elaboración y aprobación de políticas públicas; ya que son coto exclusivo del saber experto. Los principios democráticos son fútiles, triviales, pues ignoran que el talento político es una virtud de pocos. Entramos en el terreno de la pos-democracia (Crouch).

tas, basadas en una amplia participación y en el reconocimiento de un modelo agonístico de acción política, además de incorporar las dimensiones creativas del conflictivo, reconoce un terreno social plural y deliberante.

Bajo la retórica reaccionaria obturadora del cambio social, se bloquea la necesidad de *regímenes de justicia y bienestar social* y son descalificados como *prácticas populistas*. Una deconstrucción de tal retórica reaccionaria abriría, en cambio, resortes potentes para el cambio, incluso donde son más tenazmente resistidos: en la estructura de las mentalidades y en el imaginario social.

Hirschman muestra cómo la retórica reaccionaria sería el terreno desde donde se construye la más frontal oposición a la legitimidad del *Estado Democrático y Social* y a su correlato económico y social: las *Políticas de Bienestar* como *políticas universalistas*, de ciudadanía amplia, e incluso de combate de la exclusión de carácter compensatorio con *políticas particularistas* (guiadas por criterios de focalización y compensación, acotadas a políticas para combatir la *pobreza extrema*: hambre, indigencia y miseria).

De modo, que uno de los temas abiertos frente al *populismo* es precisamente la descalificación de *las movilizaciones popular-democráticas*, pues a juicio de los sectores conservadores, sus demandas desbordarían la capacidad de gobierno y de los sistemas político-administrativos para procesarlas; lo cual conlleva como contramedida imponer una *deflación de expectativas* asociadas a la ampliación de espacios de justicia social. Quien hable de *pueblo* y de *justicia social* invocaría el retorno del fantasma, el fantasma del *populismo*.

¿EXISTE UNA DEFINICIÓN MÍNIMA DE POPULISMO?

La historia del concepto *populismo* podría condensarse en dos adjetivaciones: impreciso y ambivalente. Uno de los temas recurrentes del análisis remite al reconocimiento de la falta de acuerdo sobre su definición.

La investigadora Margaret Canovan (1996: 646) lamenta que: «El populismo es uno de los términos menos preciso del vocabulario de las ciencias políticas». No es extraño que sobre el concepto de *populismo* se haya dicho, en un texto de referencia obligatoria para los analistas del fenómeno, que su definición está rodeada de una *penumbra de significados* (Peter Worsley en Ionescu-Gellner, 1970). O como señalan en el mismo texto: «(...) no puede haber duda alguna respecto de la importancia del *populismo*, pero en cambio nadie sabe exactamente qué es» (Ionescu-Gellner, 1970).

Ernesto Laclau¹⁰, quién puede considerarse uno de los mejores analistas del fenómeno del *populismo*, llegó a afirmar que la claridad analítica está visiblemente ausente (Laclau, 2005:15). Carlos Vilas ha escrito que el *populismo* como concepto ha perdido valor, se ha reducido a una simple adjetivación, generalmente peyorativa¹¹ (Laclau, 1998:233).

Asociado a este déficit, se llama a la necesidad de contar con un *campo conceptual mínimo*; es decir, precisar una *definición clara y compartida de la comunidad académica* sobre el *populismo*, que delimite la extensión, la consistencia de contenido y la ubicación sistemática de la misma en una jerarquía de conceptos (Weyland, 2004)¹².

10 Laclau ha dicho del *populismo* que se trata de «una parcialidad que quiera funcionar como la totalidad de la comunidad».

11 Es conocida la afirmación que el *populismo* puede ser considerado como la enfermedad de los sistemas democráticos, con un potencial tiránico y disruptivo de los derechos individuales por una parte, pero también se ha señalado que su radicalización de los principios de soberanía popular, exhibe una de las formas más puras del orden democrático.

12 Como vemos, la clasificación utilizada por Kurt Weyland de definiciones acumulativas, aditivas o radiales, y de los conceptos clásicos, quizás no funcione finalmente para construir una definición precisa y universalmente aceptada, pero permite realizar una taxonomía de interpretaciones teóricas frente al *fenómeno populista*.

Desde una acera distinta, otras interpretaciones plantean que los contornos conceptuales del término siguen siendo borrosos y problemáticos; que su estatuto teórico sigue siendo un objeto de disputa hegemónica en el campo académico y político (Laclau, 2005; Arditi, 2011; Follari, 2010; Burbano, 1998); llegando a resignificarse en el marco de ambiciosa elaboración de la teoría sobre la política y lo político, todo un programa para concebir una ontología de la vida social (Mouffe, 2007; Laclau, 2008; Marchard, 2009).

Así mismo, también hay quienes insisten en llamar a precisar la *especificidad histórica* del *populismo latinoamericano*, diferenciando tales experiencias de una aproximación teóricamente generalizadora (llamándolos *movimientos* y *regímenes* nacional-populares), partiendo del diálogo entre teoría e historia, en una reconstrucción de sus condiciones históricas de posibilidad, sin olvidar sus determinaciones políticas, culturales e ideológicas, ni la importancia de determinaciones económicas estructurales, tanto internacionales como nacionales¹³ (Burbano, 1998).

En especial, interesa destacar en la búsqueda de definición, la posición de Benjamín Arditi en su texto: *El populismo como periferia interna de la democracia* (Arditi, 2011: 124) quién ha venido planteando que el fenómeno populista podría abordarse reconociendo el desplazamiento histórico de sus contornos, superando la oposición entre objetos, que puede delimitarse a partir de oposiciones entre lo *exacto* y lo *inexacto*, aunque esto no implique necesariamente dejar de lado aproximaciones rigurosas hacia un objeto que quizás podría aproximarse a la cualidad de lo *anexacto*¹⁴.

Este primer punto de controversia sobre las definiciones pondría en juego cuestiones epistemológicas y ontológicas, en el marco más abarcador de la teoría y la filosofía política, con profundas conse-

13 Se plantea analizar el movimiento populista en el trasfondo de modificaciones de las estructuras sociales y las relaciones de clases, grupos, sectores y bloque sociales, de momentos de transición del modelo de acumulación capitalista y de la especificidad de la producción de las experiencias nacional-populares (Quijano, Vilas) en el contexto de las relaciones con el sistema-mundo capitalista. Tampoco debemos olvidar una cierta apropiación positiva de la experiencia populista por sectores intelectuales de izquierda ante la crisis teórica de las familias ideológicas del *marxismo revolucionario* (Raby, Ellner). Para los marxistas, el debate entre Haya de la Torre, Julio A. Mella y José C. Mariátegui es fundante de la confrontación entre populismo y marxismo latinoamericano.

14 Desde un término reactivado por Deleuze y Guattari de la obra de Husserl de acuerdo a Arditi.

cuencias en el modo hegemónico de comprensión de la democracia como una forma de gobierno consensual, institucional y procedimental (Kelsen, Sartori, Dahl, Held, Bobbio, O'Donnell)¹⁵:

En lugar de intentar diseñar instituciones que mediante procedimientos supuestamente *imparciales*, reconciliarían todos los valores e intereses en conflicto, la tarea de los teóricos y políticos democráticos debería consistir en la creación de una esfera pública vibrante de lucha *agonista*, donde puedan confrontarse diferentes proyectos políticos hegemónicos (Mouffe, 2007).

En este orden de ideas también conviene colocar sobre la mesa la imagen de Margaret Canovan¹⁶ acerca del populismo como *sombra de la democracia*, en la brecha entre la faz *pragmática* y la faz *redentora* de la democracia como tal.

En este contrapunto quizás cabe explorar la complejidad de las diferentes figuras del *populismo*, pues no todas sus manifestaciones se reducen a considerarlo ni siquiera en su fase de sistema de integración y acomodación política (*Estado de compromiso*) como un régimen autoritario, análogo al fascismo, emparentado con el militarismo, pues una de las fronteras más importantes sigue siendo la distinción de Octavio Ianni entre diversas figuras del *populismo*: el *populismo de los de arriba* y el *populismo de las propias masas*, cuestión que implica identificar con precisión las *relaciones de clase* en el movimiento nacional-popular, y si se aseguran o no los *derechos de las mayorías* (Worsley, 1970: 302).

15 Términos como *democracia dialógica*, *buena gobernanza*, *gobernanza multinivel*, *poliarquía*, *democracia sin partisanos*, *sociedad civil global* muestran las dificultades para comprender precisamente la dimensión del antagonismo constitutiva de lo político (Mouffe), reduciéndola a la política procedimental (Lander, Boron, Stolorowicz); en fin, a formatos de negociación competitiva en el *mercado político* o a procedimientos tecnocráticos de gestión de decisiones y de políticas públicas.

16 Canovan (1999) dice: «The reason is that the sources of populism lie not only in the social context that supplies the grievances of any particular movement, but are to be found in tensions at the heart of democracy. I shall suggest that democracy as we know it has two faces – a redemptive and a pragmatic face – and that their coexistence is a constant spur to populist mobilization. My conclusion will be that instead of being a symptom of backwardness that might be outgrown, populism is a shadow cast by democracy itself».

Gino Germani, por otra parte, ha planteado el carácter híbrido del *populismo*, vale decir, situado en una *zona gris* entre un régimen autoritario y uno democrático (Germani, 1965: 336). Y el debate más reciente sobre el *populismo* en sus relaciones con la democracia ha intentado ubicarlo en la tensión entre un modelo de democracia liberal y un modelo de democracia radical (Arditi, 2005).

Cabe preguntarse: ¿Es realmente el *populismo* la sombra proyectada por la democracia, la desmesura de su *faz redentora*, el exceso de una *política de la fe*? ¿No podría ser más bien analizado como la *sombra proyectada*, la figura del *objeto malo* con connotaciones psicoanalíticas, desde otro lugar de enunciación cuyo polo se encuentra en el liberalismo político, actualizando una suerte de *autoridad pedagógica* (que habla en nombre de una política racional, calculadora y pragmática (Orozco, 2001).

Ciertamente, las preguntas encierran la seducción de construir el campo político y académico como un espectro binario (*redentores* que practican una política profética o pragmáticos que justifican un *sano escepticismo*)¹⁷.

Cualquier ataque maniqueo a la comprensión de la democracia como procedimiento institucional, tiene su correlato de una defensa del *populismo*, asumiendo la democracia como un proceso conflictivo que altera significativamente las relaciones de poder; es decir, que coloca el acento en la democratización, más que en la estabilidad de las *reglas de juego* propias del paradigma liberal-democrático (Lander, 1996b; Gallardo, 2007). En este contexto, Aboy Carles (2010) plantea una suerte *dos caras de Jano* en la compleja tensión y relación entre *populismo* y las *instituciones políticas*.

De modo que la relación entre *democracia* y *populismo* no se salda necesariamente con una descalificación en bloque del *populismo* ni del *liberalismo político*, sino quizás con el mantenimiento de una apertura del horizonte constitutivo de la idea de democracia y de la soberanía popular, incluso más allá de los estuches institucionales de la política instituida, es decir, aquella que la ha compactado en

17 Se trata de una simplificación que debemos sostener con cierta evocación a aquella «vigilancia epistemológica», para interrogar, ahora de modo crítico-hermenéutico, cuál es el proyecto en el cual se inscriben las distintas reflexiones sobre el *populismo*.

demasía a los límites del imaginario de una *democracia gobernable* (Stolowicz, 2009).

Justamente allí, podría darse cuenta de una suerte de topología del espacio político de las modernidades, que tensiona a tres puntos nodales de la política: a) los ordenamientos constitucionales, b) las declaraciones de derechos humanos y c) el ejercicio efectivo de la soberanía popular donde aparecen los contornos de democracias agonísticas.

¿POR QUÉ SEGUIR REVISITANDO LOS CONTORNOS CLÁSICOS DEL POPULISMO LATINOAMERICANO?

La sociología política latinoamericana¹⁸ de la segunda mitad del siglo pasado puso el acento en concebir el *populismo* como una expresión de la crisis del capitalismo primario exportador, del sistema de dominación oligárquico y de la sociedad que éste había producido¹⁹.

Se trata de una articulación política inestable y heterogénea entre ciertos sectores de la burguesía urbano-industrial, de los sectores medios técnico-profesionales, y de las clases dominadas (obreritos y campesinos principalmente), en casi la totalidad de los países latinoamericanos, que estuvieron, por lo general, bajo el comando político-ideológico de los nuevos *sectores medios urbanos* anti-oligárquicos emergentes (cuando se trataba de la fase *movimientista*), pero cuando se trata de sistemas de acomodación o de regímenes políticos efectivos (la fase *institucionalista*), su control real estuvo en manos de sectores de la propia burguesía urbano-industrial. No es casual que en este tipo de comprensión y explicación histórica,

18 El término *populismo* ha sido empleado en el campo académico-intelectual en los países del Norte y del Sur global para nominar fenómenos socio-políticos disímiles, incluso muy distantes en el espacio y en el tiempo, como el *populismo ruso*, la democracia jacksoniana norteamericana, el fascismo italiano, el maoísmo chino, el cardenismo mexicano, el varguismo brasileño o el peronismo argentino.

19 Crisis que se manifestaba, entre otros aspectos, en las crecientes contradicciones de las distintas clases, grupos, sectores, de fracciones de empresarios y entre éstas, con las capas medias y las clases trabajadoras (asalariados urbanos y rurales, campesinos, artesanos, trabajadores por cuenta propia y otros).

uno de los más citados textos se denomine: *El Populismo y las contradicciones de clase* (Ianni dixit).

Aun aceptando que el núcleo esencial del *populismo* es la movilización de *las masas* por parte de *líderes carismáticos* que buscan desafiar a las *élites establecidas*, el análisis histórico permite identificar un gran número de variantes organizativas (Roberts, 2010) con programas ideológicos incluso contrapuestos, que se estructuran entre dos tipos de un *continuum* constituidos por:

- Líderes populistas que optan por una relación directa, no institucionalizada ni mediada, con seguidores no organizados.
- Líderes populistas que han forjado formidables organizaciones partidarias para encuadrar y disciplinar a sus adeptos, al mismo tiempo considerables energías al desarrollo de agrupaciones sociales como sindicatos de obreros y/o campesinos.

Tal como lo has planteado Frei y Rovira, existen además tres momentos en la historia conceptual del *populismo*²⁰, tal como aparecen en el siguiente cuadro descriptivo. Sin embargo, hemos eliminado la definición del mismo pues no hay acuerdos mínimos básicos que permitan construir criterios unificadores:

20 Frei y Rovira citan a Conniff en los siguientes términos: Conniff (2003: 32) también describe tres fases del *populismo*: A) el *populismo* temprano o proto-*populismo* en las primeras décadas del siglo XX; B) el *populismo* clásico que va desde 1940 a 1960; y C) el resurgimiento del *populismo* en 1980 y la consecuente discusión en torno a la aparición de un *neopopulismo* hacia 1990.

CUADRO 1
FASES DEL POPULISMO

	Primera fase: el populismo como movimiento político	Segunda fase: el populismo como etapa de la modernización latinoamericana	Tercera fase: el Neo-populismo estatal (NE) y el Neo-populismo de mercado (NM) como lógicas de acción política
ÉPOCA	Entre fines del siglo XIX y comienzos del XX	Entre la crisis económica de 1929 y la irrupción del neoliberalismo.	Entre 1989 y el emergente debate actual sobre la democracia en el orden global.
EJEMPLOS	Nardoniki en la Rusa zarista y el People Party norteamericano	Cárdenas (1934-1940), Perón (1946-1955), Vargas (1945-54)	NE: Chávez (1989-2005) NM: Menem (1989-1999) Fujimori (1990-2000)

Cabe mencionar también en este contexto, la tipología de Kenet Roberts sobre los subtipos organizativos del *populismo*, para prestarle así atención a los aspectos relacionados con las formas variables de organización de la política populista, pues lo que hace que el *populismo* sea tan difícil de encasillar, conceptual y empíricamente es, en parte, su maleabilidad organizativa.

También Roberts ha resaltado los lazos corporativistas con sectores clasistas organizados horizontalmente, mientras que en otras experiencias populistas, han prevalecido redes de patronazgo, prebenda y clientelismo organizadas verticalmente, llegando incluso a combinarse en el seno del mismo movimiento o partido al no ser excluyentes.

Otro de los aportes de Roberts es que permite diferenciar a las experiencias populistas de las neo-populistas desde el punto de vista organizativo, cuando señala que:

(...) las estructuras coyunturales tanto políticas como socioeconómicas han modelado y restringido los modelos de movilización populista, creando una propensión hacia la densidad organizativa durante la era de la ISI (Industrialización Sustitutiva de Importaciones), y hacia un electoralismo atomizado durante el actual período de liberalismo de mercado (Roberts, 2006).

En tanto que el movimiento populista depende de la ligadura y constitución de las *agregaciones de masa* con la acción y discurso de liderazgos carismáticos con personalidades dominantes, las inclinaciones y diferencias de los líderes políticos influyen, junto a factores coyunturales, tanto políticos como económicos, en las decisiones en cuanto a implementar o no estrategias de construcción de agrupaciones basadas en la densidad organizativa, estables y crecientes o en lo que califica como *electoralismo atomizado*. De acuerdo a Roberts:

CUADRO 2
SUBTIPOS ORGANIZATIVOS DE MOVILIZACIÓN POPULISTA

DESCRIPCIÓN	Alta organización partidaria	Baja organización partidaria
Alta organización de la sociedad	Populismo orgánico (Presidencia de Cárdenas en México)	Populismo Obrero (Peronismo)
Baja organización de la sociedad	Populismo partidario (APRA-TRIENIO AD)	Populismo electoral (Velasco Ibarra, Fujimori)

Así mismo, una invariante de los liderazgos carismáticos es la expresión manifiesta de compromiso con los sectores más pobres de la sociedad (y de acuerdo a las particularidades de las composiciones sociales y étnicas) incluyendo a *sectores indígenas*, pueblos secularmente excluidos y negados por la expansión de una política colonial euro-centrada en la Modernidad liberal. Por tal razón, conviene dejar abiertas las controversias sobre definiciones, pues es posible que la modificación de los contornos esté vinculada además a la emergencia de nuevas experiencias nacional-populares (Zavaleta Mercado *dixit*).

Los especialistas clásicos en *populismo*: argentinos y brasileños (Germani²¹, Di Tella, Ianni, Weffort) utilizaron el término para designar *experiencias nacionalistas* con una base de apoyo calificada como *heterogénea de masas*, mayoritariamente urbanas, favorable al desarrollo industrial, activadora de sistemas de movilización popular, a favor de distribuir las ventajas de la modernidad equitativamente para todo el *pueblo*.

En la medida en que el *populismo* se enfrentaba a regímenes oligárquicos, social y políticamente excluyentes, conviene recordar la existencia histórica de mecanismos institucionales de bloqueo, sean jurídicos o fácticos, que construyeron verdaderas murallas de: a) exclusión política (sufragio censitario y restringido, tanto activo como pasivo, ilegalización de partidos, ilegalidad de organizaciones sociales de defensa de intereses), b) exclusión económica (campesinos sin tierra, obreros de origen rural subempleados o subpagados, etc.), c) exclusión social y cultural (inercias de discriminaciones estamentales, privilegios derivados del linaje familiar, étnico-cultural o derivadas del género, la edad, etc.)²².

21 En especial Germani adaptó del término *populismo* al área latinoamericana, justamente porque, al haber huido de Italia recientemente, tenía fuertes razones para ver en el régimen peronista la reencarnación del fascismo. Sin embargo, tuvo la fuerza para no confundir término a término las experiencias del fascismo con el *populismo*. Su horizonte político es claramente antiperonista; anhela un modelo democrático para las sociedades latinoamericanas o, más exactamente, un modelo socialdemócrata.

22 Justamente en el debate sobre el *populismo* se omite la consideración sobre la *cuestión social*, sobre antiguos o novedosos procesos de empobrecimiento, de vulnerabilidad social, de desafiliación y exclusión que afectan a los sectores que componen, lo que los analistas clásicos del *populismo* denominan, *masa disponible*.

Así mismo, Gino Germani llegó a plantear un argumento sobre el *peronismo* con plena actualidad ante la disyuntiva que se maneja frente al *populismo*: ¿Democracia o autoritarismo?:

Que el dictador hizo demagogia es un hecho, pero no en lo que respecta a las ventajas materiales. Los trabajadores que apoyaban la dictadura, lejos de sentirse despojados de la libertad, estaban convencidos de haberla conquistado. La libertad que habían perdido era, en realidad, una libertad que nunca habían tenido. La que creían haber ganado era una libertad concreta, inmediata, la de afirmar sus derechos contra los patrones y los capataces, la de elegir sus delegados, la de ganar litigios en los tribunales del trabajo, la de sentirse un señor en su casa (Germani en: repertorio político latinoamericano, 2007).

Otra novedad del análisis de Germani son los matices que establece entre *fascismo* y *peronismo*:

El peronismo presenta un interés teórico extraordinario, porque fue creado y dirigido por un grupo cuya orientación era claramente fascista y nazi. Sin embargo, como la situación del país no le proporcionaba las capas de pequeña burguesía que habían formado la base del modelo europeo, debió recurrir a las capas populares que aparecieron luego de las grandes migraciones internas. Pero eso significó algo más que un cambio de terminología, de mitos y de ideología. No se limitaron a reemplazar las palabras «Orden-Disciplina-Jerarquía» por «Justicia social», «Derecho de los Trabajadores» o «Régimen de los descamisados». Lo que ocurrió fue que la manipulación tuvo efectos de algún modo recíprocos. El peronismo fue diferente del fascismo precisamente por el hecho esencial de que, para obtener el apoyo de la base popular, tuvo que tolerar cierta participación efectiva de ésta, aunque en verdad limitada (Germani en: Repertorio político latinoamericano, 2007).

Germani, aunque detractor del populismo, partió siempre de su idea sobre la *simultaneidad de lo no contemporáneo* en América Latina, sobre la asincronía de las sociedades en transición en la experiencia de la puesta en contacto de los mundos de vida heterogéneos y conflictivos, que además podían llegar a combinarse y fusionarse: «En Brasil, se puede pasar, en pocas horas de avión, de la época nuclear a la edad de piedra», decía Germani, evidenciando además sus premisas evolucionistas unilineales de los enfoques modernizadores hegemónicos.

En esta especificidad del *Nuevo Mundo* latinoamericano, la originalidad de los *regímenes nacionales y populares* de América Latina residió, precisamente, en la naturaleza de la participación política de amplios sectores populares que no eran «calcos y copias» de las categorías analíticas de las clases populares y subalternas europeas y de sus lógicas de acción colectiva²³.

Para el caso del *populismo*, y a pesar de sus sesgos eurocéntricos, esta sensibilidad por las singularidades históricas le permitió a Germani señalar que, a pesar que la participación en el *populismo* no se encauzaba por los moldes de la democracia representativa, tampoco se trataba de la «participación regimentada y burocratizada de los regímenes totalitarios europeos, fascistas o comunistas».

Adicionalmente, fue Torcuato Di Tella, un alumno de Germani, quien intentó explicar que el subdesarrollo no era el único factor que produce las figuras de movilización populistas, sino también «el efecto demostración o de deslumbramiento»²⁴. Citando a Germani quien señala:

23 La composición étnico-cultural, social y de clases de cada una de las sociedades nacionales latinoamericanas y caribeñas muestra que hay que partir de una adecuada sensibilidad por las singularidades, particularidades y especificidades histórico-culturales, sin perder de vista la unidad del proceso histórico-estructural de incorporación dependiente y subordinada de las mismas a los procesos de expansión de la economía mundo capitalista y el sistema internacional.

24 Las «regiones pobres» del planeta están en la periferia de las «regiones ricas y centrales». Esos «centros de intensidad luminosa», los Estados Unidos, Inglaterra, Francia o la Unión Soviética, daban la mirada de las elites intelectuales de los países de la periferia y les impedían encontrar respuestas adecuadas a los problemas de sus países. ¿Cómo calificar este sorprendente texto en un teórico de la modernización? ¿Acaso era un alegato contra el arraigado «colonialismo intelectual» que persiste aun en los debates entre «modernizadores» y quienes buscan alternativas al «desarrollo capitalista» (Devés Valdéz; Quijano)?

Los intelectuales de Europa o de los Estados Unidos no tenían naciones más adelantadas a las cuales imitar en los siglos XVIII o XIX, [mientras que los intelectuales latinoamericanos] están tan acostumbrados a encontrar su alimento espiritual en el extranjero, que el método persiste aun cuando haya reacciones antiimperialistas (Germani en: *Repertorio político latino-americano*, 2007).

Di Tella planteó que el *populismo* era un movimiento político que tenía un gran respaldo popular, una ideología *anti status quo* y que era dirigido por sectores de clase no obrera. Los elementos que componían a esos movimientos serían:

- una elite situada en los sectores medios y altos de la estratificación social y dotada de motivaciones *anti-status quo*;
- una masa movilizada por una *revolución de las aspiraciones*;
- una ideología con fuerte contenido emocional que favorecía la comunicación directa entre masa y líder.

Otro aporte clásico fueron los trabajos de los brasileños Octavio Ianni²⁵ y Francisco Weffort, destacando el primero por clarificar las relaciones de clase de los *movimientos de masas* calificados como *populistas*, así como las contradicciones de clase que se traducen en una modalidad concreta de régimen político y de Estado, en el contexto de la transformación de las economías dependientes:

El populismo corresponde a una modalidad particular de organización y desarrollo de las relaciones y contradicciones de clase en América Latina. Esto es, en los movimientos, parti-

25 O. Ianni logró distinguir entre los *populismos* de las clases dominantes, de las capas medias y el populismo de las propias masas, diferenciando un modo de organización distinto de acuerdo a la composición social de las coaliciones heterogéneas. Este aspecto es de suma importancia para los debates actuales, donde se ha desdibujado casi por completo los análisis de correlación entre los movimientos sociales y los regímenes políticos y los cambios de las estructuras sociales de las sociedades latinoamericanas.

dos, gobiernos y regímenes populistas parecen ocurrir modalidades peculiares de relación, coalición o antagonismo entre clases subalternas y clases sociales hegemónicas. (Ianni, 1975: 19)

Por su parte, Weffort partió desde una aproximación teórica de tipo gramsciano, elaborando la idea del *Estado de compromiso nacional-popular* para referirse a un Estado en equilibrio inestable que trata de arbitrar entre los grupos dominantes y los sectores populares precisamente un pacto de dominación y de hegemonía. El *Estilo de gobierno y las política de masas* son descritos como núcleos centrales del *populismo*, dando lugar a un análisis muy fino de los mutuos condicionamientos entre el *Estilo de Gobierno* y su *base de masas*²⁶.

El control del Estado sobre las masas sería también una manera de tomar en cuenta sus demandas reales²⁷. También Weffort rechaza la utilización del paradigma de la clase obrera europea para evaluar las elecciones y decisiones políticas de las masas brasileñas, pues el acento está puesto en la *experiencia* de esos sectores, su sentimiento de participación política y social, su incorporación a la *ciudadanía*.

La originalidad de este *populismo* residiría en la articulación entre la manipulación de las clases populares y los medios de expresión de las inquietudes de esas masas. El *populismo* sería una forma de organización del poder por los grupos dominantes, pero a la vez sería la principal forma de expresión política del ascenso popular en el proceso de desarrollo industrial y urbano: «Mecanismo por el cual los grupos dominantes ejercían su dominación y, también, herramienta para amenazar potencialmente a esa dominación». (Weffort en: repertorio político latinoamericano, 2007).

El nacionalismo popular latinoamericano, como podemos ver,

26 En cuanto a la permanente denuncia por sectores liberales y marxistas ortodoxos de la manida tesis de la «manipulación de las masas por un líder carismático», Weffort plantearía que esa manipulación no tendría carácter unívoca.

27 Este elemento ha sido también destacado por Emilio de Ipola bajo la idea de recepción y metabolización popular del discurso del líder en el caso del peronismo.

tiene un rostro bifronte y una doble fuente de inspiración; está atravesado tanto por conexiones de sentido y significado que pueden atribuirse a la *izquierda* como a otras atribuidas a la *derecha*. Esta es la función ambivalente del Nacionalismo en su relación con la idea de participación popular (aunque limitada) en América Latina: la de ser el *populismo* movilizador y estatista, promover la politización y en muchas ocasiones, degradarla en circuitos institucionales regulados por formas de clientelismo-corporativismo, por conjugar lo *arcaico* y *moderno*, combinar aspectos autoritarios y democratizadores²⁸.

Las experiencias populistas desafiaron (y desafían) los marcos de sentido y guiones tanto del liberalismo democrático, la socialdemocracia, el socialcristianismo, como las familias doctrinarias e ideológicas del marxismo ortodoxo²⁹.

Ahora bien: ¿Por qué el *populismo* retorna como problema, se reactiva como inquietud en el análisis de las formas contemporáneas de la política y de lo político?

La respuesta va en el sentido de reconocer que existe una profunda mutación en las sociedades nacionales latinoamericanas y en el sistema histórico mundial que las engloban, que ha puesto de nuevo sobre la mesa las disputas sobre las vías de Modernización, Modernidad y Desarrollo (Sonntag, Contreras, Biarreau, Fernández, 2000) y sus relaciones con el vector de transformaciones de la *cuestión social*, por una parte, y por otra, con el vector de la crisis de representación política.

28 En los análisis iniciales de E. Laclau «El *populismo* consiste en la presentación de las interpelaciones popular-democráticas como conjunto sintético-antagónico respecto de la ideología dominante». El discurso populista –o *popular democrático*– consiste en un conjunto de contenidos discursivos que despliegan el antagonismo *pueblo-bloque* en el *poder* (o esquemáticamente, Estado-masas).

29 Muchos de las piezas del rompecabezas *nacional-popular* no encajan en la «gestalt» conceptual de las corrientes anteriormente mencionadas. Más que definiciones precisas sobre un núcleo lógico-semántico, sobre el *populismo* debe operar una lógica teórica que circunscriba la movilidad de sus contornos, que logre articular conceptualmente la dinámica de sus expansiones y retracciones en la historia de sus constituciones efectivas. Se considera en el movimiento marxista a un movimiento populista como aquel, en el que similar al APRISMO, es prominente la apelación carismática; en el que existe un fuerte elemento de personalismo y culto al liderazgo; en el que la falta de estructura organizativa va de la mano con una base social heterogénea de apoyo; y en el que la ideología se encuentra poco definida, e incluso puede ser internamente contradictoria, pero en la práctica funciona como una forma específica de dominio burgués basado en la manipulación demagógica: reformista en el mejor de los casos, y muchas veces bastante reaccionario, desvía las energías populares de la senda revolucionaria, canalizándola hacia el nacionalismo.

El llamado *giro a la izquierda* en América Latina (que para algunas voces críticas puede correr el riesgo de ser es más que un espejismo³⁰ de un neo-desarrollismo con rostro social, ha reactivado una polémica en la que se valora positivamente el *populismo de izquierda*, o *de las clases dominadas* en la terminología de Octavio Ianni, pues corrientes de izquierda tradicionales albergan la esperanza que puede llegar a ser *movimientos revolucionarios*, que incluso puedan crear las condiciones de figuras renovadas de socialismo³¹ (Raby, 2008; Dussel, 2001, 2007, 2009)³².

El *populismo* como *práctica política* ha sido una *estrategia política* adoptada para establecer una relación directa entre un liderazgo carismático y *el pueblo*, utilizando un discurso que enfatiza el nacionalismo, el crecimiento económico y la distribución progresiva del ingreso³³.

Estas coaliciones terminaron en los años 60, siendo desplazadas violentamente por nuevas coaliciones tecno-burócratas-capitalistas que excluían y reprimieron a los trabajadores y los sectores populares, dando origen a lo que O'Donnell llamó *regímenes burocrático-autoritarios*³⁴.

Allí se cierra el ciclo de los *populismos* clásicos; y posteriormente, cuando aparece la conexión entre procesos de transición y la con-

30 Petras.

31 El *populismo* «de izquierda» es visto como un movimiento singularmente flexible y dinámico que puede llevar adelante, en sustitución de un partido marxista leninista débil o no existente, una revolución democrático-popular que desemboque en la instauración de un «Estado de los trabajadores». El ejemplo que se aduce es el caso Cubano y en algunos casos el de Nicaragua (Raby, 2008). Esta tesis de tiene un atractivo intrínseco para quienes se muestran sensibles al potencial revolucionario de la cultura popular, y que aprecian el carácter explosivo de la movilización de masas generada por los movimientos populistas (Dussel, 2007). De modo que la izquierda anti-sistémica ha clasificado los «*populismos*» en reaccionarios, reformistas y revolucionarios.

32 Como vemos, al igual que las fases de crisis de los regímenes populistas clásicos de los años 40 y 50, también los sectores de izquierda más ligados a las tradiciones marxistas, esperan no la conjunción entre *populismo* y democracia liberal; sino la conjunción entre *populismo* y revolución.

33 Desde los años 30 a los 60, la industrialización por sustitución de importaciones fue generalmente llevada adelante a través del liderazgo de políticos populistas. Formaban así «pactos populistas» que implicaban un «pacto fiscal redistributivo»: amplias coaliciones de industriales, trabajadores urbanos, militares y tecno-burócratas civiles, y sectores de la antigua oligarquía agraria que promovían el crecimiento y prometían la distribución del ingreso a través de la intervención estatal y la sustitución de importaciones.

34 Dando lugar a una fuerte polémica sobre las posibilidades del fascismo en América latina y los llamados regímenes de seguridad nacional (Dos Santos, Vasconi, Garretón, Cardoso, O'Donnell).

solidación democrática en la región, reaparece un debate sobre el neo-populismo, ahora marcado por su inédita afinidad a *políticas de mercado* (Ajustes Estructurales); es decir, que no resulta prudente comparar patrones de politización muy disímiles del *populismo clásico* con los *neo-populismos* favorables al *Consenso de Washington*.

Aceptar los términos de la conversación sobre el *neopopulismo*, implica necesariamente amputar casi por completo al «cuerpo» del *populismo* histórico. El debate ha generado dos posiciones:

- Los enfoques que descartan hablar de *neo-populismo* mientras existan orientaciones favorables a *política de mercado neoliberal*,
- Los enfoques que consideran que la definición del *populismo* es de carácter política o ideológico-discursiva, excluyendo las determinaciones histórico-estructurales.

Allí entraríamos en el debate actual sobre el *populismo de ahora* en su contraste con los *populismos de otrora*. Sin embargo, ha aparecido un nuevo espectro en la escena: los nuevos *populismos que se parecen demasiado a los de antaño*: ¿Se trata de un revival de los viejos *populismos*?

LOS DEBATES Y CONTROVERSIAS SOBRE EL RETORNO DEL POPULISMO EN EL CONTEXTO DEL GIRO A LA IZQUIERDA EN AMÉRICA LATINA.

(...) la clave de las experiencias de Juan Perón y Getulio Vargas en aquellos años era la crisis del sistema de representación y la existencia de amplios grupos sociales que se sentían excluidos económicamente y no encontraban una vía para que sus necesidades fueran atendidas por los gobiernos. Esas dos condiciones se han vuelto a dar a comienzos del nuevo siglo en algunos países, y no es demasiado sorprendente, por tanto, que se haya repetido la emergencia de liderazgos populistas (Paramio, 2006).

La estrecha relación entre construcción de ciudadanía social y las estrategias nacional-populares es tan marcada, que hace imposible separar tajantemente las dimensiones sociales, económicas, políticas de estos fenómenos.

Conviene comprender entonces las modificaciones de dos vectores que correlacionados definen, a nuestro juicio, las condiciones históricas de posibilidad del *populismo*:

- En primer lugar, una *crisis de representación política*³⁵,
- En segundo lugar un *crisis de la cuestión social* interpretadas en clave de *crisis orgánica de hegemonía*.

Fue el extraordinario auge de masas de las primeras décadas del siglo xx, cuyas expresiones más patentes ocurren en México y Argentina (aunque es posible encontrar casos comparables en otros países) las que trastocaron el formato de representación oligárquico.

35 Resulta necesario profundizar en el debate sobre la representación política en el contexto de América Latina a partir de los trabajos de Bernard Manin. La representación propiamente liberal europea, la representación parlamentaria, fue trasladada institucionalmente para ordenar la constitución de los Estados nacientes latinoamericanos. Los regímenes oligárquicos utilizaron los parlamentos derivados de sistemas electorales censitarios para legitimar un *régimen político de participación restringido* en el cual predominaron *partidos de notables* y formas políticas patrimoniales.

Generalmente la respuesta a estas primeras oleadas de movilización nacional-populares fueron los intentos por imponer sangrientas dictaduras, algunos con lamentable éxito. Pero lo extraordinario del momento fue la notable efervescencia por la constitución de partidos políticos modernos; y la apertura a una Modernidad política que llegó con una severa asincronía, si tomamos sólo como ejemplo, la conquista del sufragio universal, directo y secreto.

La *democracia de partidos de masas*, constituyó la extraordinaria oportunidad de canalización institucional de los movimientos anti-oligárquicos, un momento estelar en la ampliación de los derechos del sufragio, la participación y la asociación política, donde los partidos se colocan como las estructuras de representación fundamentales. Sin embargo, las movilizaciones nacional-populares, como el APRA peruano o el radicalismo Argentino se debatían internamente en el calor de las contradicciones de grupos, sectores y clases.

Fue Torcuato Di Tella³⁶ quien delimitó el debate organizativo de los tipos de partidos en los movimientos nacional-populares. La existencia de Partidos integrativos poli-clasistas (PRI mexicano), de Partidos reformistas militaristas (Rojas Pinilla en Colombia), de los Partidos *Apristas* y de los Partidos social-revolucionarios es complejizada hasta llegar al *Peronismo* como un movimiento reformista que construyó su pilar de sostenimiento en el *sindicalismo de masas*.

Como ha señalado Roberts, la densidad organizativa, tanto política como social, de la coalición heterogénea de masas que es liderada por una figura carismática es fundamental para comprender sus *formatos de representación del liderazgo populista*.

La actual crisis de representación deriva de un aumento cada vez mayor de un *electorado atomizado* con baja implicación en organizaciones sociales y políticas, que no cuentan con una red densa de afiliación, sino que eligen como *votantes* bajo un formato de *democracia de audiencias*³⁷, que canaliza su *participación política* en seg-

36 En su texto; «*Populismo y reformismo*».

37 Esta metamorfosis de la representación (Manin, 1992) remite al pasaje de una democracia de partidos a una democracia de audiencia, caracterizada por el debilitamiento de las identidades políticas tradicionales, la fluctuación electoral y la influencia de los medios de comunicación en la dinámica política.

mentos de opinión y agenda temática. Más que ciudadanía política, comienza a entronizarse un debate sobre la des-ciudadanización de la política por la vía de la tele-política³⁸.

El Neo-populismo con políticas de mercado neoliberales refuerza la tesis del *carisma manufacturado mediáticamente*³⁹. Y esta condición corroe las conquistas históricas por una ampliación de la ciudadanía y la participación política en los escenarios de calle, en las plazas, en las asambleas barriales, en los lugares de trabajo, espacios que han sido cada vez más silenciados como constituyentes de la esfera pública.

A diferencia de esta suerte de *Neo-populismo con marketing político del carisma*, el *giro a la izquierda* ha obligado a una renovación del liderazgo con bases populares, de estructuras partidarias aparentemente anacrónicas, con la densificación de las redes, movimientos y organizaciones sociales, para apuntalar una re-democratización popular y ciudadana. Y esto conjuntamente con una reapropiación de la *democracia de audiencias* que implica fuertes confrontaciones con los actores sociales que controlan históricamente los dispositivos mediáticos⁴⁰ y la industria cultural masiva.

Sin embargo, debemos reconocer que la metamorfosis de la representación política, planteada por Bernard Manin, no implica su crisis. Para Manin hay un re-acomodamiento o reajuste. Ciertamente, en la democracia de audiencias, el vínculo de representación adquiere un formato personalizado, estableciéndose un vínculo volátil entre el liderazgo y el electorado, y transformado en audiencia expresada a través de los sondeos de opinión (Manin: 1998). Esto no indica una crisis como tal.

38 A diferencia de las grandes movilizaciones y concentraciones de masas del *populismo* clásico, la *democracia de audiencias* ha dispuesto una suerte de sustituto fallido: la *concentración del rating de atención de una audiencia atomizada*.

39 Nos referimos a aquellos liderazgos sostenidos en un vínculo que no está mediado por organizaciones partidarias (o lo está sólo parcialmente) y que se basa fundamentalmente en un lazo entre el líder y la opinión, en un contexto de democracia de medios masivos de comunicación.

40 ¿Quién controla la hegemonía en la *democracia de audiencias*? Este es un fortísimo debate, pues la atomización individual de las audiencias es perfectamente funcional a la conversión de la *ciudadanía* en simples *consumidores y espectadores* (Martin Barbero; García Canclini; Ranciere).

Sin embargo, consideramos que la pérdida de representatividad de los partidos políticos, la despolitización del electorado, el desinterés por la esfera pública política, conjuntamente con la intensificación de los procesos de desigualdad, empobrecimiento, vulnerabilidad y exclusión, generan condiciones necesarias para una nueva modalidad de *masa disponible*. ¿Hacia dónde conducirán las transformaciones de los formatos de representación política ante las nuevas figuras de una sociedad dislocada entre, incluidos con garantías mínimas, segmentos vulnerables y de excluidos sin garantías?

Como ha constatado el estudio de Latino-Barómetro (2013) aunque la región experimenta un momento de disminución de la pobreza, aumento de la educación, aumento del crecimiento económico, que ha proporcionado el mayor nivel de satisfacción de vida desde 1995, sin embargo una parte sustantiva de la región en determinados países sigue pensando que es posible tener democracia sin Congreso y sin Partidos.

En otras palabras, si bien la democracia ha hecho avances en estos 30 años, éstos no han logrado dismantelar los conceptos no democráticos en toda la población. También señala Latino-barómetro:

Si un ciudadano está o ha estado en situación de exclusión social, y económica, las instituciones como los partidos y el parlamento no han hecho mucho por él, entonces el valor que le otorga a esas instituciones es bajo. La democracia se tiene a juzgar por sus resultados en esta primera generación de ciudadanos expuestos a ella. Son solo los que tienen mayores niveles de educación los que pueden señalar un concepto más abstracto de la democracia y sus funciones (2007:2).

Es en entrecruzamiento de la *cuestión social* y de la *representación política*, donde la actualidad del *populismo* adquiere vigencia, pues el devenir de las opciones neoliberales y pos-neoliberales abren una coyuntura que presiona, con extraordinario poder de dislocación social y política, para que nuevas condiciones que

afectan al *mundo del trabajo*, crecientemente fracturado y precarizado, construyan un terreno semejante a las experimentadas por las sociedades latinoamericanas cada vez que tuvo que reorganizar su modo de articulación a la economía mundial, producto de las mutaciones estructurales de las economías latinoamericanas y del sistema internacional⁴¹.

En este marco, cabe analizar las presuposiciones de determinadas gramáticas de enunciación sobre liderazgos con apoyo popular emergentes, pues se plantea la tesis de su *amenaza latente*:

La crisis de la representación política es una condición necesaria pero no una condición suficiente del *populismo*. Para completar el cuadro de situación es preciso introducir otro factor: una *crisis en las alturas* a través de la que emerge y gana protagonismo un liderazgo que se postula eficazmente como un liderazgo alternativo y ajeno a la clase política existente. Es él quien, en definitiva, explota las virtualidades de la crisis de representación y lo hace articulando las demandas insatisfechas, el resentimiento político, los sentimientos de marginación, con un discurso que los unifica y llama al rescate de la soberanía popular expropiada por el establishment partidario para movilizarla contra un enemigo cuyo perfil concreto si bien varía según el momento histórico, –*la oligarquía, la plutocracia, los extranjeros*– siempre remite a quienes son contruidos como responsables del malestar social y político que experimenta *el pueblo*. En su versión más completa, el *populismo* comporta entonces una operación de sutura de la crisis de representación por medio de un cambio en los términos del discurso, la constitución de nuevas identidades y el reordenamiento del espacio político con la introducción de una escisión extra-institucional. (Cardoso, 2006).

41 Cabe entonces ser suspicaces y plantear una ruta de análisis que vaya desentrañando paso a paso el modo histórico de constitución del concepto y sus múltiples objetos sociales de inscripción, sus complejos contextos históricos, sociales y culturales de emergencia, así como los presupuestos e implicaciones que están en juego a la hora de abordar sus potenciales definiciones.

Sin embargo, tal operación de sutura con un liderazgo que se presenta como *outsider* del *status quo* fue el elemento revelador del análisis de Di Tella cuando hablo de una *elite intelectual con incongruencia de status*.

De modo que no hay novedad en la opinión expuesta, sólo que deja de lado los procesos que explican precisamente la *crisis de representación*, el terreno sobre el cual operan las demandas que hacen posible la constitución del *pueblo* como sujeto político, así como la constitución de las posiciones de sujeto calificadas como *anti-status quo*.

De modo, que una definición provisional plantea que el *populismo* constituye una estrategia de articulación política de un movimiento de agregación popular-democrático⁴² que actuando bajo un liderazgo de tipo carismático, y dentro de un complejo de tensiones que vehiculizan demandas no procesadas institucionalmente, constituye una totalización de operaciones de equivalencia de demandas que se sintetizan dinámicamente en un campo de antagonismos dirigidos en contra del *status quo* o de un *bloque de poder*⁴³. Son evidentes los fundamentos aportados por Laclau para tal definición.

Sin embargo, esta tentativa de definición da cuenta de lo que se ha denominado su *momento de movilización*, pero, ¿Qué ocurre en su momento de institucionalización o de acomodación política?

42 Aquí cabe recordar que desde la sociología de modernización previamente al proceso de movilización nacional-popular ocurre un *efecto de desplazamiento*, de abandono de las pautas tradicionales de comportamiento, lo que sería característico de las masas migrantes de origen rural, recientemente incorporadas a la vida urbana y presionando por su acceso al trabajo industrial, así como un *efecto de disponibilidad*, provocado por la falta de vehículos institucionales de integración, especialmente de una tradición obrera legitimada, de un mercado de trabajo industrial en expansión y un sistema político abierto. Las *masas populares en proceso de urbanización* quedan así disponibles para el liderazgo de las *élites emergentes*, que a su turno están sometidas también a efectos de incongruencia de *status* según Di Tella y de disponibilidad; vale decir, no integradas adecuadamente al sistema institucional predominante. De modo que se trata de un fenómeno de movilización social no regulado institucionalmente, que descansa, por lo tanto, en la fusión entre un liderazgo carismático y masas desorganizadas o dislocadas en sus pautas de valor por los *efectos de la transición*.

43 Más recientemente Laclau insistió (antes de su lamentable fallecimiento) en la importancia de los significantes vacíos para comprender las lógicas diferenciales y de equivalencias, colocando el acento en los procesos de nominación retroactiva y en los puntos de condensación de demandas que totalizan la conformación de los antagonismos.

En su *momento de integración político-institucional*, los regímenes nacional-populares han constituido *Estados de compromiso*, basados en un *pacto de conciliación populista*⁴⁴.

Esta brecha entre la constitución de un conjunto popular sintético-antagónico a un bloque de poder y la constitución de un *pacto de conciliación*, es el nudo crítico del *Estilo de Gobierno* de los regímenes nacional-populares. ¿Cómo se articulan los pesos específicos de los factores que conforman las coaliciones heterogéneas, que son a la vez bases del pacto de conciliación?

Una política de compromisos, acomodaciones y concesiones da lugar a nuevos patrones de politización, de incorporación e inclusión de carácter progresivo, siempre y cuando sean los sectores populares los protagonistas que controlen la gobernanza del pacto de transacción. O mejor planteado: ¿Quién gobierna el pacto populista, quién gobierna el pacto fiscal, quien gobierna la distribución de oportunidades económicas, sociales o culturales?

De no ser así, es posible que se amplifique una brecha entre el momento de movilización y el momento de integración-acomodación institucional, generando un proceso transformista de retraimiento de la base de masas del *populismo*; y a la vez, de posible embestida de los sectores anti-populares sobre los arreglos institucionales conquistados. La tensión entre la vía transformista y la ruptura popular en los fenómenos nacional-populares ha sido también planteada por Laclau a la hora de abordar las relaciones entre *Populismo* y Socialismo. Sin embargo, la mayor parte de los análisis del fenómeno, se han referido más al momento de la movilización del pueblo que a las tensiones derivadas en el momento de la integración político-institucional:

El *populismo* sería una forma específica de ruptura de la institucionalidad vigente, a través del planteamiento de un conflicto por la inclusión de una parte irrepresentable dentro de esa institucionalidad (Barros, 2006).

44 Existe un pacto inestable en la medida que exista debilidad en los sectores empresariales industriales de resolver por su cuenta la crisis de dominación oligárquica, lo que obliga a constituir un compromiso amplio y heterogéneo entre las clases, grupos y sectores sociales.

Esta dimensión de permanente disputa por la inclusión genera el espectro de la *potencial ruptura* de cualquier figura de institucionalidad, si permanece activa y cada vez con demandas más radicalizadas en la fase de movilización. Además permite comprender posicionamientos *favorables* y *desfavorables* de espacios, organizaciones y agentes *institucionales* y de espacios, organizaciones y agentes *movimientistas* ante los marcos colectivos que caracterizan la *movilización nacional-popular*⁴⁵.

La clave reside precisamente en poner a prueba a la institucionalidad frente a esa parte irrepresentable que exige inclusión; en fin, reinventar la institucionalidad. Una democratización de las relaciones de poder muestra hasta qué punto se gestionan políticamente las tensiones entre el *movimientismo* y el *institucionalismo* con relación a lo nacional-popular.

Allí opera la posibilidad de un cambio de régimen y una reestructuración del espacio público. En este caso, la *lógica de la equivalencia*, de acuerdo a la terminología de Laclau, implica que demandas que permanecen insatisfechas comienzan a conectarse entre sí estableciendo una relación de solidaridad y de condensación:

Todas ellas empiezan entonces a ser vistas como eslabones de una identidad popular común que está dada por la falla de su satisfacción individual, administrativa, dentro del sistema institucional existente. Esta pluralidad de demandas comienza entonces a plasmarse en símbolos comunes y, en un cierto momento, algunos líderes comienzan a interpelar a estas masas frustradas por fuera del sistema vigente y contra él. Éste es el momento en que el *populismo* emerge, asociando entre sí estas tres dimensiones: la equivalencia entre las demandas insatisfechas, la cristalización de todas ellas en torno de ciertos símbolos comunes y la emergencia de un líder cuya palabra encarna este proceso de identificación popular (Laclau, 2006).

45 Ni todos los actores «institucionales» son refractarios a las demandas de una política nacional-popular ni todos los actores «movimientistas» son permeables a la misma.

Es precisamente la oposición entre un sistema de movilización de demandas *anti-status quo* y un inadecuado arreglo institucional el mayor riesgo de una potencial ruptura populista. Dice Laclau: «No es casual que uno de los blancos de la crítica de los defensores del *statu quo* haya sido siempre el *populismo*, dado que lo que ellos más temen es la politización de las demandas sociales. Su ideal es el de una esfera pública enteramente dominada por la tecnocracia».

Es decir, predominio de la política como administración técnica de la *polis*, y no de lo político, como constitución ontológica del campo social, como ejercicio instituyente del poder-hacer social con base a operaciones hegemónicas. Cuando la crisis de representación política se agudiza, por la sustitución de una visión democrática de lo político por una visión tecnocrática de la política, es previsible que se combinen tanto una crisis de las instituciones que aseguran la resolución diferencial de las demandas sociales. Una proliferación de estas últimas en movimientos horizontales de protesta que no se integran verticalmente al sistema político; es decir, la imposibilidad de incluir demandas diferenciales es remplazada por un proceso de movilización y politización creciente de demandas de nuevos grupos de presión y opinión, de movimientos sociales y políticos, que van conformando un complejo sintético-antagónico al régimen dominante y sus arreglos institucionales⁴⁶.

Si los fenómenos populistas son una forma particular de articulación hegemónica que pone en juego la inclusión radical de una heterogeneidad social respecto del espacio común de representación, es preciso detenerse a fijar los parámetros de inclusión/exclusión que se entrecruzan a la construcción de prácticas hegemónicas. De allí, la importancia de relacionar las dinámicas de crisis de la Representación Política con las mutaciones de la *cuestión social*, pues el terreno de constitución de las demandas democráticas y populares es un terreno de dislocaciones, tensiones y malestares.

46 Existe posibilidad de ruptura populista; es decir de activación de un sistema de movilización *anti status quo* cuando se combinan un conjunto de condiciones: una movilización de equivalencias de demandas de masas; la constitución de un *pueblo* con identidad de proyecto y de lucha, expandiendo hacia cada vez extensas áreas sociales sus símbolos ideológicos alrededor de los cuales se plasma esta identidad colectiva; y finalmente, la centralidad del liderazgo, generalmente encarnado en un estilo de liderazgo carismático que funge como factor aglutinante de una coalición heterogénea de fuerzas sociales.

La promesa de una democracia, en clave de redención social (en los términos de Canovan), es la conquista de la *democracia socialmente incluyente*; es decir, de una democracia con justicia social, que combate a fondo las desigualdades, vulnerabilidades y exclusiones, hasta el punto de suturar la idea de ciudadanía social con criterios explícitos de justicia, redistribución y reconocimiento⁴⁷.

De allí, que la operación de reducir el concepto de *populismo* a su dimensión de representación en el ámbito político es propia de sectores conservadores, comporta una estrategia de evitación y racionalización del necesario abordaje de la *cuestión social*, para responder a los desafíos de la exclusión/inclusión social.

Kurt Weyland, quién es un autor clave para comprender el intento de superación de los conceptos difusos de *populismo*, a partir de una estrategia de descarte de las *definiciones por acumulación* y las *definiciones por adición* terminó definiendo al *populismo* en su autonomía política como: «una estrategia política a través de la cual los líderes personalistas buscan o ejercitan el poder de gobierno basados en el apoyo directo, no mediado ni institucionalizado de un gran número de seguidores que son principalmente desorganizados» (Weyland, 2004).

Weyland nos ha dejado así con un concepto vacío de determinaciones socio-estructurales, vacío de *cuestión social*, aspecto fundamental para abordar la crisis de representación social para luego arribar a una conclusión que dejaría perplejos a Germani, Di Tella, Ianni o Weffort: existiría una «frecuente convergencia de políticas populistas y medidas económicas neoliberales».

En consecuencia, es preciso analizar las estrategias de evitación de la *cuestión social*, cuando alrededor de la misma se constituye una intensificación de las dislocaciones, tensiones, desigualdades, la ampliación de las vulnerabilidades sociales o un proceso cada vez más apuntalado de exclusión: ¿Cuál es el trasfondo de aquello que F.H. Cardoso denomina «demandas insatisfechas, resentimiento

47 El viejo temor liberal a la movilización igualitarista de las *clases peligrosas* y a la *tiranía de la mayoría* es un síndrome inverso que se reactiva ante las promesas de redención social y política de la *democracia de masas*.

político, sentimientos de marginación, del malestar social y político que experimenta el pueblo»?

Los desafíos institucionales residen justamente allí: en las respuestas oportunas, efectivas, políticamente relevantes para abordar la *cuestión social*, o si se prefiere, la acuciante tarea de la inclusión social:

El hecho mismo de que sea capaz de perturbar la política democrática nos obliga a indagar acerca de las posibilidades más oscuras que pueden venir de la mano del *populismo*. Como práctica política que tiene lugar en sus márgenes más turbulentos, podemos concebir al *populismo* como un espejo en el cual la democracia puede examinar sus rasgos más desagradables, y como una experiencia que puede convertirse (o no) en su reverso (Arditi, 2009: 127).

¿No será acaso la *Cuestión Social* lo que remite a los márgenes más turbulentos de la democracia liberal? Mouffe ha planteado reiteradamente que «cuando no existen canales a través de los cuales los conflictos puedan adoptar una forma *agonista*, esos conflictos tienden a adoptar un modo antagónico».

La tarea de la democracia, asumiéndola en su formato agonista y no reductivamente liberal-racionalista, no es confrontar de manera antagónica al llamado *populismo*, sino lograr construir y consolidar un espacio simbólico compartido de asociación política, estableciendo instituciones y prácticas a través de las cuales el antagonismo potencial pueda desplegarse de *modo agonista* (lucha democrática entre proyectos con pretensiones hegemónicas) sin destruir necesaria e inevitablemente las bases de existencia de la asociación política.

Esto no implica sin embargo, un terreno neutral donde los diferentes grupos compiten para ocupar las posiciones de poder (competencia entre elites) sin modificar las relaciones de poder. De modo que el posicionamiento ante cualquier movilización nacio-

nal-popular implica no su descalificación a priori sino desentrañar sus lógicas de acción política:

El corolario es que, desde mi punto de vista, la categoría de *populismo* no implica necesariamente una evaluación peyorativa, lo que no significa, desde luego, que todo *populismo* sea, por definición, bueno. Si los contenidos políticos más diversos son susceptibles de una articulación populista, nuestro apoyo o no a un movimiento populista concreto dependerá de nuestra evaluación de esos contenidos y no tan solo de la forma populista de su discurso (Laclau, 2006: 57).

No basta dar cabida a las aspiraciones de las masas, es preciso prefigurar los estilos políticos de gobierno, los arreglos institucionales y los espacios de participación en que los mismos sectores populares puedan contribuir a ampliar esferas de inclusión y de profundización de la ciudadanía sin necesidad de quebrar ciertos derechos y garantías de la asociación política. En eso consiste, para Laclau un movimiento convergente entre las aspiraciones nacionales, democráticas y populares, junto con la afirmación de los derechos humanos, el pluralismo político y el control institucional en la distribución de los poderes del Estado.

Sin embargo, las críticas más inclinadas hacia el institucionalismo de carácter procedimental han señalado: «El nuevo discurso populista no sería más que una edición actualizada de lo que Guillermo O'Donnell llamó *democracia delegativa*. En nombre de los intereses populares, el gobernante reclama poderes excepcionales y trata de escapar al control de las *viejas* instituciones» (Paramio, 2006).

Sin embargo, en los enfoques meramente institucionalistas todo apunta no a transformar relaciones de fuerza y sentidos asociados a macro-políticas como el *Consenso de Washington* o el llamado *liberalismo de mercado*, sino más bien a reforzar su prioridad, su desregulación sobre las *demandas populares* bajo eufemismos macroeconómicos como el de *responsabilidad fiscal*.

A MODO DE CONCLUSIÓN

De modo que cabe ser muy cuidadoso con el institucionalismo de ciertas corrientes frente a la exigente *cuestión social* latinoamericana. Las tareas por reinventar y ampliar las tareas del Estado democrático y Social, junto las políticas de bienestar implican no una retórica sutil o cruda de corte reaccionario, sino de avance en la conquista de nuevos y más amplios espacios de igualdad, inclusión, justicia y libertad.

Si en los años '90 se había concebido la integración económica y política de América del Sur con base en la democracia política y la economía de mercado, hoy tales objetivos resultan insuficientes. Una «democracia participativa y socialmente incluyente» es una propuesta más potente para llevar a cabo lo que la CEPAL ha denominado *Pactos por la igualdad*.

La igualdad es un principio irrenunciable de la democracia que conlleva una macroeconomía al servicio del bienestar social, cambios profundos en la estructura productiva y de su eficiencia, ampliación de la protección social, pactos fiscales y sociales de vocación universalista (no meramente compensatorios).

Por tanto, es preciso incorporar en un terreno de acuerdos mínimos propositivos una política fiscal con vocación de igualdad, un mayor énfasis en la reducción de desigualdades y vulnerabilidades en el mundo del trabajo, una ampliación del bienestar y mejora de los servicios sociales con criterios universalistas, proteger prudentemente los patrimonios ambientales, generar políticas de inversión, industrialización, incorporación intensiva de conocimientos y financiamientos inclusivos, así como la permanente tarea de repensar modelos de desarrollo y visiones de la integración y la cooperación internacional que permitan fortalecer las identidades nacionales y regionales.

Los cimientos de la integración sudamericana podrían fortalecerse si en lugar de replegar la democracia a las concepciones minimalistas o compactas, se expanden los espacios de inclusión de la

movilización nacional y popular para fortalecer una *democracia de alta intensidad*.

No debemos olvidar que las luchas *institucionales* y *movimientistas* contra los procesos de exclusión conllevan un contexto de amplia movilización social e integración de una densa red de organizaciones sociales, políticas y estatales, que más que reparar deben prevenir y atacar sus factores generadores, que como ha señalado Robert Castel, están estrechamente vinculados a la «desregulación de la sociedad salarial, en el corazón mismo de la producción y la distribución de las riquezas sociales» (Castel, 2010: 271).

BIBLIOGRAFÍA

- ABOY CARLES, Gerardo (2010) «Las dos caras de Jano: acerca de la compleja relación entre *populismo* e instituciones políticas». Disponible en: <http://pensamiento-plural.ufpel.edu.br/edicoes/07/02.pdf>
- ANDERSON, Perry (1996): «Balance del neoliberalismo: lecciones para la izquierda». En vv.AA.: *La izquierda ante el fin del milenio*. Santiago de Chile, Cuadernos ARCIS - LOM, No 4, pp.5-28.
- ARDITI, Benjamin (2005): *¿Democracia post-liberal? El espacio político de las asociaciones*. Editorial Anthropos. Barcelona.
- ARDITI, Benjamín (2011): *La política en los bordes del liberalismo. Diferencia, populismo, revolución, emancipación*. Editorial Gedisa, Barcelona.
- BARROS, Sebastián (2006), «Inclusión radical y conflicto en la constitución del pueblo populista», *Confinos de Relaciones Internacionales y Ciencia Política*, División de Humanidades y Ciencias Sociales, Instituto Tecnológico de Monterrey, México, núm. 3, enero, 2006
- BARTRA, Roger (2007) *Populismo y democracia en América Latina*. Publicación de la Fundación Friedrich Ebert en México. Disponible en:
- BURBANO DE LARA, Felipe (1998) «A modo de introducción: el impertinente «populismo» en Felipe Burbano de Lara (Ed.), *El fantasma del «populismo»*, Nueva Sociedad, Caracas, pp.9-24.
- BURBANO DE LARA, Felipe (Ed.), *El fantasma del «populismo»*, Nueva Sociedad, Caracas.
- BUSTELO, Eduardo y Alberto MINUJIN (Edit.) (1998) *Todos entran. Propuesta para sociedades incluyentes*. Editorial Santillana-UNICEF, Bogotá
- CALDERÓN, Fernando (2002) *La reforma de la política*. Editorial Nueva Sociedad, La Paz, Bolivia.
- CANOVAN, Margaret (1996) «Populism», en: A. Kuper y J. Kuper (ed.), *The Social Sciences Encyclopedia*, Londres, Routledge, pp. 646-648.

- CANOVAN, Margaret (1999) «Trust the people! Populism and the two faces of democracy», *Political Studies*, Vol. 47, N° 1, pp. 2-16
- CARDOSO F. H. y Enzo FALETTO (1969) *Dependencia y Desarrollo en América Latina*. Editorial Siglo XXI. México.
- CARDOSO, Fernando Henrique (2006) «El *populismo* amenaza con regresar a América Latina»; en Clarín, Buenos Aires.
- CASTEL, Robert (1997) *La metamorfosis de la cuestión social*. Editorial Paidós, Buenos Aires.
- CASTEL, Robert (2010) *El ascenso de las incertidumbres. Trabajo, protecciones, el estatuto del individuo*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- CASULLO, Nicolas (2007) *Las cuestiones*. Fondo de Cultura Económica, Buenos.
- CAVAROZZI, Marcelo (1993): «Transformaciones de la política en la América Latina contemporánea». Ponencia presentada en el XIX Congreso Latinoamericano de Sociología de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS). Caracas.
- CEPAL (2007) *COHESIÓN SOCIAL. Inclusión y sentido de pertenencia e América latina y el caribe*. CEPAL-Agencia Española de Cooperación Internacional. Santiago de Chile.
- CEPAL (2014) *Pactos por la igualdad. Hacia un futuro sostenible*. Disponible en: http://www.cepal.org/publicaciones/xml/7/52307/2014-SES35_Pactos_para_la_igualdad.pdf
- COMBELLAS, Ricardo (1990) *Estado de derecho. Crisis y Renovación*. Editorial Jurídica Venezolana, Caracas.
- CONTRERAS NATERA, Miguel A. (2004). «Ciudadanía, Estado y democracia en la era neoliberal: dilemas y desafíos para la sociedad venezolana», en Daniel MATO (coord.) *Políticas de ciudadanía y sociedad civil en tiempos de globalización*. Caracas, FACES, Universidad Central de Venezuela, pp. 111-132, disponible en www.globalcult.org.ve/pub/Rocky/Libro2/Contreras.pdf
- CONTRERAS, Carlos (1994) *El desarrollo social. Tarea de todos*. Comisión Sudamericana de Paz, seguridad y democracia. Santiago de Chile.

- DAHL, Robert A. (1988). *Un Prefacio a la Teoría Democrática*, Caracas, Universidad Central de Venezuela Ediciones de la Biblioteca.
- DAVALOS, Pablo (2011) *La democracia disciplinaria. El proyecto pos neoliberal para América Latina*. Ediciones desde abajo, Bogotá.
- DE IPOLA, Emilio (1982) *Ideología y discurso populista*. Folio Editores, México.
- DE LA TORRE, Carlos (1998). «Populismo, cultura política y vida cotidiana en Ecuador», en Felipe BURBANO DE LARA (Ed.), *El fantasma del «populismo»*, Nueva Sociedad, Caracas, pp. 131-148.
- DE LA TORRE, Carlos (2007) «El *populismo* latinoamericano, entre la democratización y el autoritarismo.»
- DE LA TORRE, Carlos (2013) «El *populismo* latinoamericano: entre la democratización y el autoritarismo». Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad No 247, septiembre-octubre de 2013, ISSN: 0251-3552, <www.nuso.org>. Disponible en:
- DEVÉS VALDÉS, Eduardo (2003) El pensamiento latinoamericano en el siglo xx. Tomo II. Desde la CEPAL al Neoliberalismo (1950-1990) Ediciones Biblos Politeia, Buenos Aires.
- DI TELLA Torcuato (1973): «Populismo y reformismo» en *Populismo y Contradicciones de clase en Latinoamérica*. Gino GERMANI, Torcuato DI TELLA y Octavio IANNI. Ediciones Era, México
- DI TELLA, Torcuato (2007) *Repertorio político latinoamericano* / Torcuato S. Di Tella; con colaboración de: Patricia Mónica Chomnalez - 1a ed. - Buenos Aires : Siglo XXI Editora Iberoamericana, 2007. v. 4, 776 p.
- BOBBIO, Norberto, Nicola MATTEUCCI y Gianfranco PASQUINO (1998) *Diccionario de Política*. Redactores de la edición en español José Aricó, Martí Soler y Jorge Tula. 10 ed. rev. y amp. México Siglo Veintiuno, MÉXICO.
- DORNBUSH Rudiger y Sebastián EDWARDS (1992) *Macroeconomía del populismo en la América Latina*. México: Fondo de Cultura Económica.

- DUSSEL, Enrique (2001) *Hacia una Filosofía política crítica*. Editorial Desclee de Brouwer, Bilbao.
- ELLNER, Steve (2003): «Venezuela imprevisible. *Populismo* radical y globalización». Revista Nueva sociedad, N° 183.
- ESPING-ANDERSEN, Gosta (2000) *Fundamentos sociales de las economías postindustriales*. Editorial Ariel, Barcelona.
- FOLLARI, Roberto (2010) *La alternativa Neo-populista. El reto latinoamericano al republicanismo liberal*. Homo Sapiens Ediciones. Santa Fe, Argentina.
- FRASER, Nancy (2006) *¿Re-distribución o reconocimiento? Un debate con A. Honneth*. Ediciones Morata, Madrid.
- GALLARDO, Helio (2007) *Democratización y democracia en América Latina*. Ediciones desde abajo. Bogotá.
- GARCIA-PELAYO, Manuel (1977) *La transformación del Estado Contemporáneo*. Alianza Universidad, Madrid.
- GERMANI Gino (1973) «Democracia Representativa y Clases Populares» en: *POPULISMO Y CONTRADICCIONES DE CLASE EN LATINOAMÉRICA*. Gino GERMANI, Torcuato DI TELLA y Octavio IANNI. 1973 Ediciones Era, México
- GERMANI, Gino. (1965) «Democracia representativa y clases populares», en: DI TELLA T., GERMANI G. y IANNI O. *Populismo y contradicciones de clases*. Editorial ERA, México D.F.
- GRACIARENA, Jorge (1990) «Estado periférico y economía capitalista: Transiciones y crisis». En GONZALEZ CASANOVA, Pablo (Coord.): *El estado en América Latina*. México, Siglo XXI Eds., 1990, pp.40-69.
- HAYA DE LA TORRE, Víctor (1974): *El Antiimperialismo y el APRA*. Ediciones Centauro. Caracas, Venezuela.
- HELD, David (1992) *Modelos de democracia*. Alianza Editorial, Madrid.
- HENNESSY, Alistair (1969). «América Latina», en: Ghita IONESCU y Ernest SÉLLER (comp.) «*Populismo*»: sus significados y características nacionales, Amorrortu, Buenos Aires, pp.39-80.

- HIRSCHMAN, Albert O. (1991): «200 años de retórica reaccionaria. El caso del efecto perverso» en: *Capitalismo, Democracia y Reformas*. N. Lechner, Editor. FLACSO. Santiago de Chile.
- IANNI, Octavio (1973) «Populismo y relaciones de clase» en *Populismo y Contradicciones de clase en Latinoamérica*. Gino GERMANI, Torcuato DI TELLA y Octavio IANNI. Ediciones Era, México
- IANNI, Octavio (1975) *La formación del Estado populista en América Latina*. Serie Popular Era, México, 1975.
- INCISA DI CAMERANA, Ludovico (1997). «Populismo: una radiografía teórica», *Disenso*, 13, Primavera 1997, Buenos Aires, pp. 21-27
- IONESCU & GELLNER, Comp. (1970) *Populismo*. Editorial Amorrortu. Buenos Aires.
- JOBERT, Bruno (2004) *Estado, Sociedad, Políticas Públicas*. Ediciones LOM, Santiago de Chile.
- KARSZ, Saúl (Coord.) (2004) *La exclusión: Bordeando sus fronteras*. Editorial Gedisa. Barcelona.
- LACLAU, Ernesto (1980) *Política e ideología en la teoría marxista*. Siglo XXI.
- LACLAU, Ernesto (2005) *La razón populista*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- LACLAU, Ernesto (2006) «Consideraciones sobre el *populismo* latinoamericano.» *Revista: Cuadernos del CENDES* 2006 23(62) Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=40306207>
- LACLAU, Ernesto (2006), «La deriva populista y la centro izquierda latinoamericana», en *Nueva Sociedad*, N° 205, Buenos Aires, sept-octu 2006. Disponible en: http://www.nuso.org/upload/articulos/3381_1.pdf
- LACLAU, Ernesto (2008) *Debates y combates. Por un nuevo horizonte de la política*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- LATINOBARÓMETRO (2013) Disponible en: http://www.latinobarometro.org/docu-mentos/LATBD_INFORME_LB_2013.pdf

latinobarometro.org/docu-mentos/LATBD_INFORME_LB_2013.pdf

- LANDER Edgardo (1995): «Democracia liberal, modernización y utopía». En *Neoliberalismo, Sociedad Civil y Democracia. Ensayos sobre América Latina y Venezuela*. Caracas, Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico, Universidad Central de Venezuela, 1995, pp. 169-189.
- LANDER, Edgardo (1995): *Neoliberalismo, sociedad civil y democracia. Ensayos sobre América Latina y Venezuela*. Caracas, UCV, Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico, 1995, Cap. v, pp. 151-168.
- LANDER, Edgardo (1996a). *Las democracias en las ciencias sociales latinoamericanas contemporáneas*, Caracas, Serie Bibliográfica FOBALCS No2.
- LANDER, Edgardo (1996b): «¿Tiene la teoría democrática algo que aportar al futuro de América Latina?». En *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*. Caracas, Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales, Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Universidad Central de Venezuela, No 1, enero-marzo, pp. 38-59.
- LANDER, Edgardo (1996c): «Proyecto neoliberal/neoconservador, reforma del Estado y democracia». En LANDER, Edgardo: *La democracia en las ciencias sociales latinoamericanas contemporáneas*. Caracas, Ediciones FACES-UCV/ BIBLIOTECA NACIONAL, 1996, Primera Parte, pp. 17-73.
- LANDER, Edgardo (2004) «Izquierda y *populismo*. Alternativas al neoliberalismo en Venezuela». En: RODRÍGUEZ GARAVITO, César, Patrick BARRET y Daniel CHÁVEZ (2004) *La nueva izquierda en América latina. Sus orígenes y trayectoria futura*. Grupo editorial Norma. Bogotá pp. 97-145
- LEFORT, Claude (1992). «La Representación no Agota la Democracia», en: Mario R. DOS SANTOS (coord.) *¿Qué Queda de la Representación Política?* 139-145, Caracas: CLACSO-Nueva Sociedad.
- LOZANO Wilfredo. «La izquierda Latinoamericana en el Poder». En

- Revista Nueva Sociedad. No 197. Pág. 129 – 145.
- MACKINNON, María M. y PETRONE, Mario A (1998): *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la cenicienta*. Buenos Aires, EUDEBA.
- MALAMUD, Carlos: «Perón y su vigencia en los *populismos* latinoamericanos actuales», en revista de Occidente, núm. 305, Madrid, octubre de 2006. P.44
- MANIN, Bernard (1992): «Metamorfosis de la representación» En *¿Qué queda de la representación política?*, Editorial Nueva Sociedad, Caracas, Venezuela, 1992, pp.
- MARCHART, Oliver (2009) *El pensamiento político posfundacional*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- MÁRQUEZ RESTREPO Martha Lucía, Eduardo PASTRANA BUELVAS, Guillermo HOYOS VÁSQUEZ (2012) *El eterno retorno del populismo en América latina y el Caribe*. Clacso-Goethe-Institut-Pontificia Universidad Javeriana- Instituto de Bioética- Instituto de Estudios Sociales Pensar. Bogotá. Disponible en: <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/gt/20121122111456/Eleternoretornodelpopulismo.pdf>
- MARTÍNEZ DEL PISÓN, José (1998) *Políticas de Bienestar*. Editorial Técnicos. Madrid.
- MATE, Reyes (2011) *Tratado de la injusticia*. Editorial Anthropos, Barcelona.
- MERCOSUR (2012) *La dimensión social de MERCOSUR. Marco Conceptual*. Disponible en: <http://ismercosur.org/biblioteca/?did=34>
- MOIRA MACKINNON, María y Mario Alberto PETRONE (1998) *Populismo y Neopopulismo en América latina. El problema de la Cenicienta*. Editorial EUDEBA, Buenos Aires.
- MONTAGUT, Teresa (2000) *Política Social*. Editorial Ariel. Barcelona.
- MOUFFE, Chantal (2007) *En torno a lo político*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- NOVARO, Marcos (1998). «Populismo y gobierno. Las

- transformaciones en el peronismo y la consolidación democrática en Argentina», en: Felipe BURBANO DE LARA (Ed.), *El fantasma del «populismo»*, Nueva Sociedad, Caracas, pp. 25-48
- NUN, José (1998). «Populismo, representación y menemismo», en: Felipe BURBANO DE LARA (Ed.), *El fantasma del «populismo»*, Nueva Sociedad, Caracas, pp. 49-79.
- O'DONNELL, Guillermo (1996). *Ilusiones sobre la consolidación*. Nueva Sociedad, 144, Caracas, pp70-89.
- O'DONNELL, Guillermo (1998). *Estado, democracia y globalización*. Tareas 98, Panamá, pp. 5-21.
- O'DONNELL, Guillermo (1996) «Ilusiones sobre la consolidación». En Nueva Sociedad. Caracas, No 144, julio-agosto 1996, pp. 70-89.
- O'DONNELL, Guillermo y SCHMITTER, Philippe C. (1994) *Transiciones desde un gobierno autoritario. Conclusiones tentativas sobre las democracias inciertas*, 4. Barcelona, Ediciones Paidós, 1994, Caps. 1 y 2, pp.15-29.
- OROZCO, José Luis (2001) *De Teólogos, Pragmáticos y Geopolíticos. Aproximaciones al globalismo norteamericano*. UNAM/Gedisa, México.
- PANIZZA, Francisco (2009): *El populismo como espejo de la democracia*. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires.
- PARAMIO, Ludolfo (2006) «Giro a la izquierda y retorno del populismo». En revista Nueva Sociedad. N° 205. Disponible: http://www.nuso.org/upload/articulos/3382_1.pdf
- PENNACCHI, Laura (1999) Las razones de la equidad. Principios y políticas para el futuro del Estado Social. Editorial losada, Buenos Aires.
- PÉREZ BALTODANO, Andrés (Edit.) (1997) *Globalización, Ciudadanía y Política Social en América Latina. Tensiones y contradicciones*. Editorial Nueva Sociedad, Caracas.
- PETRAS, James y Henry VELTMAYER (2009) *Espejismos de la izquierda*. Editorial Lumen, México.
- PLAZAS VEGA, Mauricio (2007) *La cuestión social y la nueva*

- izquierda en América Latina. Editorial Temis, Bogotá.
- PNUD (2004) *La democracia en América Latina*. Editorial Alfaguara-Altea-Aguilar-Taurus, Buenos Aires.
- PORTANTIERO Juan C y Emilio DE IPOLA (1981) «Lo nacional popular y los *populismos* realmente existentes». Revista Nueva Sociedad N° 54 mayo-junio 1981, pp. 7-18
- PRZEWORSKI, Adam (1997) «Democracia y Representación». Documento presentado en el II Congreso Interamericano del CLAD sobre la Reforma del Estado y de la Administración Pública, celebrado en Margarita, Venezuela, del 15 al 18 de octubre de 1997.
- PUIGGROS, Rodolfo (1972): *El peronismo, sus causas*. Ediciones CEPE.
- QUIJANO, Aníbal (1998) «Populismo y Fujimorismo». En: Felipe BURBANO DE LARA (Ed.), *El fantasma del «populismo»*, Nueva Sociedad, Caracas, pp. 171-205.
- QUIJANO, Aníbal (2000): «Globalización, colonialidad del poder y democracia». Caracas, Ministerio de Relaciones Exteriores de Venezuela, Instituto de Altos Estudios Diplomáticos «Pedro Gual», Foro «Tendencias Básicas de Nuestra Época», 13 y 14 de junio de 2000.
- RABY, Diane (2008) *Democracia y Revolución: América Latina y el socialismo hoy*. Monte Ávila editores latinoamericana, Caracas.
- REY, Juan Carlos: «Ideología y Cultura política. El caso del *Populismo* latinoamericano» en: *Problemas sociopolíticos de América Latina*. Universidad Central de Venezuela. Facultad de Ciencias jurídicas y políticas. 1998. P. 103-131.
- ROBERTS, K (2006) «*Populism, Political Conflict, and Grass-Roots Organization in Latin America*», Comparative Politics 38:2.
- ROBERTS, K. (2000): *Populism and Democracy in Latin America*. Ponencia presentada en el seminario: «*Threats to Democracy in Latin America*», Institute of International relations, University of British Columbia (Vancouver).
- RODRÍGUEZ GARAVITO, César, Patrick BARRET y Daniel CHÁVEZ

- (2004) *La nueva izquierda en América latina. Sus orígenes y trayectoria futura*. Grupo editorial Norma. Bogotá
- ROITMAN, Marcos: «Teoría y práctica de la democracia en América Latina». En *Democracia y política en América Latina*. Caracas, CENDES, 1993, pp. 115-199.
- ROJAS ARAVENA, Francisco: «El Nuevo mapa político latinoamericano». En Revista Nueva Sociedad. Buenos Aires, N° 205, 2006, pp. 114 – 130.
- ROQUIÉ, Alain (2007) «Argentina, su pasado la condena». En Revista Ñ, N° 178, Buenos Aires, 24 de febrero
- SANCHEZ PARGA, José (1998) «Encubrimientos sociopolíticos del *populismo*» En: Felipe BURBANO DE LARA (Ed.), *El fantasma del «populismo»*, Nueva Sociedad, Caracas, pp. 149-169.
- SANTAMARIA BARROS, Israel (2007) *Entre dos siglos. Globalización y pensamiento único*. Editorial AKAL, Madrid.
- SANTAMARIA VERGARA, Orlando (2007) *¿Neopopulismo o Neoliberalismo?* Universidad Francisco José de Caldas, Bogotá.
- SOLARI Aldo E., Rolando FRANCO y Joel JUTKOWITZ (1976) *Teoría, acción social y desarrollo*. Editorial Siglo XXI-ILPES, México.
- SONNTAG, Heinz R., Miguel A. CONTRERAS, Javier BIARDEAU y Gerardo FERNÁNDEZ (2000): «Modernidad, desarrollo y modernización». Revista «Pensamiento Pro- pio», Managua, Nicaragua. # 11, Enero-Junio 2000/ Año 5. Disponible en: http://www.cries.org/documentos_cries_old/11.pdf
- STOLOWICZ Beatriz (2012) *A contracorriente de la hegemonía conservadora*. Espacio Crítico Ediciones- Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco, Bogotá.
- SUNKEL, Osvaldo: «Auge, crisis y renovación del Estado: Una perspectiva de largo plazo». En LANDER, Luis E. y SONNTAG, Heinz (Editores): *Universalismo y desarrollo*. Caracas, UNESCO/ Rectorado U.C.V./Editorial Nueva Sociedad, 1991, pp. 151-170.
- TEZANOS, José Félix (2002) «*Populismo* y neo-bonapartismo» en: TEZANOS, José Félix: *La Democracia Incompleta. El futuro de la democracia post-liberal*, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid.
- TOURAINÉ, Alain (1993). «América Latina: del “*populismo*” a la

- socialdemocracia», en: Menno VELLINGA (coord.) *Democracia y política en América Latina, Siglo XXI*, México, pp.415-431.
- TOURAINÉ, Alain. «Entre Bachelet y Morales. ¿Existe una izquierda en América Latina?» Pág. 46 – 55. En Rev. Nueva Sociedad. No 205.
- VEGA, Juan E. (1992). «Ideal Democrático y Democracia Real en América Latina», en: Mario R. DOS SANTOS (coord.) *¿Qué Queda de la Representación Política?* CLACSO- Nueva Sociedad, Caracas.
- VILAS, C. (1988): «El *populismo* Latinoamericano: un enfoque estructural». En: Desarrollo Económico, Vol. 28, N°111, pp. 323-352.
- VILAS, Carlos (2005) «La izquierda Latinoamericana y el surgimiento de regímenes nacional-populares». Revista Nueva Sociedad N° 197 Mayo/Junio 2005. Disponible en: http://www.nuso.org/upload/articulos/3261_1.pdf
- WALLERSTEIN, Immanuel: «La agonía del liberalismo». En Leviatán, Madrid, No 60, pp. 109-122.
- WEFFORT, Francisco (1973) *Populismo, marginalización y dependencia: ensayos de interpretación sociológica*. San José. Editorial Universitaria Centroamericana.
- WEYLAND Kurt, DE LA TORRE Carlos et. al. (2004) *Releer los populismos*. Ediciones Centro Andino de Acción Popular, Quito.
- WILES, Peter (1970). «Un Síndrome, no una Doctrina: Algunas Tesis Elementales sobre el “*populismo*”», en: Ghita IONESCU y Ernest GELLNER (Comp.) «*Populismo*»: *Sus Significados y Características*. Amorrortu, Buenos Aires, pp. 203-220.
- ZIBECHI, Raúl (2010) *América latina: Contrainsurgencia y Pobreza*. Ediciones desde abajo, Bogotá.
- ZIMERMAN Héctor y Álvaro MONZÓN WYNGAARD (2005) «La evaluación crítica de la representación política y el déficit en el control institucional». X Congreso Internacional del CLAD sobre la Reforma del Estado y de la Administración Pública, Santiago, Chile, 18 - 21 Oct. 2005.

Lo hegemónico, lo populista, lo popular y lo heterogéneo. Lecturas laclauneanas

No hay, pues, nada paradójico en que la conciencia estructuralista sea conciencia catastrófica, a la vez destructiva y destructora, desestructuradora, como lo es toda conciencia o al menos el momento decadente, período propio de todo movimiento de conciencia. Se percibe la estructura en la instancia de la amenaza, en el momento en que la inmanencia del peligro concentra nuestras miradas en la clave de bóveda de una institución, en la piedra en que se resumen su posibilidad y su fragilidad. Se puede entonces amenazar metódicamente la estructura para percibirla mejor, no solamente en sus nervaduras sino en ese lugar secreto que no es ni erección ni ruina sino labilidad. Esta operación se llama (en latín) suscitar o solicitar. Dicho de otra manera, estremecer con un estremecimiento que tiene que ver con El todo (de sollus, del latín arcaico: el todo, y de citare, empujar). La preocupación y la solicitud estructuralistas, cuando llegan a ser metódicas, no se dan sino en la ilusión de la libertad técnica. En verdad reproducen, en el registro del método, una preocupación, una solicitud del ser, una amenaza histórico metafísica de los fundamentos. Jacques Derrida

En la presente exposición pretendemos someter a una atenta relectura la exposición que realiza el teórico político argentino de la heterogeneidad como figura que permitiría desandar los callejones sin salida de la representación y la dialéctica, entendiendo que Laclau se encuentra jalonado entre una argumentación de orden especulativo, la cual sitúa a la heterogeneidad como condición de

posibilidad e imposibilidad de lo homogéneo y un análisis en cuyo desarrollo reduce a la misma a una instancia empírica (las masas marginales de Nun o la lectura fanoniana del lumpenproletario).

Quizás, tomando prestada una célebre fórmula foucaultiana, podríamos entender a la heterogeneidad como una categoría empírico-trascendental. Ahora bien, el argumento que desarrolla Laclau en *La Razón Populista* está basado, en lo que hace a sus premisas, en las conclusiones a las que arriba Peter Stallybrass en su ya legendario artículo *Marx and Heterogeneity: Thinking the Lumpenproletariat*. El hecho de revisitar el referido texto nos permitirá acentuar una serie de observaciones que, sin ánimo de realizar un juicio sobre su presunta intencionalidad, han sido dejadas de lado por el autor argentino o, aún expuestas, ellas no hacen las veces de afirmaciones sobre las que se sustentan las conclusiones que presenta Laclau.

A mediados de la década de los 70, un texto escrito por Ernesto Laclau generó mucho debate y fue materia de mucha discusión *Hacia una teoría del populismo*, que estaba incluido en una compilación de textos que se llama *Política e ideología en la teoría marxista*. Allí, Laclau definía el populismo como el conjunto sintético antagónico de las interpelaciones populares frente al bloque de poder. Cualquiera que haya transitado por los carriles del materialismo histórico va a encontrar que hay claras indicaciones de un lenguaje que combina tanto la reflexión gramsciana como althusseriana, lo que da cuenta que Laclau es un autor difícil de situar en esas clasificaciones, un tanto arbitrarias, que se plantean entre estructuralismo o historicismo.

La nota determinante que aparecía en esa definición era la de mostrar el populismo como un ejercicio de partición comunitaria, como una fractura. La primera pregunta que tendríamos que hacernos es si esa fractura se basta, se satisface o agota en sí misma, si puede agotarse el populismo en la mera partición o lo que después un teórico argentino, Sebastián Barros, va a llamar *la puesta en cuestión de lo común de la comunidad*. Si uno ingresa en la obra de Laclau, lo que uno encuentra en un momento que es central en

la discusión y en el lanzamiento de su obra *Hegemonía y Estrategia Socialista*, publicado en 1985, lo que planteaba como preocupación central es la posibilidad de releer la tradición marxista a la luz de los desafíos que se presentaban cuando el marxismo ya no se planteaba como la clave inteligibilidad de lo social y de lo político que comenzaban a presentar diversos problemas en torno a la posibilidad de pensar la especificidad de lo político. Incluso él, en un momento, va a hablar de una suerte de arqueología de un silencio al interior de la tradición marxista.

Dentro de su reflexión, ya a mediados de los ochenta, la hegemonía va a aparecer como la práctica política por antonomasia situada en una tensión entre universalidad y particularidad, y más que la hegemonía, lo que va a aparecer como central es lo que él llama la práctica articuladora. Generalmente no se presta tanta atención a este concepto que claramente no tiene un uso coloquial en la obra de Laclau, con el que propugna pensar cómo toda articulación hegemónica se sitúa en un campo que denomina de *relativa indeterminación*. ¿Qué quiere decir relativa indeterminación? Que lo social nunca parece como clausurado, sino que está afectado por una contingencia de carácter constitutivo y que toda operación hegemónica tiene un carácter frágil o precario. Esto después va a ser releído, retomando la distinción de Husserl entre sedimentación y reactivación. Lo propiamente hegemónico va a ser la posibilidad de producir un efecto de universalidad, como decía Laclau, detentar el *locus*, el sitio de los efectos de universalización de carácter parcial. ¿Por qué? Porque toda operación hegemónica supone un cierre no definitivo sino parcial.

Cuando Laclau de alguna manera retoma su reflexión sobre el populismo en el año 2005, lo que va a aparecer es un giro, de alguna manera drástica, desde el inicio del texto, donde el populismo se va a postular como la práctica política *tout court*. Esto ya disparó una serie de discusiones porque de alguna manera si durante mediados de los '80, entrada la década de los '90, y hasta la publicación de *La Razón Populista*, se postulaba una ecuación entre hegemonía y polí-

tica. Este texto del año 2005 ya plantea un cambio drástico porque la ecuación de alguna manera queda ceñida a política - populismo.

Dentro del ámbito de reflexión que abrió la obra de Laclau, con la mirada de un conjunto de autores de los que también se nutre, lo que se comenzó a discutir ya desde hace un tiempo largo, es tratar de morigerar esta ecuación y dar cuenta de la especificidad del populismo pensándolo como una suerte de declinación de la práctica hegemónica. En este sentido, la especificidad del populismo relanza una serie de debates que son muy interesantes. El primero de ellos que trata de trazar una distinción entre lo populista y lo popular. Lo populista como una lógica articulación de lo político, ya no como un contenido, ya no como se entendía en la sociología de la modernización, como un set de políticas determinadas, más pensarlo como forma política que como contenido, por eso hablamos de una lógica de articulación.

En este sentido se comenzó a trazar una distinción entre lo que es la articulación populista y la identificación popular. Esta distinción está muy trabajada por Sebastián Barros porque lo popular está pensado como un momento de incursión muy ligado a la reflexión de una suerte de discípulo díscolo de Louis Althusser que es Jacques Rancière, el cual sostenía, en un texto ahora clásico¹, que la política era la institución de un litigio.

Se trata, entonces, como dice Rancière, de la puesta en cuestión de la distribución de lo sensible. Esto está directamente vinculado a la reflexión de Barros, porque va a postular que lo popular aparece como un momento de irrupción, de emergencia de lo popular como una voz que impreca. La idea ranciereana es que la política como litigio está basada en la condición de todo ser, como ser hablante.

Esa condición de hablante da cuenta que la voz puede ser enunciada, puesta en común por cualquiera y da cuenta de la litigiosidad de lo político. Retomando esta idea ranciereana, Barros va a plantear que lo popular supone una identificación popular. Resalta la idea de la identificación de lo popular y no de una identidad popular. ¿Por qué? Porque en todos estos autores lo popular y sus

1 El desacuerdo. Política y filosofía.

declinaciones, no están pensadas como categorías objetivas de carácter pre-existente a la propia operación de conformación identitaria. Sino que, lo popular, lo plebeyo, el pueblo, se constituyen como el sitio mismo de una querella, el sitio mismo de una disputa. El pueblo no es una categoría descriptiva sino que es una categoría eminentemente performativa, sustentada en lo que Austin llamaba un acto ilocucionario. Algo que se crea por el hecho mismo de ser enunciado, lo cual supone determinadas condiciones para la enunciación y la performatividad del enunciado.

Situados en este campo donde lo popular supone una identificación y lo populista una articulación, ahora la pregunta se desplazaría hacia el análisis de qué tipo de articulación política es la propia del populismo.

El populismo aparece claramente, en su aspecto doxológico, con esta connotación eminentemente peyorativa y también está cargada de una impronta de un mero ejercicio también disruptivo, como si el populismo supusiera un mero ejercicio de movilización y que se agotara en el mismo. De esta dificultad también da cuenta la obra de Laclau, porque plantea una suerte de tensión a partir del binomio política-institucionalización. Por ejemplo, en su lectura del peronismo se lo plantea como un tránsito desde la emergencia de la figura del *descamisado* hacia la integración de lo que Perón dio en llamar a mediados de los '50, la *comunidad organizada*.

Una serie de trabajos de autores argentinos dan cuenta precisamente de que no se verifica este tránsito² y que tampoco el populismo está lejos de poder pensarse como una mera movilización que se agota en sí misma o como una primera irrupción que luego sanciona o se clausura en una integración institucional, sino que el populismo mantiene siempre la marca de su propia emergencia, lo que después Julián Melo llamaría una *inestable institucionalización*.

Hay una marca de origen que afecta constitutivamente al populismo. ¿Por qué? Porque si nosotros podemos identificar una partición en la emergencia del populismo, una disputa por el *demos* legítimo, quién detenta la figura de la totalidad comunitaria. Esa

2 Julián Melo, Gerardo Aboy Carlés.

aspiración a la totalidad comunitaria en primer plano está marcada por la fractura que supone afirmarse en un primer instante como una parte, lo que después Laclau va a llamar la atención entre el *populus* entendido como un todo y la *plebs* como una parte en el sentido de no una porción numérica, sino los desamparados, lo que en inglés llaman el *underdog*, el *outcast*, que son figuras que permanentemente trae a colación Laclau. Esa marca de origen donde una parte aspira a ser el todo y que supone como un primer ejercicio esta puesta en cuestión, en términos ranciereanos, la distribución de lo sensible o el establecimiento de una frontera, lo que Laclau y muchos llaman en los '80 el antagonismo, es decir, el límite no objetivo de toda objetividad.

En primer lugar, hay que situarse en la posibilidad de pensar la porosidad o no de esta frontera para dar cuenta específicamente del populismo. Lo que se observa es que el populismo no sustenta una frontera de carácter infranqueable sino que es una frontera porosa porque permanentemente está negociando esa tensión entre todo y parte, universal y particular.

En el caso de nuestros populismos históricos en Argentina de comienzos del siglo xx, lo que se observa como rasgos, si se quiere de especificidad, es lo que se dio en llamar el regeneracionismo³. Es decir, la posibilidad de rediscutir y de renegociar los títulos mismos de la comunidad. Por ejemplo, el presidente Hipólito Yrigoyen decía que uno no luchaba contra personas sino contra estructuras, y que los enemigos de hoy serán los ciudadanos virtuosos de mañana⁴. Perón en sus discursos planteaba que la oligarquía, que resultaba ser el agente antagónico del gobierno, debía hacerse carne de pueblo⁵. ¿Qué quiere decir esto? Tal como se demuestra en la obra de Laclau, el antagonismo no es un ejercicio de violencia física sino que incluso uno puede retrotraerse hasta los sofistas de la Grecia clásica

3 Ello a partir de la obra de Gerardo Aboy Carlés.

4 Como candidato de la Unión Cívica Radical que mantuvo una férrea posición abstencionista desde sus orígenes, Hipólito Yrigoyen será el primer presidente electo mediante el sufragio universal, tras la sanción de la llamada «Ley Sáenz Peña» en el año 1916.

5 Juan Domingo Perón llegó a su primera presidencia tras la victoria en las elecciones del 24 de febrero de 1946.

ca y pensar que en realidad eso que los griegos llamaban la Eris, la discordia, suponía la confrontación o el choque entre enunciados. El antagonismo es eso. De hecho si tuvieran la oportunidad de leer el capítulo 3 de *Hegemonía y Estrategia Socialista*, que se titula *Más allá de la positividad de lo social*, en algún momento dice que el antagonismo no es pegarle al adversario en el ámbito de un debate parlamentario sino que es construir una figura de alteridad.

En el tratamiento de esta alteridad está la clave que determina al populismo, es esta clave, si se quiere, regeneracionista. A lo que nunca renuncia el populismo es, de alguna manera, a detentar el carácter de demos legítimo. Si bien con posibilidad de renegociar los términos de inclusión del adversario. De hecho uno puede incluso encontrar estos rasgos que son claramente hegemónicos en el sentido de aspirar a ese sitio de universalidad. En una intervención de Manuel González Prada, durante el año 1888, decía que no conforman el verdadero Perú las agrupaciones de criollos y extranjeros que habitan en la franja de tierra entre el Pacífico y los Andes, sino que la nación está conformada por las muchedumbres de indios dispersadas por la franja Oriental.

Es interesante este caso porque nuevamente lo populista, lo hegemónico, no aparece como un contenido sino como lógica de articulación, con lo cual desplaza nuevamente la discusión en torno a su caracterización respecto de si es un fenómeno histórico acotado en el tiempo como lo plantea Carlos Vilas, un politólogo argentino, o en realidad pensándolo como una lógica de articulación se emancipa de estas condiciones socioeconómicas y sociopolíticas, y permite ser pensado como una lógica en su especificidad. ¿Qué quiere decir esto? Que el populismo no recubre todo lo que es posible ser pensado en términos de articulación política. De hecho, si uno transita la obra de Laclau lo que permanentemente va a observar es que hay una vocación, un afán de encontrar un nombre para la política. Si en los '80 era hegemonía, ya al final de su obra es el populismo. En realidad lo interesante es marcar esa tensión que identificó Laclau a mediados de los '80 entre universalidad y particularidad.

En la obra de Laclau la inteligibilidad de lo social se organiza a partir de dos grandes lógicas: una que se llama la lógica de la equivalencia y otra la lógica de la diferencia. Muchas veces esto aparece como una suerte de herramienta apta para leer cualquier fenómeno y encerrarlo entre un fenómeno equivalencial o un fenómeno diferencial. De hecho fue el problema que tuvo Laclau a la hora de definir, a partir del año 2005, el populismo, porque él trataba de definirlo como una suerte de privilegio de la equivalencia sobre la diferencia. El momento donde emerge, lo que él llama, un significativo privilegiado y que articula una serie de demandas que aparecían dispersas en el ejercicio de movilización. Este privilegio de la equivalencia no daba cuenta de la especificidad del populismo en torno a la definición sobre la frontera política que traza, y cómo a partir de esa frontera se establece una porosidad y una renegociación de los términos de inclusión comunitaria.

A nuestro juicio este es el problema que presenta la representación de los espacios políticos ensayados por Laclau en su teoría de hegemonía y prolonga en su reflexión más reciente sobre el populismo. Es sabido que para el teórico político argentino el horizonte de inteligibilidad de lo social se estructura sobre el suelo de la política, ordenado al menos sobre una distribución topográfica a partir del juego de dos lógicas: la de la equivalencia y la diferencia. Laclau captura o encierra las posibilidades de lo político en su captación por único registro: el simbólico, entendido este como la estructura de asignación de lugares.

El juego de las diferencias y el carácter oposicional y diacrítico elude la problemática central a nuestro juicio de lo que Badiou denomina puesta en consistencia. Es decir, el modo en que una figura subjetiva adquiere eficacia y permanencia histórica. Laclau propone el vaciamiento tendencial y la flotación para introducir un modo de captura de los desplazamientos en su estructura fallida. Allí lo real se presenta de forma indómita, evanescente, librada a señalar la distancia entre elemento y lugar, propio de todo estructuralismo, pero imposibilitada para pensar cómo lo real adquiere o se dota de

consistencia. Esto nos obliga a desplazarnos del planteo puramente significativo hacia la problemática del nudo borronero.

Es a partir del nudo que podemos agregar lecturas más sugerentes sobre la relación del peronismo y populismo. ¿Eso por qué? El nudo muestra la interdependencia de los registros Real, Simbólico e Imaginario y, a la vez, su irreductibilidad de uno a otro. A propósito Jean Claude Milner nos recuerda que:

Nada se sustrae a esta necesidad borronera que el nudo representa y tampoco el nudo mismo que, como se ve, es igualmente real, puesto que hay un posible marcando el desanudamiento simbólico puesto que los redondeles se distinguen por letras R-S-I, imaginarios, puesto que unos redondeles de cuerda pueden hacer de él una realidad manipulable, más aún cada redondel R-S o I, es en sí real, puesto que es irreductible, simbólico puesto que es uno, imaginario puesto en los redondeles. De modo que, el nudo tiene en cuanto a cada uno de sus elementos, las propiedades que como conjunto leemos pero recíprocamente cada uno de sus elementos nombra una propiedad que afecta al conjunto considerado colectivamente y a cada uno de los otros elementos considerados distributivamente.

En este entendimiento el peronismo, por ejemplo, no puede ser pensado bajo la lógica agregativa de la equivalencia y la diferencia que solo supone la determinación en última instancia por el significativo tendencialmente vacío, y la flotación como lógica de desplazamiento. Confinar el análisis, a este único registro tiene como consecuencia reducir la política a una disputa por un locus de enunciación y a la particular distribución de los títulos que asigna o incluye, es decir, un ejercicio de cuenta-por-uno.

Sostendremos que, como toda realidad, es decir, aquella que deviene inteligible a partir de los registros mencionados, el peronismo posee una estructura borronera. ¿Dónde encontramos una forma de

ilustrar este punto? A los efectos, nos valdremos de la observación realizada por Emilio de Ípola sobre el discurso brindado por Don Juan Domingo Perón en ocasión de la movilización del 17 de octubre de 1945.

Se trata de lo siguiente –dice de Ípola– en la frase en la que «por esta única vez se exhorta cumplir el día de huelga», Perón con admirable sutileza, señala de un modo indirecto pero claro el nuevo lugar institucional que otorga esa exhortación su autoridad y legitimidad. Ese lugar no es ya, y no podría nunca haber sido, el correspondiente a un puesto gubernamental para el caso de la secretaría de trabajo y previsión. Es un lugar rigurosamente nuevo cuya positividad ha supuesto y sancionado una ruptura del espacio político hasta entonces vigente y el comienzo de su reestructuración con arreglo de otras coordenadas. Reestructuración inducida por la emergencia masiva y abrupta en el interior de la sociedad y la escena política de dos nuevos personajes: *Perón-los trabajadores*; y una coyuntura literalmente inclasificable en los términos de la tradicional política.

En la cita precedente podemos observar cómo el peronismo se constituye en torno a los tres registros. La dimensión simbólica alude tanto a la emergencia de un locus de enunciación como también a la forma primera de discernimiento. Hay uno, es decir, hay nombres, donde Perón y los trabajadores emergen como tales. En el mismo acto se nos muestra la súbita irrupción de dos actores, *lo Real*, los cuales resultan irreductibles e imposibles de ser reenviados a los términos de la enciclopedia del saber precedente en su ser genérico. Su emergencia misma se dirige hacia el punto de inconsistencia de la situación precedente forzando a la elite que la precedía forzando su reestructuración con arreglo de otras coordenadas tal como lo afirma de Ípola.

Pero también nos encontramos ante la constitución de un lazo que autoriza el agrupamiento trabajadores a soportarse agrupados, de donde surge un desdoblamiento constitutivo entre el Perón simbólico del nombre, como un gesto de incorporación comunitaria plena, y el Perón especular de la identidad entre gobernantes y gobernados que sanciona su palabra proferida en la plaza, en tanto *primus inter pares*, el «Primer Trabajador» que destacará una de las estrofas de la marcha partidaria.

El Peronismo es el nudo en tanto enlaza la simultaneidad de los tres registros, real, simbólico e imaginario. Pero el nudo no hace uno a partir de un significante de excepción que tendencialmente se vacía, prescribiendo plazas de conexión para los elementos que incorpora, manteniendo juntos los términos de la serie o cadena, ni hace las veces de flotante. Se trata del Uno de adherencia, una inconsistencia que afecta al conjunto en la misma medida que ninguno de los registros se encuentra jerárquicamente dispuesto respecto de los otros, en una suerte de prioridad ontológica. Precisamente, por su constitución simultánea en un tiempo único captado y efectuado, *après-coup*. El uno del significante en más, en su excepción, marca la pertenencia de los restantes elementos o la estructuralidad de la estructura se resuelve en la cohesión estructural haciendo cadenas sincrónica y diacrónicamente.

El Uno de adherencia soporta las consecuencias de la causa evanescente donde lo Real se coloca en posición de causa y de tercer término, de consistencia, asegurando que hay uno del dos del cual hace tres. La consistencia débil, prescrita por la plaza, es decir, el lugar algebraico, se reduce a la similitud de pertenencia, la ley de lo Mismo, pero, ¿qué es lo que otorga la interioridad consistente? En discusión con el célebre planteo de Murmis y Portantiero respecto de la racionalidad instrumental como principio de cohesión de la masa obrera (la consistencia débil, algebraica, en Badiou, o el momento corporativo en Gramsci –su común condición de explotados–), Juan Carlos Torre retoma la idea de racionalidad para concebirla en términos de proceso subjetivo, es decir, fundación retroactiva de la subjetivación de los trabajadores como *peronistas*:

(...) no es preciso salir de la idea de racionalidad. Sólo que, en este caso, el criterio de racionalidad es otro, el reforzamiento de la cohesión y la solidaridad de las masas obreras. Desde este ángulo la acción política deviene, no un medio para aumentar las ventajas materiales de acuerdo con los intereses preexistentes, sino un fin en sí mismo, cual es la consolidación de la identidad política colectiva de los sujetos implicados (Torre, 1998: 176).

Otra cita de Torres

(...) tanto la crisis de la dominación política tradicional sobre los sectores obreros, como la gestión de Perón dirigida a hacer de ellos miembros plenos de la comunidad política nacional, son los componentes de un proceso único y simultáneo. No hay, pues, como lo quiere la visión que inspira el proyecto laborista, primero la ruptura de los trabajadores con los antiguos lazos de partido, luego la rearticulación de las lealtades políticas por una elite interna y finalmente el apoyo a un líder que por su origen es externo a ellos (Torre, 1998: 194).

Es dable destacar que la secuencia diacrónica que pone de relieve Torre y a la cual dirige sus esfuerzos críticos, es perfectamente retraducible en términos del tránsito propuesto por Laclau del *Descamisado* hacia la *Comunidad Organizada*, como proceso de *institucionalización progresiva*, el achatamiento sobre el vector o registro simbólico lleva al autor argentino a la búsqueda de significantes *privilegiados* que hagan las veces de excepción constitutiva. Y es esta misma excepcionalidad la que se concibe como irrupción y/o partición comunitaria.

La ciudadanía como término presentado en la situación deviene una parte genérica al forzar su enumeración por la inclusión misma de los trabajadores (la doble condición de ciudadanía política y so-

cial ya señalada por Daniel James), lo que presentan esas masas de trabajadores no es su falta-en-ser (su condición de marginados/excluidos del proceso político y explotados en el proceso productivo), sino su ser genérico mismo, su condición de estar presentados en la situación histórico social, carecen de toda propiedad particular que pueda ser enunciada, pero no comparecen como una *plebs* que se reclama *populus*, fuera del juego alternativo entre parte y todo.

Desde este punto de vista, el peronismo se constituirá como un subconjunto genérico de la situación cuya consistencia implicará el forzamiento de los términos presentados, de allí la suerte que se le depara al término ciudadanía, por ejemplo. No nos encontramos ante la irrupción de una heterogeneidad radical, o de su radical inclusión, lo que tenemos, por el contrario, es una censura, en cuya retroacción diferida se decide su consistencia genérica, de allí la invocación del 17 de octubre de 1945 como «Día de la Lealtad» en la prosa partidaria, por ejemplo. Pero esa fecha no es la ruptura misma, sino aquello a partir de lo cual cobra inteligibilidad, resultando sancionado en su positividad, parafraseando a De Ípola, aquello que ya había tenido lugar, una vez, la ruptura no es datable, sino inferida por la estructura implicativa misma que solo porta el lazo.

El 17 de octubre no es la ruptura misma sino su causa evanescente, la anticipación de una certidumbre que colocada en posición de causa, hace consistir al peronismo. Ni los trabajadores ni Perón son *heterogéneos* ni *heterónomos*, Perón gravita como el principio de unificación de la acción obrera, no como S1, sino como aquello que afecta al conjunto, consistencia del lazo, que no es sino imaginaria.

El *arrancamiento de los lugares naturales* que identifica Barros no es otra cosa que la suplementación o sobredeterminación genérica del álgebra concurrencial, la *colección dispersa de obreros*, cuya existencia se decide en el lazo que define el principio de consistencia en interioridad, soportada por efecto de una escisión, lo Real del corte que permite inteligir la consistencia débil del vínculo primigenio masas-Estado, claramente señalado por Torre y la consistencia

nodal de un vínculo masas-Estado, suplementado genéricamente por el peronismo, donde Perón hace las veces de Uno de adherencia, en tanto «soporte».

De esta manera podemos abrírnos paso en la aporía laclauniana de lo heterogéneo, y su tendencia a quedar identificada con una porción numérica o una positividad enumerable. Ello porque lo genérico claramente no preexiste como lo disperso, lo inarticulado, o, para decirlo claramente, como elemento. Lo genérico adviene en la forma de un proceso, no como mero corte o cesura, aunque esta en su anticipación haga las veces de causa, y la transformación de la identidad de los trabajadores señalada por Barros, no es otra que la definición de peronistas como su *ser genérico*. Señalando, una vez más, que lo genérico no alude a propiedad alguna que caiga bajo lo que Badiou denomina *enciclopedia del saber*.

Quizás una suerte de pauta hermenéutica que nos permita explorar la distancia entre lo heterogéneo y lo genérico sea la diferencia que establece Rancière entre identificación y subjetivación. Mientras que identificación alude al ejercicio de la police como mecanismo de cuenta-por-uno, es decir, a partir del señalamiento de un conjunto de propiedades, la subjetivación soporta un sujeto de la distorsión, precisamente en la medida que el otrora discípulo de Althusser realiza una observación que, en la mayoría de los trabajos que en él se inspiran, es pasada por alto.

Me refiero al hiato que separa del demos en tanto sujeto de la parte y el todo y proletariado que es subjetivo lo que denomina *parte-sin-parte*, haciendo al *todo* diferente en sí mismo, una cuenta de los incontados⁶, pero los incontados no existen más que en la declaración misma por la cual se cuenta como quienes no son contados, lo que es decir, que la declaración no constata nada más que, *après-coup*, lo incontado que existe por su declaración. No es el juego

6 Aquí se advierte uno de los problemas que mayor entusiasmo podrían suscitar a la hora de pensar las consecuencias que se siguen de los postulados elaborados en La mésentente y que, en cierta forma, se hermana a uno de los interrogantes que surgen de la doctrina del acontecimiento badiouseano. En breves palabras, la cuenta de los incontados en Rancière o las intervenciones interpretantes, en el caso de Badiou, ¿no establecen acaso, un nuevo mecanismo de cuenta por uno o sólo se agotan en el señalamiento reattractivo de aquello que se substrahe? Dejamos esbozado presentado el interrogante, de un modo un tanto esquemático valga aclarar, para posteriormente ensayar una «respuesta» un tanto más elaborada.

entre parte y todo el que define la suerte de la reflexión sobre la política en Rancière, como sí se deja traslucir en la retraducción que esboza Laclau de la tensión entre parte y todo, a partir del par *plebs* y *populus*, sino, el hiato entre identificación (o álgebra en Badiou) y subjetivación (la orientación topológica).

Desarrollo, integración y políticas públicas de la ESS: avances y límites para la construcción de nuevas realidades

La Economía Social y Solidaria (ESS) puede desempeñar al diseño del nuevo modelo (otros principios y valores, ejemplo, primacía de las personas sobre el capital, respeto al medio ambiente, acciones empresariales más transparentes y sostenibles). En un contexto de crisis existe la posibilidad de pensar las bases de un modelo económico mejor. Las iniciativas de la ESS pueden encontrarse en muchos países bajo distintos nombres. En realidad, la existencia y crecimiento de este campo de la práctica ha dado lugar a programas y acciones en instituciones públicas para promover estas prácticas como opciones con respecto al trabajo, los ingresos, la participación social y democrática y una mejor calidad de vida (Morais y Bacic, 2009). La proporción de la ESS está creciendo en términos de empleo, importancia económica y penetración social.

Voy a desarrollar el tema de la Economía Social y Solidaria (ESS), un tema que continúo trabajando con la OIT hace cinco años y también continuo trabajando en el Brasil como consultor del Instituto *polis* para la elaboración de políticas públicas gubernamentales en el ámbito de la ESS, y también en el ámbito de desarrollo territorial y generación de trabajo y agenda para comunidades vulnerables.

Un contexto general muy conocido sobre todo en nuestra región que es el de la exclusión social. Hay un porcentaje muy pequeño de personas que tienen alrededor del 50% de la riqueza global, un con-

texto de extrema concentración de gente donde 40% de la mano de obra mundial, sus familiares están condenados a la pobreza e inseguridad. También un contexto donde la degradación ambiental, la contaminación del agua, tierra, aire, y de la biodiversidad de los recursos naturales, etc. representa una grave amenaza para el desarrollo sostenible.

Tenemos un escenario donde el modelo actual de producción de consumo, de generación de riqueza, es un modelo excluyente, que en este momento incluso está en crisis, no solo económica y financiera sino también de paradigmas. Esto abre la posibilidad de un cambio paradigmático en donde la ESS puede tener un papel preponderante para construir un nuevo modelo de producción y de consumo.

El contexto de crisis y oportunidades abre la posibilidad de pensar las bases de un modelo económico sostenible. La exclusión, la concentración y la presión ambiental nos están dando una alerta sobre la necesidad de cambiar el modelo. En este sentido, la ESS puede desempeñar un rol importante en el diseño de un nuevo modelo, con principios y valores distintos a los actuales, como la primacía de las personas sobre el capital, el respeto al medio ambiente, acciones empresariales más transparentes y sostenibles.

¿Qué es la ESS? No existe un consenso en la literatura con respecto a su definición. Incluso dentro de un mismo país no se tiene un acuerdo conceptual sobre la ESS, algunos la llaman economía popular. Por lo tanto, las iniciativas de la ESS, pueden encontrarse en muchos países con nombres distintos. En realidad, la práctica y el crecimiento de este campo, ha dado lugar a programas y acciones en instituciones públicas para promoverlas como visiones con respecto al trabajo, los ingresos, la participación social y democrática y una mejor calidad de vida.

Gracias a la instrumentación de las políticas públicas, el apoyo del Estado y del gobierno, que realizan emprendimientos desde este enfoque, se consigue enfrentar las debilidades. Los emprendimientos de las políticas de ESS inician una nueva fase de construcción de

un nuevo modelo en la relación entre la acción gubernamental y la sociedad civil. La idea de política en construcción está relacionada al hecho de que son experiencias recientes con metodologías experimentales que son aplicadas heterogéneamente.

Por otra parte, existen grandes desafíos para lograr la eficacia de las políticas públicas para la ESS dadas su fragilidad y vulnerabilidad institucional, ya que dependen de las coyunturas políticas, en muchos casos son políticas de gobierno y no políticas de Estado.

Lo recientemente expuesto nos condiciona por el factor tiempo y genera algunos desencuentros en términos de quiénes hacen la política de ESS dentro de la estructura gubernamental. Al no existir un consenso sobre el concepto de ESS, tampoco hay una definición de la institución responsable dentro del Estado de aplicar las políticas a favor de las ESS, lo cual acentúan su fragilidad. En algunos países estas políticas las implementan a través del Ministerio de Desarrollo Social, en otros a través del Ministerio del Trabajo o del Ministerio de Economía.

Cuando hablamos de Economía Social y Solidaria hablamos de los emprendimientos económicos solidarios, impulsados por asociaciones, fundaciones, instituciones y cooperativas. Existe un gran debate sobre el tipo de cooperativas que pueden emprender la ESS, teniendo en cuenta que existen instituciones que bajo la figura jurídica de cooperativa, precarizan el mercado de trabajo. Entonces, estamos ante el desafío de definir qué tipo de emprendimientos de ESS, pueden ser apoyados por una estructura pública, gubernamental.

La definición de los marcos jurídicos y reguladores es un punto fundamental para fortalecer los emprendimientos de ESS. Percibimos que en muchos de los países hay buenas intenciones pero no hay una estructura jurídica para llevar adelante las políticas de la ESS como política de Estado. Hay vacíos jurídicos que se deben cubrir para avanzar, regular y reglamentar las políticas públicas hacia la ESS.

En base al análisis de algunas experiencias internacionales podemos ver en algunos casos políticas públicas y en otros, acciones puntuales de apoyo a las necesidades específicas. Pasaré a detallar algunos elementos del análisis.

Primero, acciones para la calificación profesional de los seguidores de la informalidad por diversas cuestiones: de seguridad, laborales, de renta y de protección social. De ahí la importancia de algunos programas de calificación profesional para determinar las áreas de inserción laboral de nuevos profesionales.

También existen muchas experiencias interesantes de microcréditos. Por ejemplo, el más conocido es el Granny Bank en Asia, pero hay muchas experiencias en América Latina, incluso como la moneda social, que es un término que está cobrando cada vez más fuerza en el mundo. Tenemos una gran experiencia desde el Banco Palmas, que está utilizando la moneda social en un barrio pobre de Brasil, con 210 mil habitantes. Estos ejemplos nos dicen que tenemos que capitalizar en la región estas experiencias. Por eso es importante esta discusión en marco del Coloquio para pensar la ESS de forma inclusiva e integrada entre los países.

Es importante destacar la conexión que deben tener las cooperativas populares con la universidad, porque esta tiene un papel fundamental en la diseminación de elementos que harán posible el cambio del paradigma de desarrollo actual. Cuando las cooperativas populares son introducidas en las universidades como prácticas de extensión, de investigación, de incidencia e inclusive como asignaturas, generan nuevos conocimientos en diversas áreas, entre ellas, el tema de las cadenas de valores.

También es importante la organización de la sociedad civil donde existen experiencias interesantes de iniciativas de ESS, de quienes debemos aprender para poder replicar en otras regiones y países.

Cuando analizamos estas políticas o el conjunto de apoyo a las mismas, entendemos que son políticas en construcción, en una fase de experimentación. Los principales instrumentos que encontramos en los países para impulsar y fortalecer la ESS son los instru-

mentos de formación, tanto en educación básica como en calificación profesional.

Por ejemplo en Brasil, tenemos un programa de calificación técnica para los beneficiarios de los emprendimientos de economía solidaria, sin embargo cuando inician la formación profesional se encuentran con debilidades estructurales en la educación básica. Es por ello que es necesario pensar desde una perspectiva ampliada y transversales cuando se formulan las políticas públicas y de esta forma conseguir un abordaje integral y conjunto desde los diferentes ministerios: Educación, Salud, Trabajo, Desarrollo Territorial, porque no son políticas aisladas sino integrales.

Otro ejemplo de las ESS son las experiencias de desarrollo rural en donde, desde diferentes proyectos, programas, acciones, se trabajan conjuntamente el tema de la seguridad alimentaria, el desarrollo de territorios marginalizados y el apoyo a la producción de los pequeños productores rurales.

En esta área existen los Programas de Adquisición de Alimentos (PAA) en los que los gobiernos municipales, estatales y federales adquieren el 30% de los alimentos para las escuelas públicas de los pequeños productores rurales. Esto es muy importante porque el desarrollo del territorio permite que las personas no necesiten salir de su región para conseguir trabajo, además el PAA fomenta la importancia de la seguridad alimentaria y que las personas se alimenten de lo que están acostumbrados a comer en sus respectivas regiones. Este es un programa pensado desde la transversalidad de la ESS y la sostenibilidad de la misma porque les permite abrirse a otros mercados y emanciparse del gobierno.

También son importantes la asistencia y el asesoramiento técnico para el establecimiento, desarrollo y consolidación de las empresas dentro de la ESS. En este ámbito, cumplen un rol fundamental las universidades y las organizaciones del tercer sector. Los emprendimientos de ESS no pueden vivir fuera de la realidad de los avances tecnológicos. El desarrollo de las tecnologías de información y de comunicación adecuados y el acceso a las mismas son fundamen-

tales en estos emprendimientos ya que permiten actuar en red y fortalecer así desde el punto de vista del mercado, del consumo y de la producción en términos de un comercio justo y solidario. Es posible y necesario tener las tecnologías de información y comunicación para que los emprendimientos de las ESS no queden por fuera de la realidad.

Podemos intentar sistematizar en cuatro grandes grupos la implementación de las políticas de ESS. El primer grupo está compuesto por las políticas que afectan directamente a las organizaciones de la ESS, en sus imposiciones jurídicas y normativas, como las que establecen las cooperativas y las sociedades mutuales. En términos jurídicos éstas garantizan la existencia y sostenibilidad de la ESS. El segundo grupo está compuesto por las políticas macroeconómicas, que en términos fiscales y financieros privilegian a las organizaciones de la ESS, permitiéndoles intereses subsidiados y mayor acceso a los créditos. Sabemos que el modelo vigente de desarrollo privilegia a las grandes empresas y grandes conglomerados pero también sabemos que hay muchas posibilidades de impulsar emprendimientos solidarios de pequeñas empresas. Es importante pensar de forma más activa la posibilidad de acceso al crédito. Entendemos en crédito no solamente como un instrumento económico sino también como un instrumento político de acción. El tercer grupo es el de las políticas diseñadas para ser implementadas en diferentes niveles geográficos, sean estos locales, regionales o nacionales. En esta línea, con la OIT estamos discutiendo cómo la cooperación Sur-Sur puede incursionar en la ESS, pensando mercados regionales desde el punto de vista internacional. Estos ejemplos nos invitan a pensar estas posibilidades dentro del MERCOSUR solidario, que es un espacio muy importante para reflexionar e impulsar políticas que puedan fortalecer los emprendimientos a nivel regional.

El último grupo es el de las políticas diseñadas para activar ciertos sectores de la economía como el de las políticas para promover la agricultura familiar, la vivienda para personas con bajos ingresos, la generación de empleo juvenil. También en este ámbito hay expe-

riencias muy interesantes, pensadas de forma transversal como en África, donde tuvimos la oportunidad de conocer emprendimientos que trabajan el tema de la energía solar. Esta experiencia permite que jóvenes de regiones pobres de África aprendan y se califiquen sin tener que salir de su región.

En América Latina es posible, en materia de política pública, trabajar el tema de política pública territorial y al mismo tiempo generar calificación profesional, calificación de mano de obra, empleos, permite mejorar la infraestructura regional, permitiendo que las personas puedan permanecer en sus propios territorios.

Se pueden impulsar políticas sectoriales para la inserción social de determinadas poblaciones, los llamados *target group*, que son los grupos menos favorecidos de la sociedad. Tenemos algunos ejemplos interesantes impulsados por la Secretaría Nacional de Economía Solidaria de Brasil, que tiene un proyecto en conjunto con el Ministerio de Justicia en el cual trabajan con las personas que están en cárceles, para calificar su mano de obra y de esta forma permitirles una mayor posibilidad de inserción laboral al salir del sistema penitenciario. Otro ejemplo es el trabajo conjunto con el Ministerio de Salud en la inserción socio laboral con las personas con discapacidad mental. Desde nuestro punto de vista, las políticas deben ser construidas de abajo hacia arriba. Es decir, no pueden ser políticas de gabinete, no pueden ser políticas pensadas en una oficina solamente. Deben tener participación social de los que de hecho actúan en la construcción, en la institución de la política. ¿Por qué? Porque las personas que están haciendo posible la construcción de las políticas, llevando a los emprendimientos, son las personas quienes saben realmente de las debilidades y de las potencialidades. Estas políticas tienen que ser construidas conjuntamente con estas personas.

Hay cuatro grandes puntos que conectan las políticas de la ESS con el repensar de nuevos modelos de desarrollo. Uno, las políticas locales y de generación de trabajo; dos, la transversalidad de las acciones; tres, los programas de garantías de empleo público (*Public*

Work Empowerment Program), como el tema de la merienda escolar y las cooperativas de costureras que realizan los uniformes escolares; y cuatro, la emancipación. Entonces, el gobierno va más allá del asistencialismo para pensar en políticas emancipatorias.

En este último punto, tenemos el ejemplo del Programa Bolsa Familia, que es un programa de transferencia monetaria condicionada que nosotros llamamos de tercera fase o tercera generación. La primera generación sería la transferencia de dinero, porque son personas indigentes, la segunda generación es el hecho de que estos beneficiarios que reciben el dinero tienen que tener insertos en el sistema educativo y sanitarios a sus hijos para así intentar romper el círculo intergeneracional de la pobreza. La tercera generación es que estamos pensando ahora con el Gobierno de Brasil cómo los beneficiarios pueden emanciparse del programa. Es una tarea muy difícil transformar un programa de transferencia monetaria asistencialista en un programa emancipatorio.

Las debilidades estructurales y de funcionamiento de la ESS nos plantean múltiples desafíos teniendo en cuenta las dificultades económicas, políticas, técnicas, jurídicas y legales.

La ESS es un punto importante cuando pensamos desde la perspectiva social de las políticas públicas para contribuir a la formación de un nuevo modelo de desarrollo. La ESS es una realidad porque ya está presente en muchos países del mundo y su proporción está creciendo en términos de empleo, importancia y de penetración social.

Como hemos visto son políticas en construcción que necesitan ser reflexionadas. Deben ser pensadas de forma transversales, no únicamente desde el punto económico, sino también político, social y ambiental. Es importante enfrentar los desafíos, principalmente en el marco jurídico y normativo, donde la temporalidad de las políticas tiene que ser pensadas como políticas de Estado.

Este espacio de reflexión es importante para pensar en una mejor integración de las políticas impulsadas por nuestros países, para utilizar en forma compartida los recursos, dinamizar el proceso y mejorar el impacto de nuestras políticas.

Es imperante fomentar el diálogo entre las organizaciones de la sociedad civil y los políticos sobre este tema y sobre las posibilidades de construcción hacia este nuevo modelo.

Comentarios

Populismos, movimientos sociales y nuevos arreglos institucionales

*Podemos ver cómo la problemática de la **cuestión social**, que ayer fue caracterizada desde la modernidad, hoy nos invita a reflexionar sobre las respuestas a esta **cuestión social** que se transforma en demanda y a su vez, cómo se complejiza esta demanda.*

Podemos ver como Leandro Morais se plantea, desde las políticas públicas y desde el gobierno, quizá ya en una cuestión contradictoria para el propio arreglo institucional del Estado, la posibilidad de generar otro modelo, un cambio de paradigmas a partir de la Economía Social y Solidaria (ESS) que implican un tipo de participación diferente, reconocimiento de actores de la sociedad civil y una territorialidad.

También podemos hablar de una respuesta a la llamada *cuestión social* que ya nos planteaba Robert Castel, y tiene que ver con lo que Javier Biardeau historiza: el *populismo*, concepto y abordaje retomados sobre todo en América Latina como un desafío para confrontar a esa doxología peyorativa de referencia hacia el *populismo*, que en nuestros países, a veces se transformaban en categorías analíticas y «científicas» de estudio, y poder entender el *populismo* en nuestra región más bien como una expresión de esa articulación.

En ese sentido es interesante la visita que hacen a los autores latinoamericanos para seguir esa problematización. Justamente para dar una tarea distinta a la doxología el trabajo que realiza Gonzalo Barciela de rescatar a Laclau, para poder entender al *populismo* como esa lógica articulación en donde ya no tiene que ver con una

esencia, y por tanto invita, y sobre todo a nuestro medio, a ampliar el uso de categorías y la creatividad de abordajes, utilizando por ejemplo, algunos conceptos o arreglos que vienen de otras disciplinas como el psicoanálisis que en nuestro país es un poco difícil todavía. Creo que resulta interesante homenajear hoy a Castel desde estos lugares.

Me gustaría hacer un repaso de la lectura que hace un intelectual paraguayo, Benjamín Arditi, que me parece sumamente importante en el trabajo que viene realizando sobre el *populismo* y la lectura que tiene de Laclau. Un punto importante es el de la *razón populista*, que más que una definición, un enunciado, se transforma en problemática. Estos autores invitan a que estas problemáticas, no en el sentido epistemológico, sino como nuevas herramientas de análisis.

Laclau analiza cómo las demandas sociales que no son absorbidas por los canales institucionales se convierten en demandas insatisfechas que entran en relación de solidaridad, articulación y equivalencia entre sí. Por lo tanto, cristalizan valores, símbolos comunes, es decir un universo simbólico y que estas pueden ser capitalizadas por los líderes que interpelan a esas masas frustradas, y por lo tanto comienzan a encajar en un proceso de identificación popular y ahí se construye el pueblo como un actor colectivo que va a confrontar a ese régimen existente de demandas insatisfechas.

Lo que me parece interesante, que acá rompe la lógica de la teoría política clásica, es la incorporación de conceptos diferenciales clásicos, el de las demandas *input out* al sistema, por el concepto de las demandas insatisfechas que viene del campo lacaniano, la idea de la *carencia del ser*, del reclamo, de la petición, del desafío, del *status quo*, de lo real, de lo simbólico y de lo imaginario, es decir, todo un arsenal de abordajes para plantear justamente una articulación que tiene la dualidad de la imposibilidad hacia lo posible. ¿Qué sería que la imposibilidad hace lo posible? Que ese pueblo, que primero no es una categoría, no es un dato empírico, no es un grupo sociológico, no es un dato de la estructura social, por lo tanto tiene

que ser pensado tanto como tarea política pero también como una categoría de lo imposible.

¿Qué hablamos cuando hablamos de lo imposible? En el sentido que ya lo planteaba Barciela, se trata de una heterogeneidad que va a dar cuenta de una singularidad que luego pretende ser universal. Ahí es sumamente importante hablar del papel del líder. Laclau no habla del líder en tanto persona, sino utiliza la categoría del nombre del líder, la unidad del grupo como un significante vacío pero que sin embargo trasciende a la persona o a esa relación personal característica más del campo weberiano, sino más bien habla de una función estructural. Es decir, un significante vacío llama a la unidad, o algunos dirían el nombrar a una plenitud ausente.

En ese sentido me parece interesante ver lo que Arditi plantea como un desafío de ese rol de universalidad de lo imposible o ese salto que bien lo plantea del plebs particular al *pópulos/todo*, o cómo se plantea que una *plebs* aparezca como un *pópulos* legítimo, cómo entender la legitimidad. Arditi lo plantea como pregunta y como línea de indagación. En ese salto, ¿cuál sería la discusión clásica o no clásica que deberíamos dar para entender la legitimidad? En segundo lugar, como hablamos también de una unificación simbólica del grupo en torno a una individualidad que es el líder, plantea el autor problematizar más allá de caracterizar como formas populistas, conservadoras, entender que la relación de seguir al líder también implica un culto a la personalidad, y el ser, el *ardid* indiscutible del bien y del mal. Es entorno a esa caracterización de lo que implica el líder que es necesario dar respuestas para entender al *populismo*.

DESARROLLO,
INTEGRACIÓN Y
CONSTRUCCIÓN DE NUEVAS
SUBJETIVIDADES

La integración como fortalecimiento del proceso de desarrollo en América del Sur

El proceso de integración regional impulsado desde principios de la década de los noventa se caracterizó por centrarse exclusivamente en el ámbito económico. La reducción de los aranceles se convirtió simultáneamente en un objetivo medular como en una estrategia básica para la construcción de los acuerdos regionales en ese entonces. La firma del Tratado de Asunción acontece en un contexto signado por grandes transformaciones globales. En este contexto, el pensamiento neoliberal articulado política y económicamente al Consenso de Washington reflejaba los consensos de las élites de los cuatro Estados del Mercosur. Este escenario se fue transformando a inicios del Siglo XXI como consecuencia de la elección de gobiernos de carácter nacional, popular y progresista, lo que conllevó a una resignificación del Mercosur, con una nueva atención en la dimensión social. Por tanto, para avanzar en el proceso de integración, sobre todo en la esfera de lo social, es necesario un gran esfuerzo en el campo de la política que convoque a los dirigentes de los movimientos sociales y, al mismo tiempo, la agenda programática de los gobiernos populares. Las interrogantes esenciales suponen conocer qué está en juego como horizonte normativo y sobre todo, cómo la integración regional puede fortalecer a sus gobiernos y por ende el proyecto de desarrollo de América del Sur.

En todo caso, podemos interrogarnos sobre los alcances de la idea de desarrollo, ¿Qué es el desarrollo? El desarrollo como horizonte normativo es algo muy **relativo**. No solamente nos desarrollamos

con relación a otro país, por consiguiente, como política e idea rectora no es un **absoluto**. El desarrollo es considerado normalmente también como la disponibilidad de bienes de una sociedad, el producto interno bruto, etc.; bajo el supuesto de que el aumento del consumo es el aumento de la felicidad, y bajo tal supuesto de que esa cantidad de bienes está distribuida de una forma razonablemente equitativa, que no está concentrada en ningún sector. Obviamente, estas afirmaciones son discutibles en cuanto el alcance de sus supuestos constitutivos.

En la cotidianidad pública nacional e internacional observamos en la prensa que los investigadores, políticos y analistas se preocupan por conocer las tasas de crecimiento económico y producción, en ocasiones por la tasa de desarrollo relativo de los países. A lo interno de las sociedades nacionales se opina a favor o en contra de los alcances del crecimiento. Esta es una cuestión que se puede discutir. En primer lugar, el aumento de la producción no trae necesariamente un aumento de la felicidad de las personas, y contamos con un conjunto de ejemplos que validan esa dirección interpretativa. No trae felicidad. No existe una consecuencia directa entre crecimiento de la producción y la felicidad de la persona. Aunque los aumentos de la productividad y las ganancias de las empresas (medido en beneficios monetarios netos) suponen una satisfacción en sus objetivos fundamentales (aumento progresivo de la tasa de ganancia), no necesariamente implican la felicidad de las personas. A las empresas privadas no les importa el bienestar de las personas ni el salario devengado por los trabajadores en tanto están satisfechos en su finalidad primordial. Miran a nuestros países y dicen *ese se está desarrollando, aquel está así...* Su evaluación está circunscrita al cálculo racional de la ganancia.

En una línea interpretativa radicalmente distinta nos podríamos interrogar que significado tendría plantearnos la cuestión del desarrollo de **otro modo**, de una forma que suponga el uso eficiente de los recursos de un país empezando por su fuerza de trabajo, por su población. Que esta otra forma suponga una imagen objetivo que

incluya índices alternativos ¿Cómo se puede desarrollar a una población? ¿Cómo la población puede, no necesariamente, medirse por los tradicionales índices de crecimiento? Los índices de salud, de educación, de cultura que son fundamentales para medir la satisfacción de las personas en sus logros relevantes nos pudiera iluminar aspectos centrales de la cuestión del desarrollo. De modo tópico, estamos alcanzando las metas, estamos progresando o no, ¿cómo cuantificar el bienestar de las personas? Seremos capaces de aprovechar todo el conocimiento humano acumulado hasta entonces.

En cuanto al capital, conviene preguntarse ¿Por qué no puede producirse más bienes para aquellos que son más pobres? ¿Cómo desarrollarlos? No hay posibilidad de mejorar la situación de bienestar del pueblo en términos de consumo de bienes físicos y desde ese lugar, ¿cómo aprovechar plenamente los recursos de los bienes naturales de un país? Esta es otra cuestión central en el debate sobre el desarrollo. El petróleo en Venezuela, el cobre en Chile, el mineral de hierro en Brasil, toda la producción agrícola, ¿cómo se puede aprovechar mejor? Para empezar no conocemos América Latina en su totalidad. No tenemos un conocimiento profundo de todo lo que existe en América Latina, la conocemos parcialmente. En definitiva, necesitamos aumentar progresivamente nuestro conocimiento de América Latina. Trazar nuevas rutas interpretativas que favorezcan políticas y acciones que beneficien la totalidad de la población. América Latina muestra índices de concentración de riqueza y de desigualdad elevados, en una región extremadamente rica en recursos naturales, con una histórica especialización en la exportación de productos primarios. De allí, la importancia de la *cuestión social* como ámbito indispensable para el desarrollo. La cuestión de la integración adquiere una nueva dimensión cuando la contrastamos con estos últimos objetivos. Regularmente, cuando hablamos de la integración, su importancia, objetivos y estrategias, soslayamos que la misma es un instrumento del desarrollo de los países y de la región. La integración es un concepto genérico.

Hasta ahora ha sido dominante y visible la dimensión económica de la integración antes que **otro modo de ser**. Aquí en América del Sur tenemos el caso del MERCOSUR, el Parlamento del MERCOSUR, ¿habrá voluntad política de una integración política o no? Estas interrogantes son fundamentales para repensar el desarrollo. Los países que constituyen América del Sur se encuentran ante el dilema de integrarse y así formar un gran bloque de 17 millones de Km² y de 400 millones de habitantes para defender sus intereses inalienables de aceleración de desarrollo económico, de preservación de la autonomía política y de identidad cultural o de ser absorbidos como simples periferias de otros grandes bloques, sin derecho a la participación efectiva en la conducción económica y política de los principales bloques mundiales. Los desafíos sudamericanos en este camino son enormes, entre ellos el de superar los obstáculos que provienen de las grandes asimetrías que existen entre los países de la región, ya sean de naturaleza territorial, demográfica o de recursos naturales, para así enfrentar las desigualdades sociales que son semejantes en todos los países y así concretar el potencial económico, político y social de la región.

Un tópico esencial para plantear nuevas problemáticas sería profundizar la cuestión de las representaciones sociales colectivas. En sentido estricto la cuestión de las subjetividades y la percepción de las cosas que las grandes mayorías tienen acerca del mundo. Insisto en este aspecto, nosotros no conocemos el mundo. Nunca hemos vivido en el pasado, el futuro seguramente no lo conocemos, ni tampoco el presente. El saber que existe acumulado es un proceso complejo y continuo de formación de subjetividades, de imaginarios que construyen el mundo y sus representaciones. Es un proceso de formación del imaginario sobre lo que es América del Sur, lo que es América Latina, lo que es Brasil, lo que es Argentina, lo que es Venezuela, Uruguay, Paraguay, lo que fue, lo que es y lo que puede ser. Pero es una formación subjetiva, nadie de forma aislada ha vivido eso. Esto tiene una relevancia esencial en lo que hemos convenido en llamar la cuestión de la lucha ideológica (una lucha existencial

por los conceptos adecuados). La lucha ideológica es fundamental para poder interpretar lo que es, lo que ha sido, lo que fue, lo que puede ser y lo que debe ser. Es un proceso fundamental del debate sobre el desarrollo y la integración. En este contexto global, en donde los Estados del centro del sistema mundial, cada vez más ricos y poderosos, pero vinculados a las economías periféricas para la extracción de recursos y la búsqueda de mercados, persiguen por medio de negociaciones internacionales definir normas y regímenes que permiten mantener y ampliar sus privilegios. Es en este escenario que se presenta la capacidad de estos centros mundiales de articular ideologías y de presentar «soluciones» como benéficas para la comunidad internacional bajo el discurso de los «objetivos de la humanidad», encubriendo sus verdaderas intenciones.

Obviamente, la política naturalmente está transversalizada por lo económico y lo social, y a partir de eso tenemos el desarrollo de los recursos y del trabajo. Este debate tiene una dimensión acuciante para la construcción de alternativas. En la actualidad existen dos teorías básicas para enfrentar esta problemática. Primero, la teoría neoliberal que nos dice que el mercado va a resolver todos los problemas económicos y sociales; el desarrollo del trabajo, los planes de salud, la privatización de la educación, etc., que más que una teoría es una forma de representar y ver los problemas centrales que tenemos. La segunda teoría niega la validez de los planteamientos neoliberales. Desde una perspectiva **contra-fáctica** se pregunta sobre los imperativos del desarrollo visto desde los Estados-Nación como garantes del mismo. No obstante, tendríamos que preguntarnos ¿Quién maneja los Estados Nacionales? En tanto el aparato público estatal tiene la obligación de garantizar el cumplimiento de los imperativos bosquejados, inclusive cómo desarrollar el trabajo (trabajadores), los derechos (ciudadanía) y la cultura (en cuantos seres simbólicos). Por el contrario, la teoría neoliberal insiste en el mercado como principio fundamental de equilibrio de la sociedad en cuanto mecanismo de asignación de recursos. El individualismo es un punto central de la explicación global de la sociedad. Desde

esta perspectiva, la pobreza es teorizada como una elección individual de la persona soslayando los problemas estructurales de la economía mundial.

Siguiendo esta línea, el escenario mundial actual se caracteriza por la concentración del poder político, militar, económico, ideológico y tecnológico en las grandes potencias, quienes controlan el escenario mundial con el discurso y la violencia, con la utilización oportunista del terrorismo y por la falta de respeto a los principios de intervención por partes de estas potencias, por el individualismo de los Estados ricos y por la emergencia de China en su calidad de mayor economía, mayor potencia exportadora e importadora, como potencia económica y política mundial, conformándose un escenario multi-polar con la creación de grandes bloques en Europa, América del Norte y Asia. Ante estos, es imprescindible la creación de un bloque regional en América del Sur para no ser absorbidos por los demás bloques mundiales. La emergencia de China como la mayor potencia económica del mundo tiene consecuencias extraordinarias para América del Sur, principalmente para los países del Mercosur, varios de ellos que optaron por una política de inserción irrestricta en la economía global. El impacto de China sobre la economía de los países del Mercosur, que ya es grande, se volverá extraordinario. La especialización en la exportación de materia prima de los países sudamericanos hacia China podría afectar la integración y aislar a los países del Mercosur, teniendo en cuenta que en su mayoría concurren en la exportación de las mismas materias primas, disminuyendo de esta la integración económica en sectores estratégicos como el campo industrial.

En las últimas décadas la visión teórica y política del neoliberalismo ha sido dominante en la región. Se convirtió en un poderoso sentido común acerca del mundo. A pesar de las diferencias naturales entre las situaciones a las que se encontraban en los estados y las sociedades en ese momento y el grado de radicalismo con que fueron implementadas, estas políticas todos tenían como principal objetivo reducir el Estado a su mínimo, a través de los programas

de privatización, desregulación y la apertura externa de bienes y capitales, adoptó a menudo unilateralmente sin negociación, como contribución voluntaria para el progreso de la globalización. Estas políticas acentuaron la ya elevada concentración de la riqueza, la desindustrialización y ampliaron el nivel de desempleo, llevando a la emergencia de importantes movimientos políticos y sociales que comenzaron a cuestionar y demandar la revisión de dicho modelo económico y social.

Por tanto, debemos insistir en interrogarnos en profundidad para problematizar los alcances de las opciones de futuro que prefiguramos ¿Cómo desarrollamos el capital? En términos fácticos vivimos en un mundo globalizado. Sobre esta realidad se han construido versiones del mundo que suponen una expansión pacífica del capitalismo global. Sin embargo, debemos preguntarles a los chinos, los africanos, los aztecas, entre otros muchos. La idea de una expansión pacífica del capital es un supuesto engañoso sobre el proceso histórico de constitución del capitalismo como realidad económica mundial. Desde la perspectiva de la globalización se insisten en explicaciones de economistas y sociólogos que intentan validar con modelos de simulación que estamos transitando por un proceso pacífico y generoso que va a resolver todos nuestros grandes problemas. Nos dicen que no tenemos que preocuparnos por desarrollar nuestra capacidad productiva porque para la salvación existen los capitales internacionales. La inversión extranjera directa se convierte en la solución a los acuciantes desafíos que tenemos como región. En términos dilemáticos, las teorías se confrontan en cuanto a las políticas, programas y acciones que deben instrumentarse respecto al desarrollo de la capacidad productiva, la minería, la agricultura, la industria y los servicios. Hay un choque ideológico detrás de las opciones de futuro y los conceptos que se enfrentan en el campo de la ciencia y en el campo de las políticas de desarrollo. Es un debate que genera visiones encontradas. Son dos nociones sobre el desarrollo de los Estados, básicamente hay variaciones de tener una mayor o menor intervención del Estado, una mayor o me-

nor regulación, un mayor o menor orden del capital extranjero, hay distintos matices. En América Latina existen dos grandes estrategias de desarrollo.

La primera es la estrategia Panamericana que ha sido representada por los Estados Unidos desde 1889 cuando propuso una integración de toda América. Este es un objetivo estratégico permanente, siempre está ahí, está en pleno curso. ¿Y qué dice esta estrategia de integración? Tenemos que liberar totalmente el comercio, reducir los aranceles a cero, desreglamentar totalmente las economías, tenemos que liberar el sector financiero: el ingreso, salida de capitales, no tenemos que reglamentar al capital extranjero, tanto el productivo como el financiero, sino dejar que entre y salga a su voluntad. ¿Por qué? Porque si ustedes hacen esto, se van a desarrollar. Tengan confianza en la globalización, en la liberación de las fronteras, en el fin de los Estados y de nosotros. La estrategia de la integración del continente americano es el objetivo permanente de los Estados Unidos de América, la cual aplica a través del apoyo al libre comercio. Lo ha hecho con Canadá, con México, después con los países de América del Sur, Perú, Colombia, Chile, América Central, entre otros. Es la estrategia que está en curso, es la estrategia que forma un bloque económico y político en realidad, la práctica política internacional que forma un bloque político.

La otra teoría piensa lo contrario: tenemos que construir la integración, tenemos que tener sistemas de integración en que los Estados tengan una participación preponderante en la dirección de la misma. Obviamente, es necesario establecer mecanismos abiertos de coordinación entre los países. La estrategia política de los países del MERCOSUR se ha modificado sustantivamente desde la firma del Tratado de Asunción, incorporándose la dimensión social como ámbito fundamental de la integración. Sin embargo, los países de América del Sur han optado por una política de integración sin restricciones en la economía global renunciando a la posibilidad de utilizar diversos instrumentos de promoción del desarrollo, especialmente importantes en el caso de los países con un alto grado

de urbanización, con grandes disparidades sociales y económicas. La reducción de las asimetrías es fundamental para las economías y las sociedades pueden beneficiarse por igual del proceso de integración. Las asimetrías que, en términos concretos, corresponden a las principales diferencias en la infraestructura física y social, hacen que la inversión privada no pueda distribuir armónicamente en el espacio común la generación de los puestos de trabajo y por tanto, la generación de ingresos y el bienestar en las diferentes sociedades son desiguales.

De cualquier manera estamos en una situación de construcción del proceso político que involucra directamente el fortalecimiento de los imaginarios con sus contradicciones. La pregunta central se ubica en un espacio-tiempo que se interroga sobre el proceso económico y las estrategias políticas, lo que ha sido el pasado, lo que es el presente y lo que debe ser el futuro. ¿Cuál es nuestro pasado? Nuestro pasado se caracteriza por la dominación de pequeñas clases hegemónicas, el pasado histórico de la conquista y la colonización. El proceso político en cada uno de nuestros Estados se caracteriza en cierta forma por una pequeña elite de los imperios coloniales español y portugués, que han sido reemplazados por nuevas elites, después de la independencia, que están basadas en la organización de la mano de obra barata en el territorio para abastecer los grandes centros, inicialmente europeos y luego estadounidenses. Este ha sido un proceso de gran violencia política, de fuerza física, de explotación económica. ¿Qué ocurre en los países? Surgen movimientos populares en distintos países, y como la práctica de la democracia es el voto universal, secreto, permite que en contraposición a los intereses de las clases hegemónicas los movimientos populares tomen parte del poder. Surge una disputa ideológica muy fuerte que también está reflejada en esa disputa mayor sobre la integración y el desarrollo, porque las clases hegemónicas están vinculadas a los centros de las metrópolis de los imperios, por el comercio, por su relación de préstamos. Se producían los productos primarios y si había problemas de presión, se tomaban préstamos y

después los pagos se hacían con los aportes tributarios de la población. Eso hasta ahora sigue así, hemos heredado toda esa deuda financiera, el control externo sobre la población. Surgen entonces los movimientos populares y tenemos distintos grados de intensidad, algo que es llamado *rapid change* que es una teoría aparentemente inofensiva, que a nadie preocupa como sí preocuparía un si se habla de golpe de Estado. Tradicionalmente eso se hace con un derrumbe del gobierno, hay un interino y después se hacen elecciones, quedando todo limpio nuevamente.

El problema es que las clases hegemónicas concentran el poder económico y todos los ejes del Estado. El poder político tradicionalmente debe contestar esta situación. Entonces, la política del *rapid change* tiene una gran intensidad a través de los medios de comunicación normalmente, porque son los medios de comunicación quienes construyen el imaginario con las personas sobre cuál es la situación económica, cuál es la situación política, sobre cómo son los eventos internacionales y crean un mundo virtual en ese sentido, porque es algo en construcción. Por otro lado, tenemos una lucha ideológica muy fuerte porque en este ámbito se tocó un punto central con la iniciativa de democratización de los medios de comunicación teniendo en cuenta que estos controlan a la sociedad, en el sentido de la formación de las subjetividades, la interpretación de los hechos, de cómo es o cómo no es la realidad. En cada país tenemos una situación de lucha de disputa ideológica entre dos regiones de desarrollo, dos regiones de integración, existe una gran dificultad de cooperación entre los Estados.

¿Cómo transformar el poder económico y el poder político? Es algo muy importante, si tenemos un sistema político de democracia formal a cada ciudadano le corresponde un voto y la mayoría tendría que votar por la desconcentración, por la soberanía, por la autonomía, por los programas sociales, pero la formación del imaginario hace que una parte de esa gran mayoría vote por la otra propuesta. Así por ejemplo en Venezuela, cuando estuve de observador me llevé una sorpresa. No había duda de que el gobierno de Chávez

había hecho muchas reformas con programas sociales importantes, reconocidas por UNESCO, por UNICEF y otras organizaciones internacionales, y aun así el presidente Maduro gana por una diferencia muy pequeña. ¿Quién había votado por el presidente Maduro? Los ricos no porque están en Miami, la clase media es muy pequeña, así una parte, la mitad de los pobres. Esto es un problema y es un problema que tiene que ver con la política, con la influencia del poder económico en los procesos políticos.

Para que podamos avanzar en el proceso de integración, sobre todo en lo social, es necesario un gran esfuerzo de los dirigentes de los movimientos, de los gobiernos populares. El MERCOSUR se fue transformando en la última década. El modelo neoliberal centrado en el mercado como fue propuesto en el Tratado de Asunción se fue desplazando hacia un modelo con espacios de fortalecimiento de la dimensión social. Quedan abiertos algunos desafíos. El primero radica en la importancia de la reducción de las asimetrías entre sus Estados Partes. La disminución de las asimetrías es indispensable para que las economías y las sociedades puedan beneficiarse de forma equitativa del proceso de integración. Otro desafío importante, es el fortalecimiento económico y político del MERCOSUR para la defensa de sus intereses frente a un escenario internacional caracterizado por el fortalecimiento de los grandes bloques de países. En el área social, el MERCOSUR resultará del desarrollo productivo de cada una de las economías nacionales, de su integración física y comercial, de la reducción de las desigualdades y la reducción de las vulnerabilidades extremas. Debemos pensar la transformación del MERCOSUR de una simple unión aduanera y área de libre comercio imperfecta hacia un esquema de desarrollo regional equilibrado, lo que implica la eliminación de las asimetrías y la construcción gradual de una legislación común en el área de integración. Es importante saber qué está en juego y cómo la integración puede fortalecer a sus gobiernos y por ende el proyecto de desarrollo de América del Sur.

Los espacios subjetivos de la política y la contingencia social

«Lo que es revolucionario no son los medios sino los objetivos. La violencia ha sido siempre, desde la eternidad, un factor reaccionario». Ch. Rappoport

EL PODER DE LA ALTERNATIVA

La vida es incertidumbre. Sin embargo, nos aferramos a certezas. Construimos diseños políticos cuya fuerza radica en el uso de estadísticas. El modelo, la simulación, la repulsa a la teoría y la sobrevaloración del dato, nos ubica en un mundo que rechaza la construcción de subjetividades colectivas. El centro del debate se desplaza y con ello la política pierde su centralidad. Su lugar es ocupado por una especie de credo religioso, asentado en la *mano invisible del mercado*. La dimensión subjetiva de la política es despreciada bajo la naturalización del espacio social, redefinido como un conjunto de objetividades centradas en los principios de eficiencia, racionalidad y eficacia. Un nuevo mantra transforma la política en mera gestión de bienes y servicios. Una sociedad ordenada y segura en la cual no cabe representar un futuro contingente al margen de la economía de mercado. No hay espacio para la articulación de proyectos colectivos. La transición en las formas de pensar y de actuar presentan una sociedad articulada en los miedos, los temores de los individuos, fácilmente manipulable y por qué no decirlo, controlable. Un Estado totalitario, donde la despolitización de la política, genera una naturalización de lo social.

Sería «natural» que sobreviva solo aquel sistema capaz de la mejor adaptación al contexto. De esta manera el desarrollo de la sociedad es identificado con la autoreproducción del sistema. Y esa misma selección natural regularía la «lucha de las especies por la sobrevivencia». Dicho en breve, las personas mejor adaptadas desplazan a las personas menos adaptadas. Este proceso de reproducción «natural» excluye al sujeto y a la acción intencional. El proceso social no respondería a ninguna intencionalidad. No tendría dirección ni eje central. Subordinada a la dinámica espontánea de la autoregulación, la estructura social no sería sino una secuencia de constelaciones provisionales (Lechner, 2002: 19).

El capitalismo neoliberal y su revolución cultural tiene profundas raíces. La propuesta de crear un autoregulado no es nuevo. Bernard Mandeville, en el siglo XVIII, sugirió la «sociedad comercial» como fantasía del orden espontáneo. Fundado en la naturaleza egoísta del ser humano, Mandeville, concibe la sociedad como un mecanismo dinámico y productivo movido por la energía pasional de los individuos que la integran. Son los vicios innatos de la naturaleza humana, producto de las pasiones, lo que mantiene unida a la sociedad. Vicios privados frente a virtudes públicas. «Dejad pues de quejarnos: sólo los tontos se esfuerzan por hacer de un gran panal un panal honrado. Querer gozar de los beneficios del mundo, y ser famosos en la guerra, y vivir con holgura, sin grandes vicios, es vana utopía en el cerebro asentada» (Mandeville, 1982: 21). Adam Smith tomó sus fundamentos para articular la propuesta de naturalización del orden social. Su teoría de los sentimientos morales facilitó la construcción antropológica de un ser abocado a cumplir su designios. Su naturaleza le impulsaba a seguir de manera «natural» su destino. La utilidad como puente entre los sentimientos morales y el egoísmo ata definitivamente lo social a una realidad naturalizada, sometida a leyes invisibles.

La sociedad mercantil muta en una sociedad compleja donde los seres humanos realizan el intercambio de bienes con personas que

desconocen y cuyas decisiones sólo competen a sus intereses no a la benevolencia.

No es de la benevolencia del carnicero, del cervecero o el panadero de lo que nos procura nuestra cena, sino el cuidado que ponen ellos en su propio beneficio. No nos dirigimos a su humanidad sino a su propio interés, y jamás les hablamos de nuestras necesidades sino de sus ventajas (Smith, 1984: 17).

El desarrollo del capitalismo industrial, inmerso en su propia metamorfosis, al decir de Robert Castel, desgaja el trabajo asalariado y lo somete a las leyes del mercado, haciendo desaparecer cualquier tipo de subjetividad política cuyo referente no sea la realidad económica. La centralidad del trabajo, como la centralidad de la política se ven afectados por un nuevo proyecto societal. Al tiempo que la centralidad de la política se diluye, la centralidad del trabajo se esfuma.

Durante mucho tiempo, el sector asalariado acampó en los márgenes de la sociedad; después se instaló en ella, pero siguiendo subordinado, y finalmente se difundió hasta envolverla de un extremo a otro, para imponer su marca en todas partes. Pero precisamente en el momento en que parecían haberse impuesto definitivamente los atributos ligados al trabajo para caracterizar el estatuto que ubicaba y clasificaba al individuo en la sociedad, en detrimento de otros sostenes de identidad, precisamente en ese momento, decimos, la centralidad del trabajo ha sido brutalmente cuestionada (Castel, 2001: 389).

La economía de mercado subsume la democracia, el tiempo social y las subjetividades políticas. A decir de Von Mises:

Así se desentiende del verdadero mérito de la íntima santidad, de la personal moralidad, de la justicia absoluta. Prosperan a

la palestra mercantil, libre de trabas administrativas, quienes se preocupan y consiguen proporcionar a sus semejantes lo que éstos, en cada momento, con mayor apremio desean. Los consumidores por su parte, se atienen exclusivamente a sus propias necesidades, apetencias y caprichos. Esa es la ley de la democracia capitalista. Los consumidores son soberanos y exigen ser complacidos (Von Mises, 1983: 56).

El neoliberalismo redefine el proceso de acumulación y la dominación capitalista adquiere una dimensión hasta entonces desconocida. En el plano ideológico y político se consideran vencedores de la guerra contra el socialismo-marxista. Con ello dan por concluido el debate y las luchas entre el capitalismo y el socialismo. El mundo se transforma en un sistema en el cual el enemigo es el terrorismo internacional y la violencia proveniente del crimen organizado, sea narcotráfico, lavado de dinero, tráfico de esclavos, trata de blancas, etc. Ya no hay alternativa en términos ideológicos, políticos o económicos. Así lo proclaman sus acólitos. El futuro está diseñado. La desigualdad social se considera parte constitutiva de una economía de libre mercado, pudiendo ser compatible con el subdesarrollo, la marginación y la exclusión social. «La sociedad que funciona según cánones económicos tiene medios suficientes para excluir de sí a quien sucumbe o no logra el éxito en la competencia económica, o incluso al mero perturbador y puede volverlo peligroso de modo pacífico, no violento, dicho en términos concretos puede hacerlo morir de hambre si no se resigna espontáneamente».

Convertir las decisiones políticas en proposiciones técnicas fundadas en los principios de racionalidad y eficiencia económica abre las puertas a una segunda modernización. Se trata de incorporar los conocimientos provenientes de las tecnociencias a los procesos productivos, la organización del trabajo y la producción. La robótica, los adelantos científicos, la nanociencia, la velocidad de los cambios tecnológicos, la ingeniería genética, la transformación del mundo laboral, del mercado de trabajo y la cibernética, proporcio-

nan los argumentos necesarios para realizar la revolución neoliberal del conocimiento y la cultura capitalista.

Las tecnociencias y las ciencias de la complejidad como tecnología e ideología del sistema capitalista hegemónico se combinan con la incertidumbre sin alternativa coherente y profunda. Las nuevas ciencias coexisten con los determinismos malthusianos y neomalthusianos del crecimiento de la población y, en general, se limitan a diseñar escenarios para su control biológico. A lo más realizan una pseudo-crítica post-moderna del poder y del Estado. Con los mas variados recursos se someten, hasta sin quererlo y sin pensarlo, a las redes globales del sistema conservador y conservativo (González Casanova, 2004: 402).

Se busca hacer tabula rasa. La ideología de la globalización se construye para hacer frente al proyecto político inclusivo de subjetividades colectivas. En su lógica no hay lugar para la democracia política, social, económica, étnica y de género. Los discursos alternativos son un obstáculo. Su discurso hace pensar que estamos ante una nueva realidad donde toda referencia al pasado resulta inapropiada. Se inicia un ciclo histórico en el cual la globalización simboliza el «centro» restaurador del orden. Un nuevo camino hacia la felicidad y el éxito individual. Es la ideología de la globalización:

Es pues, la zona de lo sagrado por excelencia, la de la realidad absoluta. Todos los demás símbolos de la realidad absoluta (árboles de la vida y de la inmortalidad, fuentes de la juventud, etc) se hallan igualmente en un centro. El camino que lleva al centro es un «camino difícil», y esto se verifica en todos los niveles de lo real: circunvalaciones dificultosas de un templo; peregrinación a los lugares santos (La Meca, Hardward, Jerusalén, etc); peregrinaciones cargadas de peligros de las expediciones heroicas del Vellochino de Oro, de las Manzanas

de Oro, de la Hierba de la Vida, etc.; extraviós en el laberinto, dificultades del que busca el camino hacia el yo, hacia el 'centro' de su ser, etc. El camino es arduo, está sembrado de peligros, porque, de hecho, es un rito del paso de lo profano a lo sagrado; de lo efímero y lo ilusorio a la realidad y la eternidad; de la muerte a la vida; del hombre a la divinidad. El acceso al 'centro' equivale a la consagración, a una iniciación; a una existencia, ayer profana e ilusoria, le sucede ahora una nueva existencia real, duradera y eficaz (Eliade, 1985: 25 - 26).

Hoy se peregrina a un mundo sin incertidumbres, sin rupturas. Por vez primera, el futuro es un tiempo unitario y linealmente concebido como parte del progreso técnico-científico y la economía de mercado. El centro geopolítico del capitalismo neoliberal se recompone. LA empresa capitalista se expande sin otro límite que la superficie del planeta. La técnica y la ciencia se privatizan. Es un proceso depredador y de explotación. Supone violencia, deforestación y muerte. Constituye una aberración. Su evolución anuncia guerras de exterminio y apropiación de los recursos naturales. Si hace quinientos años fueron el oro, la plata, luego el salitre, el cobre, el cacao, el caucho, el hierro y los diamantes, hoy es el agua y el gas natural, la flora y la fauna del planeta es el objetivo final de las transnacionales:

La razón principal por la cual el capitalismo como sistema ha sido tan increíblemente destructivo para la biosfera es que en gran medida, los productores que se benefician de la destrucción no la registran como un costo de producción sino, todo lo contrario, como reducción de los costos. Por ejemplo, si un productor arroja desperdicios a un arroyo y lo contamina, está ahorrándose el costo que representan otras formas más caras pero seguras para desechar residuos. Los productores han venido haciéndolo por quinientos años y cada vez en mayor número conforme ha ido desarrollándose la economía-mundo (Wallerstein, 1998: 44).

Hoy los hacedores del neoliberalismo rechazan los valores democráticos. Sus seguidores implantan un fascismo societal criticando la dimensión subjetiva de la ciudadanía política. El neoliberalismo busca desesperadamente, como Cronos, retrasar lo inevitable. Engulle al sujeto político por la vía de la represión sistemática. Lo intenta inhabilitar y destruir. Para el neoliberalismo no debe existir alternativa. El mundo se cierra al futuro. La propuesta consiste en abrirlo.

LA ALTERNATIVA AL NEOLIBERALISMO Y LOS FUTUROS CONTINGENTES

Hoy es necesario dilucidar cuales son las alternativas al capitalismo realmente existente. Por ello, debemos profundizar en la lucha teórica y el saber de la revolución, abrir el campo al desarrollo de la alternativa y los futuros contingentes¹. Las revoluciones sociales y políticas, en tanto proyectos, no se improvisan. Constituyen esfuerzos conscientes y deliberados por transformar la realidad. Por consiguiente, responden a las condiciones históricas donde se desarrollan. Sus protagonistas portan las ideas de su tiempo histórico. Hoy, debemos abrir la alternativa que lucha por la democracia, la liberación y el socialismo, al decir de González Casanova, a la creación de unidades compuestas de moral y poder como parte de la lucha por la dignidad humana.

Se trata de analizar la alternativa desde una perspectiva heurística y rescatar su valor teórico en la lucha política por apropiarse de la realidad. En este sentido, la eclosión de alternativas al neoliberalismo y la globalización están sometida a la construcción de tiempos históricos y contingencias. Por consiguiente, no hay modelos predefinidos. 1) La alternativa surge como fundación de la lógica modal distinguiendo entre enunciado necesario, posible y contingente con sus correspondientes valores de verdad: 2) Establece una

¹ Para destacar la importancia del lenguaje y la lucha teórica, véase: González Casanova, Pablo: Las Nuevas Ciencias y las Humanidades. De la Academia a la Política. Op. Cit. En este sentido, consultar el apartado: «Las nuevas ciencias y la política de las alternativas», punto sexto: Los conocimientos eficaces, p. 309.

correlación de sucesos naturales lógicos, azarosos y sometidos a la contingencia humana: 3) Fundamenta la determinación del conocimiento humano para conocer los hechos del pasado, del presente y del futuro y: 4) Fija los límites del ser en los que cabe la deliberación y la acción libre. Es decir, construye autonomía, distinguiendo entre enunciados posibles y contingentes con valor de verdad. Al hacerlo, la alternativa está mediada por el criterio ético sobre el cual se fundamenta el principio de no contradicción. Armas de destrucción masiva y guerra preventiva, no constituyen alternativa.

Abrir la puerta a la contingencia y a la formulación de proyectos nos introduce en la presentación histórica de la revolución y sus alternativas. Si, literalmente, la palabra revolución significó en el mundo griego un movimiento circular y su uso político en comprender el movimiento circular de las constituciones en su devenir degenerativo y cíclico de las formas de gobierno puras e impuras, el concepto moderno identifica una realidad articulada a la aparición del Estado:

La revolución es una transferencia por la fuerza del poder del Estado, proceso en el cual al menos dos bloques diferentes tienen aspiraciones, incompatibles entre sí, a controlar el Estado, y en el que una fracción importante de la población sometida a la jurisdicción del Estado apoya las aspiraciones de cada uno de los bloques (...) El proceso de enfrentamiento y cambio desde el momento en que se plantea la situación de soberanía múltiple hasta que ésta deja de existir constituye el proceso revolucionario (Tilly, 2000: 26).

En tanto categoría, la revolución se aplicó a las costumbres, al derecho, la religión, la economía, los países, los Estados, los continentes y el planeta. La Revolución Francesa, a fines del siglo XVIII, abrió el horizonte de las revoluciones políticas a lo social uniendo libertad y emancipación.

De modo más específico, las peticiones del burgués de 1789 están contenidas en la famosa Declaración de Los Derechos del Hombre y del Ciudadano de aquel año. Este documento es un manifiesto contra la sociedad jerárquica y los privilegios de los nobles, pero no en favor de una sociedad democrática o igualitaria (...) En conjunto, el clásico liberal burgués de 1789 (y el liberal de 1789-1848) no era un demócrata, sino un creyente en el constitucionalismo, en un estado secular con libertades civiles y garantías para la iniciativa privada, gobernado por contribuyentes y propietarios (Hobsbawm, 1985: 113).

En la lucha por direccionar el proceso revolucionario, «los andrajosos *sans-culottes*» habían, a decir de Hobsbawm, logrado construir la primera genuina constitución democrática promulgada por un Estado moderno. Sin embargo, el miedo a perder el control de la revolución inicia la reacción. «Robespierre, Saint-Just y Couthon fueron ejecutados. Pocos días más tarde cayeron las cabezas de ochenta y siete miembros de la revolucionaria Comuna de París» (Ibídem: 136). La Revolución Francesa liberó la fuerza de un orden no restaurador y marcó el derrotero ideológico de las revoluciones sociales. Fue el instante mágico que condensa la caída del feudalismo, del poder regio absolutista, la aristocracia y el clero.

De todas las revoluciones contemporáneas, la francesa fue la única ecuménica. Sus ejércitos se pusieron en marcha para revolucionar al mundo, y sus ideas lo lograron (...) Sus repercusiones, mucho más que la revolución norteamericana, ocasionaron levantamientos que llevarían a la liberación de los países iberoamericanos después de 1808 (...) Fue, como se ha dicho con razón, 'el primer gran movimiento de ideas en la cristiandad occidental que produjo algún efecto sobre el mundo del islam' y esto casi inmediatamente (...) Así, pues, la revolución francesa está considerada como la revolución de su época, y no solo una, aunque la más prominente, de su clase (Ibídem: 106 y 107).

Derecha e izquierda, pensamiento reaccionario y contrarrevolucionario son algunas de sus herencias intelectuales. El fascismo, alternativa radical de capitalismo futurista, tiene en su crítica a la Revolución Francesa su máxima política. La nueva derecha y sus ideólogos contemporáneos la rechazan, al negar la existencia de futuros contingentes no capitalistas. Fukuyama, Revel y Daniel Bell, descalifican la propuesta democrática, socialista al señalar que el comunismo fue:

Un sistema que se convirtió –del mismo modo que la revolución francesa– en un régimen de terror. La revolución francesa fue una revolución que se planteó de forma equivocada, en el momento equivocado y con protagonistas equivocados (...) La sociedad comunista colapsó por un error de principio, intentó sobrevivir mediante el terror (...) como heredera del futuro se consideró a sí misma como sucesora de la revolución francesa (...) El sistema fue un fracaso rotundo (Bell, 1993: 23).

Triunfantes o inconclusas las revoluciones socialistas forman parte del proyecto político constructor de subjetividades colectivas, haciendo suyos los valores de la libertad, la emancipación política, la lucha a favor de la democracia y contra la explotación:

Las revoluciones burguesas, como las del siglo XVIII, avanzan arrolladoramente de éxito en éxito, sus efectos dramáticos se atropellan, los hombres y las cosas parecen iluminados por fuegos de artificio, el éxtasis es el espíritu de cada día; pero estas revoluciones son de corta vida, llegan en seguida a su apogeo y una larga depresión se apodera de la sociedad, antes de haber aprendido a asimilarse serenamente los resultados de su periodo impetuoso y agresivo. En cambio las revoluciones proletarias, como las del siglo XIX, se critican constantemente a sí misma, se interrumpen continuamente en su propia marcha, vuelven sobre lo que parecía terminado, para

comenzarlo de nuevo desde el principio, se burlan concienzuda y cruelmente de las indecisiones, de los lados flojos y de la mezquindad de sus primeros intentos, parece que solo derriban a su adversario para que éste saque de la tierra nuevas fuerzas y vuelva a levantarse más gigantesco frente a ellas, retroceden constantemente aterradas ante la vaga enormidad de sus propios fines, hasta que se crea una situación que no permite volverse atrás y las circunstancias mismas gritan: demuestra con los hechos lo que eres capaz de hacer (Marx, 1975: 253 - 254).

Si la construcción de alternativas democráticas conlleva la liberación consciente de espacios colectivos de acción política, las experiencias históricas coadyuvan al aprendizaje y acervo cultural de los movimientos de liberación. Sus luchas, reveses, triunfos y contradicciones hacen a las alternativas emancipadoras. Sería erróneo calcar y repetir organización y método. Paulo Freire subraya el desafío de participar en el tiempo histórico:

A partir de las relaciones del hombre con la realidad, resultante de estar con ella y en ella, por los actos de creación recreación y decisión, éste va dinamizando su mundo. Va dominando la realidad, humanizándola, acrecentándola con algo que él mismo crea; va temporalizando los espacios geográficos, hace cultura. Y este juego de relaciones del hombre con los hombres, desafiando y respondiendo al desafío, alterando, creando, es lo que no permite la inmovilidad, ni de la sociedad ni de la cultura. Y en la medida en que crea, recrea y decide se van conformando las épocas históricas (Freire, 1974: 34).

Por ello, el grado de autonomía en la construcción de la alternativa democrática está sometido primero a una dimensión espacio-temporal y; segundo a un juicio de valor ético. Así, el sujeto, en su acción consciente, transforma las instituciones y las estructuras

donde el capitalismo edifica su sistema de explotación y dominación cultural. En este sentido, la alternativa democrática y de liberación es una propuesta totalizadora y enfrentada al neoliberalismo como opción revolucionaria en el medio y largo plazo.

Las alternativas emergentes constituyen una praxis dentro de las estructuras de explotación y poder. La lucha del Ejército Zapatista de Liberación Nacional en México no es casual, constituye una acción consciente donde se reúnen tradiciones, luchas, experiencias, leyendas, ritos, lenguajes, utopías, solidaridades, tiempos disímiles, violencias, represión, muerte, silencios, siglos de dignidad, rebeldía, amén de una revolución traicionada junto a un poder corrupto. Toda una historia sobre la cual levantar una alternativa democrática.

«En el zapatismo caben todos, todos los que quieran cruzar de uno a otro lado. Cada quien tiene su uno y otro lado. No hay recetas, líneas, estrategias, tácticas, leyes, reglamentos o consignas universales. Sólo hay un anhelo; construir un mundo mejor, es decir nuevo. Nosotros queremos participar directamente en las decisiones que nos atañen, controlar a nuestros gobernantes, sin importar su filiación política y obligarlos a 'mandar obedeciendo'. Nosotros aspiramos a ser iguales, no más grandes pero tampoco más pequeños. Nosotros no luchamos por tomar el poder; luchamos por la democracia, la libertad y la justicia. Nuestra propuesta política es la más radical que hay en México, no son las armas las que nos dan radicalidad; es la nueva práctica política que proponemos y en la que estamos empeñados con miles de hombres y mujeres en México. La construcción de una práctica política que no busque la toma de poder sino la organización de la sociedad (EZLN, 2001: 41 - 42).

La radicalidad política en la construcción de alternativas democráticas estrena una dimensión estratégica en la lucha por la liberación. La confluencia entre reforma e insurrección da lugar al des-

pliegue de una revolución anti-capitalista en el siglo XXI donde el asalto al poder y a su representación más acabada, el Estado, pierden protagonismo en beneficio de una práctica plural de control y ejercicio del poder desde su concepción ética y social, representación del bien común fundado en valores republicanos, almacén de ciudadanía democrática.

Las nuevas formas del poder democrático deben reconquistar la ciudad y su entorno, el tiempo de ocio y de trabajo, las relaciones familiares, etcétera. La construcción de identidad y la ciudadanía política suponen un reto en la demanda de autonomía. La nueva cultura del poder conlleva un cambio profundo:

Es necesario un cambio profundo, radical, de todas las relaciones sociales; es necesario construir una nueva cultura política y esta nueva cultura política puede surgir de una nueva forma de ver el Poder. No se trata de tomar el Poder; sino de revolucionar su relación con quienes lo ejercen y con quienes lo padecen. Por todo ello, es necesaria una revolución, una nueva revolución (Ibíd.: 70).

La cultura del neoliberalismo se nutre de una plasticidad donde el carácter flexible, la sociedad líquida, le imprime una fuerza enorme a la hora de defenderse. No existen modelos.

Las dificultades de concebir y construir una alternativa al mundo actual no se resuelven con categorías simples ni disyuntivas maniqueas. El problema se aclara con tesis compuestas y con valores plurales que obligan a reformularlo en términos más precisos y comprensivos. Igualmente se requerirá una dialéctica en que se parta del supuesto de que todas las soluciones son contradictorias, de que las propias utopías son contradictorias y de que las contradicciones, lejos de tender en formas lineales a acentuarse y a estallar, darán lugar a la redefinición de los actores en pugna y de quienes luchan por objetivos comunes. Los procesos de redefinición se darán en las relaciones, en las estructuras, en los sistemas, y así habrá que entenderlas y afrontarlas tanto para la lucha como

para la construcción de sistemas contradictorios y sinérgicos (González Casanova: 2004: 352 - 353).

Es necesario rescatar la alteridad en la creación del proyecto alternativo. Abrir la puerta a su representación no lineal. No comprender la especificidad de los procesos sociales es buscar soluciones de manual con fetiches. Hoy, el poder se organiza en un orden complejo y bajo estructuras disipativas. El imperialismo del siglo XXI no es el del siglo XIX, pero tampoco la globalización y las tecnologías suponen el fin del imperialismo.

Lo nuevo de las tecnociencias y de su base teórica más significativa, que son las ciencias de la complejidad, no es que hayan generado una dialéctica en que supuestamente desaparece la lucha de clases y la explotación y opresión de unos hombres por otros. Lo nuevo de las tecnociencias, de las ciencias de la complejidad, de las dialécticas y el pensamiento crítico y lúcido de nuestro tiempo es el carácter autodestructivo que ha cobrado el capitalismo al no haber sustituido por el socialismo -de veras- y al derivar en una barbarie cuyos efectos secundarios consistirán en acabar con el mundo. El estudio riguroso de este peligro y del sistema alternativo que lo supere es el principal problema de nuestro tiempo (Ibídem: 356 - 357).

Las alternativas democráticas evolucionan en los espacios del neoliberalismo. Sus movimientos se tornan más amplios y adquieren funciones antes desconocidas. Por consiguiente, las revoluciones del siglo XXI no son calcos de sus homólogas precedentes. Las revoluciones son expresión contingente de nuevos atractores contenidos en la historia. Expresan una articulación social en el complejo mundo de referentes que conjugan imprevisibles:

«Este pre-sentimiento de realización que implica un estadio final alcanzable, realiza, sin duda, de la manera más amplia, más

democrática y más humana los momentos más grandiosos de una revolución (...) Las revoluciones hacen realidad las más viejas esperanzas de la humanidad, y, justamente por ello, implican, exigen, la concreción cada vez más exacta de lo tenido como reino de la libertad, así como del camino inconcluso hacia allí. Sólo si un ser como utopía [y en consecuencia la forma de realidad aún no apurada de lo logrado] aprehendiera el contenido de ímpetu del ahora y aquí, se insertaría totalmente en el ser logrado de la realidad la dimensión fundamental de este ímpetu, es decir la esperanza (Bloch, 2004: 229).

Pero una revolución no es solo principio de esperanza. Es una propuesta de transformación en la conciencia. Nuevas formas de actuar y pensar. La revolución se mide por sus fines no por sus medios. No toda revolución es democrática, baste recordar la revolución neoliberal en Chile.

Enajenación y alienación levantan el edificio de las relaciones sociales de explotación desde la cual, como hemos señalado, el neoliberalismo en la naturalización del mercado y la política, substituye al ciudadano por el consumidor «El ser humano es subsumido en la figura del consumidor que en la medida que crece y satisface su deseo experimenta mayor libertad. Este acrecentamiento de la libertad conlleva la radicalización de la relación instrumental entre el yo y el mundo. Lo exterior, que incluye a la naturaleza y a los demás, aparece única y exclusivamente como algo a explotar, algo puesto al servicio del deseo, pues esto contribuye a atraer más materias y fuerzas hacia formas racionales y anexionarlas (...) El consumidor aparece como un ser racional dotado de autonomía y libertad-donde- el dinero- permite la realización independiente del deseo (...) la separación respecto de los demás, el cierre autista sobre uno mismo y la relación exclusiva con los objetos (...) que confina al ser humano a ser el habitante de un

mundo desértico en donde, desaparecidos los otros, todo es calculable y seguro (Bilbao, 2000: 134).

En conclusión, la alternativa democrática se construye bajo la dimensión subjetiva de la política y con la plena autonomía del sujeto colectivo. La lucha por la democracia y el socialismo no siguen libretos. Las actuales luchas de liberación suponen disputar tiempo al capitalismo neoliberal y la creación de resistencias.

La globalización se levantó como el relato histórico que acompañó el triunfo del capitalismo. La construcción de alternativa, la lucha por la democracia, el socialismo y la liberación siempre se han dado en un campo de condiciones adverso. El pensamiento crítico debe saber lidiar en ese contexto para sobreponerse y triunfar. Las alternativas se dibujan y construyen en el día a día. Las luchas contra la privatización del agua en India, Bolivia y Uruguay. En la lucha electoral donde el pueblo venezolano ha entregado la confianza a Hugo Chávez primero y a Nicolás Maduro para desplegar el proyecto democrático de la República Bolivariana a pesar de los intentos desestabilizadores y golpes de estado fallidos. Asimismo, la alternativa está presente en el gobierno de Evo Morales, la revolución ciudadana de Ecuador, y en las Juntas de Buen Gobierno desarrollada en los Municipios Autónomos de Rebeldía Zapatista y en la resistencia de los pueblos originarios. En este nuevo escenario, la lucha por abrir espacios democráticos, coexisten con la reorganización de una derecha cada vez más reaccionaria que ve como lentamente pierde sus privilegios y con ello una parte importante de su poder.

En una dinámica, las clases dominantes y las oligarquías tradicionales se reagrupan, proponiendo un nuevo enemigo, el socialismo del siglo XXI sus componentes serían su ideología antisistémica, sus reivindicaciones antiimperialistas de carácter nacionalista y las propuestas indigenistas. Enfrentarse a este enemigo justifica la reaparición de nuevos golpes de Estados acompañados de megaproyectos y la militarización de la sociedad donde no hay lugar para la dimensión subjetiva de la política.

El tiempo de la alternativa y de la revolución social no cabe en un oráculo. Las nuevas alternativas y los procesos revolucionarios sugieren aprender de las experiencias históricas democráticas del ejercicio del poder. En esto radica en gran parte su éxito en el siglo XXI. De su triunfo depende el futuro de la humanidad.

BIBLIOGRAFÍA

- BELL, Daniel. *¿Ideologías sin futuro? ¿Futuro sin ideologías?* Editorial Complutense. Madrid, 1993.
- BILBAO, Andrés: «El dinero y la libertad moderna», Revista Española de Investigaciones Sociológicas, N° 89, Enero- Marzo. Madrid, 2000, p. 134.
- BLOCH, Ernest: *El Principio de Esperanza*. Vol I. Editorial Trotta, Madrid, 2004.
- CASTEL, Robert: *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del asalariado*. Paidós. Buenos Aires, 2001.
- ELIADE, Mircea. *El Mito del Eterno Retorno*. Alianza. Madrid, 1985.
- EZLN. «De nadie y por tanto de todos». Comunicado EZLN, 22-10-1995. En: *La Guerra por la Palabra*. Rizoma, México: 2001.
- FREIRE, Paulo: *La Educación como Práctica de la Libertad*. Siglo XXI, Buenos Aires, 1974.
- GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo: *Las Nuevas Ciencias y las Humanidades. De la Academia a la Política*. Editorial Anthropos-UNAM. Barcelona, 2004.
- HOBBSBAWM, Eric. J.: *Las Revoluciones Burguesas*. Guadarrama. Barcelona, 1985.
- LECHNER, Norbert: *Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política*. Editorial LOM. Santiago, 2002.
- MANDEVILLE, Bernard de. *La Fábula de las Abejas o los vicios privados hacen la prosperidad pública*. F.C.E. México. Ciudad de México, 1982.
- MARX, Karl: *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. Marx-Engels Obras Escogidas. Vol I. Editorial Akal. Madrid, 1975.
- RAPPOPORT, Ch. «Souvenirs d'Engels», en *Annales du Marxisme*, Cf, A. Neuberger: L'Insurrection Armée, Maspero, Paris, 1970, p. 30. Citado por Joan GARCÉS: *El camino político hacia el socialismo*. Ariel. Santiago, 1972.

- SMITH, Adam: *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*. F.C.E. Ciudad de México, 1984.
- TILLY, Charles. *Las Revoluciones Europeas, 1492-1992*. Crítica. Barcelona, 2000.
- VON MISES, Ludwig. *La mentalidad anticapitalista*. Fundación Cánovas del Castillo. Madrid, 1983.
- WALLERSTEIN, Immanuel. *Utopística o Las Opciones Históricas del Siglo XXI*. Siglo XXI-CIIH. Ciudad de México, 1998.

«La integración fortalece el éxito de nuestros proyectos nacionales»

La actual crisis en los países centrales del Atlántico Norte nos revela la impotencia de la ortodoxia neoclásica en entender la realidad, fundar políticas consistentes con el desarrollo económico y el bienestar social. Existe, de esta forma, una crisis del pensamiento hegemónico lo que convierte en una posibilidad para América Latina de construir su propio modelo de desarrollo. En este contexto global, esta ponencia se centra en la importancia y las condiciones de la dimensión nacional para el fortalecimiento de la integración regional, para de esta forma, conseguir transitar el camino del desarrollo.

La integración del MERCOSUR y la integración latinoamericana se plantean ahora en un contexto en el cual se han introducido cambios importantes en los últimos años. Uno de ellos es el **énfasis social**, tema central de este coloquio. La pobreza y la desigualdad son dimensiones estructurales e históricas. En nuestros países surgen desde el mismo momento de la conquista, del sometimiento de los pueblos originarios, de la introducción de la esclavitud, posteriormente de la extraordinaria concentración de la propiedad y la riqueza, por lo tanto, desde el mismo origen de nuestra sociedad. La desigualdad, el sometimiento, la injusticia social forman parte de nuestra historia, se prolongan en el tiempo y subsisten hasta la actualidad. Todos estos elementos son la causa principal del porqué, a pesar de dos siglos de independencia política, no hemos logrado niveles de desarrollo a la altura de nuestro potencial, de nuestros recursos materiales y humanos. Así, nosotros no hemos alcanzado en el transcurso de dos siglos, las transformaciones extraordinarias

en el plano industrial y tecnológico que una generación de los países emergentes de Asia han logrado, muchos de los cuales dejaron de ser colonias después de la Segunda Guerra Mundial. Nuestro desafío en el dilema del desarrollo es mucho mayor que en otros lugares, porque tenemos que resolver los problemas actuales y las desigualdades estructurales productos de la historia.

Por lo tanto, es absolutamente comprensible que la *cuestión social* ocupe un lugar central en nuestras reflexiones. La injusticia social, la pobreza, la exclusión, la desigualdad, las fracturas sociales, la transformación de esta fenomenología es un objetivo fundamental del desarrollo y al mismo tiempo es una condición *sine qua non* del desarrollo como idea rectora de transformación. La desigualdad extrema crea las condiciones que imposibilitan la incorporación de la ciencia y tecnología, de la industrialización y de la transformación productiva. Entonces, un primer elemento que está presente en este tiempo en torno a la integración, es el énfasis que la *cuestión social* adquiere en nuestros países.

El segundo elemento es la reivindicación de la **soberanía**. En este sentido, reconocer que en un mundo global es indispensable no someterse a las voluntades de otros, desplegar el potencial y transformar la estructura para poder ubicarse en el mundo como países de una región soberana, dueña de su propio destino. Existen ejemplos claros de la importancia que adquiere la soberanía. Uno fue el enorme rechazo al proyecto del ALCA¹ y otro, la creación de uno de los proyectos de integración regional vigente, la UNASUR². Estos son ejemplos de la capacidad que hemos mostrado para resolver problemas entre nosotros mismos, sin intervención de potencias extraterritoriales. Es decir, hay una consideración importante de la soberanía como una condición necesaria para el proceso de integración y desarrollo.

El tercer elemento que está presente y que fluye de manera muy importante en los acontecimientos es el tema de las ideas. Estuvi-

¹ ALCA: Área de Libre Comercio de las Américas, proyecto propuesto por el presidente estadounidense Bill Clinton y que fue rechazado por los países de la región en la Cumbre de Mar del Plata, Argentina en 2005.

² UNASUR: Unión de Naciones Sudamericanas.

mos sometidos a las ideas hegemónicas del centro desde la crisis de la deuda en 1982 hasta el periodo neoliberal, este último articulado por el paradigma del Consenso de Washington, cuyos resultados fueron regresivos, si nos guiamos por los indicadores económicos y sociales, para la región y particularmente para Argentina. Este último país fue el país que aplicó el canon neoliberal con mayor profundidad. Fue el país que avanzó en las privatizaciones más que cualquier otro país de la región, se endeudó hasta el límite de la insolvencia, sobrevaluó la moneda provocando grandes daños en el sector productivo. El enfoque neoliberal ha sido desautorizado por nuestra propia experiencia y también por la crisis mundial de finales de la primera década del 2000, provocada precisamente por esta ideología íntimamente ligada a la economía del poder financiero. La misma que promulgó el fundamentalismo globalizador, de que se habían borrado las fronteras, de que los Estados dejaron de existir y que todo se decidía y resolvía en la esfera transnacional. Por lo tanto, afirmaba que la única forma de ubicarse en este mundo global era dejarse llevar por quienes tomaban las decisiones en los mercados y en los centros de poder internacional. Ese imaginario ya derrumbado, no corresponde a la realidad de los hechos, no todo sucede en la esfera global.

La globalización es un hecho fáctico desde la primera revolución industrial. Es un esquema de poder en el que los grandes Estados del centro, las corporaciones transnacionales y los mercados financieros ejercen una influencia dominante sobre los Estados periféricos y establecen las reglas del juego en el plano de las relaciones internacionales. La globalización constituye un sistema de redes financieras y de comercio, de integración de cadenas de valor que se ha profundizado en las últimas décadas con las tecnologías de la información y la comunicación, el manejo de la vida y la energía nuclear. No hay ninguna duda de que estamos en la era de la información, estrechamente vinculados unos con otros, como los mercados y las cadenas transnacionales de valor. Cuando descendemos a la realidad de los hechos y nos preguntamos ¿Qué aportes hacen las filiales a la

acumulación de capital en la economía mundial? Aun considerando que las corporaciones transnacionales, en promedio, realizan la mitad de sus actividades fuera de las fronteras de los países de origen y la tramitan adentro, podemos estimar que la producción mundial que traspone las fronteras nacionales no representa más del 20% del producto global y la inversión de las filiales de las corporaciones nacionales no aporta más que un 15% de la formación de capital en el mundo. Los mercados de ahorro interno constituyen los principales componentes de la demanda y del financiamiento de la acumulación de capital, por lo cual, hay que reconocer que la mayor parte de la acumulación de capital en el mundo se realiza con el aval de los propios países, con sus propios recursos.

La globalización coexiste con el hecho de que los espacios internos siguen siendo el espacio fundamental de la actividad económica. El desarrollo tiene lugar primero dentro de los espacios nacionales, consiste en la integración de la sociedad, la inclusión de la población en el proceso de cambio, el avance de la ciencia y la tecnología, la educación, la relación dinámica entre el sector privado y el Estado, elementos que no pueden ser importados de Londres, Nueva York o París, porque no existe ningún caso en la historia económica del mundo en que un país haya sido desarrollado desde afuera. El desarrollo se produce en los espacios nacionales o no se da. Lo que conocemos como *El crecimiento desde adentro*. Claramente estos espacios nacionales están abiertos al mundo puesto que no es posible el desarrollo aislado del sistema internacional. Los desarrollos autárquicos son imposibles. Teniendo en cuenta que el desarrollo siempre se da en un espacio nacional, surge el dilema del desarrollo en un orden global. Este dilema se inicia cuando la tecnología impacta en la organización económica y da lugar al crecimiento continuo de la productividad. Puede afirmarse que cada país tiene la globalización que se merece en virtud de la fortaleza de su *densidad nacional*. Si un país no da buenas respuestas a la globalización, se desarticula y no consigue iniciar los procesos acumulativos de gestión del conocimiento, necesarios para la transformación. El de-

sarrollo depende de la incorporación de la ciencia y la tecnología en el sistema económico-social, y de la capacidad de gestionar el conocimiento dentro del espacio nacional.

Son cuatro las condiciones para fortalecer la *densidad nacional*, y así resolver el dilema del desarrollo. El primero, el de la cohesión social, teniendo en cuenta que sociedades profundamente fracturadas por la desigualdad carecen de capacidad para desplegar su potencial. La segunda condición es la calidad de los liderazgos, los cuales tienen que ser cercanos a sus bases sociales, que fomenten procesos endógenos, nacionales de acumulación, para de esta forma no perder la capacidad de conducir los procesos de acumulación y de cambio. Estas dos condiciones están inter-relacionadas. La cohesión social depende de la calidad de los liderazgos y viceversa. La anterior fractura social durante el neoliberalismo tuvo una estrecha relación con líderes que privilegiaron los intereses transnacionales. Una tercera condición es la estabilidad institucional de largo plazo, independientemente del régimen político vigente. El cuarto elemento, son las ideas. La importancia de un pensamiento crítico, dejando de privilegiar ideas subordinadas al pensamiento crítico como fue el Consenso de Washington. Ninguno de los países exitosos condujo sus políticas nacionales con la visión hegemónica del centro. La existencia de un pensamiento propio es condición necesaria e indispensable para poder encauzar a los países por el camino del desarrollo. El Estado como protagonista principal funciona como el instrumento esencial para poner en práctica estas ideas propias.

Es en este escenario donde el paradigma neoliberal aparece desacreditado por la realidad de los hechos históricos y por las consecuencias nocivas que ha producido en el mundo contemporáneo. En América Latina hay un reflote de los aportes teóricos del pensamiento estructuralista latinoamericano³ de Raúl Prebisch y Celso Furtado de la CEPAL⁴, respecto a la necesidad central del crecien-

3 Las ideas de Prebisch y el llamado estructuralismo latinoamericano se gestaron en la fase de desglobalización del sistema internacional y alcanzaron su mayor influencia en el periodo dorado del Tercer Orden Mundial. Es decir, en la época en que la ortodoxia del centro y su pretensión hegemónica fueron sustituidas por el paradigma keynesiano, las políticas públicas y el Estado de Bienestar.

4 CEPAL: Comisión Económica para América Latina y El Caribe.

to desde adentro. Prebisch enfrentó el dilema del desarrollo en el contexto global y nos dejó tres principales legados. El primero, el hecho de que los países centrales conforman visiones del mundo funcionales a sus propios intereses, ante lo cual se hace imperante rebelarse. Segundo, que es posible transformar la realidad y conseguir una relación simétrica no subordinada con los centros de poder mundial. Tercero, la transformación requiere de la estructura productiva para incorporar el conocimiento como instrumento fundamental del desarrollo. Estos puntos conservan plena vigencia en la actualidad. El desarrollo se consigue a partir de un crecimiento interno de los Estados Nacionales y es el resultado de las decisiones tomadas por una sociedad para transitar por el camino de la transformación, del avance científico y tecnológico.

Estamos en un escenario de ideas, circunstancias y planteos que cuadran en el actual proceso de integración en el que existen diferentes condiciones. La primera condición es pretender integrar realidades nacionales muy distintas, lo cual constituye una de las grandes paradojas de América Latina. Venimos de la misma matriz histórica-cultural, hemos recorrido el mismo camino, sin embargo, cada uno de nuestros países tiene su propia historia con grandes diferencias. Todo esto constituye una realidad compleja en la cual ninguno de los países ha logrado escapar del subdesarrollo. Tenemos grandes asimetrías en los niveles de desarrollo y diferentes estrategias en el manejo de la macroeconomía y en el relacionamiento internacional. Las reglas de integración tienen que generar marcos flexibles y normas que reconozcan estas asimetrías y asimilen los cambios que se producen continuamente en las realidades nacionales. Entonces, **el gran desafío de nuestra integración es integrar la diversidad**, que cada uno de nuestros países se enriquezca por las posibilidades que ofrece esta integración.

La segunda condición importante que hay que reconocer es que la integración depende de lo que sucede dentro de cada uno de nuestros países, de la organización del Estado, de la educación, de los sistemas nacionales de ciencia y tecnología. En la medida en que

cada uno de ellos avance con firmeza en la búsqueda de la equidad social, el desarrollo económico, la industrialización y logre mantener el equilibrio macroeconómico con estabilidad, movilizándolo el ahorro interno, privilegiando el protagonismo de las empresas nacionales a través de una sinergia entre lo público y lo privado, más amplia y sólida será la integración. En pocas palabras, **la integración depende del éxito de nuestros proyectos nacionales**.

Por último, el tercer elemento condicionante es el contexto global. Estamos ante una crisis prolongada de la cual no logran salir los países del Atlántico Norte, como consecuencia de esta hegemonía de la dimensión financiera, también llamada financierización. El sistema financiero internacional se ha convertido en un gigantesco casino especulativo, en donde el 90% de los movimientos de fondos en los mercados de cambio se refieren a actos especulativos y no al financiamiento de operaciones reales. Esto ha generado que el sector financiero sea la principal fuente de ganancias corporativas, ha contagiado la política y las estrategias de las mayores economías industriales. Esta crisis repercute principalmente en los países más vulnerables del mundo. En este escenario global otro elemento central a tener en cuenta es la emergencia de nuevos actores. Por ejemplo, China que tiene un ritmo de vinculación con el resto del mundo muy propio de las grandes potencias industriales y que nos ofrece la presencia de ese gran mercado. El centro dinámico del sistema ha comenzado a desplazarse desde el Atlántico del Norte a la Cuenca Asia y el Pacífico.

El multi-polarismo caracteriza hoy el orden mundial, donde el centro del mundo ya no corresponde al Atlántico Norte como sucedió durante siglos. Con la presencia de las naciones asiáticas tenemos un panorama mucho más rico que nos ha ofrecido oportunidades importantes. Por ejemplo, la valorización de los recursos naturales en nuestros países ha permitido un ingreso considerable de divisas y resolver en buena medida el problema de la deuda. Sin embargo, nos plantea también el riesgo de caer con China en la misma relación centro-periferia que tuvimos con los viejos países del

Atlántico Norte, relación en la cual quedamos reducidos al papel de suministradores de materia prima, dependientes de los insumos de manufactura de los bienes complejos importados y de esta forma nos asumimos como actores de secundarios en el proceso de innovación científica y tecnológica.

En este contexto global de asimetrías en los niveles de bienestar derivadas de la desigualdad entre los países y dentro de ellos mismos, a lo cual se suma la gran crisis financiera surgen tres cuestiones centrales. Por un lado la inviabilidad de un sistema financiero mundial desregulado. Por otro lado, la imposibilidad de seguir estrechando la brecha ahorro - inversión a través del déficit externo de EE.UU. Por último, como ya habíamos mencionado, la emergencia de las naciones de Asia como nuevos y grandes protagonistas.

Estos condicionamientos del proceso integrador, las asimetrías, la integración en la diversidad, la importancia de los procesos nacionales como puentes de esa integración y las realidades, desafíos y oportunidades que nos plantea este nuevo orden mundial nos lleva a una cuestión central, que es la cesión de soberanía de los Estados Nacionales a una instancia supranacional para que ésta tome medidas a las cuales los países miembros se tienen que adecuar.

Hay un modelo de integración que es el de la Unión Europea, el más avanzado en este sentido, donde la transferencia de soberanía ha sido realmente extraordinaria, llegando al punto de crear una moneda común que abarca la mayor parte de la Unión. De esta forma, los países europeos han cedido soberanía en una infinidad de cuestiones. La actual crisis que viven, flanqueada sobre todo por la financierización pone en evidencia el riesgo que representa la cesión de soberanía incondicional en un espacio donde existen tantas asimetrías. En este contexto, el peligro que se corre es que el poder quede concentrado en el núcleo más poderoso de la Unión Europea y por lo tanto, los países menos avanzados queden sometidos a condiciones muy severas.

Ejemplo de ello es lo que está pasando con los países en crisis financiera en Europa, que entraron primero en la euforia del en-

deudamiento provocada por la aparición de una moneda común, el Euro, que daba la idea de que Grecia podía obtener créditos a la misma tasa de interés que Alemania. El mismo fenómeno se dio en España con la burbuja inmobiliaria, que ahora está sometida a un proceso de ajuste brutal para poder responder a los criterios marcados y restablecer la confianza en los prestamistas, a un costo social y económico altísimo. Ese no es modelo que nos conviene. Tenemos que hacer una cuidadosa cesión de soberanía en algunas cuestiones puntuales. La categoría de *densidad nacional* también es válida para el espacio regional. Cuanto mayor es la fortaleza de nuestras *densidades nacionales* mayores serán los lazos entre nuestros países, más sólidas serán las instituciones de integración capaces de ejecutar políticas comunitarias. Para poder pensar en una *densidad regional*, tenemos que pensar en conocimientos propios con visiones adecuadas a las realidades, sin la necesidad de reproducir el modelo de integración de la Unión Europea. Nuestra realidad es distinta, por lo cual nuestras ideas y proyectos de integración tienen que ser diferentes.

El éxito de este proceso de integración dentro de nuestra realidad es la articulación de políticas, en la cual nuestros Estados nacionales deben ponerse de acuerdo en cuestiones fundamentales. Necesitamos fortalecernos con foros y consejos que ya se encuentran planteados en la institucionalidad del MERCOSUR. Entre las condiciones políticas de la integración figura también la importancia de defender los intereses de nuestros países como bloque frente al escenario mundial. La cooperación e integración entre los países sudamericanos es un instrumento importante para fortalecer nuestras *densidades nacionales* y de esta forma conseguir responder a los dilemas del desarrollo en un contexto global. En el campo político hemos tenido avances considerables en la integración latinoamericana. Uno de ellos es diálogo fluido entre las dirigencias políticas de los Estados Nacionales y la articulación de diplomacias en el campo del desarrollo económico.

Tenemos que articular también la diversidad de posiciones frente a los múltiples bloques regionales, como la estrategia de algunos países sudamericanos, que priorizan la Alianza del Pacífico. ¿Cómo logramos articular los diferentes matices de las estrategias nacionales para consolidar la integración? Surgen así prioridades en nuestro proceso de integración, como es ampliar las fronteras de los Estados nacionales y construir juntos, en lo político y en lo económico, nuestra presencia en el orden mundial como una región solidaria capaz de comandar su propio destino.

En este sentido, existen aspectos que hemos cumplido y otros que no. Por ejemplo, un elemento fundacional del MERCOSUR fueron los acuerdos bilaterales de Argentina y Brasil⁵. En estos acuerdos estaba reglamentada la integración sectorial, entendida como integración productiva y de inversión en sectores estratégicos para crear cadenas de valor regional bajo el comando de intereses públicos y privados, no cedidos incondicionalmente a las filiales de empresas extranjeras. Si hubiéramos logrado avanzar en este terreno, nos hubiésemos ahorrado el problema entre argentinos y uruguayos suscitado con la instalación de las papeleras sobre el río Uruguay. El conflicto no hubiera existido si el desarrollo de ese sector contemplaba acuerdos regionales de integración que incluía al sector del papel y de la celulosa con empresas nacionales. Se corre el riesgo de repetir conflictos de este tipo, respecto a la inversión extranjera en la producción de materia prima que privilegia la exportación para su transformación en los Estados transnacionales en vez de priorizar las cadenas de valor en el espacio regional. Para generar estas cadenas de valor surge la necesidad de infraestructura en materia de energía, comunicaciones y todo lo que se refiere a la integración del espacio físico y científico-tecnológico. En estas áreas hay algunos avances vigentes entre Brasil y Argentina, principalmente en el campo de la energía nuclear.

Por último, es fundamental tanto en el desarrollo de nuestros países como en el proceso de integración, la fortaleza en la propia

confianza. La peor consecuencia del neoliberalismo es hacernos creer que todo se decide en la esfera transnacional y que nos corresponde el lugar que nos asignen los centros de poder internacional. Esta idea ha sido desmentida por la historia. La emergencia de los países de Asia en el transcurso de una generación, en el mismo contexto global en el que operamos nosotros, les permitió un fenómeno de proceso de cambio que ha convertido a varios de esos países en potencias industriales de primer nivel. En América Latina se advierte que mientras en el campo del desarrollo económico y de equidad social somos todavía países subdesarrollados, en el campo cultural tenemos una potencialidad en la diversidad étnica, lingüística y cultural. Esta propia formación histórica que nos crea tantos problemas de injusticia, al mismo tiempo, en su diversidad ha provocado una cultura de extraordinaria riqueza. América Latina es una potencia mundial en materia cultural. No se puede escribir la cultura mundial, la cultura universal, contemporánea, sin el aporte latinoamericano. Lo que tenemos que hacer es poner el mundo real a la altura de nuestra cultura. Tenemos los recursos, las capacidades y talentos para construir el desarrollo, no existen factores externos que nos impidan.

La historia la escribimos esencialmente nosotros. Nadie puede impedir que cada uno de nuestros países y todos en conjunto, transitemos el camino del desarrollo, de la transformación, mediante la justicia social, la soberanía en el escenario internacional de la globalización. Estamos escribiendo la historia, tenemos que estar a la altura de este desafío histórico, en tanto tenemos los medios materiales y humanos para la construcción de proyectos nacionales, soberanos en un contexto de transformaciones globales.

⁵ Brasil y Argentina, en un contexto de transición a la democracia, con los presidentes José Sarney y Raúl Alfonsín firmaron varios acuerdos bilaterales de integración que representaron un antecedente al Tratado de Asunción.

La meta es construir una comunidad de iguales

Haciendo una reflexión global y sintética sobre la problemática del desarrollo, la integración regional y la construcción de nuevas subjetividades políticas en nuestra contemporaneidad, es necesario contextualizar el proceso a reconstruir racional e históricamente. Inicialmente, resulta fundamental establecer que América es una representación fundacional del logos colonial-moderno. Su construcción en tanto representación forcluida se inserta de manera subordinada al funcionamiento del sistema histórico capitalista en tres momentos históricos específicos, a saber: a) el proceso de conquista y colonización; b) la consolidación de los Estados-nación a finales del Siglo XIX; y c) la instrumentación de las políticas de modernización y desarrollo de mediados de los cuarenta del Siglo XX. En este sentido, una recuperación genealógica y crítica permitirá establecer las dimensiones constitutivas del debate político-espiritual del Siglo XXI en correspondencia con las grandes transformaciones en curso. Para ello, discutiremos tres hipótesis globales sus implicaciones fácticas, sus restricciones sistémicas y sus horizontes de realización.

Mi presentación va a ir en una dirección *contrafáctica*, insistiendo en la necesidad de seguir los recursos heurístico y normativo propuestos por Fredric Jameson, *debemos historizarlo todo* y por Reinhart Koselleck, *los conceptos son índices de procesos*. En esta dirección todos los panelistas de esta mesa han enfatizado como recurso propedéutico la menesterosidad de historizar los procesos sociales, económicos y políticos contemporáneos para comprender sus

significados profundos y sus alternativas socio-históricas presentes. De modo tópico, los tres momentos históricos consolidan una *estructura de sentimientos* marcada por una *representación forcluida* de América que persiste como imaginario constitutivo en el logos colonial-moderno en tanto inscripción fundacional de la modernidad europea. El primer momento histórico (Contreras Natera, 2014) que inicia un debate ontológico sobre América como nueva realidad geohistórica se da en la Junta de Valladolid en torno a la categorización y valoración de los pueblos aborígenes, llevado a cabo entre 1550 y 1551 por Juan Ginés de Sepúlveda¹ (*Democrates alter*), mentor de Felipe II, príncipe de Asturias, y el fraile dominico y obispo de Chiapas, Bartolomé de Las Casas² (*Historia de las Indias*). Sepúlveda publicó su *De justis belli causis apud indios* y Las Casas replicó con sus *Treinta proposiciones muy jurídicas*, lo que condujo a la celebración de una reunión de teólogos en Valladolid (Junta de Valladolid) entre los meses de agosto y septiembre de 1550 con el objetivo de solucionar la disputa, que recibió el nombre de polémica de los naturales o de los justos títulos. En cierto modo, desde la Conquista los vencedores inician un debate históricamente fundamental para las posteriores relaciones entre europeos y no europeos, sobre si los indígenas tienen alma o no. En definitiva, si tienen o no naturaleza humana. El imperio español organizó una investigación sobre la justicia de los métodos empleados en el proceso de conquista y colonización. En el debate se conjugan dos visiones de civilización contrapuestas sobre los procesos de conquista, colonización y evangelización de las Américas en tanto se discute sobre las facultades racionales de los indígenas, las formas de evangelización, la guerra justa y los presupuestos centrales del Derecho de Gentes.

1 Juan Ginés de Sepúlveda es uno de los principales exponentes del humanismo del siglo XVI. Cerca no al emperador Carlos V y al Papa Clemente VII (Julio Médicis), defiende cuatro justos títulos que justifican la conquista. El derecho a la tutela que implica la servidumbre y la esclavitud natural de los indios. La necesidad de impedir el canibalismo y cualquier forma antinatural. La obligación de salvar a futuras víctimas de dioses falsos y el mandato evangelizador que Cristo le otorgó al Papa y al Rey Católico (Martínez Castilla 2006).

2 Bartolomé de Las Casas vino a América en 1502. Al principio apoyó el sistema de encomienda, pero a mediados de 1514 sufrió una conversión espiritual y renunció a su participación en el sistema. Retorna a España para dedicarse a denunciar las injusticias del sistema de encomienda. Se movió en varios círculos. Entre sus logros iniciales se encuentra la bula *Sublimis Deus*, emitida en 1537 por el papa Paulo III, que ordenaba que los indios (uso habitual en España) no fueran esclavizados y que fueran evangelizados por medios pacíficos (Wallerstein 2007, p. 17).

Por un lado, Juan Ginés de Sepúlveda justificaba la explotación de los indígenas americanos basándose en que, careciendo de fe cristiana, eran esclavos por naturaleza y su subyugación era necesaria para su conversión. De manera explícita argumentaba su posición basándose en *La Política de Aristóteles* y su concepto de servidumbre natural. Sepúlveda basó su interpretación en dos conceptos procedentes de los escritos de Oviedo (funcionario colonial quien en sus tiempos había escrito la *Historia general y natural de las Indias*): la misión civilizadora de España y la caracterización de Oviedo hacia los indígenas de América. Oviedo afirmaba que esta gente (los indígenas) era holgazana y corrupta por naturaleza, no les gustaba el trabajo, eran melancólicos y cobardes. No poseían la capacidad de recordar o perseverar. Del tamaño de su cabeza también era su inteligencia, que se inclinaba al mal. La teoría del bárbaro como esclavo nato constituyó el marco interpretativo que Sepúlveda aplicó a las culturas recientemente conquistadas para justificar el dominio español sobre las mismas. De allí que algunos hombres hayan nacido con la capacidad de dominar y otros de servir. De esta capacidad de dominar y de servir se dice que es natural, no sólo porque se ejerce con plena justicia, sino también porque es provechosa para ambas partes: para el que domina como para el que obedece. De tal manera, el amo natural es aquel que resalta por su inteligencia y habilidad mental, aunque ello no esté relacionado con la fuerza física, y el esclavo natural es aquél cuyo cuerpo es capaz de desempeñar los trabajos corporales necesarios, pero que posee una inteligencia bruta y poca comprensión.

Por el otro lado, Bartolomé de Las Casas derivaba su posición igualitaria directamente de la enseñanza cristiana, la cual tenía como condición y destino su propia salvación. Ello dejaba abierta la posibilidad de alcanzar una homogeneidad religiosa en el mundo cuando se produjera la conversión de todos los pueblos de la tierra al cristianismo. El único título legítimo de incorporación de las tierras americanas era la sumisión voluntaria de los indígenas. De Las Casas afirmaba que la libertad cristiana corresponde a todos

los pueblos del mundo en el mismo grado y los acoge de la misma manera, y no despoja a nadie de su libertad o de sus tierras, y no somete a nadie a la esclavitud bajo pretexto de diferenciar a los libres de los esclavos naturales. En este caso particular Bartolomé de Las Casas presentó el argumento de actuar en correspondencia con el daño mínimo (Teoría del Mal Menor) para impedir la injusta muerte de personas inocentes, y simultáneamente fue implacable en la condenación de matar inocentes en tanto la muerte, el agravio y la guerra son contrarios a la justicia divina. Se preguntaba sobre la idoneidad de los métodos españoles de conquista, pero sobre todo cuestionaba, en términos fácticos, si estos hombres sanguinarios, rapaces, crueles y sediciosos conocían a Dios, de cuya adoración querían persuadir a los indios. El fraile Bartolomé de Las Casas estaba convencido de que la guerra no era la forma de preparar las almas para poner fin a la idolatría. En definitiva, su frontal rechazo a la guerra de exterminio española lo colocaba en las antípodas de los argumentos de Gines de Sepúlveda; aunque existían coincidencias en facilitar el proceso de evangelización, cuestionaba radicalmente la justificación filosófica-moral de los métodos españoles.

El desenlace del debate de Valladolid es bien conocido: Sepúlveda no obtuvo la aprobación para publicar el *Democrates alter*, a pesar de que en él sólo escribía las prácticas cotidianas. Bartolomé de Las Casas logró imponer sus argumentos, sin que por ello pudiera alterar la práctica de la política colonial. Tras el debate de Valladolid, el rey de Castilla-Aragón, de la futura España, decreta que los indios son humanos, pero que son paganos y deben ser cristianizados. La posición de Ginés de Sepúlveda había sido modificada sustancialmente, aunque se impondrá como la argumentación hegemónica de la política colonial. En términos fácticos se impuso sobre los grandes dilemas planteados por Bartolomé de Las Casas. Pero, también, la cristianización de América supone un concepto de verdad –originalmente intolerante– que ha de tener la autoridad, normatividad y obligatoriedad que conforman los modos de vida que ellas exigen. La intolerancia se basa en la incapacidad y falta

de disposición para tolerar opiniones y prácticas divergentes. El indígena fue considerado, por Bartolomé de Las Casas, como capaz de progresar en libertad con educación, lo cual no lo libraba de la explotación a la que estaba destinado. Las preocupaciones humanitarias basadas en la moral cristiana de Las Casas sobre los aborígenes americanos, sin embargo, ocultan otro proceso histórico de genocidio a gran escala. El fraile Bartolomé de Las Casas tuvo que pensar en los africanos para sustituir a los indígenas del proceso de explotación. Ese primer debate entre Sepúlveda y De las Casas permitió una primera representación del aborigen o del poblador americano. La primera es que el aborigen no aparecía con voz dentro del debate sino que era representado por otros que hablaban sobre su propia condición. Este debate configuró las representaciones sobre América como realidad geohistórica dependiente y subordinada a la Europa conquistadora.

El segundo momento histórico (Contreras Natera, 2001) tiene como sustrato teórico-epistemológico la consolidación de los Estados-nación en América Latina. La crisis de la independencia en la cual Sarmiento, Alberdi e Ingenieros de manera explícita con su presentación de la problemática en términos conflictivos entre civilización y barbarie contribuyeron significativamente en el fortalecimiento de una identidad suplementada en el eurocentrismo. En las sociedades latinoamericanas de finales del siglo XIX y principios del siglo XX, el proceso de construir un Estado nacional, una economía viable y un sentido de identidad nacional eran desafíos simultáneos para las élites criollas. Obviamente, el proceso de construcción fue selectivo, excluyente y conflictivo en la definición de los elementos constitutivos del ethos nacional (lengua, religión, conocimiento y arte). Los procesos identitarios de clasificación y delimitación de las fronteras, los símbolos y los valores formulados e instrumentados por las élites criollas asumen de forma automática la superioridad del modo de vida blanco europeo y se constituyen, en palabras de Aníbal Quijano, colonialmente. Desde esta perspectiva, la identidad colectiva nacional en América Latina surge como un artefacto cultu-

ral y político que oscurece y desatiende las profundas desigualdades que existen a lo interno de las naciones emergentes. Es significativo destacar en la configuración de la comunidad política imaginaria en la región, el desconocimiento de la mayoría de los miembros que la integran, por consiguiente la comprensión del proceso de construcción nacional requiere entender la manera a través de la cual la(s) comunidad(es) política(s) (las élites criollas) se imaginan y perciben su futuro.

La modernidad latinoamericana nace como un dilema: se revolvió contra la historia colonial y, al mismo tiempo, construía su raíz en esa historia. Es decir, que tiene como referencia básica una historia colonial contra la cual su discurso se constituye, pero teniendo como modelo una lengua colonial con la cual su discurso alcanza su eficacia. Las élites y los intelectuales criollos latinoamericanos fijaron identidades nacionales para lograr unidades homogéneas en las realidades sociales, geográficas e históricas y determinaron códigos de accesos institucionalizados al saber, pero no pudieron evitar el postulado del conflicto y de la crisis como modos privilegiados de acceso a esa historia y a ese saber. De allí que en América Latina la idea de nación se asocia a la modernidad. ¿No decían nuestros intelectuales de principios de siglo que para ser modernos era necesario ser nacionales? Para ellos lo moderno es más bien un proyecto a ser realizado en el futuro. La modernidad ausente reencuentra en este punto al Estado-nación inacabado. La tradición existente, valorizada por la comprensión romántica, era simultáneamente profusa y amenazadora. Su riqueza consistía en apuntar hacia una dimensión distinta de la racionalidad europea, pero como el sueño latinoamericano se encontraba anclado en la idea de modernización, **lo tradicional se descubre como huella perturbadora del orden anhelado.** La cultura –en la visión de los intelectuales de principios de siglo– es, por lo tanto, fuerza y obstáculo. Fuerza porque el elemento definitorio de la identidad pasa necesariamente por ella; obstáculo pues su presencia nos aparta del ideal imaginado. La misión civilizadora buscaba asimilar lo heterogéneo, racionalizar

lo incongruente y, en definitiva, traducir lo *otro* a la lengua de lo *mismo*. Es el tema, en suma, de la violencia del abrazo imperialista de la razón. En estas circunstancias el patrón de dominación entre las propuestas civilizadoras y los otros (mestizo, mulato, negro e indígena) fue establecido y organizado sobre la base de la idea de raza, con todas sus implicaciones sobre la perspectiva histórica de las relaciones entre los diversos tipos de la especie humana. No es de extrañar que las ciencias sociales hayan tenido un tenor racista, especialmente cuando hacía referencia a la eliminación de lo inferior en función de la conquista de lo superior en una obvia idea evolutiva de la historia y las sociedades.

Los inventarios, clasificaciones y categorizaciones de las poblaciones realizados por los científicos sociales no se limitaban a la elaboración de un sistema abstracto de reglas científicas, sino que tenían consecuencias prácticas en la medida en que eran capaces de legitimar las políticas regulativas del Estado. Utilizando palabras de Derrida, las ciencias sociales se convirtieron para ese entonces en un *suplemento* fundamental del imaginario social de colonización en tanto forma de civilización de América. Autorrecluidas en sí, abiertas a su propia interioridad constitutiva, las ciencias sociales ciegas a su propia inscripción, contribuyeron como espacio de conocimiento a legitimar las diversas formas de brutalidad, arbitrio y sojuzgamiento del proceso de conquista, colonización y expansión capitalista de Europa y Estados Unidos. A finales del siglo XIX, la influencia del evolucionismo y otras ideas de la ilustración europea estaban en su cenit. No es de extrañar que el pensamiento latinoamericano haya tenido un tenor racista, especialmente cuando hacía referencia a la eliminación de lo inferior en función de la conquista de lo superior en una obvia idea evolutiva de la historia y las sociedades. No es una casualidad que Sarmiento en *Conflicto y armonía de las razas en América* propusiera abiertamente eliminar las razas prehistóricas y serviles a fin de parecerse un poco más a los Estados Unidos. Pero no sólo las razas indígenas debían ser eliminadas, sino también las mestizas como bien afirmara y exigiera

José Arguedas en Bolivia en su *Pueblo enfermo*. En su lugar, los autores proponen una sociedad industrial basada en una organización política de rasgos democrático-liberales al estilo norteamericano. Las instituciones culturales eran la razón del atraso económico del continente en relación con Europa y los Estados Unidos. Para eliminarlas, se proponían la industrialización del área, la importación masiva de capital europeo y norteamericano, y el trasplante masivo de la población anglosajona, en la cual veían las virtudes de trabajo ausentes en la población nativa. Los autores hacen una defensa de la ciencia y la tecnología, rechazan la religión y la metafísica, a la par que ven en los elementos indígenas, negro y mestizo de la población las causas últimas del atraso económico. Para muchos positivistas, e incluso, como hemos visto, para muchos liberales, el gran obstáculo para la industrialización del continente radicaba en la resistencia a la tecnología y al modelo cultural implicado en ella³. Ahora bien, si realizamos una genealogía de la mirada de las élites y los intelectuales de la región acerca del campo cultural encontramos una matriz teórica-epistemológica y política esencialista que se actualiza y pone en marcha un dispositivo de desconocimiento de las diferencias culturales e históricas, el objetivo es interpretar la cultura y la población asociada a ella como degenerada sobre la base de un origen racial, a fin de justificar la conquista y establecer sistemas de administración e instrucción. Al demarcar una nación sujeto se apropia de sus diversas esferas de actividad, las dirige y las domina. Los diversos y distintos discursos modernizadores a pesar de las cambiantes modalidades que han adoptado a lo largo de la

3 Por un lado, Rodó redefinió la oposición entre industrialización y cultura en términos de la distinción Ariel-Calibán que había sido trasladada a lo social durante el siglo XIX por el filósofo francés Renán. En Rodó se encuentra la contrapartida del optimismo positivista respecto a la industrialización. Para él, la tecnología no sólo representaba los groseros rasgos de Calibán, sino que se identificaba también con la democracia utilitarista de los Estados Unidos. Rodó escribe su Ariel, interpretando la industrialización, la masificación y la expansión norteamericana en territorio latinoamericano como una manifestación del avance de las fuerzas triunfantes de Calibán. Rodó subraya los rasgos positivos de la raza latina, a la que entiende como poseedora de una espiritualidad capaz de oponerse efectivamente a los rasgos utilitaristas de la industrialización traída por los sajones. Por el otro, la pugna latino-sajona la concibe Vasconcelos como un conflicto de instituciones, de propósitos y de ideales, trazándola a lo largo de la historia. Vasconcelos ve tal pugna expresada en el afán, del blanco sajón, de mecanizar el mundo, en tanto que el latino busca unir en una los componentes y virtudes de todas las razas existentes, con vista de crear una raza cósmica. Vasconcelos concibe la raza cósmica como un agente creador de más alto nivel que la humanidad puede alcanzar: el nivel espiritual-estético en donde la tecnología ocupa sólo un lugar subordinado.

historia reciente del continente, han mantenido una continuidad fundamental con la matriz teórico-epistemológica esencialista que hemos destacado. Durante su historia reciente y a lo largo del siglo XIX y principios del XX, América Latina permaneció aprisionada en dilemas no resueltos en cuestiones relativas a la nación, la identidad y la democracia.

El tercer momento histórico (Contreras Natera, 2001 y 2013) lo tenemos a mediados de la década de los cuarenta al finalizar la Segunda Posguerra. Ciertamente, el discurso del desarrollo ocupó el espacio social, político y simbólico que había dejado vacante el colonialismo e imperialismo europeo, es decir, operaba sobre la superficie de inscripción de la narrativa colonial occidental que definía las realidades de los pueblos y culturas del Tercer Mundo como esencialmente negativas y estáticas, sustraídas del decurso evolutivo de Occidente. La expresión Tercer Mundo, adoptada a partir de la Conferencia de Bandung, celebrada en la Indonesia de Sukarno, intentaba construir intelectual y políticamente la idea de una unidad de países de África, Asia y América Latina con patrones económicos y políticos de estancamiento y atraso cultural, similares. El Tercer Mundo, por tanto, no sería una realidad, sino **una ideología de intervención positiva** de este conjunto plural de países. Alfred Sauvy y George Balandier habían dado el nombre de Tercer Mundo a este tercer conjunto de países del mundo en referencia explícita *al tiers état* del período prerrevolucionario en la Francia del Antiguo Régimen. Si debían desarrollarse las sociedades del Tercer Mundo, tendrían que transformar globalmente las estructuras sociales y culturales, las significaciones imaginarias, los valores y las formas de organización económica y política de todas y cada una de las sociedades del Tercer Mundo. La invención del desarrollo en tanto problemática científica, política, administrativa y de gestión se asienta sobre una experiencia activa de segregación social y cultural basada en el **anatema**. La mirada del desarrollo está dirigida subrepticamente por una reacción de **apartamiento y exclusión** de las diferencias culturales percibidas *a priori* como inferiores, pa-

sajeras e ilegítimas. Lo tradicional latinoamericano es visto como un mero aplazamiento a la espera de la etapa futura de la plena integración del otro. Pero esta integración sólo se conseguirá a condición de que el otro renuncie a su alteridad. La perspectiva de la modernidad occidental se ha caracterizado –como ha subrayado Johanés Fabian– por una negación de la simultaneidad de cualquier estilo de vida que sea distinto al suyo. Lo que se ha dado en llamar la negación de la contemporaneidad, presentando a ese otro como perteneciente a otro período de tiempo. El otro colonizado del Tercer Mundo es creado discursivamente como una entidad unitaria, esencial e inmutable. El discurso del desarrollo será entonces un régimen discursivo de representación del otro tercermundista construido sobre una continuidad de concepciones occidentales sobre África, Asia y América Latina.

De cualquier manera, el discurso del desarrollo se configuró como problemática científica, política y económica en la superficie de inscripción dada, por la emergencia de los Estados Unidos como nueva potencia económica, política y militar. El desarrollo se concebía sobre la base de un conjunto de universales evolutivos que tenían como modelo implícito las variables, principios y valores de la modernidad estadounidense. La norte-americanización se convirtió en sinónimo de desarrollo, progreso y modernización. La noción de desarrollo pasó a tener una connotación económica e impulsó un vasto programa de movilización de esfuerzos y de la opinión pública en torno a los grandes desequilibrios existentes, que amenazaban con hacerle el juego al comunismo internacional. En definitiva, la inteligencia latinoamericana compartía la idea de que se trataba de construir un nuevo tipo de sociedad mediante la formación de una voluntad nacional de desarrollo, cuyo objetivo fundamental era lograr el crecimiento económico. La creación de una inmensa red institucional global-colonial fue lo que aseguró la eficiencia en el funcionamiento de este aparato. Una vez consolidado, el sistema determinó lo que se podía decir, pensar, imaginar, en breve, definió un terreno perceptivo y conceptual, el espacio del desarrollo. El

discurso del desarrollo ha sido un instrumento fundamental en la definición, construcción y colonización de las realidades de las sociedades del Tercer Mundo. Las teorías de la modernización y el desarrollo resumían las preocupaciones de los científicos sociales con respecto a la **diferenciación** como el proceso social fundamental a gran escala. Dichas teorías sostenían que los países desarrollados (reconstrucción) del mundo poseían una diferenciación mayor que otros países, que la diferenciación constituía una parte significativa de su ventaja sobre otros países, y que la creación de estructuras nuevas y especializadas constituía el principal medio por el que los países subdesarrollados podían llegar a compartir el bienestar de los países desarrollados. El evolucionismo será entonces el eje fundamental de las teorías de la diferenciación social. En la sociedad, los principios estructurantes de esa evolución que garantizan un sentido superador descansan, como tendencia dominante, en el paso de lo homogéneo simple a lo heterogéneo complejo, lo cual conlleva una dialéctica integración-diferenciación. El funcionalismo latinoamericano, suscriptor del principio de evolución y diferenciación progresiva de las sociedades, intentará disciplinar esta progresiva diferenciación con la fijación de unas funciones básicas del sistema social; y en una segunda instancia con la estabilidad y generalidad del sistema cultural, necesariamente universalista en sus valores y normas. La idea de desarrollo supone de este modo una representación simbólica que hace referencia a una nueva situación del progreso general y generalizado. Incluye aprobación ética e intencionalidad política: el crecimiento es bueno en sí y la modernización es algo deseable. Se trata de una idea aceptada y generalizada sin necesidad de discusión o demostración teórica. Para resolver los problemas de la humanidad es necesario el progreso, el crecimiento económico, el desarrollo. Las teorías de la modernización y el desarrollo resumían las preocupaciones de los científicos sociales con respecto a la diferenciación como el proceso social fundamental a gran escala. Los diversos modelos de modernización colocaban a todas las sociedades en desarrollo en la misma categoría de tipo

ideal, la de tradicional, y hacían equivaler las sociedades occidentales a otra categoría, la de moderno. Lo novedoso de la redefinición latinoamericana de la distinción de Tönnies entre comunidad y sociedad reside en que el concepto de comunidad fue transformado en sociedad tradicional y el de sociedad en sociedad moderna. La contraposición entre ambos conceptos en América Latina se transforma en un enfrentamiento entre lo viejo y lo nuevo, de aquello que debe cambiar con aquello que es la finalidad o meta. Es menester, recordar que comunidad y sociedad son dos conceptos que en la tradición sociológica donde se inscribe Tönnies se refieren a formas organizativas distintas que tienen ambos una definición positiva. Se definió el problema del desarrollo como un proceso de difusión de la innovación. El objetivo de las estrategias político-económicas consistía en hacer evolucionar las actitudes de las poblaciones que vivían en situación de subdesarrollo, esto es, desplazarlas de una cultura tradicional a una cultura y sociedad moderna. Este proceso de modernización designaba unas estructuras socioculturales tradicionales destinadas a desaparecer. Pues *suponía a priori una realización cuya incógnita es la determinación de su advenimiento*. La realización completa de este proceso supondría el final de la historia, o, más precisamente, el triunfo de una historia, la occidental, destinada irreversiblemente a universalizarse. El tópico de la occidentalización resumiría el conjunto de las cualidades propias de la actitud moderna y de los gustos cosmopolitas. Este imaginario social y la creencia en un progreso exponencial sin fisuras representaban la puesta al día de las viejas concepciones eurocéntricas de las teorías difusionistas del siglo XIX. **El primitivo pasó a ser el subdesarrollado**, no quedándole a éste otra opción que la de imitar los modelos de los civilizados.

CRISIS TRANSFORMACIONAL:

RECENSTRAR, DESPLAZAR O TRANSFORMAR

En la década de los setenta, la emergencia de una crisis paradigmática de los estudios sobre el desarrollo, representó un distanciamiento entre las potencialidades transformativas de las realidades latinoamericanas y las teorías que intentaban explicar los cambios y sus alternativas históricas, la constatación de que los códigos interpretativos habían sido desbordados por mutaciones aceleradas que transformaban radicalmente la cartografía social, política y económica se convirtió en un signo dominante de la época (Contreras Natera, 2011). Este desencaje entre teoría y praxis desencadenó un clima de desencanto y frustración. En esta dirección, la idea del desarrollo y los programas de modernización asociados a ella comenzaron a presentar signos claros de agotamiento en América Latina. La idea de fracaso de los proyectos modernizadores se convirtió en colapso de estrategias apresuradas e incoherentes, expresión de una racionalidad tecno-instrumental, abstracta y lejana de las condiciones y requerimientos de nuestras realidades. Desmoronadas las certezas que conferían significados claros y deseables, los objetivos últimos de la modernización como proceso global tendiente a alcanzar esta meta se desvitalizan, y la idea misma de desarrollo se ve sometida a una revisión radical. Como consecuencia de la crisis del desarrollismo se inició un vasto programa de **reculturización global** de la economía y la sociedad. Desde mediados de la década de los setenta la doctrina neoliberal en sus variantes económicas, políticas y culturales ha sido hegemónica en el sistema histórico capitalista. Las dictaduras de Augusto Pinochet en Chile y Jorge Videla en Argentina (neoliberalismo disciplinario), los gobiernos de Ronald Reagan en Estados Unidos y Margaret Thatcher en Inglaterra se convirtieron en las primeras experiencias de conducciones políticas neoliberales. El desarrollo económico ya no es visto como una tarea nacional sino como una empresa transnacional en tanto ocurre una profunda reestructuración de las eco-

nomías locales en función de la transnacionalización del mercado mundial. Globalmente, en América Latina, la adopción de políticas de ajuste estructural para enfrentar la crisis de endeudamiento y la crisis del modelo de desarrollo (México 1982) consolidó una agenda político-espiritual de amplias resonancias económicas y culturales. Indudablemente, articulada al Consenso de Washington así como a instituciones multilaterales como el Banco Mundial, FMI y la OMC, logró convertirse en un sentido común epocal. El objetivo central de la ofensiva neoliberal era reorientar radicalmente la economía, la política, el derecho y la sociedad. Reescribiendo y subsumiendo bajo un único principio explicativo la causa de los problemas en la región. Por consiguiente, el mercado se convirtió en la instancia fundamental para la individuación del crecimiento económico. En los últimos años se ha fortalecido el criterio de que las políticas de ajustes económicos y de liberalización constituyen el único camino a seguir. Su lógica y sus alcances asoman como elementos indiscutibles, se han transformado en el camino obligado para conseguir el desarrollo, con la aplicación de recetas que exigen además la adopción de esquemas cada vez más autoritarios. Así lo razonable y lo sensato pasa por el mercado y por la liberalización de la economía, pese a como lo recordara oportunamente Williamson, Washington no siempre practica lo que predica. De modo tópico, la liberalización de la economía y los precios, la apertura a la inversión extranjera, la desregulación financiera, la privatización de las empresas estatales, la flexibilización laboral y la precarización del empleo se convirtieron en los elementos centrales del programa neoliberal en la región.

Igualmente, el desmantelamiento de los derechos sociales coincidía con la privatización de la salud, la educación, la vivienda y con el retorno de un discurso cimentado en el darwinismo social del siglo XIX. El neoliberalismo puede ser descrito como la estrategia hegemónica para la globalización económica en tanto que las principales instituciones gestoras de la economía internacional lo apoyan y promueven (OCDE, FMI y Banco Mundial); ocupa un lugar

fundamental político, económico y cultural en Estados Unidos (todavía líder indiscutible) y en otros países anglosajones (principalmente Gran Bretaña, Nueva Zelanda y Canadá); las políticas neoliberales de ajuste se han consolidado como **recetario** ante las crisis económicas en casi todos los países con economías de capitalismo avanzado; y se ha configurado como **solución pragmática** en el proceso de reestructuración de las economías post-socialistas en sus búsquedas de incorporación a la economía mundial. A mediados de los noventa se acuña la noción de **pensamiento único** para referirse al dominio del neoliberalismo como doctrina hegemónica en el sistema histórico capitalista.

En términos programático el texto de Francis Fukuyama *El Fin de la historia y el último hombre* se convierte en el fundamento político-cultural de la ofensiva neoliberal. El desplazamiento de la idea de desarrollo por la de crecimiento económico y la centralidad del mercado como principio alocativo de la sociedad se convirtieron en el centro de gravedad de la ofensiva neoliberal. **El fin-de-siècle**, no obstante, estimuló nuevos caminos y nuevas gramáticas de transformación en un campo de fuerzas dominado por la omnímoda influencia del neoliberalismo. Por un lado, se encontraban las fuerzas desreguladoras y privatizadoras de la globalización neoliberal con sus actores internos contrarios a la lógica estatalista de Westfalia. Por otro lado, irrumpía un multiforme movimiento de cuestionamiento a las consecuencias de la globalización neoliberal que apuntaba hacia la construcción de otro mundo posible. El agotamiento global del Tratado de Westfalia coincidía con la crisis de la **geocultura liberal**, ambos fenómenos desencadenaban un **atractor extraño** de inciertas efectuaciones para las sociedades modernas. El ordenamiento internacional espacializado que había configurado el sistema interestatal desde el Tratado de Westfalia se veía amenazado por las fuerzas centrífugas puestas en marcha por la globalización neoliberal. Pero, también, la destrucción del carácter unificador del liberalismo en tanto geocultura del sistema histórico capitalista perfilaba nuevas perspectivas al debate político y eco-

nómico. Nos acercamos de prisa a un punto de bifurcación fundamental en el sistema histórico capitalista. Cuando los sistemas se alejan de sus puntos de equilibrio, llegan a puntos de bifurcación en los que son posibles múltiples soluciones, lo que podríamos llamar, parafraseando a Wallerstein, unas **cascadas de posibilidades**. Las opciones, en estos casos, dependen tanto de la historia del sistema, como de la fuerza inmediata que tengan los *elementos* externos a la lógica del sistema. En todo caso, nos hallamos en un punto de bifurcación del sistema. Las perturbaciones en estas situaciones aumentan en todas direcciones. Están fuera de control. No podemos prever lo que resultará. Pero no quiere decir que no podemos tener un impacto sobre el tipo de nuevo orden que va ser construido al fin. Todo lo contrario. En una situación de bifurcación sistémica, toda acción pequeña tiene consecuencias enormes. El todo se construye de cosas infinitesimales. Este Kairós transformacional se manifiesta como un elenco plural de duraciones creativas, conflictivas y antagónicas. En todo caso, la visión newtoniana según la cual el tiempo es un continuo unitario, uniforme y lineal sobre el universo físico, no puede ya sostenerse. Suponer una meta-observador desde un macro-tiempo que pretendiera regularizar las actividades de la **humanidad** se encuentra en un profundo cuestionamiento. Por el contrario, las fuerzas creativas y antagónicas construyen en sus conflictividades y tensiones nuevas gramáticas de sentido. Sólo cuando el sistema rompe con su patrón histórico y se distancia de su ciclo límite, descubre un **pluriverso** entero para explorar e irrumpe de un modo totalmente imprevisible. Los sistemas históricos en este punto crítico descubren nuevos pliegues fuera de su senda cíclica exhibiendo una conducta radicalmente novedosa. En ese borde turbulento el sistema se desplaza hacia **la no linealidad** característica de un atractor extraño. En este caso el **atractor extraño** es una región del **espacio de fases** esencialmente caótica que ejerce una atracción magnética sobre el sistema histórico capitalista, y con el campo de fuerzas que genera arrastra el sistema hacia sí. Este campo de fuerzas en movimiento, tensión y conflicto supone una

variedad de posibles decursos de acción llenos de potencialidades, signadas por agenciamientos críticos e indeterminados. El sistema en este punto se encuentra en un punto conocido en la teoría de los sistemas dinámicos como **bifurcación catastrófica**. En este espacio transformativo del sistema histórico capitalista encontramos la formulación de tres hipótesis analíticas desarrolladas por André Gunder-Frank, Giovanni Arrighi e Immanuel Wallerstein que suponen decursos de acción inconmensurables entre sí.

En primer lugar, para André Gunder-Frank en su libro *Re-orientar la economía global* (2008) se propone cuestionar los fundamentos de la teoría social de los siglos XIX y XX en tanto constituyen legitimaciones del colonialismo y el imperialismo europeo, y simultáneamente carecen de evidencias empíricas que validen sus formulaciones analíticas. Para el autor, la categoría modo de producción asiático era una ficción estrictamente ideológica que permitía contrastar al Occidente industrial caracterizado como prometeico con las sociedades asiáticas definidas como estáticas y cerradas. Pero, también, servía de **suplemento** a las explicaciones causales de las transiciones unilineales entre los diversos modos de producción. De hecho, el desarrollo económico, financiero e institucional europeo entre 1400 y 1780 estaba por debajo de los estándares afroasiáticos en el mismo periodo. En efecto, los viajes de Colón y Vasco Da Gama pueden interpretarse como expresiones de una fase expansiva de la economía mundial que se inicia en 1450 aproximadamente. Por tanto, las tesis sobre la excepcionalidad europea **forcluye** conjuntamente la evidencia empírica y el análisis histórico en la medida que difunde sus formulaciones ideológicas sobre una historia moderna centrada en la Europa del siglo XVI. Al contrario de las formulaciones de Fernand Braudel e Immanuel Wallerstein solamente un análisis de la continuidad estructural y dinámica de un único sistema global (5 mil años) con ascensos y caídas de cualquier parte del sistema puede enfrentar los obstáculos epistemológicos derivados de la supuesta ruptura histórica representada en 1492 como superficie de inscripción del sistema mundo europeo. Por consiguiente, el as-

censo de Europa a finales del siglo XVIII debe ser visto como el compromiso del sistema global (economía mundial) con la sustitución de importaciones y las estrategias de promoción a las exportaciones de las nacientes economías industriales. La expansión capitalista de finales del siglo XVIII en Occidente no puede explicarse como un conjunto de singularidades internas a Europa, sino por el contrario, como un aspecto intrínseco al funcionamiento del sistema mundial. En todo caso, la Revolución Industrial generó un ascenso que permitió la centralidad de Europa en la economía mundial convirtiendo a la Ilustración europea en el soporte ideológico de esta transformación. En la actualidad los cambios que están operando a nivel global suponen un **recentramiento** de la economía mundial hacia el sudeste asiático con previsiones fácticas de liderazgo chino. En consecuencia, el resquebrajamiento del paradigma de los doscientos años sobre la excepcionalidad europea (Revolución Industrial e Ilustración) permite enfrentar analíticamente las ficciones ideológicas que lo suplementaron. En esta dirección, solamente una historia mundial holística universal puede ofrecer alternativas a las formulaciones ideológicas de la teoría social del siglo XIX y XX. El punto central sería la adopción de una perspectiva que abandone el eurocentrismo y las concomitantes discontinuidades históricas que la fundamentan. Y paralelamente, concebir científicamente una totalidad holística mundial que considere la continuidad histórica global del sistema mundial. Este se habría iniciado en Asia Central a través de la confluencia entre Egipto y la Mesopotamia, y articulado a través de la ruta de la seda. Regido por estructuras de centro y periferia, y por ciclos de aproximadamente 400-500 años que dislocan sus espacios de influencias a partir de las confrontaciones entre las agencias que intentan definir sus decursos de acción. En fin, en términos fácticos el tránsito de los procesos de acumulación capitalista del Atlántico norte hacia el sudeste asiático representa un **recentrar** la economía mundial en China como centro del sistema mundial para André Gunder-Frank.

En segundo lugar, para Giovanni Arrighi en su libro *Adam Smith en Pekín* (2007) dos acontecimientos han configurado la política, la economía y la sociedad mundial en este fin de siglo, a saber: el ascenso y declive del Proyecto para un Nuevo Siglo Americano y el surgimiento de China como guía del resurgimiento de Asia oriental. Ambos acontecimientos fortalecen el proceso en curso de un **deslazamiento** de la economía política global de los Estados Unidos a Asia central. El capitalismo corporativo estadounidense fue un agente excepcional en la destrucción de las estructuras de acumulación del capitalismo de mercado británico. Desde la década de los cincuenta del siglo XX con la instrumentación del Plan Marshall la interrelación entre procesos de acumulación capitalista y guerra (Guerra de Corea y Guerra de Vietnam) permitió a los Estados Unidos sostener el crecimiento económico de mayor rentabilidad en la historia del capitalismo mundial. La capacidad excepcional de los Estados Unidos al finalizar la Segunda Posguerra permitió al gobierno estadounidense ejercer de facto funciones reguladoras en la economía mundo capitalista. La dinámica del régimen estadounidense se desarrolló como respuesta a las disfunciones de la dinámica desreguladora del régimen británico. En la actualidad, las dinámicas desreguladoras son indicadores fácticos de una nueva oscilación de la economía mundo capitalista hacia la libertad económica. La imposibilidad de contener la violencia sistémica se halla estrechamente relacionada con los derechos de autodeterminación resultado de los procesos de descolonización en África y Asia y las restricciones a la formación de expectativas soberanas en el Tercer Mundo. La combinación entre los procesos de producción e intercambio capitalista a escala mundial y el resurgimiento de los mercados financieros supraestatales están configurando variaciones sustantivas en las restricciones y expectativas presionando fácticamente a una reubicación de la autoridad del Estado-nación. El desplazamiento de los procesos de acumulación capitalista de los Estados Unidos hacia el sudeste asiático como centro dinámico de acumulación de capital a escala mundial es una facticidad histórica. El signo distintivo es

que varias de sus jurisdicciones políticas han realizado avances en la jerarquía del valor agregado y en la jerarquía monetaria mundial. Por un lado, el régimen estadounidense logró apuntalar su crecimiento sostenido sobre una inflación de los costes de reproducción. Por el otro, el sudeste asiático tiene en la deflación de esos costes la causa de su ascenso en la economía mundo capitalista. Antes bien, conjurar las amenazas de la libertad económica mediante guerras de baja intensidad en todo el globo terráqueo bajo el mantra del neoliberalismo disciplinario ha sido la propuesta neoconservadora a través del Proyecto para un Nuevo Siglo Americano. De hecho, el 11 de septiembre se utilizó para desencadenar dos guerras (Invasión a Afganistán e Invasión a Irak) cuyo resultado económico y político fue un resquebrajamiento visible de la hegemonía estadounidense en cuanto se financiaron con los superávits alcanzados por la administración anterior. Sobre todo, en tanto que los financiadores del déficit de cuenta corriente estadounidense son los gobiernos de Asia oriental que han acumulado enormes reservas de divisas extranjeras denominadas en dólares. En todo caso, la facticidad histórica representada por el desplazamiento de los procesos de acumulación del Atlántico norte al sudeste asiático se manifiesta en un conjunto de presiones sistémicas que suponen una readecuación estadounidense a las nuevas realidades de la economía global. Depreciaciones del dólar, revaluaciones de las monedas de los países con superávit de cuenta corriente y reorientaciones de los excedentes hacia nuevos mercados en contraposición con la financiación del déficit de cuenta corriente estadounidense produce inevitablemente una disminución progresiva de la capacidad regulatoria de los Estados Unidos. En definitiva, las invasiones a Afganistán e Irak han socavado la centralidad del poderío militar estadounidense fortaleciendo el liderazgo económico chino. La intensificación de la violencia sistémica vinculada al colapso del orden mundial de la Guerra Fría contribuye decisivamente al surgimiento de vías alternativas. **Desplazar** una hegemonía basada en la interrelación entre acumulación y guerra por el desarrollo auto-centrado chino es uno

de los desafíos fundamentales ante el caos y la violencia sistémica existente para Giovanni Arrighi.

Por último, para Immanuel Wallerstein en su libro *Impensar las ciencias sociales* (1999) una de las tareas científicas centrales es **impensar** las suposiciones constrictivas del siglo XIX objetivadas en la estructura social que funcionan como un *a priori* de la razón cognoscente. Para el autor, los fenómenos complejos tienen estructuras recursivas, fuerzas constrictivas y tendencias internas. Cualquier estructura real tiene sus particularidades debido a su emergencia, historia de vida y su entorno, y por consiguiente tiene una historia que es clave para comprender su centro de gravedad. Los sistemas históricos tienen tres características fundamentales, a saber: a) son relativamente autónomos; b) tienen límites temporales; y c) tienen límites espaciales. Pero, también, divide los sistemas históricos mundiales en dos variantes estructurales principales. Por un lado, los imperios-mundo que se caracterizan por tener una única estructura política. Por el otro, las economías mundo que se definen por la ausencia de una estructura dominante. Desde una perspectiva histórica de larga duración han coexistido los sistemas mundo (imperios-mundo, economías-mundo e inclusive mini-sistemas) con estructuras espaciales y temporales disímiles entre sí. Alrededor de 1500 se invirtió la fuerza relativa de las modalidades de economía mundo e imperio mundo. Para finales del siglo XIX la economía mundo capitalista se había extendido por la totalidad del globo terráqueo absorbiendo todos los demás sistemas históricos. Simultáneamente a mediados del siglo XIX la confrontación entre las tres ideologías de la modernidad (conservadurismo, liberalismo y socialismo) había conducido al triunfo del liberalismo como geocultura de la economía mundo capitalista en la forma de reformismo racional.

La revolución mundial de 1968 desplazó al liberalismo del centro de gravedad que ocupaba en el sistema histórico capitalista. El inestable equilibrio que el liberalismo había establecido para limitar las implicaciones revolucionarias se resquebrajó. El efecto profun-

do del accionar de los movimientos contraculturales significó un replanteamiento en los modos de vida de los países industrializados, principalmente en su cuestionamiento radical al carácter opresivo y excluyente del reformismo racional liberal. Pero, también, estos movimientos comenzaron a construir referentes teóricos fuera de las formas tradicionales de organización de la izquierda. Este momento disruptivo implicó una inmensa liberación y descargas de energías sociales, una liberación prodigiosa de nuevas fuerzas no teorizadas. El acontecimiento puro del 68 no ha pasado, parece inscrito en una especie de futuro o subjuntivo histórico. El reformismo racional se había convertido en un poderoso dispositivo de pacificación de las desigualdades y diferencias culturales; por ello, las políticas que trazaban fronteras entre inclusión y exclusión podían instrumentarse gradualmente. La potencia de los procesos contraculturales de los sesenta logró demoler la arquitectura gradualista de pacificación racional de la geocultura liberal: esta promesa de inclusión postergada se ha roto definitivamente. En efecto, el campo de fuerzas sociales y políticas de las ideologías postrevolucionarias se abre de nuevo. En tal sentido, tanto el conservadurismo (neoliberalismo-neoconservadurismo) como el radicalismo socialista quedaron libres del campo de fuerza magnético al que los había tenido sujeto el liberalismo de 1848 a 1968. Este proceso se completó en los dos decenios siguientes. El colapso de la Unión Soviética (leninismo) fue simultáneamente la eliminación de la única fuerza estabilizadora del sistema histórico capitalista. El año de 1989 probablemente sea una puerta cerrada al pasado. Desde esta perspectiva, con el colapso de la Unión Soviética, los dispositivos de regulación de los conflictos globales entraron en crisis. Intensificando la violencia sistémica alrededor de las cinco fracturas del mundo moderno (la raza, la nación, la clase, la etnicidad y el género) que suponen desigualdades y diferencias (en términos jerárquicos) tanto globales como interestatales. En fin, nos encontramos en un punto de **bifurcación sistémica** de consecuencias estocásticas en el sistema histórico capitalista. La decadencia estadounidense (y su res-

puesta institucional neoconservadora-neoliberal) se inscribe en un vector de transformación de mayor amplitud que incluye una crisis general del capitalismo global (crisis del liberalismo como ideología dominante y crisis también de los procesos de reproducción del capital) como sistema histórico. **Transformar** al sistema histórico capitalista supone actuar simultáneamente en tres vectores decisivos. Uno es el campo de la política entre aquellos que sostienen sistemas y principios axiológicos inconmensurables u opuestos. El segundo en las elecciones ético-morales que guían nuestras acciones. Y el tercero dentro del mundo del conocimiento y el saber, que determina si podemos clarificar las alternativas históricas con las que nos enfrentamos, hacer más lúcida nuestra elección, criticando y facultando a aquellos que están comprometidos con los cambios políticos y ético-morales de la que el conocimiento y el saber no pueden apartarse. Los movimientos antisistémicos y las ciencias sociales histórico-críticas son espacios fundamentales para pensar alternativas socio-históricas en el contexto de la bifurcación sistémica para Immanuel Wallerstein.

Las hipótesis de trabajo enunciadas por André Gunder-Frank, Giovanni Arrighi e Immanuel Wallerstein contienen diferencias teórico-epistemológicas sustantivas entre sí. En otro espacio intentaré discutir en profundidad los alcances de las diferencias y sus consecuencias teórico-prácticas. En cierto modo, los autores comparten el presupuesto ontológico de la **historicidad absoluta** de la vida humana. Pero, además, coinciden en la necesidad de establecer como unidad de análisis un sistema histórico mundial aunque las diferencias relativas a su génesis son controvertidas. Entre sus similitudes analíticas se encuentra un cuestionamiento radical al uso de los Estados-nación como categorías de análisis, y sobre todo, a los diversos modos de explicación causales de fragmentación de la vida contemporánea (positivismo lógico). Desde esta perspectiva, la necesidad de conectar fenómenos aparentemente aislados se ha convertido en un problema teórico-epistemológico, y todo problema teórico-epistemológico se transforma en un problema histórico.

En consecuencia, no es posible aislar estratégicamente la totalidad social de sus códigos interpretativos. Las coincidencias relativas a la crisis del capitalismo histórico, el declive de la influencia de los Estados Unidos y la emergencia (recentrar, desplazar o transformar) de nuevos espacios de acumulación de capital suponen un conjunto de restricciones sistémicas y horizontes de realización incommensurables entre sí. Y simultáneamente, configuran **ventanas de oportunidades** para la región pensada como una totalidad histórica. Las grietas del logos colonial-moderno conjuntamente con los déficits de legitimidad políticos de las democracias occidentales plantean campos de fuerza donde organizar, debatir y construir las alternativas socio-históricas presentes. Desde la Conferencia de Bandung se reforzó la importancia estratégica del Tercer Mundo (América Latina) como reserva de recursos naturales y humanos para la satisfacción de necesidades presentes y prospectivas de las economías del Primer Mundo. Esta facticidad histórica no ha sido modificada en los últimos cincuenta años. Por el contrario, la región se ha especializado en un proveedor de materias primas para el mundo industrializado. En esta dirección, la formulación de las tres hipótesis sus interpelaciones, diferencias y similitudes exploran las restricciones sistémicas de los procesos de integración regional. Sobre todo, en tanto es necesario conocer la dirección de los flujos de capital, de las localizaciones inter-empresariales, de los nuevos nichos de productividad, de las innovaciones tecnológicas conjuntamente con los mercados emergentes. Y obviamente, la tensión resultante de un campo de fuerzas profundamente estocástico. Decir que estamos en un campo de fuerza supone que los decursos de acción social y político pueden colisionar configurando respuestas sistémicas innovadoras. De allí la importancia estratégica de las guerras interpretativas que se libran en el campo del conocimiento por los conceptos adecuados. Cartografiar las transformaciones en curso es una de las grandes tareas del MERCOSUR como instancia de integración regional. Principalmente, por el tránsito estratégico que va de una visión unilineal y monolingüe enfocada en un regio-

nalismo abierto de carácter neoliberal a pluriversos democráticos y populares de un **regionalismo crítico**. La incorporación de nuevas agendas sobre los derechos humanos, la participación de los movimientos y la *cuestión social* han reconfigurado el sentido inicial de la integración regional creando nuevos arreglos institucionales. Por tanto, es necesario avanzar en un cuestionamiento radical a las formas teóricas de la *cuestión social* que partiendo de una **desigualdad socialmente legitimada** (equidad) se centran exclusivamente en la focalización y asistencia de los grupos vulnerables. Desplazando los enfoques asistencialistas hacia una visión de derechos y garantías universalizables el Instituto Social de MERCOSUR intenta contribuir al debate sobre la integración regional desde una perspectiva integral. En sentido estricto, la lucha por los conceptos adecuados y los nuevos arreglos institucionales suponen trabajar en la dirección de desmercantilizar el mundo contemporáneo en tanto las tendencias **reificadas** del capitalismo histórico están conduciendo a unas crisis de la vida en el planeta. Las necesidades energéticas (combustibles fósiles entre otros) de los **invernaderos del confort** en los países industrializados están conduciendo a la profundización del cambio climático. Y estas zonas seguridad y paz (invernaderos de confort) tiene como límites precisos zonas de precariedad y caos (zonas de violencia sistémica) en donde la gestión dominante se caracteriza por aproximaciones administradas y policiales de control de la violencia sistémica o producción de la guerra. En palabras de Robert Castel (1997), el crecimiento de la vulnerabilidad laboral se corresponde con la rápida progresión de zonas de marginación y exclusión. En este contexto las respuestas de los gobiernos europeos a la crisis del 2008 (hipotecas de alto riesgo) implicó la adopción del recetario neoliberal profundizando los espacios de conflicto. Pero, también, siguiendo las dramáticas experiencias latinoamericanas de las políticas de ajuste estructural se avanzó en la neutralización del debate social y político. La posibilidad de pensar las alternativas socio-históricas en la región implica cuestionar la plausibilidad del **retorno neoliberal** en sus formas **mimetizadas**. Indudablemente

la región se caracteriza por la persistencia de desigualdades sociales y políticas, jerarquizaciones y exclusiones culturales y asimetrías interregionales. En términos **contrafácticos** los grandes desafíos regionales pasan por reconocer como condición de posibilidad la construcción de una comunidad regional de iguales.

BIBLIOGRAFÍA

- ARRIGHI, Giovanni (1999). *El largo Siglo xx*, Madrid, Ediciones Akal.
- ARRIGHI, Giovanni (2007). *Adam Smith en Pekín*, Madrid, Ediciones Akal.
- CASTEL, Robert (1997). *Las metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del asalariado*, Barcelona, Ediciones Paidós.
- CONTRERAS NATERA, Miguel Ángel (2001). *El posdesarrollo en la búsqueda de un regionalismo crítico*. Caracas: Serie Mención Publicación (CENDES-UCV).
- CONTRERAS NATERA, Miguel Ángel (2011). *Una geopolítica del espíritu. Leo Strauss: la filosofía política como retorno y el imperialismo estadounidense*. Caracas: Fundación CELARG.
- CONTRERAS NATERA, Miguel Ángel (2013). «Postscript: Insurgent Imaginaries in Latin America». En Mark GOODALE y Nancy POSTERO (eds.), *Neoliberalism, Interrupted. Social Change and Contested Governance in Contemporary Latin America*. California: Stanford University Press.
- CONTRERAS NATERA, Miguel Ángel (2014). *Otro modo del ser o más allá del euroccidentalismo*, Caracas: Fundación CELARG.
- GUNDER-FRANK, André (2008). *Re-orientar la economía global en la era del predominio asiático*, Valencia, Universitat de Valencia.
- MARTÍNEZ CASTILLA, Santiago (2006). «Juan Ginés de Sepúlveda y la guerra justa en la conquista de América». En *Pensamiento y cultura*. Cundinamarca: Universidad de la Sabana.
- WALLERSTEIN, Immanuel (1999). *Impensar las ciencias sociales*. Ciudad de México: Siglo XXI Editores/CIIH de la UNAM.
- WALLERSTEIN, Immanuel (2007). *El universalismo europeo. El discurso del poder*. Ciudad de México: Siglo XXI Editores.

Comentarios

Desarrollo, integración y construcción de nuevas subjetividades

Quisiera volver a resaltar algunos puntos importantes de lo mencionado. Aldo Ferrer destacó la importancia de construir una integración propia frente al mundo, integración construida desde la diversidad, las asimetrías y desde fórmulas propias de América Latina.

259

Marcos Roitman resaltó la importancia de recuperar el lenguaje para una discusión política y para construcción también política desde los países latinoamericanos.

El embajador Samuel Pinheiro de Guimarães habló sobre la importancia que tiene la lógica de los Estados en el desarrollo de nuestros países. Es decir, evidentemente los mercados no son los rectores de la economía ni del bienestar social sino que los Estados son los que deben diseñar, regular y priorizar lo que es importante para cada uno de nuestros países.

En esta misma línea, Miguel Ángel Contreras Natera nos habló de los interesantes debates que se han tenido en América Latina para llegar a este último debate sobre el desarrollo, donde no se puede tener una actitud neutral. No existe una solución final en este debate, no es el fin de la historia, sino que existe mucho por discutir al respecto.

El contexto global es cambiante y América Latina debe encontrar su propio camino dentro de ese contexto global.



Rafael Franco N° 507

Asunción, Paraguay

comunicacion@ismercosur.org

(59521) 207 858

www.ismercosur.org

 Instituto Social del Mercosur

 @ismercosur

